LIBRO dot.com

HISTORIA SECRETA DE ISABEL DE BAVIERA, REINA DE FRANCIA

MARQUES DE SADE



Digitalizado por LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

PREFACIO DEL AUTOR

que es esencial leer para la comprensión de la obra

Ya sea por ignorancia o por falta de ánimo, ninguno de los autores que escribieron la historia del reinado de Carlos VI colocaron a su mujer, Isabel de Baviera, en el indiscutible lugar que le correspondía; sin duda pocos reinados ofrecían tanto interés, en pocos se cometieron tantos crímenes, y como si se hubiesen empeñado en disfrazar las verdaderas razones de la emoción que inspira y las verdaderas causas de las iniquidades que lo mancillan, contaron sin profundizar, recopilaron sin verificar, y hemos continuado leyendo en los historiadores modernos simplemente lo que nos dijeron los antiguos.

Sin embargo, si todas las ciencias se extienden por el estudio, si los nuevos descubrimientos sólo se consiguen a fuerza de búsquedas, ¿por qué la historia no podría esperar de igual modo ventajosas mejoras en el conocimiento de estos hechos, que únicamente serían como en otra parte el fruto de nuevos estudios?

Se nos dice que los autores contemporáneos son siempre los que deben tener los derechos mas firmemente establecidos a nuestra credulidad: vieron, entonces debemos creerles. Sin duda se objetará que la opinión que sostenemos es paradójica, y ésta es que precisamente porque vieron son menos dignos de fe, y que cuanto les establece tal reputación a los ojos del vulgo es justamente lo que se la quita a los nuestros. Los que sostienen lo que refutamos no se han detenido nunca a reflexionar que ningún historiador se equivoca con tan frecuencia como los que pretenden haber visto, no se trata en absoluto de que tengan mejores razones para disfrazarnos la verdad de los hechos que escriben: pues si tienen que pintar unas virtudes trazándolas bajo los reinados que las hicieron pacer, se les tacha de aduladores; si son crímenes lo que tienen que revelarnos los historiadores, ¿se atreverán a hacerlo bajo los príncipes que los cometieron?

Así pues, ¿para contar bien una cosa, es esencial no haberla vivido?

No es eso exactamente lo que decimos, lejos de ello: certificamos únicamente que para escribir historia es necesario que no exista ninguna pasión, ninguna preferencia, ningún resentimiento, lo que es imposible evitar cuando a uno le afecta el acontecimiento. Creemos simplemente poder asegurar que para describir bien este acontecimiento o al menos para relatarlo justamente, es preciso estar algo lejos de él, es decir, a la distancia suficiente para estar a salvo de todas las mentiras con las que pueden rodearle la esperanza o el terror, las ganas de complacer o el terror de perjudicar; el autor que escribe la historia del reinado en que ha vivido, ¿no se priva de cuanto la verosimilitud o las probabilidades pueden establecer como bases a su relato, y de todas las fuentes que puede agotar en los materiales que la prudencia le arrebata y que solo llegan a él cuando se han destruido los motivos que se los habían substraído antes?

No hay nada paradójico, pues, en sostener que la historia de un siglo se escribirá siempre mucho mas fielmente durante el siglo siguiente a los hechos que se relatan que no en el mismo en que sucedieron.

Otra verdad de las más constantes es ésta: el mismo grado de calor y de imaginación que se precisa para componer una novela, se necesita igualmente de calma y sangre fría para escribir historia; ¡la obligación de los escritores, que tratan

uno u otro de estos géneros, es por otra parte tan diferente! El novelista tiene que pintar a los hombres como deberían ser; es tal como fueron como debe presentárnoslos el historiador: al primero, con todos los rigores, se le dispensa que invente crímenes; es preciso que el segundo nos describa los que caracterizan a sus personajes: el historiador tiene que decir y no crear nada, mientras que el novelista puede si quiere decir únicamente lo que ha creado.

De esta diferencia muy cierta pace la que debe existir en los motivos que les impulsan a escribir al uno y al otro; pues esta admitida distinción necesita, como se ve, tanta pasión, tanta energía en el que únicamente escribe lo que le dicta su imaginación, como estudio y reflexión en el que sólo nos transmite acontecimientos conocidos; mas, es preciso que en primer lugar conozca bien esos acontecimientos que quiere pintar, es necesario que utilice todos los medios de que disponga para profundizar en ellos, para analizarlos, incluso para hacerlos derivar unos de otros, cuando las verosimilitudes de más fuerza le obligan a establecer relaciones, que no le proporcionan sino a medias, o con frecuencia de ninguna manera, sus búsquedas, incluso las más extensas.

Pero aquí tenemos la novela, dirán entonces esos a los que nuestro sistema no persuade. En absoluto, pues solo con las verosimilitudes el historiador une el hilo que encuentra roto, y solo con la imaginación el novelista anuda el suyo. Ahora bien, quien dicta las verosimilitudes no es de ninguna manera el fruto de la imaginación; el trabajo al que el escritor se abandona es entonces el resultado, no del extravió del espíritu, sino de su precisión, y esta diferencia es enorme.

No tememos repetir que es preciso que los hechos de la historia se purifiquen en la noche de los tiempos; si ven la luz en la época en que sucedieron no serán nunca fieles; el que escribe la historia de un siglo en el mismo siglo en que sucedieron los acontecimientos que explica, tiene necesariamente, las virtudes o los vicios de su siglo, y entonces nos relate la propia historia de su corazón en lugar de la de sus héroes; pinta a estos como el querría que fuesen, o como teme que no sean, y se establece necesariamente una parcialidad. Todo cuanto se escribe a la mayor distancia posible tiene más crédito y certeza: enfriados por el hielo de los siglos, los hechos adquieren entonces esa madurez, esa sabiduría que es únicamente el fruto de la vejez: ¿vemos hoy las ignominias, los crímenes, a los Tiberios y a los Nerones con los mismos ojos como nos los transmitieron aquellos a quienes motivos particulares obligaban a describirlos bajo los más negros tintes? Tácito ante su elevación a Vespasiano estaba muy seguro de halagarle poniendo sus virtudes en oposición con las atrocidades de los que acababan de reinar; parecía decir a su protector: eres mucho más importante que tus predecesores; ¿y no era para que el contraste fuese aun más perfecto que les ennegrecía de tal manera?

Suetonio para cometer las mismas faltas tuvo más o menos las mismas razones. Y los excelsos hechos de los Alejandros, de los Tamerlanes, de los Carlos XII, incluso ese siglo más cercano, ese siglo augusto de Luis XIV, ¿nos deslumbra hoy todo eso como entonces...? ¡Qué diferencia!

¿Pero se dirá un día lo mismo de nosotros...? No, porque lo que nosotros reprochamos a esos historiadores es haber visto como lo hicieron, sólo porque estaban demasiado cerca de los tiempos de los que escribían la historia, mientras que nosotros revelamos únicamente los hechos que hemos descubierto, porque los que vivían entonces no los habían visto ni quizá habían podido verlos.

El siglo escribe, la posteridad juzga, y si quiere escribir todavía, es mucho más sincera que el contemporáneo. Pues, desligada de toda clase de interés, pesa los hechos en la balanza de la verdad, y el otro nos los transmite en la de sus pasiones...

Pero vayamos a lo que nos interesa; ya es hora de ello. La historia del reinado del Carlos VI, uno de los más interesantes de nuestra historia, es también uno de los más descuidados; nada se ve en él, nada se aclara, no se revela ninguna cause, se mueven cantidad de resortes, sin que nadie se tome la molestia de hacernos fijar los ojos en la mano que los movía. Este descuido, si se le quiere prestar atención, acerca de tal manera a la fábula este reinado extraordinario, que pierde por completo el sublime interés que tendría que inspirar. Mil invectivas se lanzan contra la reina Isabel sin que apenas se molesten en decirnos por qué título esta mujer sorprendente podía merecerlas. Lo poco que se conocía de ella hacía que la mirasen incluso como un personaje episódico, y esto, en una historia en la que únicamente ella desempeña el primer papel: se contentan con insultarla, con tratarla a la vez de malvada, de incestuosa, de inmoral, de adúltera, de madrastra, de vengadora, de envenenadora, de infanticida, etc., casi sin indicios y sin pruebas. Se ve que los que escribieron sobre este reinado, siguiéndose como los corderos conducidos por el morueco, dijeron cuanto les habían dicho los otros, y escribieron cuanto habían copiado escrupulosamente en las memorias infieles o insuficientes de este siglo; y como los principales materiales de esta historia les faltaban, como los antiguos no habían podido consultar unas piezas que se les escondían con sumo cuidado, y como los modernos no las buscaban en absoluto, porque encontraban mucho mas simple transcribir que no compulsar, no tenemos de ere reino tan singular sino débiles copias calcadas sobre informar originales.

Desde este momento, se creyó que todo estaba dicho, mientras que la verdad, es decir la cualidad más esencial de la historia, no había sido ni abordada. Era preciso, pues alcanzarla, esa verdad temible; más a fondo que los que lo probaron en primer lugar, nos creímos en condiciones de hacerlo, porque teníamos bajo nuestros ojos lo que les faltaba a los otros para conseguir el fin deseado. El azar y algunos viajes literarios nos proporcionaron estos medios, uno de cuyos principales se encontraba en el interrogatorio de Bois-Bourdon, favorito de Isabel y quien, condenado a muerte por Carlos VI, reveló en los tormentos del cuestionario toda la participación de Isabel en los crímenes de este reinado. Ese documento esencial, así como el testamento del duque de Bourgogne muerto en Montereau, se depositó en los Cartujos de Dijon en cuya iglesia, la casa de Bourgogne, tenía su sepultura; fue allí donde recogimos todo cuanto necesitábamos de esos documentos importantes, que la imbécil barbarie de los vándalos del siglo XVIII laceró como los mármoles de esas antiguas tumbas cuyos fragmentos al menos se conservan aún en el museo de Dijon; pero los pergaminos fueron quemados.

Con respecto a otros documentos auténticos que sirven de apoyo a los relatos de este reinado, extraídos de fuentes también puras, tenemos cuidado de indicarlos a medida que los empleamos.

A las ganas que teníamos de descubrir la verdad donde quiera que se escondiese, se unió, lo confesamos, un deseo mucho más delicado aún, el de disculpar, si era posible, a una mujer tan interesante como Isabel, tanto por las gracias de su persona, como por la fuerza de su espíritu y la majestad de sus títulos; de disculparla, decimos, si eso podía hacerse, de los reproches vergonzosos con que se la cargaba, y de no encontrar crímenes sino en sus delatores. Esta penosa tarea era gloriosa sin duda, y sobre todo si el éxito hubiese coronado nuestros esfuerzos; pero demasiado clarividentes por las pruebas sin numero que adquiríamos todos los días, no nos ha quedado sino compadecer a Isabel y

decir la verdad; ahora bien, esa verdad es tal que se puede afirmar con razón que no corrió ni una sola gota de sangre, en este terrible reinado, que no hubiese sido derramada por ella; que no se cometió un solo crimen del que ella no fuese la causa o el objeto.

Únicamente los historiadores son pues los culpables de habernos disfrazado la mano que movía los resortes que veían moverse, sin aclarar como acabamos de decir el verdadero agente de su dirección. Ahora bien, este agente supremo era Isabel, y las pruebas que damos de este aserto se encuentran en los documentos que citamos y en algunas probabilidades indispensablemente nacidas de la reunión de los hechos, a veces interrumpidos en estos documentos, pero que restablecen en seguida las luces de una sana critica y de una discreta verosimilitud: pues sabemos que lo verdadero no es siempre verosímil; pero es muy raro que lo verosímil no sea verdadero, o al menos no este revestido de todas las propiedades de lo verdadero. Se puede pues emplearlo en defecto de lo verdadero, pero con prudencia entonces, ya lo sabemos, y la nuestra es tal sobre ere punto que no la hemos usado nunca sino en el taro en que era absolutamente imposible que la cosa pudiera ser de otra manera, porque la que la había precedido estaba en una dirección, que era absolutamente preciso que la que derivaba de esta primera tuviese una tendencia inevitablemente análoga.

¡Ay! ¡Cuántas verdades mucho más esenciales para la felicidad de la vida sólo cuentan con la verosimilitud! Ahora bien, si la verosimilitud, en defecto de títulos, puede captar nuestro asentimiento en lo que la vida tiene de más serio, ¿por qué no tendría los mismos derechos cuando se trata de sucesos únicamente útiles para nuestra instrucción?

Muchas dificultades cubrían nuestro trabajo; una de las mas penosas, sin duda, era la de encontrarnos perpetuamente entre el terror de decir demasiado o el de no decir bastante. Necesariamente hubiésemos perecido contra los escollos, sin el extremo deseo de vencerlo todo, para que otros compartiesen la sorpresa indecible que sentíamos, al descubrir tramas tan bien urdidas, y a su lado, la increíble apatía de aquellos que ni se habían dignado a darse cuenta de ello... ¿Cómo se atreven a escribir la historia con esta imperdonable negligencia?[1]¿Cómo puede ser uno tan poco celoso de su propia reputación? ¿Cómo no se teme más la vergüenza de engañar a los otros?

¿Había algo más lamentable, por ejemplo, que no continuar consecutivamente la intriga de la reina con el duque de Bourgogne, desde el momento en que se rompen los lazos que la encadenaban al duque de Orléans? ¡Qué!, señores recopiladores[1], nos ofrecéis, cien páginas después, Isabel como la más ardiente amiga del duque de Bourgogne, desde que perdió al de Orléans. ¿Y no os atrevéis a decir ni los motivos que eran la continuación de esta nueva unión ni los que la establecieron? A falta de ser guiado por vosotros, es preciso que el esforzado lector se empeñe en gran manera para aclarar las verdades que no habéis tenido la valentía de decide, dictadas sin embargo, por el buen sentido, demostradas por la verosimilitud, y que no tenían incluso necesidad para convencer de las pruebas que aportamos... ¿Y llamáis a esto escribir historia...?

Este género literario tan sagrado, porque a partir de él la posteridad juzga y se conduce, ¿os atrevéis a escribirlo con esta inconcebible pereza...? Una conducta tal, confesémoslo, deshonra de igual modo al escritor que se la permite, como perjudica al

[1] Monstrelet, Mézerai, el abad de Choisy, Le Laboureur, la señorita de Lussan, Villaret, etc., todos cometieron la misma falta.

lector lo suficientemente bueno como para abrir sus libros con la intención de creer y que, engañado muy pronto, no los ha leído sino para extraviarse.

Antes de terminar esta digresión, quizá debemos dar algunas excusas, por haber empleado a veces la fisonomía de la novela en la verdadera narración, sin duda alguna de los hechos que van a leer; y esto, unido a los nuevos detalles de esta narración, no dejará de merecernos la acusación de novelista, por los que sin querer creer nunca cuanto dijeron nuestros padres, tratan de fantasías todo lo que añaden los hijos de esos padres..., de esos padres con frecuencia demasiado crédulos.

Vamos a responder a estos dos reproches y de esta manera nos evitaremos volver sobre el asunto, si la acusación tenía lugar.

Nada puede ser tratado de fabuloso en la historia que presentamos hoy, puesto que es por medio de pruebas auténticas que mostramos los hechos nuevos, de los que nadie nos había hablado aún.

Con respecto al giro novelesco empleado a veces, si nos lo hemos permitido, es porque, en una historia tan singular como esta, hemos creído que un sabio y acertado empleo de la forma de la novela sólo podía añadir interés al que los personajes de este drama sangriento inspiran y que colocándoles en escena en una línea más cercana a nosotros, y poniendo sobre todo su dialogo en acción mejor que en relato, todo cuanto dicen resultaría mucho más conmovedor. Si a veces nos hemos permitido, pues esta licencia, se nos concederá que no hemos abusado de ella, porque sabemos muy bien que un uso demasiado frecuente de esta manera de escribir la historia perjudicaría infaliblemente su dignidad. Era preciso conocer a Isabel, y ciertamente, se la conoce mejor cuando se la hace hablar que cuando se describe fríamente lo que ella dijo.

Con respecto a las arengas y discursos, ¿cuáles son los escritores tanto antiguos como modernos, que no las han compuesto cuando sus personajes no las pronunciaban? ¡Cuanta fuerza prestan a la verdad de los hechos!, y quien no prefiere oír decir a Enrique IV: «Franceses, seguid esta enseña, la veréis siempre en los campos de la gloria», que no el relato que hubiese podido hacer el mejor historiador asegurándonos que este buen rey había dicho que era preciso seguir su enseña para llegar a los campos de la gloria[2] .

En general, pintamos para interesar, y no contamos, o si nos vemos obligados a contar, que sea siempre pintando. Quizá debemos decir aún unas palabras sobre la necesidad con que nos hemos encontrado con suma frecuencia de enlazar la historia de Francia en la de nuestra heroína, pero ¿no estaba Isabel demasiado íntimamente ligada a los acontecimientos de su pueblo, para que no fuese imposible ocuparse de ella, sin hablar, al menos al mismo tiempo, del siglo en que vivía? Este escollo era inevitable, y estamos lejos de temer que la historia de una reina de Francia pueda enfriarse detallando los acontecimientos de un reinado en el que ella participó de una forma tan intensa.

[2] «Nunca -dijo Mably- habrá una historia que sea a la vez instructiva y agradable sin arengas. Trate de suprimirla en Tucídides, y se encontrará con una historia sin alma» *Manera* de *escribir la historia,* p. 146.

HISTORIA SECRETA DE ISABEL DE BAVIERA, REINA DE FRANCIA

En la que se encuentran hechos extraños, desconocidos, o que permanecieron en el olvido hasta el presente, y cuidadosamente extraídos de manuscritos auténticos, alemanes, ingleses y latinos.

Buscaré la verdad a través de las tinieblas en que se esconde.

MABLY.

INTRODUCCIÓN

Carlos V, al subir al trono, encuentra a Francia sumida en el decaimiento y en la desolación; y, casi sin salir de su palacio, este monarca, justamente llamado «El Sabio», pone remedio a todo gracias a la feliz elección de sus ministros y de sus generales. ¿Era posible que Francia no triunfase, en efecto, cuando Duguesclin conducía sus guerreros al combate? Sólo el destello de ese gran hombre pone en fuga a los perpetuos enemigos de nuestro feliz país, que, creyéndose siempre hechos para vencer, no saben ni salvaguardarse del valor de un pueblo, menos orgulloso quizá, pero con tantas razones de serlo, por lo menos, por igual.

Francia perdió bajo el reinado del rey Juan todo cuanto Felipe-Augusto conquistó a los ingleses: Carlos V lo recupera valiéndose de su política y de la fuerza de sus armas. Mientras trabaja para 1a gloria del estado, Carlos no descuida nada que pueda aumentar la de las letras; un gabinete de novecientos volúmenes se convierte en la tuna de esta magnifica biblioteca que hace hoy la felicidad de los sabios y causa la admiración de Europa. Por otra parte, disminuye los impuestos, mejora las finanzas; se encontraron diecisiete millones en sus arcas. Esta suma, sorprendente para el siglo en que se economiza, solo es el fruto del fomento que este buen príncipe dio a la agricultura y de la actividad que imprimió al comercio, verdaderas riquezas de un estado que, encontrando entonces todos sus recursos en su seno, no teme ya ni a las desgracias de la guerra que los absorben o los disminuyen, ni a las plagas del cielo que los agotan o desnaturalizan. A Carlos le gustan los consejos, y no escucha en absoluto a sus cortesanos. Esos engañan, aquellos dirigen los perfumes de la adulación, obscurecen la luz de la razón, y el individuo que la suerte coloca en un trono tiene que preferir siempre, si es sabio, la llama que ilumina al incienso que embriaga.

Un día el chambelán La Rivière alaba al rey por la felicidad de su reinado. «Amigo mío -responde Carlos-, sólo con la certeza de haber logrado la de mi pueblo podré creer en la mía.»

Hace algo más que lograr la felicidad de ese pueblo, único objeto de sus solicitudes; sabe colocarlo de nuevo en su lugar, hacerle mantener el rango que tiene que ocupar en Europa, ya sea liberando a sus provincias del yugo de Inglaterra, ya sea fomentando una marina bastante formidable para que sus fuerzas del mar puedan estar en armonía con las que le ennoblecen en el continente.

¿Por que el cielo no colma a un príncipe tal de todos los favores que tendrían que estarle reservados y por que no deja su trono a un hijo que, sin tener las virtudes de su padre, tenga al menos la fuerza de llevar por sí mismo las riendas de un gobierno? ¡Cómo tiene que sufrir el que se encuentra abandonado a un niño, al que es preciso asociar regentes y maestros!

Carlos VI tiene apenas doce años cuando pierde al autor de sus días que, sin poder infringir ni las leyes del estado ni las de la progenitura, deja la regencia al duque de Anjou, el más ambicioso y el mas pródigo de los hombres, por los cuales es detestado a la vez por sus vejaciones y despreciado por su inconstancia. Se trata de disminuir su autoridad, Carlos lo sabe, y quiere en consecuencia que su hijo sea inmediatamente

consagrado en Reims y que éste gobierne después en su propio nombre, ayudado únicamente por los consejos del regente, a quien asistirán el duque de Bourgogne como tutor, los de Bousbon y de Berri, el primero como encargado de la educación, el segundo en su cualidad de superintendente de los palacios.

Tras tomar estas disposiciones, Carlos al ver que se acercan sus últimos instantes se rodea de estos guías tan preciosos a los que abandona el cuidado de su hijo.

«Sois los tíos del niño que va a subir al trono que le dejo -dice a estos príncipes reunidos en torno de su lecho fúnebre-, os confío la felicidad de Francia y la suerte de mi hijo. Decidle sin cesar que este doble interés se resume en uno, y que solo en la felicidad de su nación puede un día encontrar la suya. No es únicamente por si mismos por lo que el cielo coloca a los reyes por encima de los hombres; les coloca en ese altura con el fin de que juzguen mejor lo que puede ser mas útil a su país; el Dios que los eleva así quiere que sean su imagen sobre la tierra, y sólo con estas condiciones les acercara a sí un día. Nunca el pueblo se subleva contra el soberano al que ve ocupado en la tarea de hacerle feliz. ¡Y esa felicidad es tan fácil conseguirla! Decid a Carlos que no deponga la espada que sirve para la defensa, pero que su mano no se sirva de ella nunca para unas conquistas con frecuencia fatales y siempre inútiles. Una victoria es una plaga cuando la sangre que cuesta no se derrama por la felicidad del pueblo: solo se convierte en un triunfo cuando contribuye a ella. Esos son los únicos laureles que permito a mi hijo: adornad su frente con roble, cuando no podáis ceñirlo con estos. Dejando a su lado unos principios tan razonables, desciendo a la tumba lleno de esperanza: haced que mi sombra no venga un día a reprocharlos que hayáis justificado mal mi confianza. Son espantosos los reproches del ser que ya no existe, y por hirientes que fuesen los remordimientos que os harían nacer no me vengarían sino a medias.»

Estas fueron las últimas palabras de un príncipe sabio; eran terribles sin duda, ¿pero tenían que apagar las pasiones de los que no habían hecho otra cosa que escucharlas?

Apenas Carlos V cierra los ojos el duque de Anjou siente hasta que punto se convierte para el en importante el aprovecharse de una autoridad que limitan tan sabiamente las últimas voluntades del difunto rey; se apodera del tesoro; no contento con dejar subsistir los impuestos, los aumenta, se convierte por esta culpable conducta en la inevitable causa de las sediciones populares de las que veremos en seguida las consecuencias.

Berri, colega del de Anjou, tiene todos los defectos de su hermano, y quizá hubiesen producido los mismos efectos, si no hubiesen estado paralizados por una estúpida indolencia, o si hubiesen estado sostenidos por más poder.

El duque de Bourgogne tiene grandes cualidades: afable, magnífico, liberal; si ulcera los corazones en secreto, los seduce por lo menos en público.

Bourbon es mejor quizá; pero su debilidad y su moderación perjudican a sus virtudes. El orgullo está permitido a los talentos; los educa y los nutre.

El regente, mucho menos ocupado de los cuidados del estado que del deseo de reinar en Nápoles donde la reina Juana le llama, sólo ve en el poder que adquiere en Francia otro medio para la consecución de sus proyectos. Al precio de los tesoros robados a su nación quiere conquistar otra; y al augusto pupilo que se le confió prefiere despojarle que instruirlo.

Funestos efectos de la ambición, ¿destruiréis, pues, siempre las virtudes?

Es muy raro que un precipicio se abra a los pies de un pueblo, sin que este se de cuenta de ello. A1 descubrirlo París, se atreve a permitirse excesos de todo genero, que no reprime una autoridad que se encuentra demasiado dividida para no haber perdido su fuerza. Se convocan unos Estados generales que siguiendo la costumbre, sólo sirven para preparar nuevas desgracias y para cimentar las viejas.

Una parte de los cuidados que tomó Carlos V para restablecer a Francia es precisamente lo que precipita su subversión.

Carlos gastaba a lo más un millón doscientos mil francos para el sostenimiento de su casa: el regente precisa seis millones para el sostenimiento de la de un niño al que se permite que le falten las primeras necesidades de la vida. Si el pueblo, como acabamos de decir, se agita ante el aspecto de tantos desórdenes, los soldados se revolucionan en igual manera: privados de su sueldo, asolan los campos, la insubordinación se convierte en general; por una política odiosa, cansado de reprimir en vano los abusos, se prefiere destruir que calmar a los que reclaman, y estos bravos guerreros, esos valerosos compañeros de Duguesclin son licenciados para castigarles por haberse atrevido a quejarse. ¿Tenían que, por unas faltas tan burdas, privarse de una fuerza tan útil al esplendor de un estado, y a la que puede llamarse su alma, puesto que sostiene a todos los miembros?

Al fin se coronó a Carlos VI el 13 de noviembre de 1380, con toda la magnificencia posible en un siglo en el que quien sostiene las riendas se ocupa mucho más de sus propios intereses que de la gloria de su pupilo. Pero el fuego de la sedición empezaba a encenderse, por ello no se atreven a atravesar la ciudad al regreso de la ceremonia; al darse cuenta de que le temen, el pueblo se irrita aun más; con un zapatero remendón por jefe y por orador, se dirige en tropel al palacio, y pide a grandes gritos la abolición de los impuestos. El canciller y el duque de Bourgogne calman los espíritus durante veinticuatro horas, al cabo de las cuales se levantan con más energía. El rey cede, se derogan los impuestos; pero la insolencia crece donde la fuerza se debilita; se pide la expulsión de los judíos, la ruina de los financieros, y se saquean sus casas mientras esperan. Desde este momento el estado está a punto de disolverse; se convoca una nueva sesión de Estados generales, y nuevas perturbaciones son la continuación de la misma. El pueblo se reúne por la noche; la sombra favorece al crimen; se cometerían muchos menos, si la antorcha del día no se apagase nunca.

Pero como los que componen estas asambleas sólo se dicen enemigos de los abusos cuando estos no les sirven ya, nada mejora, y todo se envenena. El duque de Bretagne se aprovecha de estas perturbaciones para llamar a los ingleses, y cuando aparecen, ya no sabe como recibirles. Al fin, se alía con ellos; pero el honor habla todavía en el corazón de sus vasallos; todos declaran al duque que sus armas se volverán contra él mismo si quiere arrastrarlos consigo en este tratado vergonzoso. Esta noble resolución devuelve a Francia un vasallo infiel: el duque promete servir a su patria contra los ingleses, promete ir a París para rendir homenaje al nuevo soberano; pero por una indigna traición, tan pronto como acaba de hacer estas promesas el pérfido bretón jura a los ingleses que nunca se aliará a Francia cuando estas dos naciones estarán en guerra.

Política demasiado peligrosa de los soberanos. ¿Serán, pues, siempre los pueblos vuestras victimas?

Reina entonces un gran parecido entre Francia e Inglaterra; estos dos reinos igualmente gobernados por niños son igualmente presa de las concusiones de los tíos que dirigen su juventud. En Francia, el de Anjou lo sacrifica todo al deseo de ser rey de

Nápoles; la ambición de reinar en España convierte al duque de Lancaster en culpable de los mismos errores en Inglaterra, y la desgracia de uno y otro pueblo es el resultado de estas pretensiones extranjeras.

Sin embargo, los impuestos se restablecen; temblando se realiza la proclamación.

La irritación de los Parisienses se redobla a medida que comprenden que se les teme; destrozaron a los primeros exactores; gritan e incitan a las armas, se invoca la libertad, se tienden las cadenas, a los que quieren hacer pagar, se les persigue hasta el interior de los templos donde se refugian. Se apoderan del Palacio Municipal y de todas las armas que encuentran en él, y envalentonados con estos socorros, los revoltosos inundan las calles, robando y asolándolo todo bajo el vano pretexto de que sólo quieren mal a aquellos de los que tienen que quejarse. El desorden llega a su cúspide; ningún ciudadano está seguro; no hay asilo en ninguna parte; las casas se derriban; se abren las cárceles, los malhechores que se escapan de ellas van a aumentar la turba impía de estos descontentos desenfrenados. Corre la sangre y el pretexto del bien es, como en todas las revoluciones, la causa inmediata del mal.

Al fin los oficiales municipales arman a diez mil hombres en la capital; todos los partidos van a mezclarse para estrangularse indistintamente.

Pero la autoridad se despierta. El rey, que por aquel entonces estaba en Rouen, se dirige a París; esta ciudad rebelde va a sufrir la pena que merece, y sin la gracia pedida para el pueblo por los buenos ciudadanos, la destrucción de París era inevitable. Se acuerda una amnistía; de ella se exceptúa únicamente a los instigadores de las perturbaciones; pero el pueblo quiere entera gracia; esta dispuesto a volver a empezar si se mantienen estas excepciones; se ven obligados a mandar ahogar secretamente a los culpables. Estos son los productos de la debilidad del Príncipe y de la sórdida avaricia de los que le gobiernan.

El rey consiente en regresar, si París abandona esa apariencia de imposición que le sienta tan mal. Esta proposición enciende de nuevo las antorchas de la discordia; el patíbulo castigará a quienes la aceptarán. El regente furioso inunda de tropas los alrededores de la capital... tiembla al fin, pero el de Anjou, que sólo desea dinero, no quiere renovar la amnistía sino recibe cien mil escudos[3], y uniendo esta suma a todas las que hurtó o exigió de todas partes, se dirige a Nápoles que le llama, vuela hacia allí inundado por la sangre que acaba de verter para la ejecución de sus proyectos.

Le remplaza el duque de Bourgogne. Ocupado por una guerra en Flandes, antes de regresar, hace todo lo posible para asegurarse de la tranquilidad de los habitantes de París; pero éstos prometiéndolo todo y no poseyendo nada, se aprovechan por el contrario de la ausencia del príncipe y de las tropas, quieren saquear las casas reales, y lo hubiesen hecho sin las razonables exhortaciones de un llamado Flamand que consigue convencerles y les calma.

Esta tranquilidad sólo es aparente; los mayores preparativos de guerra se realizan en París; se trata nada menos que de renovar allí los desordenes de la Jacquerie. Sólo se espera la salida de la campaña de Flandes. Artevelde vence en Rosebeck, los prodigios del joven rey, con cuarenta mil enemigos en el campo de batalla, valen a la monarquía unos laureles que están muy lejos de complacer a los descontentos. Más patriotismo donde habla el interés personal; y el sedicioso, sin pudor, sólo se consuela de la obligación en que se encuentra de renunciar a sus proyectos, contando con burla todo lo

[3] Es decir, un millón de nuestra moneda actual.

que puede marchitar los triunfos de Rosebeck. Las matanzas de los habitantes enterrados bajo las cenizas de Courtrai se atribuyen en seguida, no sin causa, al regente que quiere someter a esta ciudad infortunada; desde este momento se unen a aquellos cuyas lágrimas se derraman sobre estos horrores. Pero si su descontento contra el duque de Bourgogne aumenta en la medida de sus equivocaciones, el que las cometió y que proyecta otras, no puede sino mostrar más rigor con más fuerza contra las personas que quieren castigarle y a la vez enterarle. Sus procedimientos lo prueban y el Parisiense inquieto sale de los muros de su ciudad en número de veinticinco mil hombres armados, que guarnecen al instante la colina de Montmartre y la llanura de Saint-Denis por donde tiene que entrar el rey. Unos diputados se adelantan con respeto hacia él, cuando le divisan, asegurándole que las fuerzas desplegadas por los Parisienses ante sus ojos no tienen otro objeto que demostrar al rey que pueden servirle, si su majestad les llama. Carlos parece satisfecho; pero oponiendo con dignidad el justo orgullo de un monarca a la noble política de su pueblo, entra en su capital como vencedor de una ciudad conquistada. Las barreras levantadas por los facciosos se destruyen, y las tropas se albergan en casa de los burgueses. Los duques de Bourgogne y de Berri recorren al día siguiente las calles, a la cabeza de los vencedores de Rosebeck; se llevan todas las armas al Louvre, y los que las mandaron guitar son ejecutados inmediatamente; muchos de entre ellos se dan muerte para escapar a la espada de los verdugos.

La universidad y la duquesa de Orléans al fin aplacan al rey; pero el duque de Bourgogne se encuentra muy lejos de compartir esta piedad, sus intereses no se lo permiten; y como los bienes de las victimas van a parar a sus manos los suplicios se prolongan con crueldad.

El abogado general Jean Desmarets, cuyas altas virtudes ilustraron tres reinos, tiene que morir bajo un príncipe que no conoce ninguna. Acabado por los años y las enfermedades, no habiendo cometido otra equivocación que la de disgustar a quienes quieren el mal, le arrastran al patíbulo, hecho mejor para quien le condena. Apenas se le ve allí, le gritan que implore gracia: «Únicamente la suplico para mil verdugos», responde este gran hombre. Cae su cabeza, sus virtudes permanecen, y su alma vuela al cielo.

Y tú, magistrado de nuestros días cuyo nombre está grabado en el templo de la memoria, ilustre como Desmarets, así como él tenías que perecer y dejar unos recuerdos grabados con tu sangre en el alma de los franceses...

Esta primera iniquidad se convierte en la señal de las que deshonran el reinado de Carlos VI.

Apenas expire Desmarets cuando el canciller de Orgemont que representa al monarca sentado en un trono delante de la ejecución piensa que todos los culpables no han sido castigados y que quedan aún muchos ejemplos por dar. El rey aprueba ese cruel consejo: al mismo instante todo se aplaca a los pies del soberano; las mujeres gritan «misericordia». El rey se deja conmover y, según los consejos del duque de Bourgogne quien de hecho prefiere el dinero a la sangre, Carlos concede la vide a los culpables, por medio de una multa mas fuerte que la mitad de Bus bienes. Sin embargo, no se lo queda todo el duque de Bourgogne, el de Berri participa también; las tropas piden su parte, pero se es sordo a esta justa reclamación, y lo que es la subsistencia de las personas honestas solo sirve pare alimentar la avaricia y la rapacidad de los expoliadores de Francia. Se restablecen los impuestos y al pueblo ya no le quedan sino las lágrimas.

La guerra recomienza en Flandes; el duque de Bretagne, que hasta entonces sólo ha proporcionado débiles recursos, aparece esta vez en persona; se sospecha de él, y su conducta prueba su falsedad. El bretón es inglés, se ve claramente, pero el buen Carlos tiene miedo de equivocarse; la franqueza está tan lejos de la artimaña que ni siquiera la concibe: y Carlos se conduce con este traidor como si le fuese incluso imposible sospechar que lo era.

El conde de Flandes muere; y este acontecimiento lleva a su colmo la grandeza del duque de Bourgogne, heredero natural de este príncipe.

Pero sin que se pueda aclarar la causa, el Languedoc, la Auvergne y el Poitou se sublevan; los campesinos de allí asesinan por todas partes a los nobles y ricos. El espíritu de vértigo de la capital acaba de apoderarse de las provincial; el duque de Berri que manda en Languedoc ajusticia a los sediciosos, y la sangre del culpable borra, si eso es posible, al del inocente.

Por otra parte, al atravesar las provincial de Paso hacia Bus nuevos estados, el duque de Anjou, apoyado por el papa, robe y asola todo cuanto cae bajo su mano; parece que este embustero insolente quiere hacer pagar a los franceses la felicidad de perderle. Pero esos bienes mal adquiridos no le llevan al triunfo; pierde la mitad en su paso por el Apenino, emplea el resto en el sostenimiento de la guerra contra Carlos de la Paix, su competidor en el trono de Nápoles; desprovisto de recursos, envía al marqués de Craon, que le había seguido, a solicitar nuevos socorros a su mujer la duquesa, reina de Sicilia. Pero lejos de llevar a su señor esos subsidios preciosos, el marqués los disipa con las cortesanas de Venecia. Arruinado el de Anjou muere a causa de sus heridas y aún más de vergüenza y de tristeza. Aquellos que se encontraban asociados a su fortuna regresan a Francia, mendigando pobres socorros, que atendiendo a las faltas de su señor, se les niegan con demasiada frecuencia.

Craon, que se enriqueció con los robos hechos al duque de Anjou, tiene la audacia de reaparecer en la corte con un equipaje de los más suntuosos. Berri le reprocha la muerte de su hermano, y da las órdenes necesarias para detenerle; Craon se escapa... ¡Ojalá el cielo hubiese querido evitar a ese hombre los nuevos crímenes con los que tenia que ensuciar aún las páginas de nuestra historia!

Los crímenes se suceden: Carlos le Mauvais forma el designio de envenenar al rey y a todos los príncipes de su sangre. El complot se descubre, los cómplices son descuartizados. Poco después se enciende gran enemistad entre la corte de Francia y la de Inglaterra, uno de cuyos principales motivos es el matrimonio que acaba de contraer Margarita de Hainaut con el conde de Nevers, hijo del duque de Bourgogne, a la que pretende el duque de Lancaster; se escribe; se injuria; las discusiones particulares animan las querellas generales y los pueblos completamente extraños a los enredos terminan siempre por sostener con su sangre y su fortuna unas divisiones que les son indiferentes y en y en las que no entienden nada.

Tal era la situación de Francia cuando ésta sintió la necesidad de casar a su rey.

Oh tú que la suerte llamaba en sostén de un trono ya tambaleante, ¿tenías, pues, que precipitar su caída? Pero seducida, o mejor corrompida por los ejemplos que lo ponían delante de los ojos, ¿no tienes algún derecho a la indulgencia de la posteridad? ¡Ah, sin duda, si nos hubieses ofrecido al menos algunas virtudes! pero en vano se las desea; se buscan sin éxito; en ti sólo se encuentran desórdenes; y con franqueza vamos a probar tristes verdades demasiado tiempo desconocidas por nosotros, pero que es preciso descubrir al fin para la instrucción general y para establecer mejor en nuestros

corazones la adhesión y el respeto inviolables que debemos sin cesar a aquellas de nuestras soberanas verdaderamente dignas de nuestro incienso de nuestros homenajes.

PRIMERA PARTE

Carlos VI, llamado *le Bien-Aimé*, sufrió durante su reinado muchas desgracias y no fue la causa de ninguna. Tenía todas las cualidades que pueden constituir un buen príncipe, y unía a ello el más agradable aspecto exterior; sensible por nacimiento, liberal, agradecido, reflejaba todas las virtudes de sus antepasados, sin tener ninguno de sus vicios. La debilidad de su espíritu, fuente de sus desgracias, era el único reproche que merecía; pero esta debilidad, hecha para ser respetada, ¿tenía que servir de pretexto a todos los horrores que se inventaron para castigarle por ella?

¡Oh, cuán culpables son aquellos que rodean a los príncipes, cuando abusan de sus pasiones o de su debilidad!

Un delator acusó a alguien por haber hablado mal de este buen príncipe y se lo dijo a él en persona. Carlos respondió: « ¡Cómo podría ser de otra manera, le he hecho tantos favores!»

Estas palabras nos parecen suficientes para pintar el carácter del joven monarca, y prueban hasta qué punto, al casarle, hubiese sido preciso buscarle una mujer digna de él. ¡Cuántas prosperidades podían afluir sobre la esposa que, por una feliz mezcla de sus virtudes con las de un príncipe tan bueno, hubiese derramado sobre Francia entera la felicidad de la que hubiesen estado colmados ambos! Pero lo que puede convenir a los hombres no está siempre conforme con los decretos de la providencia, que encuentra precisamente en lo que les aflige el medio más seguro para corregirles.

Isabel, hija de Esteban, duque de Baviera, escogida para compartir la suerte de Carlos, ¿era digna de este príncipe? Digamos mejor, ¿era digna del trono al que se la destinaba, si no poseía las cualidades de quien la colocaba allí a su lado?

Isabel tenía cerca de dieciséis años, y el rey tenía diecisiete, cuando los tíos del joven monarca pensaron en este matrimonio.

Con las gracias y los encantos ordinarios de su edad, reinaba sin embargo, en los rasgos de Isabel una especie de altivez poco común a dieciséis años. En sus ojos, muy grandes y muy negros, se leía más orgullo que esa sensibilidad tan dulce y tan atractiva en las miradas ingenuas de una joven. Su talle anunciaba elevación y flexibilidad, sus gestos eran pronunciados, su porte atrevido, su voz un poco dura, su forma de hablar breve. Mucha arrogancia en el carácter, ningún rastro de esta tierna humanidad,

patrimonio de las almas bellas, que acercando a los súbditos al trono, los consuela de esa distancia penosa donde la suerte les hizo nacer. Ya despreocupación por la moral y por la religión que la sostiene; una insuperable aversión por todo cuanto contrariaba sus gustos; inflexibilidad en su humor; arrebato en los placeres; una peligrosa inclinación a la venganza, encontrando fácilmente errores en lo que la rodeaba; tan pronta para sospechar como para castigar, para producir males como para mirarlos cara a cara con sangre fría; probando con ciertos rasgos que cuando el amor inflamaría su corazón, sólo se abandonaría a sus arrebatos y únicamente vería en él un fin útil. A la vez avara y pródiga, deseándolo todo, invadiéndolo todo, sin conocer el precio de nada, sólo queriendo verdaderamente a sí misma, sacrificando todos los intereses, incluso los del estado, al suyo propio; halagada por el rango donde la suerte la colocaba, no para hacer allí el bien, sino para encontrar la impunidad del mal; poseyendo, en fin, todos los vicios, sin manifestar ninguna virtud.

Así era la hija del duque de Baviera, así era aquella a quien la mano de Dios colocaba en el trono de Francia, porque sin duda había hombres que castigar.

Antes de que Isabel partiese de la corte de su padre, unos pintores fueron enviados allí para llevar al rey retratos de esta princesa, y en el terror de que no gustase, ¡se exigió que entrase en Francia bajo el disfraz de una peregrina! Unió a este el de la virtud; pero sólo era por un momento.

El efecto que produjeron los retratos en el corazón del rey fue tan vivo como pronto. Ardió en deseos de poseerla desde que vio por primera vez su imagen: no tomaría, decía, alimento ni dormiría, mientras esa hermosa joven no estuviese en su poder. Esto hizo que la duquesa de Brabante dijese al duque de Bourgogne: Asegurad a vuestro sobrino que curaremos muy pronto su enfermedad.

Efectivamente, se suprimieron todos los preparativos de este himeneo que tenía que celebrarse, en principio, en Arras, y al día siguiente de la llegada de la princesa, los dos esposos se dirigieron a la catedral de Amiens donde se realizó la ceremonia. La reina fue conducida allí en un carro cubierto con tela de oro, pues los carruajes con imperiales no se conocían aún.

Algunos acontecimientos desagradables turbaron las fiestas de un himeneo que no tenía que ser feliz, como si estuviese escrito en el libro del destino que siempre una desgracia nos advierte otra. Los flamencos se armaban contra Francia; fue preciso dejar los torneos por unos combates reales, y los dardos de Belona remplazaron a las flechas del Amor.

Los lazos que Carlos acababa de contraer no habían enfriado en absoluto en su corazón el gusto que sentía por las arenas.

Se decidió, pues en un consejo extraordinario que se emprendería algo sorprendente para esta campaña en principio dirigida contra Inglaterra. Pero cuando las consecuencias revelaron mejor las intenciones del duque de Bourgogne, se recordó con sorpresa que las primeras proposiciones de esta guerra habían silo hechas por él.

Los preparativos se hicieron, pues. Se necesitó dinero; no se podía contar ya con las economías de Carlos V, el de Anjou lo había desvalijado todo. Se establecieron impuestos, se crearon préstamos forzosos, que no reportaban ningún interés al que prestaba. Todos esos recursos disgustaron, tenían muy poca gracia al empezar un nuevo reinado.

Los ingleses, aterrados por estos preparativos, pusieron trescientos mil hombres en pie de guerra, y sin duda hubiésemos triunfado sobre estas fuerzas sí, como sucede con demasiada frecuencia en parecidas circunstancias, los intereses particulares no hubiesen perjudicado al interés general.

Durante ese tiempo, los habitantes de Gante tenían el proyecto de incendiar nuestra flota en el puerto de l'Écluse y aunque esa conspiración fracasó, proporcionó al duque de Bourgogne la idea de dejar para el año próximo las empresas contra Inglaterra, para la ejecución de las cuales había recibido ya sumas muy considerables.

Sin embargo, era preciso emplear, al menos, a la armada; se la dirigió contra aquellos que proyectaron arruinar nuestra flota, y la cuestión quedó aquí.

Desde este momento, cada uno interpretó a su modo los designios del duque de Bourgogne; se atrevieron incluso a acusarle de haber recibido dinero de los ingleses para mantenerse en calma; éste iba a parar a sus arcas así con las sumas dadas para emprender la contienda, y las recibidas para no hacer nada.

Ese fue el espíritu que Isabel encontró establecido en la corte de Francia cuando apareció en ella. ¿Es muy sorprendente que ese geniecillo malvado se apoderase de ella a juzgar por las disposiciones que acabamos de observar en su carácter?

Entre los señores que, desde la llegada de esta joven princesa, se apresuraron a rendirle homenaje, uno, fue más particularmente distinguido por ella; se llamaba Bois-Bourdon. Joven y gallardo, lleno de gracias; con una facilidad maravillosa para todos los ejercicios físicos, mérito cierto en un siglo de caballería; muchísima agilidad a ingenio, y sobre todo ese algo que logra el triunfo en las cortes. Un hombre así tenía que complacer a una mujer naturalmente inclinada al amor, y mucho más preocupada por los cuidados de la coquetería que por los de su reputación. Las notes proporcionadas por este gentilhombre[4] nos den a conocer que el ardiente amor que se atrevió a testimoniar a su soberana no tardó en ser correspondido.

Apenas se formó esta unión Isabel se aprovechó de ella para instruirse. Bois-Bourdon la puso muy pronto al corriente de los acontecimientos de los que le era absolutamente esencial apoderarse, si no quería convertirse en su victima.

-Es preciso participar en los desórdenes de la corte de Carlos VI, señora -dijo este favorito-, si no se quiere ser arrastrado por ellos. Al no poder poner diques al torrente, es necesario abandonarse a su corriente; ella resbalará para usted sobre una arena de oro, si tiene, como esas gentes, la destreza y la audacia necesarias para volverla a su favor. Sólo se triunfa al lado de un joven príncipe, sin experiencia y conducido por hábiles intrigantes, convirtiéndose en un intrigante como ellos: si no les imita la temerán, y a partir de este momento la perderán: les encadenará pareciéndose a ellos. Estaría mal, lo sé, abrirse uno mismo el camino; pero cuando está abierto, sería peligroso no seguirlo.

-Noble señor -respondió la reina-, vos me guiaréis; me siento fuerte a vuestro lado. Presiento que las acciones, cuyo mal paliáis a mis ojos, me alarmarán quizá alguna vez; pero como me lo hacéis observar muy acertadamente, existen circunstancias en que es preferible ser sacrificador que víctima; y si mi conciencia me atormenta, al recordarme mi corazón que obro por vos, se calmarán muy pronto mis alarmas.

¡Qué peligrosa es la delicadeza que sabe colorear de este modo el crimen!

[4] Consultar el prefacio de esta obra

-El rey -prosiguió Isabel- es el mejor hombre del mundo, le estimo y le reverencio; pero su cabeza es muy débil, y yo siento en la mía una energía que se avendría mal con la debilidad de la suya.

»No he venido a esa corte para arrastrarme; mis aspiraciones mucho mayores me hacen concebir la noble ambición de querer disponerlo todo aquí. Los tíos del rey me presentan grandes obstáculos; con razón me lo hacéis notar: y bien, les alejaremos, si se hacen temer. El duque de Touraine, hermano de Carlos[5] joven y lleno de ardor, secundará nuestros designios, estoy segura; es preciso que le haga mío.

-¡Qué rival me hacéis temer, señora! -dijo Bois-Bourdon alarmado.

-Amigo mío -respondió la reina- os he probado mi amor; pero no esperéis ligarme a vos, como podríais exigirlo de una mujer ordinaria. El amor es a mis ojos una debilidad que en mí cederá siempre ante el interés y la ambición; únicas inclinaciones que tenéis que alimentar en mi corazón. Si nuevas relaciones ponen en juego estos dos móviles de mi alma, las tomaré, no lo dudéis en absoluto, pero sin dejar jamás de ser vuestra; vuestra fortuna no será por ello sino más rápida, y mis gozos más completos. Todos, decís, roban en esta corte, me doy cuenta de ello; se permiten en ella las más vergonzosas depredaciones: el de Anjou acaba de agotar todas las economías de Carlos V; Bourgogne y Berri le remplazan; cada cual no se ocupa sino de sí mismo; ¿por qué, pues no hacer lo mismo? Si en vos yo hubiese encontrado virtudes, quizá las hubiese adoptado: he encontrado lo contrario... ¡y bien!, os lo repito, Bois-Bourdon, vos me guiaréis. Soy muy joven vos tenéis la experiencia necesaria para darme buenos consejos, los seguiré mientras estén de acuerdo con mis ideas, los rechazaré cuando las contraríen.

Bois-Bourdon se deja caer a los pies de su soberana, protesta de su fidelidad; jura el secreto más inviolable, y el crimen, con sus manos repugnantes, acaba de anudar los lazos sublevantes de esta funesta asociación.

En los preparativos del segundo armamento proyectado contra Inglaterra, el condestable de Clisson imaginó una villa que tenía que transportarse con los buques de desembarco; esta fortaleza era capaz de alojar a una armada entera y tenía que servir como fortín, al posarse en la playa enemiga. Nada igualaba por otra parte al lujo y a la magnificencia de los buques destinados a esta expedición.

La manera de pensar general era entonces que el duque de Bourgogne, muy unido al partido inglés, conseguiría hacer fracasar todavía esta segunda empresa. Efectivamente, no tuvo lugar; pero las sospechas se disiparon, y sólo se criticó la lentitud con que el duque de Berri se había dirigido al puerto de l'Écluse, punto de reunión y de partida; esta subversión de ideas no se debió a otro sino al duque de Bourgogne, en su deseo de disimular mejor.

Durante la ausencia de la corte, que acababa de partir en dirección a Flandes, el duque de Touraine, hermano del rey se quedó en París.

Joven, impetuoso y fervoroso, no fue sin emoción que se encontró a solas con Isabel, por así decirlo, quien, por su parte, creyó que tenía que aprovechar esta circunstancia para introducir en sus intereses a un hombre tan necesario para los proyectos que había concebido ya, a pesar de su juventud, y de los que hemos visto que había hecho

[5] Después duque de Orléans.

partícipe incluso a Bois-Bourdon. Pero con la intención de conservarles a ambos, creyó que tenía que dar cuenta a éste de los progresos muy reales que había conseguido.

-Querido amigo -le dijo en consecuencia- os acordáis de todo cuanto os dije a propósito de mi cuñado; le participé la necesidad que tenía de él; le testimonié el placer que sentiría encadenándole a mi carro: lo he conseguido, Bourdon[6], Touraine lo puede todo sobre mi esposo; quiero conseguir todo el poder posible sobre Touraine. Sabed plegaros a las circunstancias, amigo mío: no querré al duque sino lo necesario para nuestros comunes intereses: no es en absoluto una infidelidad que yo hago, es una obra maestra de intriga y de combinaciones. Sed siempre discreto, no os esconderé nada; vos seréis útil a mis proyectos; yo serviré a los vuestros, y nos encontraremos cuantas veces la ambición, el amor o el interés nos reúnan.

Nuevos juramentos de fidelidad por parte del favorito; y 1 a intriga se anudó con el duque.

-Vos no estáis en el lugar que os corresponde, mi querido hermano -dijo un día Isabel al señor de Touraine-; Carlos es incapaz de reinar; debería corresponderos el trono; obremos de común acuerdo al menos para ilustrarle, si no podemos conseguir colocar en el trono al único hombre que está hecho para sentarse en él.

-Mi ambición iguala a la vuestra, señora -respondió el duque-, y veo con tristeza que unos hombres desaprensivos y perversos se apoderan a la vez del espíritu del monarca y de la fortuna de sus pueblos. Por dos veces ya el duque de Bourgogne ha hecho fracasar unas resoluciones cuyo triunfo podía ser muy glorioso para Francia, y cuya inejecución empobrece el pueblo y sólo le enriquece a él. Es preciso, o obstaculizar parecidos desmanes, señora, o apoderarnos del provecho. Unamos nuestros intereses como nuestros corazones y sea lo que sea lo que pudiera costar, que todo se inmole a nuestras pasiones: no existen ya, en este siglo de intriga y de debilidad, otros medios con que triunfar.

Este fue el segundo pacto que aseguró las desgracias de Francia; éste fue el origen de esas turbaciones horribles que tenemos que pintar... ¡De qué plagas en efecto tiene que estar amenazada una nación que sólo ve en sus sostenes y en sus dueños a unos expoliadores y a unos trapaceros!

Una nueva prueba de la rapacidad del duque de Bourgogne se presentó con la muerte singular del rey de Navarra, a cuyos bienes aspiraba y de los que supo apoderarse en detrimento de los herederos de este príncipe.

Una tercera expedición contra Inglaterra se puso aún sobre el tapete. El tiempo era propicio: la debilidad del gobierno inglés, que no tenía por aquel entonces que oponer sino un joven monarca sin crédito, sin fuerzas y gobernado como Carlos por unos parientes que le arruinaban y le oprimían deshonrándole; todo concurría, se ve bien claro, al triunfo del proyecto concebido, y Ricardo II, en el trono de Gran Bretaña, parecía garantizar los triunfos de Carlos VI en el de Francia.

Pero demasiados intereses tenían que hacer fracasar todavía esta nueva empresa que, como las precedentes, no llegó a realizarse. Se pretendió que el duque de Bretagne era esta vez la causa y, ciertamente, todas las pruebas anteriores de su infidelidad bastaban esta vez para legitimar las sospechas. Fue imposible dudar de su amistad con los ingleses; pero por otra parte ¿podía saberse hasta qué punto el duque de Bourgogne

[6] Así le llamaba con frecuencia, por amistad y porque era más corto.

participaba en esta amistad? Sabemos lo que pensaban Isabel y Touraine: ¿en qué manos se encontraba, pues el infortunado Carlos y su desgraciada nación?

Pero derramemos un poco de luz sobre los motivos del bretón; será el medio para aclarar muchos otros hechos.

El mayor de los hijos de Carlos de Blois estaba por aquel entonces prisionero de los ingleses. El duque de Bretagne, su padre, se había propuesto procurarle la libertad, y rehusó hacerlo cuando se le requirió que mantuviese su palabra. El condestable de Clisson se sintió atraído por este joven príncipe, y quiso que desposase una de sus hijas: el duque aceptó. Sólo quedaba por obtener la libertad del joven prisionero: el condestable se dirigió al duque de Irlanda que hacía todo cuanto quería de Ricardo. Obtuvo lo que deseaba; pero el duque de Bretagne furioso al ver que Clisson obtenía algo que él había prometido y en lo que no quería mezclarse ya, juró odio eterno al condestable, y el primer rasgo de este odio nos parece demasiado interesante para suprimirlo. La manera sorprendente con que desvela otros acontecimientos necesarios a nuestro tema, nos impone por otra parte el deber de contarlo, por poco conocido que sea.

El duque de Bretagne invitando un día a visitar al condestable su castillo de l'Hermine bajo el pretexto de recibir sus consejos en lo referente a la parte de las fortificaciones, en las que Clisson estaba muy instruido, le hizo penetrar en las torres del castillo. En la puerta de una de estas torres, el condestable, antes de entrar, realizó algunas ceremonial acostumbradas; pero obligándole el duque a entrar, Clisson obedeció. Apenas pasó que, a una señal del duque, las puertas se cerraron al instante y el condestable fue cargado de cadenas. En el acto, Bavalan, que mandaba en esta fortaleza, acude a recibir las órdenes de su señor y recibe la de coser al condestable en un saco y echarlo al río. « Su orden es bárbara, monseñor -responde Bavalan-; pero tengo que obedecerle, es mi deber.» Desde el amanecer, el duque impaciente manda llamar al oficial para saber las consecuencias de la ejecución de sus órdenes. « Monseñor, están cumplidas o, responde Bavalan. « Desgraciado, ¿qué has hecho? ¿No reconociste el principio que las dictaba? » «Lo reconocí, mi señor; y por eso el condestable está lleno de vida. » « ¡Ah!, amigo mío, lo debo la mía, abrázame, Bavalan, y cuenta con mi eterna protección; lo debo a la vez el honor y la vida. »[7]

Pero así es el desarrollo del corazón humano: el crimen se concibe en el delirio de las pasiones; el remordimiento lo castiga o lo previene; al regresar toma muy pronto funestos derechos que la virtud no puede aniquilar.

Carlos de Blois, en un principio muy satisfecho por haber conservado la vida al condestable, no quiso soltarle sin un fuerte rescate. Clisson se quejó al rey quien, para vengar a su condestable, quiso llevar inmediatamente la guerra a Bretagne; pero el duque de Bourgogne, que compartía demasiado bien con Carlos de Blois los sentimientos de éste con respecto a Inglaterra, supo hábilmente desbaratar este proyecto y se contentaron con obligar al duque de Bretagne a devolver el dinero que había recibido del condestable y el de sus dignidades que había guardado como fianza. Carlos, por toda respuesta, abre sus ciudades a los ingleses aunque los expulsa después en seguida, presentando sus excusas al rey y fingiendo reconciliarse con el condestable, contra el que sin embargo, no cesa de alimentar gérmenes de odio, y todo esto debido a una consecuencia de este carácter versátil y débil que, como acabamos de ver, le obligue a pasar del insulto al remordimiento, y del remordimiento a la bajeza; carácter que es

[7] De aquí Voltaire sacó el tema para su Adelaida de Guesclin.

tan desagradable encontrar como pintar. Ese es el rasgo que hemos considerado necesario citar para aclarar la tortuosa conducta del duque de Bretagne.

En una palabra, así se disipaba todo el dinero del reino: se realizaban sin cesar pequeñas expediciones, nulas para la gloria del estado, y únicamente útiles a aquellos que conseguían dinero a través de ellas.

El rey acababa de cumplir veintiún años cuando se convocó una asamblea de los príncipes de sangre real y de numerosos prelados, en la que, exponiendo claramente todo el peligro de las depredaciones de los tíos de su majestad, se decidió que Carlos tenía que reinar por fin por sí mismo. El cardenal de Laón apoyó resueltamente esta decisión, con la que los duques de Bourgogne y de Berri, que no la esperaban, se irritaron vivamente. Entonces el rey volviéndose hacia sus tíos les dio las gracias y les dijo que se atenía al consejo que recibía. Al día siguiente, el cardenal fue envenenado.

Eso es lo que se arriesgaba en estos siglos de minoridad, en qua la anarquía qua alimentaba al egoísmo le convertía necesariamente en el enemigo capital del que contrariando sus intereses los suyos no podían abarcar sus mires. El fin trágico del cardenal causó macho ruido; pero fue fácil descubrir de donde provenía el golpe; lo fue igualmente aclarar la participación qua Isabel había tenido en la deliberación qua empujaba al rey a abandonar la tutela de sus tíos. Estaba claro qua la convocatoria de esta asamblea y la deliberación que se decidió en ella no era más qua el efecto de las intrigas de Isabel con el duque de Touraine: ambos al querer conducir al rey a su gusto tenían el único fin de alejar de él cuanto estorbaba esta intención.

« Estos intrigantes han robado ya bastante -decía Isabel al duque de Touraine-; ahora nos toca a nosotros... » ¡Y sólo tenía diecinueve años cuando esta mujer audaz se atrevía a hablar así!

Todo cambió en la corte desde el momento en que los tíos paternos del rey se retiraron; el duque de Bourbon, tío materno, y el duque de Touraine, que desde ahora llamaremos siempre el duque Luis de Orléans, fueron los únicos que permanecieron al lado del monarca. Los cortesanos cambiaron igualmente; todos aquellos que habían adulado a la antigua corte desaparecieron. Fueron remplazados por los del momento entre los que Bois-Bourdon supo guardar su rango.

Luis ignoraba la participación de este joven caballero en los favores de la reina; pero nosotros sabemos que Isabel no ocultaba en absoluto a Bois-Bourdon que su cuñado era su amante: se convirtió, pues en el confidente de su manceba sin serlo de su rival. Sólo en las cortes corrompidas se observan semejantes singularidades; las del siglo XVIII podrían proporcionar algunos ejemplos.

Era el marqués de Craon el que poseía toda la confianza del joven de Orléans. ¿Lo que había hecho al duque de Anjou le convertía en digno de este puesto...? ¿Pero son buenas costumbres lo que desean los príncipes en los confidentes de sus errores?

Los otros cortesanos qua empezaron a mostrarse entonces fueron Montiagu, Vilaines, Mercier, La Rivière, etcétera, estaban apoyados por el condestable qua acababa de recuperar su crédito a causa de la caída del duque de Bourgogne, siempre unido a Carlos de Blois, irreconciliable enemigo de Clisson.

Se formó un consejo de estado compuesto por dos mariscales de Francia, por nueve miembros más y por el condestable. Armant de Corbie, primer presidente, fue hecho canciller en lugar de Pedro Degiac que murió aquel año. El cuidado de la policía de París fue confiado al preboste de la ciudad, y se efectuaron muchos cambios en la

capital, por aquel entonces repleta de bribones subalternos que no hacían otra cosa sino imitar a sus jefes, y que sólo por esto merecían la expulsión. Ellos y los mendigos, viles deshechos de la sociedad, vivían en un barrio privilegiado llamado la corte de los milagros, por la facilidad que tenían estos bandidos en hacer desaparecer a su gusto las llagas que sólo presentaban a miradas del público para interesarle.

Si la verdadera sabiduría hubiese presidido todos estos cambios, sin duda tenía que ser la paz el resultado de ello; sin embargo, en apariencia empezaron a trabajar por la consecución de la misma. Pero si Francia se encontraba desembarazada de los partidarios de Inglaterra, los que les remplazaban no eran amigos menos cálidos de esta nación contra la que sólo se trataba de declarar la guerra para conseguir dinero de los ingleses que la temían y de los franceses que no la querían.

El duque de Bourgogne probó la eficacia de este doble monopolio; en la nueva corte muchos iban a convertirse en sus imitadores.

Algunos éxitos, sin embargo, coronaron estas últimas negociaciones, en las que Ricardo II tenía por lo menos tanto interés como Carlos VI y a mediados del año siguiente se consolidó el proyecto. Las hostilidades se suspendieron.

Pero la actividad del joven rey no se acomodaba a estas demoras y fueron precisas unas fiestas que le disipasen: esta ocupación correspondía a la reina, iba muy bien con sus gustos.

La ceremonia del grado militar conferido al hijo del duque de Anjou, se convirtió en el motivo de un torneo en el que Carlos apareció, llevando como emblema un sol de oro; el hijo del duque de Bourgogne llevaba uno de plata.

Los caballeros entraron en la liza conducidos por las mujeres más distinguidas. Cuando los combatientes estuvieron en la entrada del campo, las damas que les habían acompañado les dieron un beso y se separaron de ellos, exhortándoles para que mereciesen el favor que les otorgaban... ¡Feliz siglo en que al abrazar el amor al honor, comunicaba a este segundo sentimiento todo el calor del primero!

Las damas iban a colocarse después en los estrados que rodeaban la liza; se convertían en jueces del campo, y concedían el premio al vencedor.

Todo se desarrolló satisfactoriamente durante este torneo; pero unas acciones hijas de la última indecencia mancillaron el baile que siguió; no se respetó allí ni el pudor de las mujeres ni la virtud de las doncellas. Estos excesos hicieron murmurar. La reina y el duque de Orléans, lejos de reprimir estos desórdenes, se vieron acusados de haberse prestado a ellos: si sus acciones siguientes lo hacen creer, se tienen que perdonar las sospechas de aquellos que les acusaron de éstas.

Un servicio solemne en Saint-Denis, en honor del condestable Duguesclin, calmó un poco los espíritus: es agradable ver a la virtud extender un imperio. Clisson, compañero de armas de este guerrero famoso, dirigió la ceremonia cuyo esplendor fue digno del que se celebraba la gloriosa memoria.

Por aquel entonces el duque de Orléans desposó a Valentina de Milán, hija de Galéas de Visconti y de Isabel de Francia, hermana de Carlos V. Era por consiguiente prima hermana del duque de Orléans, cuyos sentimientos, como se ve, se quedaban en familia, puesto que tenía a su prima por esposa y a su cuñada por amante. La escisión de la iglesia, dirigida entonces por dos pontífices, disculpaba la despreocupación con que eran vistos tales desórdenes., que una armonía más perfecta no hubiera seguramente tolerado. Este matrimonio no alteró en absoluto la secreta unión de Isabel y del

contrayente; quizás incluso, según los planes misteriosamente concebidos por estos dos amantes convenía mucho más a sus proyectos: la continuación nos lo explicará. Este himeneo excitó vivamente los celos del duque de Bourgogne; fue la primera fuente de la división de estas dos poderosas cases, cuyos odios fueron tan funestos pare Francia.

Corno quiera que fuese, este acontecimiento dio lugar a nuevas fiestas y por este tiempo se preocuparon de la entrada de la reina en la capital de su reino.

Esta ceremonia concerniente a la historia de esta princesa es por otra parte demasiado propicia pare dar a conocer el lujo y la magnificencia de este siglo pare que nos permitiéramos suprimir sus detalles copiados por entero de los mismos textos de los historiadores más acreditados.

«Tuvo lugar el 24 de agosto de 1389 en la época en que la reina se acercaba a los veinte años. Toda la corte se dirigió a Saint-Denis donde se dispuso el orden que tenía que observarse. Doscientos burgueses vestidos con trajes mitad rojos y mitad verdes recibieron a Isabel más a11á de las puertas. Entró en litera descubierta escoltada por los duques de Bourgogne, de Berri, de Bourbon y de Orléans, de Pedro, hermano del rey de Navarra y del conde de Estrevant. Las duquesas de Berri y de Orléans seguían la litera, montadas en palafrenes cuyas riendas eran sostenidas por príncipes. Las otras princesas, como la reina Blanca, la duquesa de Bourgogne, la condesa de Nevers, su nuera, la duquesa viuda de Orléans, la duquesa de Bar, iban en literas descubiertas, acompañadas por príncipes de sangre real y por los más grandes señores que escoltaban los lados de cada carruaje. Las damas de su séquito iban en carros cubiertos o a caballo, rodeadas y seguidas de escuderos y de caballeros.

»A la entrada de la ciudad, la reina se encontró con un cielo estrellado donde cándidos niños vestidos de ángeles recitaban cánticos. La Santa Virgen aparecía en medio sosteniendo entre sus brazos "a su pequeño, el que se divertía por su parte, con un pequeño molinete hecho con una gruesa nuez." Se había revestido la fuente de Saint-Denis con una tela sembrada de flores de lis de oro. Unas jóvenes extremadamente arregladas cantaban melodiosamente y presentaban a los paseantes "clarete, hipocrás y pimiento" en unos jarros de oro y de plata.

»En un estrado levantado delante de la Trinidad, unos caballeros franceses, ingleses y sarracenos representaban un combate llamado "el torneo del rey Saladino".

»En la segunda puerta de Saint-Denis, se veía en un cielo sembrado de estrellas, "Dios en su majestad y, a su lado, niños del coro cantaban muy dulcemente en forma de ángeles".

»Cuando la reina pasó bajo la puerta, dos de estos niños se separaron y fueron a colocarle sobre la cabeza una corona enriquecida con perlas y pedrería; cantando estos cuatro versos:

Señora nacida entre flores de lis
Reina, ¿sois del paraíso?
Desde Francia y de todo el país
Nos vamos a paraíso.

»Más lejos estaba una sala de concierto.

»Isabel que veía con tanta satisfacción como sorpresa estas maravillas del tiempo, se detuvo algo más todavía a considerar el nuevo espectáculo que el tribunal de París ofreció a sus ojos: era una fortaleza de madera, en cuyas almenas se encontraban hombres de armas en facción. Sobre el castillo aparecía un lecho dispuesto donde yacía “Madame Sainte Anne": era, decían, el símbolo del lecho de la justicia; el decorador tenía prevista sin dude la divina posteridad de la Santa; a cierta distancia habían imaginado un bosque de donde se vio salir corriendo a un ciervo blanco que se dirigió al lecho de la justicia, un león y un águila, que salieron del mismo bosque, fueron a atacarle: en ese mismo instante dote doncellas con la espada en la mano se dispusieron a defender el lecho de la justicia y al ciervo. Carlos había adoptado por emblema la figura de este animal. Un hombre escondido dirigía con la ayuda de un resorte los movimientos del ciervo, que cogió una espada con la que agitaba el aire; parecía amenazador y miraba a todas partes con los ojos inflamados.

»A eso se limitaba la destreza de los maquinistas de este siglo.

»La reina se disponía a entrar en el "Pont au Change", cuando un acróbata descendió con rapidez por una cuerda tendida desde lo alto de las torres de Notre-Dame hasta el puente. Como ya era tarde, sostenía en cada mano una antorcha encendida.

»El rey tuvo la curiosidad de asistir a todos esos espectáculos, y montó a ere efecto en la grupa del caballo de Savoisi, uno de sus chambelanes, arriesgándose a ser golpeado y expulsado por los agentes de la policía. Esta aventura fue el tema de las bromas de la noche.

»El obispo de París recibió a la reina a la entrada de la catedral; ésta realizó sus ofrendas que consistían en cuatro piezas de tela de oro, a las que añadió la corona que había recibido al entrar; en seguida le pusieron otra.

»Al día siguiente tuvo lugar la ceremonia de la coronación en la capilla santa del palacio. Isabel se dirigió a la iglesia, con la corona en la cabeza y los cabellos flotando. Toda la corte comió en el gran salón del palacio.

»Durante el festín, se representó ante los convidados el sitio de Troya; se llamaban entremeses a esa clase de representaciones. Los centros de orfebrería adornados con figuras con los que adornamos nuestras mesas nos recuerdan estos usos antiguos, reducidos a proporciones más agradables y menos embarazosas. Los días siguientes transcurrieron entre bailes y torneos precedidos y seguidos de festines espléndidos. Al final de una comida que el rey ofrecía a las damas en el salón del palacio, entraron dos jóvenes señores, armados completamente; les divirtieron con un combate en el que numerosos caballeros tomaron parte, uniéndose a los dos campeones.

»Cuarenta de los principales burgueses encargados de traer al monarca los presentes de la ciudad, fueron a ofrecerle en el palacio Saint-Paul, cuatro recipientes, seis palanganas y seis platos de oro; Carlos los recibió y les dijo: "Muchas gracias, buenas gentes, son hermosos y valiosos."

»Los presentes destinados a la reina, llevados hasta la habitación de esta princesa por dos hombres disfrazados, uno de oso, el otro de unicornio, eran una nave de oro, dos frascos grandes, dos platillos de servir la gragea, dos saleros, seis recipientes, seis palanganas del mismo metal y dos platillos de plata. Dos hombres ennegrecidos y disfrazados de moros trajeron la vajilla, igualmente presentada a la duquesa de Orléans; estos presentes costaron a la ciudad sesenta mil coronas de oro.

»Los Parisienses conservaban la esperanza de obtener por medio de estas demostraciones de celo algunas disminuciones de impuestos; pero sus esperanzas se desvanecieron con la partida de la corte. Los impuestos se aumentaron; un cambio de moneda acrecentó su descontento; el curso del dinero antiguo se prohibió bajo pena de muerte; y como estos cambios abarcan hasta las monedas de menor valor, llamadas "petits blancs", el pueblo sufrió mucho y se quejó más aún.»

Apenas estas importantes ocupaciones estuvieron terminadas el rey partió hacia Avignon con el deseo de ver al papa Urbano que por aquel entonces habitaba allí. Deseoso de volar con sus propias alas, no quiso permitir de ninguna manera que sus tíos le acompañasen en su viaje que proyectaba al mismo tiempo por sus provincial meridionales, por miedo de que perjudicasen las intenciones que había concebido y de las que una de las principales era verificar cuales podían ser en Languedoc los motivos de las quejas levantadas contra el duque de Berri que entonces mandaba allí y que había ocasionado Belisac, secretario del duque. Más de cuarenta mil familias desoladas huyeron de esta provincia pare refugiarse en España, a donde llevaron su bienestar y su industria... Había llegado el momento de remediar tales abusos. Belisac torturado confesó unos delitos, tales, que le merecían la última pena. Este secretario, en esta desgraciada circunstancia, no tuvo otra ocurrencia mejor pare escapar al peligro que le amenazaba que la de tentar a la reina, que había acompañado al rey, ofreciéndole una suma inmensa.

Con una mujer como Isabel el medio era infalible; hubiese vendido Francia entera por la mitad de lo que le ofrecían. Desde este momento, se las apañó con el duque de Berri, quien pare agradecerle su intervención, le remitió por su parte sumas por lo menos tan elevadas como las dadas por Belisac. Se convino desde entonces en este pequeño comité que Belisac haría unas declaraciones falsas y totalmente opuestas a las depredaciones de que se le acusaba, pero como el rey quería que sirviese de ejemplo, puesto que se ponía al abrigo de los crímenes que le eran imputados legítimamente, era preciso al menos encontrarle otros; se decidió que le acusarían de ateísmo; lo que, en estos tiempos de tinieblas y de superstición, le conduciría igualmente al patíbulo, sin embargo, con muchos más medios con que obtener gratis, puesto que sólo dependía ya de la justicia eclesiástica, de cuyas manos era casi seguro sacarle por el inmenso crédito que tenía el duque de Berri con el papa. Pero de esta manera se le perdió más fácilmente; el rey, furioso por un subterfugio que iba a devolver a la sociedad a mi culpable del que era tan necesario liberarla, obstaculizó todos estos medios escapatorios y Belisac fue condenado a la hoguera. Al subir al cadalso, quiso retractarse del crimen de ateísmo por el que se encendían las hogueras, y confesar el de peculado, el único que pudo imputársele y del que creía firmemente que le salvaría Isabel, ante el terror de verse comprometida por las confesiones que podía hacer. Pero la reina tan hábil como el hombre que podía perderla empleó todo su crédito pare apresurar el juicio, y el desgraciado Belisac tuvo que pagar a la vez, con la muerte más cruel, su desacertada seducción y el crimen que la había motivado.

Estos eran los comienzos de Isabel; eso era lo que ejecutaba en la feliz edad en que la naturaleza parece colocar sólo en nuestras almas el candor y la afabilidad.

¿Se sorprenderán por lo que siguió?

El condestable de Clisson había influido prodigiosamente tanto en la revelación de las conclusiones del duque de Berri como en el proceso de Belisac: Isabel que no lo ignoraba, desde este momento empezó a odiarle. Pudo querer la pronta ejecución del secretario, mientras temía sus confesiones; pero desde que Belisac la pagó bien, ya no

había deseado su muerte, y tenía que odiar, pues, al que la ponía a la vez en la imposibilidad de recibir ya nada más de su cómplice y que le hacía temer sus indiscreciones, así fue que no perdonó jamás al condestable. El duque de Berri compartía este resentimiento: será necesario acordarse de esta particularidad, cuando se verá que Clisson se convierte en la victima de estos odios, cuyos gérmenes se encontraban también en el alma del duque de Bretagne que, como se vio, se había vengado ya del condestable, enemigo capital de los ingleses que protegía tanto Carlos de Blois.

Las declaraciones de Bois-Bourdon a las que nos vemos obligados a recurrir con frecuencia, pare establecer la verdad de los hechos que contamos[8] desmienten formalmente aquí a los historiadores que nos dicen que la reina no realizó el viaje por el Languedoc; las pruebas que dan de ello consisten en una pretendida apuesta hecha entre el rey y el duque de Orléans cuyo fin era saber quien ale los dos llegaría más pronto de Montpellier a París, tiara reunirse con sus mujeres; la apuesta pudo existir, pero el rey no podía tener por motivo el deseo de ver a su mujer, puesto que no se había separado de ella. Cuando parecidos errores esparcen tanta oscuridad sobre las verdades históricas, ¿cómo puede permitírseles?

Isabel que acababa de sentir hasta qué punto la presencia del rey la molestaba para exacciones parecidas a la que había hecho, con el fin de encontrarse más a gusto, y sobre todo mucho menos observada, proyectó alejar a su esposo incitándole a emprender algunas empresas lejanas que le permitiesen reinar sola por completo.

-Señor -le dijo un día- vuestro gusto y vuestro talento para las armas languidecen en una imperdonable ociosidad; vuestros generales y vuestros soldados se enervan en el seno de la indolencia, y yo veo desde aquí que la blandura borra con sus dedos flexibles las páginas de la historia de un reino que vos podríais hacer más glorioso. Si el más hermoso y el más noble de los proyectos fracasó con san Luis, vuestra majestad conoce las causas: más ocupados de su ambición y del deseo de conseguir reinos, los héroes de las cruzadas sacrificaron a una gloria muy culpable la de la religión; os corresponde reparar esta falta, Señor. Todos vuestros guerreros arden en deseos de seguiros en una expedición tan piadosa. Volad a su cabeza a liberar el sepulcro del Redentor de los hombres; apresuraos a arrancar de las manos de estos infieles, cuya sola presencia mancilla este monumento sagrado de la más respetable de las religiones. El cielo bendecirá la empresa, y estos laureles que por mi voz os invita a coger, formarán la corona celestial que depositaréis un día a los pies del trono de Dios. Me quedaré gobernando vuestro reino, y mis cuidados se partirán entre los que me impondrán los deberes que me habréis confiado, y las ardientes plegarias que dirigiré cada día al cielo para el éxito de una conquista tan digna de vuestro coraje y de vuestras virtudes.

Isabel conocía bastante el espíritu supersticioso de su esposo para esperarlo todo de esta efervescencia.

-¡Oh, sí, sí! -respondió el rey con entusiasmo- sí, querida esposa, soy digno de reparar las faltas de mis antepasados; vuestra voz celeste acaba de producir en mí la misma impresión que sintió Moisés en el monte de Horeb al recibir de Dios, que se le apareció en la zarza ardiendo, la orden de liberar a sus hermanos del yugo vergonzoso del Faraón.

[8] Primer legajo de su proceso, folio 18.

Carlos lleno de ardor lo dispuso todo; y esta nueva extravagancia iba a ejecutarse, si no se hubiese observado en el consejo muy razonablemente que era preferible trabajar en la reunión de la iglesia, por aquel entonces dividida por un cisma, que partir a la conquista de un sepulcro.

Las resoluciones cambiaron; pero Carlos quiso al menos dirigirse a Italia para obligar a los romanos a someterse a la obediencia del papa Clemente.

En cuanto a Isabel, se consoló al ver fracasar sus primeros planes: en primer lugar por la substracción de las sumas ya retiradas para la expedición de Palestina, que prometió al rey guardar en el caso de que el proyecto se renovase; después por las que, mucho más considerables que las primeras, recibió del papa para fortalecer las nuevas resoluciones que el rey acababa de adoptar.

Una vez decidida la guerra de Italia, se levantó el cuadro de las tropas destinadas a pasar los montes. El rey tenía que conducir cuatro mil lanzas; los duques de Bourgogne y de Berri dos mil lanzas cada uno; el duque de Bourbon mil; el condestable dos mil; y mil tenían en fin que partir bajo las órdenes de Couci y de Paul.

Carlos alentó al duque de Bretagne a que le siguiera; pero éste no hizo ningún caso de una proposición que sus propios intereses le impedían acoger, y que era tan fuera de lugar como inútil.

El duque de Orléans se quedaba, y puede juzgarse hasta que punto Isabel se regocijaba con este arreglo.

«Deja allá estos laureles bendecidos -decía a su amante- unos mirtos más dichosos lo esperan en mi seno. Los intereses de la religión son más sublimes que los del amor, estoy conforme, pero son lo bastante fuertes como para sostenerse por sí mismos: apoyemos los nuestros sólo, no conozco otros más sagrados.»

Los políticos pudieron observar desde entonces que se formaban dos partidos muy marcados en la corte. A la cabeza de uno estaba la reina, que sólo deseaba, como acabamos de ver, el alejamiento del rey, a fin de aumentar con esto su tesoro y su fuerza. A la cabeza del otro se encontraban los duques de Bourgogne y de Berri, poco peligrosos para Isabel quien, siempre apoyada por el duque de Orléans, estaba segura de aprovechar la ausencia del rey si se alejaba, y de engañarle si se quedaba.

De esta escisión resultó que en lugar de gozar apaciblemente de la paz general, cada uno pensó únicamente en fomentar guerras internas para enriquecerse a expensas unos de otros en las perturbaciones que acarrearían.

El condestable, buen servidor del rey, y por consiguiente gran enemigo de Isabel, no podía conseguir que el duque de Bretagne observase sus compromisos; éste, muy inglés de espíritu y de corazón se encontraba unido al partido de la reina que estaba en buenas relaciones con los enemigos de su reino, cuyos cofres se abrían siempre para ella, sea porque necesitasen guerras, sea por que las temiesen.

Se enviaron a Rennes unos diputados que se dieron cuenta muy pronto de que el duque les engañaba, y obraba como un hombre seguro de que un acontecimiento muy cercano le libraría muy pronto de sus deberes.

Es necesario observar que en esta época la mala pasada que había hecho el duque al condestable había tenido ya lugar, y que este príncipe subía los impuestos para devolver el rescate que había recibido del condestable.

El marqués de Craon, del que ya hemos hablado, y de cuya inmoralidad es preciso acordarse, desempeñaba un importante papel en la corte. Amigo y confidente de los amores del duque de Orléans y de la reina, ocupaba al lado de este príncipe el mismo cargo de confianza que Bois-Bourdon al de su soberana: únicamente ellos eran los poseedores del gran secreto de esta intriga. El marqués de Craon era pariente del duque de Bretagne, gran enemigo del condestable: esta reunión de circunstancias le adhería al partido de Isabel, y fue por mediación suya que la reina aseguró al duque de Bretagne el calor con que le sostendría en todos los tiempos. A pesar de todos esos motivos para estar profundamente unido a los intereses de los dos amantes, Craon traicionó la confianza que tenían en él. Hizo a Valentina de Milán algunas revelaciones indiscretas, sin pensar que caía él mismo en las trampas que tendía a los otros. Esto requiere algunas aclaraciones.

Existía entre el duque, Isabel y la duquesa de Orléans una culpable asociación que, por horrible que fuese, preservaba sin embargo, al de Orléans y a la reina de todos los peligros de la indiscreción. Carlos tuvo la misma debilidad que el duque de Orléans: éste amaba a la mujer de su hermano y Carlos amaba a su cuñada. Desde este momento, Isabel cedió de buena gana su esposo a Valentina, con la condición de que ésta le cedería el suyo. Todo iba sobre ruedas, y Carlos, sin sospechar un pacto que le hubiese enfurecido, estaba contento sin embargo, del precio al que sus enemigos le cobraban su felicidad.

Las indiscreciones del marqués no estorbaron, pues nada, se sabía lo que tenía que decir; pero le valieron la completa enemistad de Isabel y por contrapartida la de los otros dos. Se resolvió la venganza y unos pretextos se presentaron fácilmente; la conducta de Craon proveía muchos. El imprudente marqués cayó en desgracia. Encargado, como hemos dicho, de algunas negociaciones de parte de la reina, con el duque de Bretagne, fue en sus estados donde corrió en busca de asilo. Prevenido el duque se guardó muy bien de aclarar nada a Craon; pero encontrándole muy propicio para servir a su venganza del condestable, le persuadió de que sólo a Clisson debía sus desgracias; el marqués lo creyó; se sabrá muy pronto lo que resultó de ello.

Por lo demás, nada tan hábil como el cambio que el duque en esta ocasión supo dar al desgraciado Craon; pues armaba por este medio, uno contra otro, a dos poderosos enemigos de la reina, del duque de Orléans y de él mismo. Existen pocos políticos más sombríos y más flexibles, puesto que el duque se cuidaría con esto de reconciliar, cuando quisiese, a Craon con la reina, y de conservar así un agente siempre seguro de su comprensión con esta princesa. Por lo demás, era probable que ésta perdonase al marqués, puesto que de hecho, no había estropeado nada con sus indiscreciones y que había servido de mucho, armándose, como va a verse, contra Clisson mucho más peligroso que él.

Todo lo que acabo de decir se preparaba en Tours., en una entrevista convocada entre el duque de Bretagne y el rey, y a la que Isabel, presurosa por ver al duque, no había faltado.

Allí, el condestable apareció con una suntuosidad por lo menos parecida al aparato verdaderamente insolente que desplegó el duque de Bretagne. La reina, mediadora de esta entrevista, servía a la perfección a un príncipe de que creía tener tanta necesidad para los proyectos ambiciosos que alimentaba desde hacía tiempo.

Allí el duque la reconcilió con Craon, allí Isabel acordó el matrimonio del duque de Bretagne con una de sus hijas, y se concertó esa pérfida alianza cuyo único fin era dar a

Inglaterra un lustro más, aliando a Francia un príncipe que servía tan bien a sus enemigos. Una vez cimentados estos lazos, cada cual regresó a sus estados.

Tan pronto como el duque de Bretagne se encontró en Rennes y siempre por las instigaciones de Isabel, sólo pensó en romper todas las promesas ilusorias que había hecho a su soberano.

A1 regreso de este viaje el rey comenzó a sentir los primeros síntomas de manía. Con otros medios que los que se usaron, quizá se hubiesen prevenido las consecuencias de este accidente; pero como desgraciadamente se tenían muy pocas ganas de lograr esta curación, que unos motivos fáciles de adivinar tenían más bien que retardar en vez de avanzar, sólo se emplearon fiestas y placeres, medio muy insuficiente y que usaban únicamente aquellos que ganaban con fomentar las turbaciones que tenían que resultar necesariamente de un accidente tan funesto.

Se sospechó largo tiempo que la reina había empleado unos polvos para respirar o para tragar que le habían sido proveídos por unos monjes italianos, que se hicieron venir a costa de grandes gastos. Es cierto que se observó desde este momento que las crisis crecían o decrecían en razón de la necesidad que Isabel tenía del delirio o de la razón de su esposo.

¿Pero puede producirse este singular efecto en las facultades intelectuales del hombre?

Si las causas de esta enfermedad son lo bastante conocidas para que pueda curarse, seguramente puede ser provocada; y si ciertos venenos son capaces de alcanzar las facultades físicas. ¿Por qué unos venenos de orden diferente no alterarían sus facultades morales? ¿Son éstas de una clase diferente de las otras y no está demostrado ahora que la unión de unas y otras facultades es demasiado íntima pare que lo que emana de unas no sea una continuación constante de lo que es producido por 1a s otras? ¿No alteran el alma todas las enfermedades del hombre? ¿Y cómo la afectarían sin su intima unión con el cuerpo? ¿Las facultades intelectuales, en una palabra, son diferentes de las facultades materiales? ¿El cerebro del hombre lesionado por los accidentes de la locura no puede, como la membrana velluda de su estómago, ser corroído por un veneno cualquiera? ¿Y si el acto desorganizador es en el fondo el mismo y sólo difiere por la naturaleza del veneno empleado, quien nos dirá que las búsquedas de la botánica no tienen que proporcionar lo que puede alterar uno, como lo que puede desbaratar lo otro? Una única diferencia nos detiene: ¿Nos equivocaremos en la premisa mayor y en este caso todas las consecuencias serán falsas? ¿Es cierto asimismo que las facultades morales son iguales a las facultades físicas? Esta duda nos conduciría a unos siglos de tinieblas felizmente disipadas para nosotros; no temamos, pues equivocarnos con respecto a este hecho. La locura que ataca las facultades morales sólo las turba porque son físicas; sólo las desbarata por la razón de que todo lo que ataca lo moral lesiona infaliblemente lo físico y viceversa, y la locura como es una enfermedad que ataca a la vez el alma y el cuerpo puede darse, como puede curarse, o para expresarse mejor todavía, darse, puesto que se cura.

Por lo demás, lo que exponemos aquí sólo es el resultado de cuanto dijeron los monjes que vendieron estos venenos- pero no respondemos en absoluto de sus afirmaciones, estamos igualmente muy lejos de poder indicar las plantas que empleaban, y ciertamente si este poder estuviese en nuestras manos, nos guardaríamos muy bien de reveler un secreto de tal naturaleza.

Algunos artículos de las confesiones de Bois-Bourbon apoyan nuestras conjeturas; pero dejamos a nuestros lectores la facultad de pensar lo que quieran al respecto. Quizá tendremos ocasión de responder más abajo a algunas objeciones levantadas contra este artículo, muy importante sin duda en la historia que contamos. Limitémonos ahora al simple papel de narrador.

Es cierto, a pesar de lo que pudiera pasar, que en lugar de calmar a su esposo, la reina hacía todo lo que podía para excitarle más. Por aquel entonces instituyó en Vincennes era indecente «corte amorosa» organizada como las cortes soberanas, y donde se encontraban absolutamente todos los mismos oficiales revestidos con los mismos títulos. Pero lo que sorprendió más a los verdaderos amigos de la moral, es que había entre los miembros de esta escandalosa asociación, no sólo los más grandes señores de la corte, sino incluso doctores en teología, importantes vicarios, capellanes, cures, canónigos, conjunto verdaderamente monstruoso y que, dicen los historiadores contemporáneos, caracterizaba la depravación de este burdo siglo, «en que se ignoraba el arte tan fácil de ser vicioso al menos con decencia»[9]. Esta reflexión es muy poco moral: pues, que el vicio esté escondido, o que se manifieste, ¿no es igualmente peligroso...?, ¿no lo es incluso más cuando puede confundírsele con la virtud?

Quizá desearían que trazásemos aquí algunos detalles de las reuniones de las que acabamos de hablar, lo haríamos sin duda si no nos hubiéramos prohibido severamente todo cuanto puede herir la decencia. Que se contenten con saber que la «corte amorosa» de Isabel, templo impuro dónde sólo se alababan los extravíos del sentimiento más delicado, estaba muy lejos de parecerse a las «cortes de amor» de Avignon presididas por Laura y cantadas por Petrarca, donde sólo se practicaban las virtudes del dios que se ultrajaba en Vincennes.

Sin embargo, las fiestas no conseguían que se descuidasen las intrigas: el tiempo que se concede a las primeras es casi siempre aquel en que se urden mejor las segundas. Fue solamente entonces cuando el duque de Touraine obtuvo del rey el ducado de Orléans, cuyo nombre llevó siempre a continuación, que para la comprensión más perfecta de esta historia, le hicimos adoptar, quizá, demasiado pronto.

En esta época igualmente Craon consumó contra el condestable el crimen que dejamos presentir ya, con el fin de conocer de antemano las razones que determinaron esta execración, debida si se quiere a la barbarie, a la depravación del siglo, pero que nunca bajo ninguna excusa tenía que haber manchado la mano de un gentilhombre francés.

Craon, desde hacía mucho tiempo, reunía en su palacio, en secreto, armas de toda especie. Algunos días antes de la ejecución de lo que proyectaba, cuarenta facinerosos se introdujeron allí con el mismo misterio; casi todos eran bretones.

«Amigos míos -les dijo la víspera-, se trata ahora de vengar a vuestro príncipe, conocéis las faltas del condestable de Clisson con respecto al duque de Bretagne. En posesión de sus secretos, los traicionó todos, y creyendo que la verdad no lograría aún perder a Carlos de Blois en el espíritu del rey de Francia, unió a ella la calumnia más insigne: se atrevió a decir que vuestro soberano negociaba una culpable alianza con los ingleses contra Carlos VI, mentira atroz que no tenía otro fin sino empujar al monarca a declarar la guerra a Bretagne, y todo esto con la única intención de vengarse del duque, que lo describió al rey como merecía; tratando sobre todo de desvelar la pérfida

[9] Consulte Villaret.

ambición que le empujaba a llevar la guerra a Bretagne sólo para encontrar medios con que ilustrarse. Si el duque de Bourgogne hubiese continuado en el gobierno de Francia nunca Clisson, nunca este hombre pérfido hubiese conseguido adquirir una consideración que el rey sólo le concede porque no le conoce. En una palabra, Clisson estaba perdido, sin la humanidad del duque de Bretagne, que sólo consintió en soltarle por medio de un rescate que su mala fe no pagó nunca. Carlos de Bretagne era el dueño de su vida, se la concedió, y el ingrato se convierte aún en más culpable con respecto a su libertador. Amigos, ha llegado la hora de vengar a vuestro señor; tengo orden de no tratar con miramientos a este gran culpable; armaos contra un traidor y cumpliréis el deber de las personas honradas. El condestable pasará mañana cerca de este palacio; golpeadle cuando aparezca, y que el mentiroso expire a vuestros pies. Esta legítima acción a la que os exhorto tiene que ser agradable al cielo, cuya justicia quiere que el crimen sea castigado: tiene que complacer a nuestro soberano al que venga y más aún a Carlos VI al que libra del mortal más peligroso.

»Si hay uno solo a quien repugne esta acción que no se arme. Aquí hay mazas, espadas, puñales para los demás... » Y apoderándose Craon en persona de una de estas armas gritó: «Ojalá pudiera este hierro vengador que veis aquí, guiado por mis manos justicieras, hundirse el primero en el corazón del culpable. Que ningún remordimiento, ningún terror turbe vuestros espíritus, tanto como debemos temblar ante un asesinato ilegítimo, tanto debemos enorgullecernos del que venga de un golpe a Dios, al honor y al rey.»

Se cogieron todas las armas y todos los que se apoderan de ellas juran obedecer.

El día elegido para realizar esta infame acción era el de la fiesta del Santísimo Sacramento. La superstición de estos tiempos de ignorancia afectaba preferir para la ejecución de los más horrorosos complots los días consagrados por la religión, como si los culpables quisiesen asociar al cielo con su ferocidad.

Llegó la noche. Fue precedida por una tempestad que cubría aún París entero con las tinieblas más espesas.

Lejos de prestarse a las infamias proyectadas se hubiese podido decir que el cielo obscurecía únicamente el horizonte con sus sombras para asustar mejor a .los culpables. Ni un alma circulaba por las calles de la capital de Francia, el silencio que reinaba en ellas era la imagen de la muerte.

Esta noche había tenido lugar una fiesta en el palacio de Saint-Paul, donde se encontraba ordinariamente la corte, y el baile que siguió a la cena había llenado la mitad de la noche.

El condestable acababa de abandonar la corte; se retiraba a su palacio situado en el lugar que ocupó más tarde el palacio de Soubise. Era la una de la madrugada, cuando escoltado por ocho hombres llevando antorchas encendidas, Clisson atraviesa la calle Culture Sainte-Catherine. Algunos asesinos, mezclándose con los criados de Clisson, apagaron las antorchas de éstos, el condestable no viendo ya con quien tiene que habérselas, pero cuya franqueza y lealtad no pueden sospechar un mal que sería él mismo incapaz de cometer, cree que esta escena es sólo una broma del duque de Orléans. « Os adivino, mi príncipe -grita- y perdono a vuestra juventud una broma, que sin embargo, no nos conviene ni a vos ni a mí. »

Ante estas palabras, Craon se da a conocer: « Condestable -dice-, no es el duque de Orléans, soy yo..., yo que quiero librar a Francia de su más mortal enemigo; sin cuartel,

es preciso morir. Matadle, matadle –prosigue este cobarde dirigiéndose a los que le seguían-, y no dejéis con vide a ninguno de los que le defenderán.»

En vano los ocho criados del condestable trataban de hacerlo; ellos y su señor fueron asaltados y golpeados por todos lados. Los criados se escaparon, y Clisson que se quedó sólo en medio de sus asesinos, hubiese sucumbido infaliblemente sin la coca de malla que llevaba bajo sus vestidos. No hay manera de reconocerse unos a otros..., la oscuridad es tan profunda, que algunos cobardes se apuñalan entre ellos. Otros, asustados por el horror gratuito que les hacen ejecutar y por las peligrosas equivocaciones de las que la oscuridad les convierte en víctimas, y más aún sin dude por el valor con el que Clisson se defiende, emprenden la huida, desperdigándose por las canes adyacentes, o regresan al palacio de Craon. Únicamente uno más encarnizado que los otros, lama a Clisson un golpe tan terrible, que le hace caer de su caballo y va a parar a la puerta de un panadero, aún entreabierta, y que hunde el peso de su cuerpo. La débil luz que sale de esta tienda termina de llenar de terror el alma de los culpables; todos emprenden la huida, Clisson se queda solo y sin conocimiento.

Algunos de sus servidores se acercan entonces; uno de ellos come a advertir al rey de lo que sucede. Carlos iba a acostarse: sin vestirse de nuevo, sube a la grupa detrás del emisario cuyo caballo fustiga con todas sus fuerzas. Llega a case del panadero, y ve a su condestable ahogado en medio de su sangre, que se esfuerzan por parar. « ¡Oh, mi querido Clisson! -le dice-, ¿quién pudo ponerte en este estado? » « Señor -responde el condestable- son vuestros enemigos tanto como míos: pues sabéis cuanto quiero a vuestra majestad, y estos desgraciados no me lo perdonan.» «Pero, ¿quién, pues, amigo mío? Nombradle. » « Señor, es Craon, le he reconocido; es él quien cobardemente me ha hecho asesinar: sólo le nombro porque los que me tratan así no sabrán amarle.» «Condestable -dice el rey- este doble motivo es inútil para que castigue a este vil asesino. Vengaría quizá con menos calor vuestro ultraje si me ocupaba del mío. »

Sin embargo, los doctores llegan. « Miren a mi condestable -les dice Carlos-, y que yo sepa lo que debo esperar; pues sus dolores son los míos propios: les recompensaré más por curarle, que por los cuidados que pudiesen prestarme a mí... » Y el buen Carlos, inclinándose sobre el condestable, mojó con sus lágrimas las llagas de su amigo. «Señor -le dijo Clisson enternecido- si siento perder esta sangre que vuestras lágrimas paran, es por la imposibilidad en que su efusión va a colocarme de poder terminar de perderla por vuestra majestad vertiéndola en el campo del honor. » « Condestable, tú no morirás. » « Y bien, mi príncipe, mi último suspiro será, pues, para vos -prosiguió Clisson estrechando las manos de su señor- y esta esperanza me consuela por todo.»

Esta escena emocionante inflamó las llagas y los cirujanos suplicaron al rey que se retirase. « Consiento en ello -dijo Carlos-, pero con la condición de que me respondéis de él, no le dejaré sin esto.» « Sí, señor, respondemos de él.» « Me voy pues tranquilo -dijo el rey-. Adiós condestable; reconoceré si tú me quieres por los cuidados que tomarás de tu persona », y lo abrazó...

¡Qué cuadro el de un rey, mezclando sus lágrimas con la sangre de uno de sus mejores oficiales derramada antes en su servicio; cuántos derechos adquiere sobre el que se la ofrece aún, y qué título para la adoración de sus pueblos!

En el mismo instante las órdenes más severas se dieron al preboste de París para que detuviese a los asesinos de Clisson. Pero estaban a salvo: buenos caballos les permitieron escapar de la justicia de los hombres, y no a la de Dios, que deja pocas

veces crímenes tan grandes sin castigo. Se detuvieron a algunos inocentes, entre otros a un canónigo de Chartres, en casa del que se había hospedado Craon; pero el culpable no pudo ser alcanzado. Huyendo a uña de caballo, llegó a Sablé, una de sus ciudades en los confines del Maine y de Bretagne: allí se enteró de que Clisson no había muerto. Desde entonces sin creerse seguro en su castillo, se refugió en las posesiones del duque de Bretagne, que se burló de él, y le reprochó haber dejado escapar una ocasión tan buena para vengarse. «Monseñor -le dijo al duque-, es preciso que el diablo se mezclase en ello, pues mis servidores le propinaron más de sesenta heridas. » « Habéis cometido dos grandes equivocaciones -respondió el duque- la de haberle atacado y otra mucho mayor la de haber fallado el golpe.»

El proceso de Craon se hizo de acuerdo con todo el rigor de las leyes. Se arrasó su palacio; el terreno que ocupaba el mismo se destinó para cementerio; es el que lleva hoy el nombre de Saint-Jean. La calle de Craon que lindaba con su palacio se la llamó calle de los « Mauvais-Garlons », hombre que lleva aún hoy día. Sus bienes se confiscaron, el duque de Orléans percibió una buena parte de los mismos. Se arrasaron como su palacio todas las casas que había habitado. Asistir a todas esas ejecuciones se convertía en una manera de granjearse el favor del rey; pero la adulación se perdona cuando tiene el carácter de un homenaje a la virtud.

Juana de Châtillon, mujer del culpable, así como su única hija, fueron expulsadas casi desnudas de su casa; trato muy cruel, sin duda, puesto que alcanzaba a la inocencia, pero que excusaba sin embargo, la atrocidad del crimen que el monarca había prometido vengar.

Tan pronto como se supo el refugio de Craon, Carlos envió mensajeros a reclamarlo al duque de Bretagne, cuya respuesta negativa y poco mesurada incitó al Consejo a declarar en el acto la guerra a sus estados.

No todos se ponían de acuerdo en encontrar el crimen del marqués tan grande como era. Clisson tenía muchos enemigos en la corte: se le reprocharon sus inmensos bienes, se le acusó de rapacidad y sobre todo lo hacían aquellos que le veían en posesión de cuanto hubiesen querido apoderarse ellos mismos, como los duques de Berri y de Bourgogne[10].

Aquí tenemos que aclarar a nuestros lectores quien fue la verdadera instigadora de este delito y es nuestro deber mostrar que ella no obraba lo más seguro sino por los mismos motivos de los que se valían para deprimir a Clisson los envidiosos de su fortuna.

Recordamos que en principio se peleó con Craon, cuando éste abusó de la confianza del duque Luis, su amante. Tenemos que acordarnos igualmente de su reconciliación con este facineroso cuando el duque de Bretagne le hizo ver que el daño que le hacía el condestable, tanto por su ascendiente sobre el espíritu del rey como por las inmensas riquezas que iban a parar cada día a sus manos, era infinitamente más peligroso para ella que todas las indiscreciones de Craon tan fáciles de paralizar, y que Craon se convertía, de hecho, en el único hombre lo bastante temerario para desembarazarla de un enemigo mucho más de temer como era el condestable, y sobre todo cuando le hizo entender que el marqués era la causa de las desgracias que el condestable tenía que aguantar en la corte.

[10] Segundo legajo, folio 4.

Sabemos muy bien que Isabel, naturalmente vengadora, tan pronto como comprendió todo esto se aferró ardientemente a un medio que se adaptaba tan bien a sus proyectos. En efecto, de dos cosas, una: o Craon triunfaba, e Isabel se veía desembarazada de un hombre que se convertía por su conducta en el más gran enemigo que pudiese tener; o fallaba el golpe, y entonces ella se libraba de un hombre que la había traicionado.

Este plan se trazó en las conferencias de Tours; y el duque de Bretagne, que lo aconsejaba, ganaba con él también por su parte, puesto que perdía a Clisson, del que todo lo que hemos visto le había convertido en uno de sus más crueles enemigos. El suceso contrario le era igualmente favorable, pues el marqués de Craon era un hombre peligroso para aquellos que le empleaban; una prueba de ello era la traición que hizo al duque de Anjou. Así, y absolutamente como la reina, el duque de Bretagne se veía beneficiado por este crimen, cualquiera que pudiese ser su desenlace.

Apenas Isabel hubo tomado estas resoluciones cuando hizo partícipe de ellas primeramente a su favorito Bois-Bourdon quien las aprobó, después al duque de Orléans con el cual continuó viviendo en la más grande intimidad; y, persuadida de que la asociación con un cómplice tal sólo puede ser muy útil en el cumplimiento del crimen que proyectaba, hizo considerar la aventura al duque, bajo la doble vertiente que acabamos de observar. Le prometió compartir con él a medias los bienes de una o de otra de sus dos víctimas; y el de Orléans, seducido por las riquezas con las que se halagaba su avaricia, no sólo aprobó el proyecto, sino que se ofreció incluso a secundarlo con todo su poder.

En seguida Isabel le acerca al marqués, asiste a sus deliberaciones, los dirige, los anima y desde este momento se conviene en que el de Orléans, mezclado entre los asesinos, dará muerte, si puede, al desgraciado con sus armas, cuyos bienes le tientan. ¡Qué cálculo! Es horrible, estamos de acuerdo, pero se llevó a cabo, y aquí tenemos que acordarnos que el condestable, al oír la orden de apagar las antorchas de sus criados creyó reconocer, como autor de esta orden, al duque de Orléans, hasta tal punto que le rogó que acabase con una broma que no les convenía ni a uno ni al otro. Recordaremos también que el último golpe, el que precipitó a Clisson contra la tienda del panadero, parecía venir de aquel que tenía más interés en la culminación del crimen. Los rumores que circularon por París al día siguiente concordaron por otra parte perfectamente con esta opinión; y cuando se trató de saber quien le había herido el último se nombró al de Orléans mucho antes que a Craon. ¿Pero cómo éste, viéndose castigado él mismo, no fue indiscreto con respecto al duque...?, porque muy pocas veces un cómplice traiciona al que le emplea: mientras podrá sacar beneficio de ese servicio, se guardará muy bien de hacer algo que se lo hiciese perder todo. Está, pues muy claro que el de Orléans, heredero de los bienes de la víctima cualquiera que ésta fuese, tenía que apresurar la muerte y lo hizo. Ninguna de las medidas propias para la ejecución del crimen fue descuidada por él; perfectamente guiado por Isabel, las estableció todas con la más extrema exactitud, y Craon hizo lo mismo. En cuanto a la reina. ¿Infringía por su parte alguno de estos pérfidos preceptos? ¿Al revestir a su amante con los despojos del muerto, no se ponía al abrigo de la sospecha de un crimen del que conseguía todo el beneficio, al débil precio de una víctima que podía perderla si vivía?

Isabel, lo sabemos y nos convenceremos más de una vez de ello aún, recibió de la naturaleza, con su horrible inclinación al crimen, toda la flexibilidad necesaria para disimularlo.

Cesemos, pues de buscar en otra parte a los provocadores y autores de este delito: sólo pueden encontrarse entre aquellos que tenían el mayor interés en cometerlo. Ahora

bien. ¿En quiénes este interés era más vivo que en los duques de Bretagne, de Orléans y en la reina? Sin duda es penoso adoptar unas opiniones semejantes; pero el deber de un historiador no consiste sólo en narrar unos hechos que todos saben, consiste aún más en seguir el hilo de los acontecimientos y si se rompe, tiene que anudarlo con las verosimilitudes, cuando no puede unirlo con las verdades conocidas. Sin esto sería lo mismo leer unas cuantas fechas y cronologías. Pero aquí no se trata de eso, lo repetimos; y cuando unas probabilidades se apoyan en las declaraciones hechas al morir un confidente o de un cómplice, seguramente desde entonces adquieren toda la fuerza de la verdad.

Isabel en una palabra tenía que ser la enemiga del condestable y de Craon, las verosimilitudes lo demuestran, las confesiones de un hombre condenado certifican los crímenes que resultan de ello: ¿Qué más hace falta para creerlos y atestiguarlos?

Sin embargo, en todas partes se realizan preparativos para la guerra de Bretagne. Carlos había tomado la venganza del condestable demasiado a pecho, para desistir de tomar parte en esta expedición. Tenemos que destacar que el duque de Bourgogne no compartía en absoluto la idea de esta guerra; y no obstante. ¿No parecía que estuviese todavía en la confianza de la reina?, pero es verosímil que ambos, teniendo los mismos intereses, seguían el mismo camino, sin comunicarse nada aún.

Todo se puso en juego, pues para deshacer este proyecto formado por el rey de ponerse él mismo a la cabeza de sus fuerzas, hasta que los consejos de los médicos declararon que la salud del rey no le permitía participar en esta empresa.

Sin embargo, Carlos estaba tan arraigado a este proyecto que, a pesar de lo que pudiesen decir los médicos, precipitó más ardientemente que nunca la ejecución y sobre todo cuanto le dijeron que Craon ya no estaba en Bretagne y el mismo duque le aseguró que se encontraba en Aragón. No viendo en estos subterfugios sino el proyecto de traicionarle y de salvar el marqués, protestó que nada le impediría vengarse y declarar la guerra al insolente vasallo que quería engañarle.

Se fijó, pues para la partida de las tropas el 5 de abril de 1393.

Isabel, durante este tiempo, irritaba los espíritus. De acuerdo con los príncipes, hacía ver a todos, así como al mismo rey, lo ridículo que era que Francia entera se preparase a una guerra por la causa de un hombre, más expoliador que ninguno de aquellos a quienes se acusaba de parecidos errores. No consiguió nada: el ejército se puso en marcha, esperando no obstante algún acontecimiento que lo obstaculizase todo.

Lo que siguió dejó ver muy claramente estas conjeturas difíciles de desenredar entonces, pero muy fáciles de adivinar sin embargo, por los que hubiesen querido anudar el hilo de todos estos acontecimientos y quienes, como acabamos de decir, hubiesen sabido unirlo a las verosimilitudes, y sobre todo cuando se trataba de una de las más interesantes anécdotas de nuestra historia.

La opinión de los médicos se realizó demasiado bien: la salud del rey se desequilibró totalmente. Sombrías apatías sucedían a unos accesos de furor, de los que sólo salía para desesperarse del estado en que se veía reducido. El hombre enajenado no es desgraciado, mientras sus ilusiones se sostienen: ¿Cae la venda? Se convierte en el más infortunado de los hombres... y lo que habían hecho tomar al rey pare sumergirle en este cruel estado no era lo suficientemente violento como para mantenerle en él sin cesar.

Nunca la salud de este príncipe había atravesado una crisis tan difícil como el día en que salió de Mans: apenas probó los alimentos que le sirvieron. Una parte del ejército había tomado ya el camino hacia Angers, cuando se puso en marcha.

A pesar del ardor del sol, Carlos se había arropado extraordinariamente; y pálido, triste, soñador, atravesaba así el bosque lejos de su séquito que se había apartado de él para no incomodarle.

De golpe un fantasma vestido de negro se adelanta surgiendo de entre los árboles, y coge la brida del caballo que montaba el monarca. « Rey -le dice con una voz sepulcral-, no cabalgues hacia adelante, sino regresa, pues te han traicionado.»

Este personaje era horrible; una repugnante mezcla de interés y de extravío contraía los músculos de su rostro y le hacía espantoso.

Carlos tembló..., gentes de su séquito se adelantan y, golpeando las manos de este repugnante individuo, le obligan a dejar la s riendas del caballo; pero no se le detiene. . . ¡No se le detiene! ¡Cuántas ideas sugiere este descuido! No se le pregunta ni quién es; parece que sólo haya hecho lo que tenía que hacer, y que cumplida su misión, tenían que abandonarle a sí mismo.

Apenas salieron del bosque cuando el paje que llevaba la lanza del rey la deja caer imprudentemente sobre la cabeza de su compañero. En este alboroto Carlos cree reconocer la verdad de lo que acaba de decirle el fantasma; exclama que se halla rodeado de traidores, y con una espada en la mano, se lama impetuosamente sobre cuanto le rodea..., cuatro de sus servidores caen bajo sus golpes. El duque de Orléans corre hacia su hermano para desarmarle; pero el duque de Bourgogne se lo impide: « ¡Tened cuidado -dice a su sobrino- os matará también!» En este momento, Martel, gentilhombre normando, y chambelán del rey, salta ligeramente sobre la grupa del caballo de su señor, le coge por los brazos, mientras le desarman y le hacen descabalgar pare conducirle a Mans, en una carreta uncida con bueyes, que el azar hizo que se encontrase allí. Estaba sin conocimiento. «Regresemos todos a la ciudad -dicen los príncipes-, la campaña ha terminado.» La orden de retroceder se da al instante, y cuando el rey llega a Mans, el estado en que se encuentra hace temer por su vida. Se cree que le han envenenado; el vino y los alimentos que se le habían servido por la mañana se probaron, no descubrieron nada; se trataba de otra clase de veneno el que habían utilizado para cometer el crimen.

Al ser consultados los médicos lo achacaron todo a la fatiga que consumía al rey, ya sumergido en un estado de debilidad y abatimiento. Los príncipes lo atribuyeron a un sortilegio, y no se vio, o no se quiso ver, que la mano pérfida que suscitaba esta espantosa aventura era la misma que la que acababa de impulsar el asesinato de Clisson.

En este momento, decían, la reina llevaba en su seno las pruebas de su culpable relación con el duque de Orléans y, ciertamente, tenía que cuidar en él al padre de la criatura de la que estaba encinta y al hombre que como hermano de Carlos tenía verdaderos derechos al trono, en el caso de la muerte del rey. Ahora bien, ¿no era preferible para Isabel, un amante como el de Orléans que un esposo imbécil que, suponiendo que se quedase en este estado, estaría siempre en la dependencia de sus tíos proveídos de la autoridad provisional, que perderían infaliblemente cuando el rey ya no existiese? La reina presumía que la escena del bosque, cuya autora había sido ella, costaría la vida a Carlos; pero sus opiniones cambiaron cuando sus esperanzas quedaron defraudadas. Desde entonces, se abandonó a las reflexiones del duque de Orléans quien, para consolarla le aseguró que de hecho, vigilando bien las operaciones de los tíos,

quizá sería mejor para sus proyectos que el rey estuviese siempre en una especie de imbecilidad no lo bastante pronunciada para que fuese reducido a una perfecta nulidad, pero sí lo bastante fuerte sin embargo, para hacerle hacer cuanto querrían; y por eso las cosas se quedaron aquí.

Pero, ¿tenía, pues, Isabel los medios de mantener a su marido en este estado? Seguramente, los tenía. Recuerden lo que hemos dicho ya al respecto; incluso suponiendo que no los hubiese utilizado aún, lo que parece difícil de creer, conocía bastante bien la debilidad de espíritu del rey pare estar muy segura de que la aparición del espectro tenía que ocasionar un efecto prodigioso, y este espectro podía moverse fácilmente.

Los únicos autores de esta farsa política eran, pues, Isabel y el duque de Orléans. La dude se convierte en imposible con una serie de pruebas tan contundentes como las que presentamos aquí.

Fuese como fuese, esta noticia puso de luto a toda Francis. A pesar de la mala administración de este reinado, adoraban a Carlos; el pueblo, siempre justo, cuando no se le extravía, separaba sus cualidades de sus debilidades: ameba unas, deploraba las otras, ¡esta es el alma de los franceses! Los errores de sus jefes no significarán nunca nada, tan pronto como las virtudes se los harán olvidar.

Pero este acontecimiento lo cambió todo: los dos tíos del rey gobernaron, y los favoritos de la antigua corte fueron suplantados en seguida.

Cuando ya no se desencadenaba una guerra pare defender a Clisson, tenían que precipitar su pérdida; continuaba siendo el único fin de la reina: tampoco descuidó nada pare lograrlo.

Antes de que se hubiese hablado de la cuestión del reparto entre el de Orléans y los príncipes, estos dijeron que el Consejo decidiría quien tenía que tener la autoridad si ellos dos o Luis, cuya juventud les parecía un poderoso motivo de exclusión.

Aquí, los historiadores nos aseguran que Clisson contaba mucho con la protección y la amistad del duque de Orléans; y si no nos apresurásemos a aclarar este hecho, seguiríamos el juego a quienes trataran de poner en duda todo cuanto presumimos aquí.

¿Cómo podía ser, en efecto, que Clisson, enemigo de la reina y perseguido por ella, fuese sin embargo, el amigo de su amante? Esta amistad del duque de Orléans por Clisson era fingida; era únicamente una forma hábil con la que el duque, de acuerdo con Isabel, disfrazaba sus horribles proyectos; ambos obraban impulsados por las mismas intenciones: «perdámosle si podemos, aparentemos protegerle si fracasamos».

Habían fracasado: era preciso, pues, aparentar apreciar al condestable, hasta la posibilidad de aplastarlo por entero.

¿Podían los enemigos de este desgraciado condestable estar ahora mejor servidos que lo estaban por las circunstancias? Ya no había guerras en Bretagne, ya no se forjaban proyectos en su favor, toda la corte estaba irritada por haber hecho demasiado por él, no quedaba ningún deseo de perseguir aún a sus asesinos: ¡Qué momento más propicio para abatir la hidra que se había temido, y cuyo extremo crédito había alarmado a todos los príncipes! Se aprovecharon de ello.

El condestable se dirigió al palacio de Artois para recibir las órdenes del duque de Bourgogne. Desde entonces todos los intereses se encuentran reunidos, su pérdida está decidida; quieren que comience su proceso.

« Clisson -le dice el duque de Bourgogne-, no debéis mezclaros ya en el gobierno, es una gran desgracia que estéis informado de ello, y la prueba es que os sería muy difícil decir como habéis conseguido las riquezas que poseéis.»

Clisson se retira sin responder; pero tan pronto como se encuentra en su casa comprende toda la extensión de] peligro que le amenaza. Quiere consolarse con el duque de Orléans al que cree su amigo; pero Luis le evita, se encuentra con Creil, cerca del rey, su hermano. Clisson ve que ya no existe ningún socorro para él; huye por una puerta secreta de su casa, llega a Monthéry, una de sus plazas fuertes, donde apenas acaba de llegar cuando se entera de las órdenes que hay de prenderle. Corre a sus provincias, donde la cantidad de plazas fuertes que posee allí parecen ofrecerle un asilo. Unos delegados del Parlamento se trasladan a Bretagne para citarle: no le encuentran, es cuanto quiere la reina, su cálculo es simple: « Si aparece -había dicho-, el rey que le quiere, le concederá gracia; si es rebelde, está perdido.» ¡Ay! ¿Quién conocía mejor que esta mujer hábil el arte de perder a sus enemigos?

Esta pérfida criatura se había dado cuenta igualmente de que sólo podían oponerse a Clisson unos crímenes absolutamente incumbentes a la justicia ordinaria y de la que le absolvía la devolución a la autoridad real. Estaría seguramente mucho más perdido por una detención; y esta detención, efectuada prontamente, contenía en sustancia que e1 condestable era « falso, malo, traidor, desleal » con el gobierno. El desgraciado fue condenado en consecuencia a una multa de cien mil marcos de plata y privado de su oficio, que se dio a Felipe de Artois, conde de Eu, yerno del duque de Berri. Fueron a Bretagne a pedirle la espada al condestable; pero no pudieron nunca llegar hasta él, y como no consiguieron ni su dimisión ni su espada, protestó contra el nombramiento que acababa de hacerse; lo que no impidió al titular que ejerciese el cargo y aún menos a Clisson que renovase sus protestas contra el usurpador.

Aquí la política de Isabel y del duque de Orléans necesita aún ser explicada.

Es seguro que durante la desgracia del condestable y en la época en que se hablaba de declarar la guerra a Bretagne, el de Orléans aseguró a Clisson sus socorros y su protección. ¿Por qué el partido más opuesto a él se ofreció sin embargo, a serle útil? No podemos en este dédalo sino recurrir para aclararlo al proceso de Bois-Bourdon[11]. Este señor dijo en sus respuestas que habiendo hecho esta objeción a la reina, esta princesa le respondió:

« Mi dulce y buen amigo, no estáis aún muy ducho en el arte de la política: sabed que no hay ninguna manera mejor de perder a las personas que aparentando serles útil. Por falsedad Luis aparenta servir a Clisson; pero los dos queremos perderle, porque ambos tememos su prestigio. Nosotros le hemos salvado; nosotros también hemos dictado la orden de detenerle que le pierde. »

Y el favorito, estremecido por este discurso, se retiró sin decir ni una sola palabra.

Sin embargo, la salud del rey obligó a que se tomasen precauciones. Su majestad reunió un consejo en torno a su lecho para poner en claro los medios de prevenir todos los desórdenes que podrían tener lugar si el trono quedaba vacante.

La mayoría de edad de los herederos franceses, según el edicto de Carlos V, se fijó decididamente a los catorce años, y la tutela del joven delfín confiada a la reina, a los

[11] Tercer legajo, folio 7.

duques de Berri, de Bourgogne, de Bourbon y a Luis de Baviera, hermano de la reina. Se asignó para esta tutela las rentas del ducado de Normandía, de la ciudad y el vizcondado de París, de los arrendamientos de Senlis y de Melun. Esta tutela estaba asistida por un consejo compuesto por tres prelados, seis nobles y tres clérigos. Una de las cláusulas era que si la reina contraía nuevo matrimonio después de la muerte del rey, desde este momento se encontraba desprovista de la tutela.

Isabel se guardó muy bien de testimoniar a otros que no fueran Bois-Bourdon la tristeza que le causaban todas estas cadenas. ¿Cómo, en efecto, tales trabas podían complacer a la que aspiraba a la dominación general y a apoderarse de todas las fortunas? Una cosa le tranquilizaba sin embargo: la regencia no pudo negársele al duque de Orléans; en su calidad de hermano del rey, era imposible que no se le confiriese este cargo, y esta porción de autoridad unida a la que acaba de ser conferida a la reina les colocaba a ella y a su amante en disposición de perjudicar a Francia, tanto como sus intereses podían permitirlo.

Pero la larga duración del reinado de Carlos desbarató un poco sus proyectos. Se vieron obligados a adoptar al menos la máscara de la virtud para abandonarse a todos los extravíos de su detestable carácter.

A pesar de esta hipocresía, apenas estos dos peligrosos personajes gozaron de la autoridad con la cual acabamos de verles revestidos, un acontecimiento extraordinario pudo atraer sobre ellos muy graves sospechas.

Hicieron recomendar al rey por sus médicos que no se preocupase en absoluto por los asuntos de estado, y que se entregase por completo a los placeres. En consecuencia, con ocasión del matrimonio de una de las damas de honor de la reina con un gentilhombre de Vermandois, esta princesa dio en su casa una fiesta seguida de un gran baile. Carlos imaginó disfrazarse de salvaje, llevando con él encadenados a Hugues de Guissai, al conde de Joigni, a Amand de Poitiers, y a Juan de Nantouillet, bastardo de Foix; sus trajes eran de tela embadurnada de pez, sobre la que se habían aplicado estopas. Por un azar, que sólo pueden permitirse llamarlo así aquellos que no quieren profundizar en nada o que son aún más incapaces de juzgar, el fuego se prendió en el traje de uno de esos salvajes, cerca del que se había visto al duque de Orléans bromear con una antorcha en la mano. En un instante el fuego alcanzó a todos los salvajes, y excepto al rey, a quien la duquesa de Berri envolvió con su abrigo, y Nantouillet, que se tiró en una cuba de agua, todos los demás perecieron consumidos.

Ignoramos aquí por qué razón, y contra todos los relatos de los contemporáneos, complació a Villaret aventurar dos mentiras tan absurdas como las que se permite, al decir que el rey no estaba con los salvajes, mientras que es cierto que él les conducía; después que la reina se desvaneció cuando le contaron la desgracia que acababa de amenazar la vida de un esposo que amaba, mientras vivía con el de Orléans desde hacía varios años, y mientras este príncipe había proyectado en su casa, y con ella, el pérfido suceso de los salvajes, quienes después de las nuevas reflexiones que habían hecho, deseaban mas que otra coca ahora la muerte de un rey, cuya existencia restringía infinitamente la extensión de su poder. Y, por otra parte, si Carlos no se encontraba con los salvajes, según el relato de Villaret. ¿Cómo puede decir en la página siguiente que la reina tembló por el peligro que su esposo había corrido? ¿Podía comer alguno, puesto que no estaba con ellos? ¡Qué contradicción! ¿Y cómo un grave historiador puede alterar la verdad de hechos capaces de aclarar muchas cocas sobre los más importantes personajes de este siglo? ¿Con esta repugnante adulación se escribe, pues, la historia?

No dudamos en absoluto de que Isabel concibió el horrible proyecto de este incendio y de que el duque de Orléans lo ejecutó.

Además, veamos lo que se encuentra palabra por palabra en las declaraciones de Bois-Bourdon[12]:

«La reina -dijo-, haciéndome venir, me hizo participe del complot que había formado contra la vida de su esposo en el baile que daba con motivo del matrimonio de una de sus damas de honor con un gentilhombre de Normandía. Primeramente se trataba de emplear unos venenos en los refrescos que se servirían al monarca, pero presentándosele a la reina la obligación de dirigirse a alguien para conseguirlos, obligación que podía ser peligrosa, y si yo me encargaba de ella, podrían fácilmente sospechar de mí, cambió de repente de idea, y propuso el disfraz de los salvajes, vestidos con materias combustibles a las que el señor de Orléans pondría fuego.»

No dice nada más: ya sabemos el recto.

En expiación de la dicha imprudencia[13], el duque de Orléans erigió una capilla a los Celestinos con los fondos que se le adjudicaron al confiscar los bienes del marqués de Craon. Se sabe que en aquellos tiempos de superstición, los mayores crímenes se compensaban con legados piadosos: como si no se envileciese la majestad del creador al creer que puede perdonar los crímenes más horribles por medio de algunas rentas o de algunas capillas; son acciones útiles para los hombres, que reparan el mal que pudo hacérseles, pero no vanas ofrendas que sólo satisfacen el orgullo de quienes las presentan y la avaricia de los que las reciben.

Una segunda recaída mucho más fuerte que la del año pasado atacó al rey. Guillermo Martel, aquel de sus chambelanes que facilitó los medios de desarmarle en la fatal jornada de Mans, fue el primero que se dio cuenta de este accidente, del que dio parte al duque Luis. Observaron en esta crisis que los síntomas que la caracterizaban parecían tener por base un alejamiento espantoso que el rey concebía por su mujer: efecto bien singular de los esfuerzos de la naturaleza, que en casi todas nuestras desgracias o enfermedades nos inspira involuntariamente disgusto a odio por las personas o por las cocas que ocasionan nuestros males. Esta observación hecha por la misma reina la conmovió enormemente.

« ¿Quién es esta mujer? -decía el desgraciado Carlos, al hablar de Isabel-. Que se vaya de mi vista, me es insoportable; si existe algún medio de librarme de ella., empleadlo, no puedo ni verla ni oírla. Que no se presente más ante mí, lo exijo. »

Luego recorriendo sus habitaciones, por todas partes donde se encontraban algunos emblemas de sus antiguos amores, los arrancaba diciendo que jamás se había casado con aquella mujer.

¡Cuántas lágrimas hubiese tenido que derramar Isabel ante unas escenas tan desgarradoras!, pero era culpable, callaba; con frecuencia incluso sonreía.

No aborrecía como a Isabel a Valentina de Milán, de la que se sospechó falsamente que había cooperado en los maleficios que asediaban al rey. Recuerden por medio de qué arreglo se había convertido en su amante: el rey la amaba, y nunca la rechazó.

[12] Cuarto legajo, folio 3.

[13] ¿Era algo más que una imprudencia, puesto que para expiarla se recorrió a los mismos actos piadosos que hubiese exigido un crimen?

Descartadas las sospechas que habían caído sobre Valentina, se terminó por creer en la corte que las únicas causas del extravío del rey eran producidas por la conducta que observaban con él, o por los pocos cuidados que se le daban. En consecuencia, la reina mando venir a costa de grandes gastos desde el fondo de Guyenne a un famoso charlatán cuyo aspecto exterior era tan piadoso como vana su ciencia.

Este hombre aseguró que devolvería la salud al rey, y que esto le era muy fácil porque poseía un libro que llamaba «Simagorad», por medio del cual estaba seguro de dominar al universo entero. Pretendía que Adán había recibido este libro de las manos de Dios, cien años después de la muerte de Abel, para consolarle de la pérdida de este hijo bien amado; y con estos cuentos pueriles, perfectamente sobornado por la reina y por el de Orléans, este inútil impostor encontró el secreto con que divertir durante mucho tiempo al monarca y a toda su corte.

Con este ridículo expediente no se consiguió nada; se emplearon entonces los votos, las plegarias, los cambios de aposentos. Todo fue inútil, y hasta el fin de sus días, este príncipe infortunado no ofreció ya sino un simulacro de autoridad, del que, después de reflexionar debidamente, se aprovechaban mucho más cómodamente que si hubiese dejado de existir, aquellos que como Isabel y el duque de Orléans tenían tanto interés en mantenerle en este horrible estado. Cuando la naturaleza reclamaba sus derechos, y había un rayo de esperanza para Carlos, en el acto sus hábiles guías le empujaban a unos libertinajes desenfrenados, o a unos excesos, que con la ayuda de los filtros, hundían de nuevo a este desgraciado príncipe en un delirio que no dejaban de aprovechar los monstruos que le asesinaban poco a poco.

Sin embargo, las miras ambiciosas de la reina y del duque de Orléans se encontraban furiosamente contrariadas por el duque de Bourgogne cuyos proyectos eran bastante peligrosos, y mejor apoyados sin duda, tanto por su gran experiencia como por la inmensidad de sus posesiones.

¡Cuántas intrigas, cuántos cuidados, cuántas luchas preparaba esta concurrencia! Aquí las ramificaciones se pierden, el laberinto se convierte en inextricable, y no podemos hacer otra cosa que reunir los acontecimientos conocidos, que, contados con la más severa exactitud, nos darán sin embargo, un haz de luces suficiente para guiarnos sin cesar hacia la verdad más extrema.

La reina no tenía únicamente que combatir este imperioso poder del duque de Bourgogne, sino que tenía que luchar aún contra la inflexible altanería, la insoportable vanidad de Margarita de Flandes, esposa de este duque. Esta mujer, casi tan hábil como Isabel, era menos criminal sin duda; pero tenía un poder absoluto sobre un esposo del que disponía a su gusto. Para mantenerse en guardia contra este partido poderoso, la reina deseaba con ardor apoyarse en Inglaterra, por medio de una alianza, o por algunas negociaciones.

En consecuencia, siempre inclinada a las supersticiones, o mejor prefiriendo sacar partido de su impostura para imponerlas a los otros, mandó venir a la corte a un aventurero conocido con el nombre del ermitaño Robert, quien aseguró al rey haber visto a su regreso de Siria una figura más clara que el cristal, la cual le ordenó que se dirigiese a la corte de Francia y que convenciese al rey para que firmase la paz con los ingleses, asegurando que todos los que se opondrían a ello lo pagarían muy caro. Este embustero vio al rey y consiguió persuadirle. Siguió a los embajadores de Francia a Inglaterra y encontró a Ricardo, como a sus tíos, absolutamente decidido a seguir sus

consejos. ¡Con qué facilidad, en estos siglos de ignorancia, los hombres se dejaban cegar! ¡Y qué fácil era, con un poco de destreza, engañarles!

Todas las dificultades se allanaron pues, y esperando la redacción de los artículos, se acordó una tregua de cuatro años.

Otro motivo acabó de consolidar estas resoluciones. Ana de Luxembourg, hija del emperador Carlos IV, murió, y en este momento ya no se vieron obstáculos al matrimonio tan deseado por la reina entre el rey de Inglaterra y una de las hijas de Isabel.

Es esencial ahora no perder de vista ninguna de las maniobras de esta hábil mujer. El objeto de sus deseos no era el bien que la paz podía traer a Francia, sino la ambición desmesurada de reunir estas dos grandes potencias, con la esperanza de llegar a gobernarlas a ambas, y la de atraer para que viniese allí al esposo de su hija a un país del que seguramente un día se ceñiría la corona.

Observemos aquí hasta qué punto se parecían todos los medios que empleaba esta mujer.

El fantasma del bosque de Mans, el charlatán de Guyenne, los sueños del ermitaño Robert. ¿No son del mismo color? ¿No procede todo esto de la misma mano? ¿No es la obra de un mismo espíritu? Sería preciso cegarse terriblemente para resistir a la evidencia de estos hechos, o degradarse por una timidez que deshonraría a la vez al escritor pusilánime que la tomara como excusa, o al lector poco reflexivo que la adoptase.

Pero una circunstancia viene en apoyo de estas reflexiones y las fortifica; terminará de convencernos de que no era en absoluto el bien de Francia lo que quería Isabel, sino su sujeción a los ingleses y esto por todos los motivos de interés que acabamos de explicar.

Sólo le quedaba a la corte de Francia recuperar la provincia de Guyenne, casi enteramente ocupada por los ingleses, y sin embargo, no se hizo nada para conseguirlo. Recobrar antiguas posesiones no es el deseo de aquellos que sólo buscan vender otras, no: ver dominadas estas provincias por los ingleses, ver desmembrada Francia entera, someterla totalmente a sus rivales, estas son las únicas miras de la mujer ambiciosa que la gobierna, y cuyos planes secretos y disimulados superan siempre en destreza a lo: de quienes trabajan por un mismo fin.

Aunque el interior de Francia estuviese tranquilo, las exacciones arbitrarias, los impuestos forzados, todo existía, como si las necesidades del estado exigiesen todavía; y era porque la reina o los príncipes se apoderarían de la mayor parte de los despojos públicos. Fue entonces cuando el amante de Isabel o mejor el cómplice de todos sus crímenes, el duque de Orléans, consiguió que sus tíos le concediesen la misión de pacificar las perturbaciones de Bretagne, lo que, al mismo tiempo que servía los intereses del príncipe más amigo de Inglaterra, favorecía aún más el peligroso proyecto de Isabel, cuyo espíritu la incitaba a unirse a todo lo que tenía relación con Inglaterra, y sobre todo por una alianza que, formando un contrapeso a la autoridad de los príncipes reales, la conducía directamente a su fin.

Luis encontró encendida la guerra desencadenada entre el condestable y el duque de Bretagne.

El duque de Bourgogne, dicen los historiadores poco clarividentes o bien mal instruidos, favorecía al bretón mientras que el de Orléans tomaba el partido del

condestable. Hemos visto ya por qué camino tortuoso caminaba el duque de Orléans: si parecía servir a Clisson, era únicamente para perderle mejor, así estos dos príncipes Bourgogne y el de Orléans, cuyas casas no estaban todavía divididas, servían sin lugar a dudas la misma causa y quizá ambos con las mismas miras, lo que hacía que los dos se observasen, tratasen de adivinar sus pensamientos y que no tuviesen otro fin que el de asegurar de la mejor manera su prestigio.

Entretanto, el marqués de Craon reapareció más encarnizado que nunca contra un enemigo al que trataba de vencer, al no haber podido matarle.

Por otra parte, Clisson amargado por su desdicha y encerrado en su castillo de Josselin, estaba preparado para sucumbir cuando un convenio lo pacificó todo, y el condestable, por medio de algunas renuncias y de mucho dinero, consiguió recobrar un poco de reposo.

Si citamos esta anécdota que no tiene ninguna relación con nuestra historia, es para convencer hasta qué punto el de Orléans, que dictó los artículos de la capitulación, continuó siguiendo su camino oblicuo y tenebroso.

Pero esta pacificación no podía durar mucho tiempo; no era esto lo que deseaban, y las hostilidades empezaron de nuevo muy pronto; se batieron de nuevo, se formaron otros proyectos de tratado cuando la vejez del duque de Bretagne, estado de donde nacen comúnmente los remordimientos, llevó a este soberano a algunos arreglos que le reconciliaron por fin con su antiguo amigo, y el de Orléans regresó a la corte, muy poco satisfecho al ver que sus argucias se haban frustrado. Pero la virtud dejaría de ser el atributo de la divinidad, si los manejos de la maldad consiguieran vencerla siempre.

Muy pronto cambió Isabel sus maniobras, y lo que no había logrado por un lado lo intentó por otro. Desde la última prórroga de la tregua, Ricardo no había perdido la esperanza de aliarse con Carlos, y este deseo cálidamente secundado por la reina no tardó en cumplirse.

En el mes de julio de 1394 aparecieron los embajadores de Inglaterra, encargados de negociar esta unión. Los príncipes querían que un tratado de paz fuese su sello; pero no era de esta forma que Isabel lo había planeado; así sus proyectos no se hubiesen cumplido. Se contentaron pues con una tregua de veintiocho años, y la princesa Isabel de Francia fue destinada a Ricardo II.

Cuando el matrimonio estuvo determinado, los embajadores muy bien aconsejados por la reina hicieron una protesta cuyo objeto era establecer los derechos quiméricos del rey de Inglaterra a la corona de Francia, y ciertamente era fácil ver en esta maniobra hasta qué punto se encontraban halagadas la ambición, el odio y la venganza de Isabel, puesto que era entonces suegra del rey que pretendía la corona de Francia; lo que, como se ve, doblaba una autoridad, muy diferente de la que le provenía del simple título de esposa de un príncipe imbécil cuyos tíos obstaculizaban cada día cuanto ella concedía para engrandecerse. Una dificultad se presentó sin embargo: ¿Este matrimonio no le provocaría un rompimiento con el duque de Bretagne, al que estaba prometida la mayor de sus hijas? Pero Isabel presumía arreglarlo todo dando al bretón por esposa a una de las hermanas de la que se casaba con el inglés. Aquí puede observarse a placer la bondad de nuestros historiadores.

Isabel, dicen, dadas las frecuentes recaídas de su esposo, vivía en el palacio de Saint-Paul, mientras que el rey permanecía en el Louvre: ¿No exigía la gravedad de los males de su esposo su presencia cerca de él? ¡Hasta qué punto estos grandes especuladores se

apartan del motivo de este alejamiento! ¿Y por qué no ver que si la reina vivía lejos de su esposo, era con el fin de negociar más cómodamente con aquellos que trataba de seducir y de unirse a ellos incluso por los medios más ilícitos? Sin embargo, así escriben la historia las buenas personas, y así los tontos creen todo cuanto escriben las buenas personas.

Fuese como fuese, los embajadores de Inglaterra reaparecieron el 9 de marzo de 1395 con la aceptación de todas las cláusulas propuestas para concluir este célebre hímnico que se puede mirar con razón como una de las más vergonzosas épocas de nuestra historia, puesto que por medio de este pacto ignominioso se consentía en perder la mitad de Francia y en privarse de los medios de entrar en ella durante veintiocho años... sólo al precio de una alianza que iba a poner nada menos que el resto del reino bajo el dominio de un soberano cuyo único interés era formar con ella la mejor parte de sus estados; y de esta forma trabajaba esta reina, contra la que se contentan con lanzar invectivas sin dignarse a probarnos hasta qué punto las merecía.

Por lo demás no podemos quejarnos por esta negligencia: ¿Qué nos hubiese quedado si nuestros predecesores lo hubiesen dicho todo?

Una de las cláusulas vivamente solicitadas por los plenipotenciarios y que termina de probar hasta qué punto era inmenso el favor concedido por la reina a los asesinos del condestable fue la gracia de Craon que pidieron y que obtuvieron.

El duque de Bretagne, al reconciliarse con Clisson, se había descuidado de estipular el perdón del traidor; la reina que veía otro medio de obtenerlo no quiso ni siquiera hablar de ello al duque de Bretagne y los embajadores determinaron este arreglo.

Pero Craon tenía en la corte de Francia otros enemigos, de los que Isabel se había olvidado de protegerle. Apenas este traidor reapareció, cuando la reina de Sicilia acordándose de todas las estafas que había hecho al duque de Anjou, del que era la viuda, le mandó detener y, condenado a una restitución muy por encima de sus fuerzas o a permanecer en prisión hasta el pago, fue encerrado en la Torre del Louvre.

Bois-Bourdon, que antes había tenido algunas relaciones con el marqués, solicitó vivamente a la reina que le devolviese su libertad, probándole, y esto era cierto, que podría obtenerla incluso sin pagar la deuda reclamada por la reina de Sicilia; esta es la respuesta de Isabel poco más o menos como la encontramos en los papeles de este desgraciado favorito[14]:

«Bourdon -le dijo la reina- hace mucho tiempo que sólo estimo a los hombres por su utilidad. Craon tuvo antes mis favores: como sólo consintió a ese precio en el asesinato de Clisson, participé al duque de Orléans la singular recompensa que exigía; recuerdo también como ya hacía tiempo había abusado de nuestra credulidad. El duque me objetó que no podíamos dudar entre la vida de Clisson y el precio que exigía Craon para quitársela, y como Craon conocía con todos los detalles el crimen proyectado y era necesaria su ejecución, era preciso conservarle a toda costa. Craon fue, pues afortunado... un día sólo, estoy de acuerdo, pero lo fue, y nos sirvió. El duque quiso en seguida perderle y le abandonamos al duque de Bretagne; ya sabes el resto. Nuevas necesidades nos han obligado a llamarle; esta obligación es la del crimen, es cruel, pero es necesaria. Craon regresó, a íbamos a emplearle todavía, sin creernos obligados a pagar sus servicios tan caros; estábamos lejos de temer la venganza de la reina de Sicilia, ella se ha apoderado de él, que se lo guarde; en rigor, podemos pasar sin él y ya

[14] Quinto legajo, folio 2.

no tenemos porque temer sus indiscreciones. No me hables, pues de este hombre, que perezca, puesto que no ha tenido la fuerza suficiente para salvarse. »

Aquí, Bois-Bourdon no respondió nada, o, al menos, las objeciones que pudo hacer no se encuentran en sus papeles. No se habló más de este asunto, del que contamos los escandalosos detalles para que se conozcan todos los matices del carácter que hemos prometido desvelar, lo que era imposible para aquellos que no estaban provistos, como nosotros, de los documentos esenciales para justificar lo que decimos.

No obstante, el matrimonio del inglés se concluyó en la capilla del palacio; el festín que siguió fue uno de los más suntuosos que se habían visto hasta entonces. Sus majestades asistieron a él con la mayor pompa. Se observó, no sin alguna sorpresa, que los señores ingleses que representaban a Ricardo precedían a los príncipes franceses. Se adivina fácilmente quien había ordenado un ceremonial tan insolente. En este mismo año encontramos una de las más singulares anécdotas de esta corte astuta, en donde los crímenes más negros se disfrazaban o se ahogaban siempre con arte, mientras sus autores hacían sospechar de aquellos que jamás habían imaginado que pudieran atribuírseles.

Los ataques del rey se redoblaban y la extrema compasión que inspiraba su mal, fijaba más particularmente la atención general sobre todos los que creían culpables de haber provocado un estado que no parecía natural a nadie. Las antiguas sospechas que habían recaído sobre Valentina de Milán se reprodujeron, y lo que es más sorprendente en esta absurda injusticia es que entre dos mujeres, de las cuales una, Valentina, quería al rey y la otra, Isabel, le detestaba, fuese precisamente sobre la « amiga » del monarca de la que se sospechase, mientras que nadie se atrevió a hacerlo ni por un instante de la « enemiga ».

El estado de ineptitud, en el que Isabel deseaba que estuviese su marido, era, ya lo sabemos, de un gran interés para ella, pero poco importante para Valentina. A los motivos que impulsaban a la reina a obrar así con respecto a Carlos, fueron a unirse otros para perder a Valentina y por consecuencia para sobrecargarla. En efecto, a pesar del arreglo inmoral realizado entre ella, el de Orléans y Valentina con respecto al rey, Isabel se daba cuenta de que ésta continuaba cuidando al duque de Orléans, su esposo, de una manera de la que Isabel estaba celosa; y, con esto, ¿no había de hacer recaer, como lo reconoció después, sobre su rival las sospechas que se despertaban, provocadas por la imposibilidad de atribuir a una causa natural la dolorosa situación del rey?

Se puede objetar sin duda que para deshacerse de una rival, una mujer como Isabel tenía que encontrar en el veneno un medio más seguro y más rápido. Esto es cierto en un sentido; pero la culpable atraía entonces las miradas; al recaer una sospecha sobre ella, las demás se precipitaban por añadidura en el acto, y nuestra heroína era demasiado hábil, estaba demasiado ejercitada en el crimen, para no saber perfectamente cuanto era necesario a la vez para cometerlo con seguridad, y para desviar la opinión pública, cuando parece fijarse en los culpables.

Desde entonces, Isabel señaló al duque de Orléans lo peligroso que estaba convirtiendo para su asociación el conservar en ella a una mujer que, aunque fuese la amiga del rey, acababa sin embargo de emplear contra él y sin su participación unos medios violentos de los que sin duda quería aprovecharse sola.

«Pero estos medios -respondió el de Orléans-. ¿No los hemos empleado de común acuerdo?» « Si, de acuerdo -dijo la reina- pero lo mujer ha obrado sola, sin decirnos nada, y ciertamente tiene unos proyectos, que se guarda muy bien de comunicarnos. »

El de Orléans, seducido, relegó inmediatamente a la duquesa a Neuf-Châtel-sur-Loire.

Esta desgracia, como es fácil imaginarlo, terminó por atraer sobre Valentina las sospechas que se reanimaban, y se creyó con demasiada ligereza que era, por sí sola, la causa de los desórdenes de la salud del rey, mientras que todo no era sino una continuación de las infernales maquinaciones de Isabel, quien, por celos, tenía tanto interés en separar a Valentina del duque de Orléans, como en que, debido a su propia seguridad, sus crímenes recayesen sobre esta mujer, desembarazándose pérfidamente de su imputación.

¡Y qué momento tan feliz escogía Isabel para hacer caer en sus trampas a aquella cuya presencia le resultaba tan prodigiosamente gravosa! El momento en que Galéas de Visconti padre de Valentina, se oponía con gran calor a las agradables ofertas que la república de Gênes hacía a la corte de Francia, y que consistían en ponerse bajo la protección de esta corte. Poniendo de relieve esta conducta al rey Isabel le consoló de la pérdida de una mujer, que, no contenta con traicionarle en favor de Galéas, su padre, al que había excitado para que se opusiese a la gloria de Francia, seguía, por otra parte, una conducta bastante irregular para atraer sobre ella la animadversión de su esposo; de este modo cuando los dos hermanos tuvieron una explicación sobre lo que acababa de suceder, ambos, gracias a la reina, encontraron justo el castigo que Valentina sufría.

A1 ver a Isabel comportarse en todas partes con tanta astucia y falsedad. ¿Nos extrañaremos de lo que vamos a ver realizarle a continuación?

Afanosa por unirse a todo lo que podía estrechar sus lazos con Inglaterra, o con los amigos de esta potencia, Isabel al mismo tiempo que daba a su hija mayor a Ricardo, casaba a Juana, la segunda, con Jean de Montfort, hijo mayor del duque de Bretagne. Este himeneo decidió al padre del joven esposo a acompañar a la corte a Calais, donde Ricardo fue en persona a buscar a la princesa que le había sido designada.

Nada tan pomposo como este viaje: se gastó la dote de la joven reina. Isabel amaba de la misma manera el fausto como estaba inclinada hacia el crimen; parece ser que el mal obra con más seguridad, cuando un lujo insolente le rodea y le esconde, y eso es lo que convierte los excesos de los príncipes siempre más peligrosos que los extravíos que resultan del infortunio o de la necesidad.

En 1396, la reina dio luz a un hijo que se llamó Luis, y a quien apadrinó el duque de Orléans, de quien se pretendió que tenía que ser hijo, con mucha más seguridad que de Carlos.

Este matrimonio de la joven Isabel con Ricardo, rey de Inglaterra, no tuvo éxito en Londres; los ingleses veían con muy malos ojos esta unión con Francia; temían que ella tuviese como resultado la obligación de devolver las plazas fuertes que Inglaterra poseía aún en nuestras costas; pero ésas estaban muy lejos de ser las intenciones de la reina; no sólo deseaba ver en manos de los ingleses nuestras plazas fuertes sino a Francia entera; de ello nos convencerá muy pronto la continuación de esta historia.

Mientras esperaba, Isabel se preparaba a descubrir tan altas pretensiones por medio de la princesa que acababa de casar con Ricardo. Es cierto que, para alcanzar el fin propuesto, su primer deseo fue colocar a su yerno en el trono de Francia, lo que fue la causa de todas las perturbaciones que tuvieron lugar en Gran-Bretaña y durante las cuales las crueldades de Ricardo inmolaron a una multitud de señores descontentos de

su conducta, entre otros a Arondel y Warwick, pero cuya muerte sólo sirvió para precipitar las desgracias de quien la había ordenado.

Isabel se encontraba mal secundada en Inglaterra; su hija no era ni tan atrevida ni tan depravada como ella.

Sin embargo, el estado de Carlos empeoraba; este príncipe infortunado era únicamente un objeto de piedad para aquellos que le rodeaban, y desgraciadamente sentía que lo que le sucedía no era natural.

«Los males que sufro -exclama a veces- son obra de los que me detestan. ¡Ah! ¡Por piedad, que se acaben mis días, es la única gracia que les pido! », y tan pronto como el ataque empezaba a apoderarse de él: «Apartad de mí toda clase de armas -decía- prefiero morir mil veces que causar mal a alguien. »

El crimen se espanta siempre; es el primer castigo que le reserva la virtud. Cuando Isabel oía a su desgraciado esposo exclamar que lo que sentía era obra de sus enemigos, temblaba; el remordimiento, al nacer, parecía restablecer el equilibrio, pero muy pronto las pasiones recuperaban su imperio, les cedía los derechos que ya no tenía la fuerza suficiente para disputarles. ¡Hasta qué punto este funesto ejemplo tiene que convencer de la necesidad de dominarse desde la infancia! ¡Ay! ¡Por qué acariciar, pues, aquello que puede perdernos! ¡Por qué ceder a los venenos de la vida, cuando pueden gustarse las mieles!

Isabel rehuía con sumo tacto los deberes que le prescribía el himeneo, y, para indemnizar al rey, introdujo, en el lecho del monarca, a la hija de un vendedor de caballos.

Desde este momento, no guardó ya ninguna medida con el duque de Orléans; de esta manera esa culpable mujer, profanando por una parte el lecho nupcial y deshonrándole por otra, parecía querer redoblar el crimen de la adúltera abandonándose sin vergüenza a lo que impunemente obligaba a cometer a su esposo. ¡Hasta qué grado de perversidad tiene que llegar una mujer para poner en juego semejantes horrores!

Se llamaba «la pequeña reina» a la criatura a la que nuestra heroína hacía desempeñar el papel infame que acabamos de explicar. Bois-Bourdon asegura que Isabel le había dicho varias veces que recomendaba encarecidamente a su suplente que agotase a su marido, a fin de desembarazarse de él más pronto, habiéndole enseñado, dice el texto, «todas las formas de obrar; para que el rey se holgase de tal manera que se hartase y apresurase su fin »[15].

«Existen, ya lo sé, medios más rápidos -decía a su favorito-; pero independientemente de las consecuencias, que hemos reconocido, he observado que era mejor que este hombre viviese aún algún tiempo; Luis y yo necesitamos a este fantasma; dejemos hacer a la que me representa.» En consecuencia colmaron a esta joven de bienes. Tenía una casa en Créteil, otra en Bagnolet, y cuando para colmar su impudicia, dio una hija al rey, se le asignó como dote la tierra de Belle-Ville en Poitou.

Parecidas ignominias tuvieron lugar en un reinado más cercano a nosotros, ya lo sabemos; pero estas criminales complacencias fueron la obra de la amante de un soberano, nunca de su esposa. La historia no ofrece ningún ejemplo de una prostitución

[15] No tememos que estas groseras palabras puedan alarmar a castos oídos; teníamos que copiarlas exactamente; estaban consignadas en la relación de la sexta sesión del interrogatorio al que se sometió a este gentilhombre (folio 6 del sexto legajo de este proceso).

tan horrible ejercida por reinas; orgullosas de su dignidad, ninguna la envileció de tan indigna manera.

Siempre secundando las pérfidas intenciones que acabamos de observar en el alma de Isabel, dos monjes llegaron de Guyenne, enviados, dijeron, por el mariscal de Sancerre. Uno se llamaba Pedro, otro Lancelot; ambos poseían, decían, medios seguros con que curar al rey: parecieron creerlo, y en consecuencia se albergaron cerca del palacio de Saint-Paul, donde los mayores cuidados les fueron prodigados. Plegarias, invocaciones mágicas, brebajes compuestos con plantas, a los que se añadió en seguida perlas destiladas, todo se probó, sin ningún éxito. Desde este momento la desconfianza se apoderó de todos los espíritus, se observó a los pretendidos médicos; su conducta escandalosa, los desenfrenos a los que se abandonaban, cambiaron en certeza lo que en principio sólo fueron sospechas, y se emplearon unos medios más severos cuando se vio que estos miserables hacían suceder suplicios a inocentes remedios: se permitieron hasta escarificaciones sobre la cabeza del rey. Les detuvieron, y durante los tormentos que sufrieron, confesaron que el duque de Orléans les mandaba obrar.

¡Cuánta luz iluminó desde entonces la tenebrosa conducta de Isabel! ¿Podía presumirse que era inocente cuando su amante era también culpable?

Se detuvo al portero del palacio de Orléans, así como al peluquero del rey. Al no poder descubrir nada a través de ellos, los soltaron muy pronto, pero sin que las acusaciones cesasen de subsistir sobre Luis.

Se atenuó lo mejor que se pudo unos cargos que comprometían tanto al hermano y a la esposa del rey, y sin hacerles hablar más, condenaron a muerte a los dos monjes.

Poco tiempo después, el duque de Orléans quiso, se dijo, partir en una expedición contra los turcos; pero este proyecto, poco político, ¿no hubiese cambiado en certeza lo que sólo eran sospechas?

SEGUNDA PARTE

Nudabo ignominiam ejus coram eis, videbunt omnes turpitudinem ejus.

EZÉCHIEL.

Las tormentas revolucionarias son para el trastorno de los imperios, lo que los huracanes son para las sacudidas violentas de la máquina terrestre que la rompen y la desgarran. ¡Parece que todos los grandes accidentes de la naturaleza tienen que estar precedidos por tormentas! ¿Es, pues, una cadena la que une las turbaciones con que nos vemos agitados, con las convulsiones de este globo que les sirve de teatro? ¿Los elementos y los hombres tienen, pues, entre ellos alguna analogía? ¿Y el choque eléctrico que alcanza a unos, tiene igualmente que golpear a los otros? Tales dudas son injuriosas para la divinidad: suponen dos poderes, y el hombre verdaderamente repleto de todo el poder del creador no puede admitir la monstruosa partición de este poder único y universal.

Desde entonces, este agente que lo reúne todo, que imprime todos los movimientos, ¿no será el más caro, el más respetable objeto de todas las porciones de sensibilidad que él ha colocado en nosotros?

Esta reflexión es necesaria en una obra en que tenemos que describir tantas desgracias, y por consecuencia una necesidad bastante esencial de convencer de que la mano que nos aplasta es la misma que la que nos devuelve la prosperidad, así como devuelve al universo, en unos períodos fijos, el resplandor de las luces que le quita algunas horas, porque todo es útil en un mundo en que la grandeza del obrero está admirablemente demostrada por esta armonía celeste que lo conduce todo necesariamente a él.

En medio de todo lo que pasaba en la corte, en medio de todos los partidos que se movían en ella, se empezaban a ver nacer los gérmenes del odio que tenía que dividir muy pronto a los duques de Bourgogne y de Orléans. Este último, celoso de la autoridad que usurpaba cada día su tío, no disimulaba ya su tristeza. La reina dirigía y compartía todos sus sentimientos sin duda; pero, ¿bastaba esto para compensar el enorme prestigio del tío del rey..., de un príncipe, en una palabra, poseedor de tan grandes riquezas, y como consecuencia rodeado de partidarios, puesto que como siempre los hombres se apegan a la fortuna?

Estas divisiones, entre los príncipes que rodeaban al rey, hacían nacer contradicciones en las órdenes que se daban, suscitando la insubordinación por un lado y la desavenencia por otro. Estos reinados horribles, para aquellos que aman al bien, preparan casi siempre unos triunfos a los malvados, pero, en todos los casos, funestas desgracias son su inevitable consecuencia.

La ruina del estado se presagiaba sin que pudiese entreverse ningún medio para impedirla; los dos partidos no se respetaban en absoluto, y el público escandalizado no defendía ni a uno ni al otro; por todas partes se denunciaba, se encarcelaba, la espada de las leyes cortaba cuanto molestaba o disgustaba.

Los partidarios del duque de Bourgogne no cesaban de recordar lo que los monjes empíricos habían dicho y, aunque este príncipe no estuviese demasiado exento de atrocidades políticas y de fraudulentas exacciones como las que se atribuían a su sobrino, todo cuanto atentaba directamente al desgraciado monarca excitaba aun mayor cólera y piedad; y con ello el duque de Orléans, llevando con la reina una conducta menos regular, parecía aún más censurable.

Las costumbres particulares se resentían de esta corrupción general; los contemporáneos nos aseguran que era imposible que fuesen más relajadas.

La rapacidad del duque de Orléans, por lo menos igual a la de sus tíos, le hacía percibir comúnmente todas las confiscaciones que Isabel se cuidaba de hacer recaer sobre personas ricas, a las que su artificio convertía también en culpables. Fue ella quien animó la rebelión del conde de Périgord contra el rey; cuando este gran vasallo se vio privado de sus bienes, éstos pasaron al duque de Orléans. Así es como, en estos tiempos desastrosos, todas las personas del mismo partido se servían recíprocamente, con el fin de heredar los unos el poder de los otros y las riquezas de aquellos de los que obtenían la condena de un príncipe imbécil, que se inclinaba siempre por el partido que más le obsesionaba.

Sin embargo, el prestigio del duque de Orléans y de la reina crecían de día en día, excepto en lo que respecta al duque de Bourgogne. El de Orléans sabía ponerse a bien

con todo el mundo. París le amaba, sus gracias, su popularidad le ganaban todos los corazones. La reina le aconsejó que aprovechase este momento, para pedir la admisión en la partición de los deberes del gobierno; acababa de cumplir veintiocho años, no podían alegar para rehusar su extrema juventud; sus deseos se vieron satisfechos. El primer use que realizó de su poder fue levantar el sitio de Avignon, donde el mariscal de Boucicaut tenía al papa Benedicto XIII en una especie de cautividad. Este proceder le granjeaba necesariamente la amistad del jefe de la religión, político muy razonable en una corte más abandonada a la superstición que a la verdadera piedad, sentimientos muy diferentes el uno del otro, puesto que el primero desfigura el culto, del que el segundo sólo admite la pureza. Benedicto tenía un competidor, ya lo sabemos; pero el apoyo que le ofrecía la corte de Carlos unido a la protección del hermano de este monarca, le daba una especie de preferencia sobre su rival, y ponía, como acabamos de decir, a un papa en una asociación que tenía en sí misma con tanta frecuencia necesidad de indulgencia.

Nada de todo eso gustaba al duque de Bourgogne: su odio por un rival de la talla del de Orléans se fortificaba cada día más. Esta observación es necesaria para entender bien lo que obligó al duque de Bourgogne al crimen espantoso que le aconsejaron y del que daremos muy pronto los detalles.

Una de las columnas de la culpable ambición de Isabel se derrumbó en los últimos años de este siglo. Ricardo, temido por sus súbditos y verdaderamente digno de desprecio por sus debilidades, y más aún por las crueldades que ejerció contra sus tíos, no pudo resistir la conspiración que estalló contra él y que colocó al duque de Herefort en el trono de Gran Bretaña.

Encerrado en la torre de Londres, Ricardo fue asesinado allí. Pero tantas versiones diferentes se ofrecen a los lectores sobre este fin trágico, y sobre los que cooperaron en él, perteneciendo este hecho más a la historia de Inglaterra que a la de la reina de Francia, que lo dejaremos en las tinieblas que le rodean, y del que no lo sacaremos, quizá, sino por errores o calumnias.

Una única reflexión se presenta aquí. Parece que el duque de Bretagne favoreció la usurpación del duque de Herefort: ¿Cómo este proceder puede unirse sin contradicción con el interés que este duque había parecido tomar por el partido de Isabel? Vamos a decirlo, y si nos sentimos molestos por las aclaraciones que vamos a dar, es porque éstas darán a nuestros lectores nuevas pruebas de la maldad y de la ambición desmesurada de una mujer que lo sacrificaba todo a sus peligrosas pasiones.

El matrimonio de Isabel, hija mayor de Carlos VI, defraudó, tan pronto como fue concertado con Ricardo II, las esperanzas de la reina que se dio cuenta de que los enormes defectos de este príncipe detestado por los ingleses no lograrían cumplir ninguna de sus ambiciones; trató de convertirle en digno de la doble corona; se dio cuenta en seguida de que era incapaz de llevar incluso la suya. Desde este momento, se unió a los enemigos de Ricardo y contribuyó, quizá más que nadie, a perderle; había visto al duque de Lancaster en París, cuando solamente era conde de Herefort y se puso de acuerdo con él sobre los medios con que se fraguaba una conspiración levantada en Londres contra un yerno que no le convenía casi nada. Aumentó los defectos de Ricardo, y nosotros vimos con nuestros ojos las pruebas de que los cargos de la condena

de este príncipe son muy parecidos a todo cuanto la reina había dicho al duque de Herefort[16].

«Imposición de las más tiránicas leyes.

»Ejecuciones cometidas por él en la persona de sus tíos.

»Las mismas crueldades con varios señores de la corte.

»Préstamos forzosos, imposiciones arbitrarias, delaciones calumniosas, robos en las iglesias.

»Indecencia en las palabras que pronunciaba Ricardo cada día afirmando que la existencia y los bienes de sus súbditos sólo podían pertenecer a un monarca que, como él, había recibido su cetro de Dios. »

Estas fueron las acusaciones que compusieron los cargos; lo mismo lo había sugerido Isabel al duque de Herefort y habló con frecuencia de ello en las entrevistas que tuvo con Bois-Bourdon. Eso fue, en fin, lo que logró la condena de Ricardo.

Ahora bien, al dejar París, Lancaster se dirigió a Rennes. Allí, el duque de Bretagne, siempre en buenas relaciones con Isabel y lleno de desprecio por Ricardo, terminó de influenciar al duque en la determinación de apoderarse de un trono tan mal ocupado y que sólo él era digno de poseer.

De ahí viene la deposición de Ricardo y su muerte en la torre de Londres, c medio siempre seguro -decía Isabel- de impedir a las personas que se quejen.»

Pero esta muerte. ¿Tenía que estar acompañada por circunstancias tan feroces? ¿Era preciso privar a este desgraciado príncipe del sueño, con el fin de perpetuar a sus ojos la imagen de sus crímenes? ¿Era preciso presentarle unos alimentos que le retiraban en seguida cuando el hambre le obligaba a cogerlos? ¿No podían dejar que se apagase por la vejez, sin precipitar tan cruelmente el fin de sus días, y sin inventar contra él suplicios que harían enrojecer a los caníbales? En una palabra, así la política del duque de Bretagne queda explicada, y es la única respuesta que podemos dar a los que le tacharon de contradicción. Si se añade a estas reflexiones la forma amigable con la que se comportó con Francia, se tendrá, parece, la solución total que explique la conducta del duque de Bretagne con Lancaster cuando le vio en Rennes antes de regresar a su patria.

Todo esto parecía no tener otro objeto que el de estar en buenas relaciones con Enrique IV, sucesor de Ricardo. La reina le aseguró su favor y su protección. Tranquilizado por esta princesa, no se emocionó por ninguno de los preparativos del rey para recuperar Guyenne; y verdaderamente por más que se hizo, la tregua de veintiocho años se renovó entre las dos coronas, y todo quedó para los ingleses.

Era, pues, cierto que Isabel tendía siempre al mismo fin, haciéndolo todo, disponiéndolo todo, preparándolo todo, para reunir un día estos dos reinos, sobre los que reinaría con gran imperio, puesto que esta vergonzosa reunión sería su obra... Obra muy pérfida sin duda, puesto que esta mujer atroz alimentaba en su corazón el culpable deseo de apagar y extinguir la dinastía francesa para substituirla por la de Inglaterra, a la que su ambición destinaba ya el trono sobre el que estaba sentada.

[16] Confróntese los documentos del proceso de Ricardo II que existen en la Torre de Londres con los del proceso de Bois-Bourdon, a quién la reina se lo dijo todo, y se convencerán de ello. Examinen el documento que lleva por titulo «An authentick writing extracted from the trial of Richard II, King of England», folio 15. En cuanto a los segundos, se habla de ellos en los documentos del proceso de Bois-Bourdon, sexto legajo, folio 9.

Uno de los primeros efectos de la prórroga de la tregua fue el regreso a Francia de la viuda de Ricardo, la hija de Isabel, que se había quedado prisionera en Londres con la señora de Couci, la única francesa que no la hubiese abandonado.

Isabel, tan avara como ambiciosa, reclamaba, al mismo tiempo que a su hija, la dote y las joyas que esta princesa llevó a su marido; pero Enrique IV permaneció sordo a la mayor parte de las proposiciones. Primero quiso quedarse con todo, con la joven princesa y el dinero: ¿Pero para qué servía, de hecho, restituir la dote y las joyas, si el rey de Inglaterra deseaba unirse a la viuda?, y sabemos que, tras estas nuevas reflexiones, Isabel tenía que mantener en el corazón de Enrique todo cuanto podía servir para unirla a este príncipe; por mucho que dijeron que semejante himeneo hería todas las conveniencias, puesto que al concertarlo se entregaba la viuda de Ricardo al asesino de este desgraciado príncipe, fue inútil; tales consideraciones parecían importar muy poco a una mujer como Isabel que sólo favoreció la conspiración de Londres, el asesinato de Ricardo, la elección de Lancaster, para dar a su hija un esposo más capaz de desempeñar un día los proyectos que acabamos de explicar.

Estaba todo a punto de tomar uno a otro cariz, cuando el duque de Bourgogne objetó que no se podía disponer de una hija de Francia sin el voto del rey, por aquel entonces sumido en una situación de cuerpo y de espíritu que no le permitían tomar ninguna decisión sobre un asunto de tanta importancia.

La joven esposa regresó, pues y las cosas se quedaron aquí.

Sin embargo, el prestigio del duque de Orléans aumentaba todos los días; se le adjudicaban numerosas posesiones, y si sus riquezas no igualaban a las del duque de Bourgogne, al menos sobrepasaba el esplendor de este príncipe por el número de dignidades.

Siempre guiado por los interesados consejos de su amante, el de Orléans se hizo dar todo lo que correspondía a la manutención de las finanzas del reino, para poder sostener el lujo inmoderado de esta princesa.

Los generales de los subsidios, investidos de cuanto tenía relación con la administración de las rentas públicas, los arrendatarios de las imposiciones, los gastos, los ingresos generales o particulares, todo estaba entre sus manos y con tales seguridades, que en caso de abuso o de prevaricaciones, estaba prohibido dirigirse al consejo del rey, pues el duque tenía todos los derechos para establecer y reformar.

Los efectos de este despotismo fueron espantosos. No sólo la nación se empobreció, se desanimó, sino que se avergonzó incluso del estado de abandono en el que la dejaba su rey al que faltaba, en medio de todos estos desórdenes, lo necesario para atender a las primeras necesidades de la vida. Isabel lo sabía, lo veía, y reía, nos dice Bois-Bourdon, del paralelo de sus propias superfluidades con la privación total en la que languidecía su esposo..., descaro digno de sus crímenes, pero más torpe aún; pues deshonraba a la vez su misma persona y la de quien compartía con ella parecidos errores.

Desde entonces, se dieron cuenta de que el duque de Orléans perdía cada día algunas porciones de la estima pública, y Francia entera adoptó muy pronto la opinión de París.

Poco antes del regreso de la joven reina de Inglaterra, y siempre debido a las instigaciones de Isabel, Enrique IV, conforme con las buenas razones que se le habían dado para impedirle desposar a la viuda de Ricardo, venía a pedir su mano para el príncipe de Gales; pero a pesar de los muchos esfuerzos de la reina para el feliz término de un himeneo que cumplía igualmente sus miras, se alegaron las mismas razones que

habían frustrado el primero. ¿Podía Isabel de Francia desposarse con el hijo del asesino de su esposo?

Las tentativas de la reina fueron, pues tan inútiles como su política que, ciertamente, hubiera tenido que presentir, sin embargo, que al perder a Ricardo, toda esperanza de unir a su hija con Inglaterra se desvanecía igualmente: pero el crimen no lo prevé jamás todo, y sólo a esta negligencia se deben casi siempre sus fracasos.

Podemos observar aquí una prueba muy constante del perfecto acuerdo que reinaba entre la reina, Enrique IV y el duque de Orléans; fue cuando se trató de devolver la dote y las joyas de la joven viuda. El rey de Inglaterra quería un recibo firmado por todos los príncipes; sólo el duque de Orléans no quiso firmarlo nunca, y esta negativa, que no debió desagradar a Enrique, probó que el de Orléans no quería hacer nada que pareciese una ruptura total con el príncipe inglés y que quitase por este medio a la reina la esperanza de reanudar las relaciones con Inglaterra.

Fuese como fuese, la joven reina, como hemos dicho, se embarcó y fue devuelta en Boulogne a manos de embajadores franceses.

Isabel tuvo por fin un momento de triunfo, mejor constatado que ninguno de los que había gozado hasta entonces. El matrimonio de Antonio de Bourgogne reclamó al duque a sus estados; el rey, al que se vio obligado a dejar, recayó en una de sus crisis más violentas, Dejamos que nuestros lectores hagan sus reflexiones sobre una crisis que se declaraba en una época parecida.

El duque de Orléans, muy bien secundado por la reina, se aprovechó de esta circunstancia para apoderarse totalmente del imperio. Su competidor reapareció muy pronto, pero sólo para ver gozar sin obstáculo al rival de su autoridad. El duque de Bourgogne descontento y sin poder hablar al rey regresó a sus tierras para ultimar el matrimonio de su hijo, contentándose con escribir al Parlamento para que se opusiese a la imprudencia que se cometía al confiar intereses tan grandes a un hombre como su sobrino; pero sólo recibió una vaga respuesta y el duque de Orléans reinó solo. Desde entonces, no pensó en guardar ninguna medida: encontrándose tan bien secundado por Isabel, no hubo nada de lo que no se apoderase, nada de lo que no abusase, y como era precisamente dinero lo que necesitaban estos dos expoliadores, el duque impuso en seguida una tasa enorme, sin exceptuar ni siquiera al clero. El pueblo arruinado por la nulidad del comercio, por este nuevo impuesto del que no podía sufrir el peso, presa de la enfermedad contagiosa, que acababa entonces de exterminarlo, no pudo disfrazar su humor: se quejó, no le escucharon en absoluto... ¡Ah! ¿El acento doliente del desgraciado llega alguna vez a oídos del desalmado que le oprime?

El clero se negó a pagar; todo se exasperó, todo se envenenó; el descontento llegó a su culminación, y el de Orléans perdió desde entonces lo poco que le quedaba de la consideración general y de la amistad de los franceses. Tuvo miedo, fue preciso retroceder: estos son los efectos de la imprudencia por una parte y del despotismo por otra. Retroceder es una debilidad muy peligrosa para un príncipe. Nadie agradeció al joven duque su revocación; pero se le censuró por su debilidad y sólo compartieron su vergüenza.

El orgullo de un soberano no se alía con las marchas hacia atrás: tiene que tener cuidado con las que hace, pero que por su honor las sostenga, sean de la clase que sean.

El duque de Bourgogne no tomó en demasiada consideración lo que se había hecho sin su participación. Aseguró que a pesar de la oferta de cien mil francos que se le hizo

para que lo ratificase todo, no quiso consentir en nada. Escribió todavía al Parlamento, y apareció por fin en persona para desmentir lo que se había dicho y poner orden en todo lo que se había hecho; pero se presentó armado; muchos de sus vasallos conducían sus tropas para ponerlas a su servicio. El duque de Orléans creyó que era prudente defenderse, lo hizo así; los alrededores de París se cubrieron de orleanistas y de borgoñones, crueles disposiciones que no tardaron en ser funestas para Francia.

La reina se vio asaltada sin embargo, por algunos temores: se unió a los otros príncipes para lograr una reconciliación, y ambos rivales se abrazaron. ¡Ojalá el cielo hubiese querido que la sinceridad presidiera estas demostraciones que fueron desmentidas casi inmediatamente después de ser afirmadas!

Restablecido el rey, reunió a su consejo. Decidieron que la conducta del duque de Orléans no permitía dejarle por entero la manutención de los negocios y, a pesar del despecho que sintió Luis, se acordó que debido a la edad madura del duque de Bourgogne, a su experiencia y a sus inmensos bienes, las riendas del gobierno no podían estar en mejores manos que las suyas. El duque de Orléans pudo a duras penas soportar esta humillación, y la tristeza que sintió se convirtió muy pronto en la fuente de todas las desgracias que siguieron. Fue entonces cuando la nación francesa ofreció a los ojos de Europa el ridículo a insostenible espectáculo de desgarrarse mutuamente por unos príncipes, cuyos únicos deseos iban encaminados a oprimirla.

Por esta época, la reina dio a luz a un príncipe que reinó después con el nombre de Carlos VII y quien, por las faltas de la que le había dado la vida, sufrió muchas penas y encontró muchos obstáculos para cicatrizar las llagas que afligieron durante tanto tiempo a la nación que los crímenes de su madre habían destrozado.

Los desórdenes multiplicados del duque de Orléans, el afecto que le prodigaba Isabel, las marcadas preferencias que le concedía siempre sobre los demás príncipes, hicieron sospechar a todos aquellos que conocían su intriga con el de Orléans que el delfín que acababa de alumbrar era hijo de su cuñado y no de su marido; ¡y cuánta fuerza adquirían estas ideas a los ojos de quienes se daban cuenta de que a cada día que pasaba Isabel sentía más repugnancia por su marido! Lo cierto es que los ingleses se reunieron de nuevo para dirigirle unos reproches a los que respondió con la impudicia del cinismo. Era también muy fácil darse cuenta de como el duque de Orléans compartía con su amante la antipatía que ésta sentía por Carlos. En una querella bastante torpe que Luis tuvo con Enrique de Inglaterra, habiéndole reprochado al monarca su atroz comportamiento con Ricardo, su predecesor, Enrique replicó: « ¡Quiera Dios que vos no hayáis empleado procederes más injustos con vuestro soberano! »

¿Y quién inspiraba al duque naturalmente bravío, leal y franco, quién le inspiraba los procedimientos que le reprochaban, sino su indigna amante?

Se preguntarán quizás aquí por qué razón el de Orléans se pelea con Enrique, por qué motivo le desafía, en una palabra, quién puede inducir al amante de la reina a comportarse tan mal con el príncipe inglés que ésta tenía tanto interés en conservar como amigo... Recordemos lo que precede.

Isabel, de hecho, no estaba muy contenta del rey de Inglaterra; le acusaba sordamente por no haber hecho todo lo necesario para desposar a la viuda de Ricardo. Sin duda, las objeciones que se opusieron eran sólidas, estaban basadas en la sana razón. ¿Pero ejerce la razón algún dominio sobre una mujer como Isabel para quién todo lo que la disgusta o la contraría deja de ser justo, sólo por eso? Su resentimiento, derramado en el alma del duque de Orléans, legitimaba, pues, todo cuanto éste podía emprender contra Enrique.

Esta es la respuesta a las objeciones que podrían hacerse; pero pueden imaginarse hasta qué punto esta afirmación adquiere fuerza, cuando Enrique desposa a la viuda del duque de Bretagne y se realizan todos los arreglos precisos en virtud de este matrimonio para conservar esta provincia para Francia. ¿Había algo que pudiese disgustar más a Isabel, cuya única ambición era querellar, dividir el reino, debido a que no había una sola de estas perturbaciones que no llenase sus cofres y que no fuese útil a sus ambiciosos fines?

Al ser admitida por el rey en el consejo se consoló un tanto; pero este desgraciado príncipe que creía con esto equilibrar las facciones, solo consiguió fortalecer la que era más peligrosa para él, a pesar de la ridícula precaución que tomó de hacer jurar a todos los miembros de este consejo que no obedecerían más que a él: como si los juramentos pudiesen encadenar a quienes no los tienen impresos en su corazón por el celo y la fidelidad.

Estimulada por este primer éxito, Isabel creyó que podía franquear todos los límites. Las pasiones se parecen a los volcanes: cuantas más salidas abren sus lavas, más se extienden sus estragos. Lo hemos dicho ya; todos los desórdenes de la naturaleza absolutamente iguales en sus causas, tienen más o menos los mismos efectos. Esta reflexión tiene que servirnos para fortalecer en nosotros el deseo de combatir estas peligrosas pasiones; el que nos las inspira, las modera, cuando se lo pedimos con fervor.

Sin embargo, Isabel temía perder por un lado cuanto adquiría por otro y que así como habían otorgado el gobierno al duque de Orléans, otorgasen igualmente la regencia al duque de Bourgogne. ¿En qué se convertirá en ese caso la débil autoridad de Isabel?

Para fortalecerla irrevocablemente, Isabel hizo declarar a su marido que en el caso de su muerte, su hijo mayor sería en seguida reconocido como soberano, sin que hubiese de ninguna manera necesidad de regencia, medida inútil, puesto que el rey concedía a la reina el cuidado y la autoridad absoluta sobre sus hijos. Entonces. ¿No era regente sin tener el título? ¿Y no era por el momento muy poco necesario conferírselo, aún menos que darlo a otros, puesto que ella revestía todas las atribuciones?

Era imposible imaginar nada más hábil y mejor para concentrar todos los poderes en la persona de la corte menos capacitada para recibirlos.

Sin embargo, el débil Carlos consintió en todo, y el de Orléans que reinaba mucho más que su hermano, cuando su amante tenía el timón del imperio, se guardó muy bien de retirarlo de una mano tan querida, pero como los deseos de una mujer como Isabel no se sacian nunca, obtuvo muy pronto medios más seguros para disponerlo todo y neutralizar el vano poder del duque de Bourgogne. Adquirió la facultad de anular a incluso de revocar las donaciones que el rey había hecho, o podía hacer a continuación. Carlos no se daba cuenta hasta qué punto estas usurpaciones le ligaban y hasta qué punto se encontraba dependiendo de una mujer tan peligrosa. «Fue entonces -dicen los historiadores- cuando la ingrata Isabel pareció olvidar los deberes más sagrados, el respeto conyugal y la ternura maternal. Se abandonó al rey en manos mercenarias que quisieron cuidarle; a sus propios hijos les faltó todo: mientras la reina disponía de las rentas de su soberano y de los tributos arrancados a la nación, al infortunado Carlos no le quedaba ni siquiera la fuerza de irritarse por un abuso tan culpable de sus bienes. Advertido, por algunos criados fieles, del estado deplorable en que se encontraban sus hijos, mandó llamar a una institutriz quien le confesó llorando que les faltaban vestidos

y alimentos: a ¡Ay! -respondió el desgraciado monarca suspirando- ¡a mí no me tratan mejor! »

Aquí, pues, conduce el abuso del poder, en un alma baja y deshonrada, ¡es muy cierto que la corrupción de las costumbres es la cuna de todos los crímenes!

El prestigio del duque de Bourgogne se mantenía; el pueblo no olvidaba que se había opuesto sin cesar a todas las expoliaciones de sus rivales. Fue él quien, a pesar de la reina y del de Orléans, proyectó el matrimonio de Luis, tercer hijo varón de Carlos, con Margarita de Bourgogne, su nieta; pero este contrato, que no convenía demasiado a la ambición de Isabel, la disgustó. Luego se consoló de este proyecto, haciendo imponer por el duque de Orléans un nuevo cargo, conocido con el nombre de tributo general; y esta insaciable criatura satisfacía así su lujo desenfrenado, no logrando contentar su pérfida ambición. La guerra, que se veía como inevitable con los ingleses, sirvió de pretexto para este nuevo impuesto, que tuvo lugar a pesar de las advertencias del duque de Bourgogne, fundadas en la miseria demasiado real de los pueblos. Las penas más rigurosas, los arrestos, las prisiones por deudas eran decretadas contra los que no pagaban. Se recogió un millón ochocientos mil francos con esta vejación, suma inmensa por aquellos tiempos, y sin embargo, estos últimos esfuerzos de un pueblo agotado no tuvieron mejor éxito que los otros. Se depositó el dinero en la torre del Louvre, y el duque de Orléans, tras sacarlo de allí, lo condujo a casa de la reina, donde fue escrupulosamente dividido entre estos dos expoliadores que arruinaban a la nación deshonrándola.

La muerte del duque de Bourgogne siguió con muy poco espacio de tiempo al edicto del préstamo del que acabamos de hablar y al que se había opuesto valientemente. Esta muerte que otorgaba la sucesión del duque a su hijo, llamado Juan sin Miedo, se convirtió en la época de todas las plagas que tenían que aplastar a Francia.

La tranquilidad de la que pareció gozar el duque de Orléans por la pérdida de un rival tan peligroso como Felipe de Bourgogne se vio muy pronto turbada por los temores demasiado reales que le inspiró la llegada de Juan sin Miedo, hombre incontestablemente mucho más de temer y más malvado que su padre.

Las virtudes de Juan resplandecían mucho menos que los vicios que cubrían. ¿Y cuáles eran estos vicios, que el no se molestaba siempre en disimular?... Todos los que el infierno hubiera podido producir para la desgracia de los hombres, si se hubiese desencadenado contra ellos. Malvado hasta la atrocidad, vengador, avaro, expoliador, intrigante, impío; sin fe, sin Dios, sin costumbres; mentiroso, hipócrita, devorado por las más fogosas pasiones y los más crueles deseos; incapaz de sentir ningún remordimiento, llevando su envilecimiento hasta el extremo de no admitir siquiera, como acabamos de decir, la indispensable necesidad de fingir. Lo singular, y que prueba hasta qué punto dos almas que se parecen se sienten atraídas una hacia otra, fue que Juan, apenas vio a la reina se enamoró de ella; pero como sabía contener sus pasiones y sólo las impulsaba cuando quería, esperó el momento favorable para declararle su amor. No se notó nada aún y por consiguiente nada obstaculizó el prestigio de la reina y del duque de Orléans.

Sin embargo el mal crecía siempre; las cargas, las imposiciones, las tasas arbitrarias, la frecuencia de los usos, todo cuanto podía, en fin, contribuir al lujo prodigioso y a la ambición desmesurada de su cómplice se ejecutaba sin el menor pudor ni la mínima privación. Ya no temían al rey; ora estúpido, ora furioso, el resultado de estos dos extremos daba en él una apatía muy favorable para los enemigos del estado.

El público se vengaba como en todos los reinados por medio de sarcasmos y de apodos, consolación mucho más triste para el desgraciado al que oprimen que para el opresor que se ríe siempre de ello.

Se llamaba públicamente a Isabel « la gran cerda »; pero esto no beneficiaba a nadie. Cuando los que están a la cabeza del gobierno lo permiten todo a sus pasiones, el descaro se convierte en la égida que les protege de los dardos que dirigen contra ellos.

Juan de Bourgogne, al llegar a la corte, era demasiado hábil para no empezar por aliarse con los expoliadores antes de convertirse él mismo en uno de ellos, y para lograr este fin, su primera preocupación fue apresurar el matrimonio ya proyectado por su padre entre Margarita, su hija, y el delfín Luis, y el del conde de Charolais, su hijo, con Madame Michelle, cuarta hija de la reina. Una vez concluida esta doble alianza, pidió en el Consejo un puesto que era imposible negarle. Desde entonces, se creyó con derecho a pretender el timón del estado y con derecho a incitar al Consejo a que determinase todo cuanto podría favorecer sus crueles ambiciones.

Isabel no tardó en darse cuenta de lo útil que podría serle procurar estar en buenas relaciones con un hombre como aquel, y que lo mejor que podía hacer en esta ocasión era dejar flotar su opinión entre estos dos príncipes, con el fin de unir irrevocablemente a ella a aquel de los dos que le parecería más capacitado para secundar sus fines.

Si la delicadeza hubiese podido aliarse en el corazón de Isabel con el crimen y la infamia, sus relaciones con el duque de Orléans hubiesen tenido que retenerla seguramente a favor de este príncipe; pero el amor no tiene ningún poder sobre las almas atroces; se le alimenta si puede ser útil, se le sacrifica si puede perjudicar.

Isabel era demasiado avispada para que Orléans pudiese darse cuenta de su cambio. Isabel a tenía» a este príncipe, porque había visto en él un grado de depravación que le convertía en digno de compartir sus crímenes; pero según sus sistemas, tenía que preferir al duque de Bourgogne cuyo espíritu más enérgico abriría a sus deseos y a su ambición un campo más vasto y más espinoso sin duda, pero también más risueño y sembrado con más flores.

De momento que nuestros lectores se contenten con las ideas que les insinuamos aquí; verán muy pronto que no hacemos mal en prepararles para ver escenas mucho más extrañas.

Para sondear en el Consejo el prestigio de uno y otro príncipe, la reina impulsó al duque de Orléans a proponer una segunda tasa conocida ya con el nombre de «Tributo general», y desde entonces se resolvió a determinarse en favor de aquel que consiguiera hacer triunfar su intención.

El cuñado de la reina hizo valer en esta ocasión el agotamiento de los cofres de Carlos VI, y el temor de una nueva ruptura con Inglaterra, pero el duque de Bourgogne, encantado de poder disfrazar sus vicios bajo el velo de una popularidad que su astucia le impulsaba incluso a fingir, antepuso a todo su celo por el bien de un estado que él mismo iba a llenar de concusiones, de duelo y de terror. Y levantándose con tanta energía como nobleza, combatió al de Orléans con una elocuencia mucho más singular sí se tiene en cuenta que estaba muy lejos de querer obrar en el sentido de sus palabras.

Representó la miseria del pueblo, el mal use de unas sumas exorbitantes que se le obligaba a pagar siempre. Dijo que no cesaría de desaprobar la peligrosa opinión que se acababa de poner de manifiesto y que él no exigiría jamás nuevos subsidios mientras no se le hubiese mostrado el empleo de aquellos por los que el pueblo gemía aún; que en lo

que respectaba a la guerra que parecían temer, no la temía en absoluto, pero que si tenía lugar, ofrecía a Francia su nobleza, sus tropas y sus tesoros. Terminó asegurando, en fin, que si el impuesto se aprobaba, ni él ni sus estados contribuirían y que era preciso que los que tenían la debilidad de no oponer nada a un designio tan peligroso fuesen enemigos de la patria; que, por su parte, juraba servirla y no abandonarla nunca, mientras que no abriese los ojos para ver sus verdaderos peligros.

Este discurso produjo todo el efecto que podían esperar de él los amigos sinceros del príncipe y del estado.

El joven duque de Bretagne habló en el mismo sentido; se ofreció además para conceder a Francia todo el tiempo que quisiese, para las sumas que tenía que reclamar.

Sin embargo el edicto se aprobó, el duque de Orléans era el lugarteniente-general del reino y nadie se atrevió a resistírsele. El duque de Bourgogne, como último recurso, publicó en París cuanto había dicho para oponerse a unas vejaciones tan gravosas. Desde este momento se convirtió en el ídolo del pueblo, pero éste dio sus denarios y el de Orléans prefirió este tributo al vano incienso que las personas honradas quemaban a los pies de su rival.

El duque de Bourgogne, cubierto de elogios públicos y quizá más halagado por este triunfo que por cualquier otro, porque éste le conducía a todo, creyó que tenía que alejarse de la corte.

Tan pronto como el campo se encontró libre, Isabel y Luis, creyendo que ya no tenían nada que temer de un competidor tan peligroso, se unieron más que nunca, ya no pusieron límites a sus vergonzosos desórdenes y a sus culpables prodigalidades.

Todos los días transcurrían en medio de fiestas que el duque de Orléans daba en honor de la reina y a las que Isabel correspondía. Nada igualaba el fasto que reinaba en estas brillantes reuniones. Cada día surgía una moda nueva que hacía olvidar la que la había precedido, y el vil imitador de este lujo insolente no podía lucir dos veces seguidas las joyas con que se adornaba. La multitud de antorchas que iluminaban estas fiestas despedía un destello menos vivo que el oro y las pedrerías que recamaban los trajes de uno y otro sexo; pero no se pagaba nada, el comerciante proveía, se le decía que era demasiado afortunado por la preferencia que le otorgaban sobre sus cofrades, y que el honor que se le hacía de ocuparse de él algunas veces valía mucho más que la oscuridad profunda en la que hubiese vegetado si no se le hubiese concedido el favor de arruinarle.

Sin embargo, ninguno de los oficiales ni de los criados de la casa del rey cobraba; a sus mismos hijos les faltaba todo, y la miseria general, arrastrándose al lado del lujo, temía incluso aturdirle con sus gemidos demasiado dolorosos. La superstición se aliaba con todos estos desórdenes. El de Orléans y la reina recorrían las iglesias; aumentaban su fausto, prodigaban ricas ofrendas a quienes les servían; pero rechazaban duramente al pobre que reclamaba en nombre del cielo su débil subsistencia; y despreciando así los preceptos de la más santa y más respetable de las religiones, sólo al ultrajarlos pretendían presentarle sus respetos... ¡Ceguera bien culpable sin duda, puesto que pone, en lugar de la verdadera virtud, todo cuanto la hipocresía y la inhumanidad pueden producir que sea más horrible!

Sin embargo, del seno de esta religión, envilecida por aquellos que tenían un interés tan grande en que se la respetase generalmente, iba a surgir un apóstol lo bastante animoso como para conseguir que llegase hasta el trono el lenguaje de la verdad.

Un religioso llamado Jaime le Grand, predicando ante la corte, se atrevió a lanzar desde la tribuna santa los sentimientos más indignados que se podían sentir contra los abusos monstruosos de este siglo perverso; empezando por el cuadro de la miseria del pueblo:

«Oh, vos -exclamó- vos, hombre del siglo, a quien la felicidad convierte en insensible a la suerte del infortunado, dejad un momento estos atributos escandalosos que os impiden ver el triste espectáculo de las desgracias del pobre; dignaos a seguirme a los tristes asilos en donde se refugia, mucho menos para esconder su miseria que para ocultar las lágrimas que lo humillan. ¿No es un hombre como vos este desgraciado que languidece abatido sobre el seno de la compañera de sus dolores, mientras ésta gime también por la obligación de transmitir a las débiles prendas de su ternura conyugal una existencia que se siente muy lejos de poder conservarles? Como vos, este hombre se ha sentido encendido por un apasionado y virtuoso amor; pero sus labios marchitos no pueden ya articular la expresión del mismo... Fue sensible como vos. ¡Y vos podéis no serlo para con él...! Limitado en sus deseos a las cosas puramente necesarias, que vuestro orgullo desprecia, les concede un precio tan inmenso como vos concedéis importancia a las frivolidades de un lujo insultante. Llora, vos le rechazáis; os implora, vuestros oídos se cierran; achacáis al temor de emocionar vuestra sensibilidad el que tenéis de compartir la suya. Un mismo principio, sin embargo, os ha hecho nacer a los unos y a los otros; un mismo suelo os cubrirá, y si por vuestra culpa os ha precedido en este último asilo de las miserias humanas, al menos, no tendrá, como vos, al expirar, el remordimiento de haberos hundido en él por indiferencia.»

En este punto las lágrimas se deslizaron de los ojos de este intérprete de la verdad. « ¡Ay! -prosiguió secándoselas- pensad que los días de la prosperidad, o al menos éstos que vos llamáis así, transcurren con la rapidez del rayo arrastrándoos con ellos al abismo que sus fuegos engañosos os esconden, y recordad que los días que les siguen, ennegrecidos por la añoranza, sólo dejan en vuestra alma debilitada el espantoso sentimiento de la desesperación. Comparad un instante los frívolos placeres que os procuran estas riquezas amasadas por las manos de la avaricia, prodigadas por las del crimen; comparad -digo- estas débiles dichas con las que os hace sentir el agradecimiento del pobre aliviado por vos, y venid a decirme en donde habéis encontrado la felicidad.»

Recordando después las bondades de Dios para con su pueblo perdido en el desierto, puso esta emocionante descripción al lado de la de todos los males causados por los expoliadores del pueblo.

« Si os negáis a la persuasión -añadió con la valentía de la virtud-. ¿Qué venís a buscar en el templo del Señor? ¿Por qué, en lugar de oírme, lanzáis con placer vuestras miradas sobre estos tocados escandalosos, que os hacen indignos de entrar en él? ¿Por qué escogéis el asilo de este Dios, padre de los pobres, para mostrar en él un fausto imponente que os convierte a la vez en objetos de odio y de escándalo? Recordad el gesto de Jesús al expulsar a los comerciantes del templo, y ved al mismo tiempo en él la vergüenza con la que cubrís vuestra conducta y la grandeza de la justicia divina. Haceos dignos de entrar con él en el santuario, en lugar de exponeros a ser expulsados de los pórticos, y pensad que Dios no os eleva por encima de los otros sino para darles ejemplo de buenas costumbres y de piedad. »

A estas pinceladas tan verdaderas como enérgicas, el animoso apóstol añadió unos retratos tan conmovedores que todo el mundo se reconoció.

La reina salió tan confusa como molesta. El de Orléans supo disimular, pero no por ello dejó de amenazar al orador con ahogarle si persistía en insultar de esta manera a las personas más calificadas de la corte.

El rey quiso oír a este predicador. El hermano Jaime habló ante él y el buen Carlos se emocionó hasta acabar derramando lágrimas. « ¡Ay! -le dijo el monarca- haremos todo lo que esté en nuestra mano para aprovecharnos de lo que decís... » Respuesta que probaba a la vez la debilidad y la bondad de esta alma apacible.

Algunas mujeres de la corte preguntaron al hermano Jaime como se había atrevido a hablar con una audacia tan reprensible. « ¡Ah! -les contestó- vosotras sois mucho más culpables que yo, puesto que me obligasteis a ello.»

Siempre estimulado por la reina, cuyas secretas intenciones conocemos ahora, el duque de Orléans se adjudicó, poco después, el gobierno de Normandía; pero la provincia se negó a reconocerle. En medio de su cólera, corre a Rouen y encontrando a la noble franqueza de los normandos superior a su insolencia regresa sin ningún éxito. Los pueblos de esta provincia le declararon que no reconocerían a otro señor más que al rey. En consecuencia, cuando la salud de Carlos lo permitió, el duque de Orléans quiso hacerle confirmar su nombramiento, pero muchas personas se opusieron a ello en el Consejo; se presentaron tan vivamente al rey los peligros de confiar tal provincia a un hombre cuyos desórdenes empezaban a provocar tantos rumores, se pintaron tan claramente al monarca todos los vicios de la administración de este príncipe que el intento fracasó, y, como es fácil sospechar, se debió a la gran influencia de los partidarios del duque de Bourgogne.

El rey sintió por aquel entonces la necesidad de una reforma en el estado y, para proceder a ella, se pidió la concurrencia del duque de Bourgogne; pero una recaída aún más peligrosa que las precedentes, retardando las razonables resoluciones de Carlos, otorgó más prestigio y más insolencia que nunca a su hermano y a su esposa.

No obstante no cambió en absoluto el proyecto de llamar al duque Juan; pero fue con unas fuerzas capaces de hacerle temer que cedió a las insistencias de aquellos que le deseaban. Para legitimar el gran número de guerreros que conducía con él, dio el pretexto de un desembarco hecho por los ingleses en el puerto de la Ecluse, y, para engañar mejor a Isabel y al de Orléans, les pidió que le permitiesen servirles en una empresa tan gloriosa. Engañados por semejantes apariencias, todos los que podían prestar socorros se apresuraron a proveerlos, y sólo cuando el duque Juan se encontró a dos jornadas de París se dieron cuenta de sus verdaderas intenciones. Desde este momento Luis vio muy claro que estaba perdido y que la necesidad de ceder a su rival iba a hacer estallar al mismo tiempo contra él la cólera del pueblo que aplastaba y la venganza de los grandes, celosos de su autoridad. Se retiró a Melun. Isabel, que todavía no le creía perdido, presumió restablecer su influencia llevándole al delfín de Guyena. Corrió, pues, con este príncipe a buscar al de Orléans en el asilo que había escogido. El duque de Bourgogne que acababa de enterarse en el Louvre de la evasión de estos tres importantes personajes, pensando sólo en oponerse a esta huida, se dirigió al palacio Saint-Paul, donde se le dijo que, a pesar de la resistencia de los oficiales y de los criados de la casa, el delfín acababa de ser raptado.

Sin desmontar siquiera, el duque, simplemente seguido por algunos caballeros, se lanza a galope tras las huellas de los raptores y alcanza el carruaje en Juvisy. Después de saludar al delfín al que conducía Luis de Baviera, hermano de la reina, le pregunta si no prefiere regresar a París que ir al lugar donde quieren conducirle; el joven príncipe

asegura que no desea otra cosa sino regresar. Luis de Baviera quiere decir algo, Juan no le escucha y manda en seguida que regrese hacia París la litera donde se encontraba el delfín. Fue recibido en la capital por el rey de Navarra, los duques de Berri y de Bourbon, el conde de la Marche y una multitud de señores. Se preparan celebraciones, se tapizan las calles y el duque de Bourgogne se ve proclamado en voz alta el Salvador de Francia.

Entre dos rivales tan poderosos, es muy raro que lo que lo que causa la felicidad de uno no cause la desgracia del otro. El de Orléans se desolaba, Isabel le compadecía o al menos parecía participar en su dolor; pero una mujer como ella no existe ni para dulcificar el infortunio ni para compartirlo. El ardiente fuego de la ambición hizo desaparecer muy pronto la antorcha del amor. Un príncipe desgraciado no tiene ya más encantos a los ojos de aquella que devora una pasión cuando ya no puede servirla, y, a pesar del culpable silencio de los historiadores sobre un rasgo tan esencial, tras meditar esta inconstancia, vicio de un corazón corrompido, en el que se alumbraba al mismo tiempo el incendio que iba a abarcar Francia; esta inconstancia, decimos, revestida con todos los caracteres de la más segura verosimilitud bastaría por sí Bola para establecer la convicción necesaria a los lectores, aunque no añadiésemos a esta verosimilitud las pruebas dadas por Bois-Bourdon y que van muy pronto a apoyarla. A1 menos nos sirva esta certeza par a rechazar, mientras esperamos, los rumores ridículos que se hicieron correr entonces de la partida de Isabel hacia Alemania, después de haber hecho pasar allí inmensas sumas. ¡Eh! ¿Qué tenía que hacer la reina en Alemania? ¿Por qué razón habría enviado allí unas sumas que estos nuevos proyectos las convertían en tan necesarias en Francia? Esta acusación puede añadirse al número de todos los falsos cálculos que vimos hacer al fin del siglo XVIII, porque los tontos combinan siempre según sus pequeñas ambiciones, sus sentimientos poco ele vados y nunca en razón a las probabilidades que no tienen suficiente ingenio para concebir, o a los materiales cuyo conocimiento les está prohibido.

Después de esta expedición, el duque de Bourgogne se estableció en el Louvre, y se aposentó encima de la habitación del delfín, para vigilarle mejor.

Durante este tiempo, el duque de Orléans escribía a todas las provincias para obtener tropas. Se dirigió al Parlamento, pero la acción del duque Juan eclipsaba todas las suyas y Luis sólo recibió negativas.

Desde este momento se dio cuenta de que la destreza y la astucia eran los únicos medios que le quedaban.

El embarazo no fue mediocre en el Parlamento; se preveían todos los males que iba a arrastrar consigo una división parecida, y estos magistrados, razonables, pero demasiado pusilánimes, no encontraron nada mejor que abandonarse en manos de la justicia y de la bondad de la Providencia. Pero los designios de Dios son impenetrables, y si contrarían los nuestros, es porque la previsión de este ser infinitamente sabio sabe siempre mucho mejor que nosotros mismos lo que nos conviene.

No obstante en la capital se tomaron varias precauciones. El duque de Bourgogne se retiró a su palacio de Artois, que mandó fortificar; el gobierno de la Bastilla se concedió a Montagu, aunque perteneciese a los que habían acompañado al delfín en su huida; se dejó el cuidado del joven príncipe al duque de Berri. Las cadenas y las armas fueron devueltas a los Parisienses; veinticinco mil hombres entraron en la ciudad, y todo, en una palabra, todo tomó en esta desgraciada urbe y en sus alrededores los negros colores de las facciones y del terror que presagiaba demasiado bien hasta qué punto la ambición

de una mujer atroz y la enemistad que fomentaba entre dos grandes culpables iban a sumir a los desgraciados franceses en el infortunio y en la sangre.

Se sostuvo un consejo; Juan de Bourgogne protestó que sus únicas miras eran el bien de Francia, que ofrecía sus tesoros y sus tropas para convencer de ello, y habló con más seriedad que sinceridad de la necesidad de una reforma general en todas las ramas de la administración.

La reina y el de Orléans por su parte se fortificaron en Melun. Veinte mil hombres reunidos bajo las órdenes de Luis, que continuaba siendo lugarteniente general del reino, avanzaban hacia París apoderándose de todos los pueblos de los alrededores. Iban a parar en una acción general que, de cualquier forma que se desarrollase, sólo podía ser funesta, cuando cediendo a la solicitud de los tíos de nuestros jóvenes rivales, se cerró al fin en Vincennes un arreglo en el que participó Isabel y cuyas primeras consecuencias fueron el desarme y la licencia de las tropas.

A continuación de esta pacificación simulada, los dos rivales reunidos en el Palacio de Nesle, en casa del duque de Berri, su tío, se abrazaron con todos los simulacros de la más perfecta cordialidad y se acostaron en el mismo lecho, lo que era en estos tiempos el signo más verdadero de una reconciliación entre dos guerreros enemigos.

La reina reapareció muy pronto en la capital y, como siempre escondiendo sus vicios bajo un audaz descaro, llegó en una litera descubierta, cuyos caballos ricamente cubiertos llevaban herraduras de plata; los duques de Bourgogne y de Orléans marchaban a sus lados; las damas de su séquito desplegaban un lujo igual al de su señora y del que, se dice, nunca se había visto aún un ejemplo parecido.

Durante este tiempo, el desgraciado Carlos se encontraba reducido a la más extrema miseria que volvía aún más cruel el redoblamiento de las crisis de su frenesí, y todos los ojos se cerraban ante su estado; sus males no enternecían ni un solo corazón. Isabel, el de Orléans, y Bourgogne. ¿No hubiesen podido sostener la conducta que se esperaba de ellos, por unos procedimientos menos bárbaros? Era, pues, cierto que cada uno de estos tres personajes tenía una misma dosis de perversidad y que las mismas pasiones les guiaban hacia los mismos crímenes.

Isabel, siempre descontenta de la conducta del rey de Inglaterra para con ella, se decidió a aprovechar esta circunstancia para alejar al duque de Orléans y ver si estaría mejor servida por el duque de Bourgogne. Impulsó por consecuencia a su cuñado a ponerse a la cabeza de las tropas que tenían que dirigirse a Guyenne para tratar de recuperar esta provincia usurpada por los ingleses.

El de Orléans partió a la cabeza de una armada considerable y marchó directamente hacia Blaye, que cercó.

Pero Luis y su amante no precisaban laureles sino oro. Mientras esta expedición duró, se le dieron al duque novecientos mil francos cada mes; pero el Consejo que le concedía esta suma en una ocasión en que, aunque estuviese a la cabeza de las finanzas, no querían sin embargo, que se pagase él mismo, el Consejo decimos, se cansó muy pronto de proporcionar unas sumas tan exorbitantes. Desde este momento el proyecto fracasó y el de Orléans regresó a París. Se gimió, pero como la campaña del duque de Bourgogne no había sido más feliz, ninguno de los dos pudo vanagloriarse de las tonterías del otro: sólo el pueblo lloró por lo que hacía al dar su confianza a unas personas que la merecían tan poco, y esta vez, la reina no pudo empezar aún sus pruebas; la ausencia de los dos rivales no le permitía sondear el terreno.

El de Orléans, que regresó más pronto que el duque de Bourgogne, solicitó vivamente al rey que llamase a su rival, y lo obtuvo; pero este último probó que hubiese triunfado si le hubiesen dejado obrar, y esta verdad abatió de tal manera a su antagonista que cayó enfermo. Fue a restablecerse al castillo de Beauté, del que se ven aún las ruinas hacia el extremo meridional del bosque de Vincennes. El duque Juan fue a verle allí y puso en esta visita toda la altivez de la superioridad. Sea por impotencia, sea por política, parece ser que la reina trabajaba misteriosamente en la intención que tenía de abandonar al duque de Orléans para arrojarse en los brazos del duque de Bourgogne. El rey, en un momento de salud que tuvo, convencido por las justas represiones que se le hicieron, se decidió a quitar al duque Luis la manutención de las rentas del estado, pero el monarca no tardó en recaer; el proyecto se desvaneció y Luis conservó lo que querían quitarle.

El desgraciado monarca, como se ve, recaía cada vez que iba a mandar ejecutar una resolución razonable; y precisamente cuando esta resolución era contraria a los intereses de la reina. ¿Era ésta, pues dueña de debilitar o de redoblar los tormentos de su esposo? ¿Los dirigía, pues a su placer...? Aunque los importantes documentos ya citados que tenemos ante nuestros ojos pudiesen inducirnos a pronunciarnos afirmativamente sobre este hecho, lo dejaremos sin embargo, para que lo discuta el lector, y si lo que nosotros le sugerimos no le parece decisivo, terminaremos de convencerle cuando quiera consultar con nosotros los documentos que tenemos en nuestro poder[17] .

Pero, nos podrían objetar que la que poseía unos secretos tan singulares para hacer pasar de una forma tan seguida al príncipe de la calma a la furia, tenía que poseer otros tan eficaces para romper el hilo de sus días, y en ese caso, ¿por qué no lo hacía? Hemos respondido ya a esa objeción: Isabel precisaba un fantasma coronado, una sombra que pudiese animar o hacer desaparecer a su gusto: de otra forma los velos de la muerte, que envolverían a Carlos, se convertirían muy pronto para Isabel en los del olvido más profundo.

Isabel se aseguraba la entera posesión del trono que compartía con Carlos, permitiéndole únicamente que se sentase a su lado cuando lo necesitaba.

El de Orléans recobró, pues, debido a la recaída del rey, lo que querían que perdiese, y la reina continuó con sus hábiles negocios.

Sin embargo, una completa animosidad continuaba subsistiendo entre dos hombres tan célebres, tan poderosos, como para que sus querellas pudiesen abrir unas llagas, por las que Francia sangraría durante largo tiempo: esta idea nacía en todas las cabezas, se temblaba al pensarlo.

La hábil Isabel se convenció firmemente al fin de que cualesquiera que fuesen las fuerzas y el prestigio de los dos rivales, Luis de Orléans, perdido ya para la opinión pública, tenía que sucumbir inevitablemente bajo un hombre revestido de la confianza del pueblo, amado por su rey, mucho más animoso, mucho más emprendedor, mucho más atrevido en el crimen que no lo había sido nunca el de Orléans. ¡Qué diferencia, por otra parte, de riquezas y de títulos! Luis, en verdad, era hermano de Carlos VI, pero el duque de Bourgogne poseyendo unas propiedades mucho más extensas que las de su primo, estaba firmemente apoyado por sus dos hermanos, a uno de los cuales acababa de asegurar la sucesión de los ducados de Brabante y de Limbourg. Era suegro del delfín, considerado por aquel entonces como heredero de la corona si Carlos no dejaba

[17] Consulte el prefacio, así como lo que se ha dicho sobre esto en el primer volumen.

un hijo varón al morir. El conde de Charolais, su hijo mayor, había desposado a una hija del rey; sus alianzas se distinguían aún con la unión de uno de los hijos de Carlos con Jacqueline de Baviera, su sobrina, hija del conde de Hainaut, ¿podía existir un señor más poderoso? Si se trataba de talentos y de virtudes guerreras, ¡cuán por encima de Luis se encontraba Juan en lo que respecta a este punto! ¡Y qué diferencia de reputación!, más bravío que Luis, Juan le sobrepasaba todavía por el acertado use que hacía de esta bravura, en todo lo que se refería al arte militar; más feliz que Luis, Juan contaba victorias donde su primo había apenas recogido algunos laureles. Si los débiles triunfos de Luis en la guerra le daban el orgullo y la insolencia de los talentos mediocres, el duque de Bourgogne tenía en lugar de esta ridícula vanidad, una modestia sorprendente en el triunfo, y que revelaba de tal manera el destello y el mérito, que había encontrado el precioso arte de ganarse los corazones que se desesperaban por sus hazañas.

Pero es preciso convenir desgraciadamente que los vicios escondidos por estas virtudes las sobrepasaban en mucho; ésta es poco más o menos la historia de todos los grandes culpables: como más brillantes son las cualidades que ofrecen, muchos más peligrosos son los vicios que esconden.

Una vez establecido este paralelo en el espíritu de la reina, cuyos proyectos exigían un hombre tan ejercitado en el bien como en el mal, no dudó ya más en preferir al duque de Bourgogne a un amante del que estaba cansada y que no tenía ni la mitad de los vicios y de las virtudes que ella necesitaba.

Isabel estaba, pues, casi completamente convencida cuando el acontecimiento que sigue terminó de decidirla.

Luis, tan galante como indiscreto, se atreve a vanagloriarse un día de ser el amante de la duquesa de Bourgogne, y para convencer mejor de su buena fortuna, muestra al esposo de esta princesa el retrato de la que le traiciona. En el mismo instante la perdición de Luis se jura en el corazón del esposo que ultraja; tan hábil en los medios con que operar, como en los de asociar a su causa todo cuanto puede serle útil, como si el ángel de las tinieblas que destilaba sus venenos gota a gota en el alma de Isabel hubiese servido de guía al duque de Bourgogne, este genio de los infiernos le condujo al mismo palacio de la reina.

¡Qué mejor prueba de la influencia de la fatalidad sobre los hombres! ¡Y cuántos destinos iban a depender de esta funesta visita!

«Señora -dijo el duque Juan a la reina al entrar en su casa- en vano creísteis reinar sola en el corazón del duque de Orléans; tenéis una rival, y esta rival es mi mujer; de mi primo, de vuestro propio amante he recibido la prueba hace unos momentos; en este punto nuestros intereses son comunes, unámonos, pues para servirles y un mismo puñal conducido por vuestras manos y las mías haga brotar la sangre impura que corre por las venas de este pérfido. Al ofreceros que compartáis conmigo el crimen necesario para vengarnos a ambos, al suponeros el coraje necesario para ello, os pruebo que conozco todos los que cometíais con él. ¿Los motivos que os convertían en cómplice de su ambición y de su rapacidad eran, pues, más sagrados para vos, que aquellos que tienen que induciros a secundar mi odio por un hombre que nos ultraja al uno y al otro tan gravemente? ¿Las dichas del interés serán más fuertes que las de la venganza? Las primeras podían valeros unos honores de más, pero éstas, señora, un deshonor de menos. Con muchos más medios que él con que probaros mi celo, os ofrezco como él los más seguros afectos; el amor que os juró parecía el sello de este celo, veis como os

engañaba; un sentimiento parecido, pero más ardiente y mucho más puro, enciende mi corazón como el suyo, dignaos a recibir su homenaje: sí, señora, os adoro, y esta pasión violenta que os juro a vuestros pies, os garantiza a la vez mis preocupaciones y mi silencio. Necesariamente inducidos por Luis a la carrera donde vamos a apoyarnos mutuamente, habría tanta cobardía en no atrevernos a hundirnos en ella juntos como grandeza y valentía hay en precipitar en ella a nuestro enemigo común. Pero no retardéis nada el efecto de esta resolución: Carlos aprecia a Luis, puede perjudicarnos, si no nos apresuramos; hechos para reinar juntos, coloquémonos sin temor donde la mano del cielo nos eleva; lo que nos aconseja es pues justo, puesto que nos lo ha hecho necesario. Pronunciaos, señora; convertíos a la vez en mi cómplice y en mi amante, o yo me convierto al instante en vuestro delator y vuestro enemigo. »

«Esta amenaza -respondió Isabel- me asusta poco, en lo relativo a la delación; tengo por principio o no temblar nunca y no arrepentirme jamás de lo que hago, o no hacer nunca lo que me produciría temores y remordimientos. La enemistad que me hacéis temer tiene más fuerza sobre un alma como la mía; sed prevenido, señor, en los sentimientos que me confesáis; apenas aparecisteis en la corte, cuando mis lazos con el de Orléans sólo se mantenían por la necesidad que tenía de él; me había servido; mientras fuese su apoyo, podía servirme aún. No me dijisteis nada, no podía romper con Luis; sirviendo vuestros proyectos y los míos, encuentro en vos mucho más de lo que pierdo en él, puesto que sólo la política formaba unos lazos que el más tierno sentimiento va a estrechar con vos. Vamos, señor, vamos a sellar, en los altares del amor los juramentos pronunciados en los de la venganza; convirtámonos los dos en tan culpables como nos obligan a serlo tantos intereses reunidos y que Francia en duelo no sea despojada de sus crespones, sino por manos más dignas de gobernarla en adelante. »

Desde este momento la reina se comprometió, y esto es literalmente lo que dijo al duque de Bourgogne; estas palabras fueron transmitidas por ella a su favorito Bois-Bourdon, que las transcribió palabra por palabra en los interrogatorios que precedieron a su suplicio, y en cuanto a las localidades, se encuentran absolutamente conformes con todo lo que conservaron los mejores historiadores de este siglo y los registros del Parlamento:

«Miércoles, 23 de noviembre de 1407 -dijo la reina- induciré al de Orléans a que venga a cenar a mi casa para estar un rato conmigo: preparadlo todo, tened gente dispuesta y contad conmigo»[18].

Nos vemos obligados a correr un velo sobre lo que cimentó este pacto horrible, levantado por las furias y que el infierno desencadenado ejecutó con todo detalle.

[18] La calle Barbette de entonces, que no se tiene que confundir con la actual, practicada en medio de los jardines de Isabel, era una prolongación de la vieja calle del Temple. En esta calle, lejos de París y separada por muchas toesas del recinto marcado por Felipe-Augusto, se encontraba, decimos, esta casa adornada por Isabel y que, por razón de su situación fuera de los muros, se la llamaba casa de recreo, o «chalecito de la reina». La había comprado a Juan de Montagu, gran maestre de Francia que la había comprado a Esteban Barbette, ministro de Obras Públicas de París, a quien pertenecía la casa y que había dado nombre al emplazamiento llamado «Costura Barbette» sobre el que había sido construida. Esta misma casa fue saqueada en 1306 en una revuelta ocasionada por el cambio de moneda; en esta casa también Montagu hospedó al rey Carlos VI y a toda su corte, poco antes de la partida del rey para Bretagne; y una vez la hubo vendido a Isabel, se alojó en el palacio de Giac que le regaló el duque de Bourgogne, antigua mansión de Hugo Aubriot, preboste de París.

¡Oh, desgraciada patria! ¡Deja que nuestras lágrimas se derramen un instante sobre los males por los que fuiste desgarrada debido a esta execrable asociación! Las olas de la sangre que te costó enrojecieron durante tanto tiempo tu seno que lloramos nuestras desgracias del siglo pasado al deplorar las de estos tiempos horribles; y una de las más dulces consolaciones del navegante que aborda el puerto es volver sus ojos húmedos de lágrimas hacia los escollos de los que el cielo supo protegerle.

El duque de Bourgogne asegurado por la reina y perfectamente instruido por ella, sólo pensó en la ejecución. Dieciocho criminales a sueldo, mandados por Raúl de Octonville, hombre cubierto de crímenes y notable por su infamia[19], se escondieron en una casa que compraron ex profeso en la vieja calle del Temple, frente al palacio de Rieux, distinguida por dos hornacinas en una de las cuales se encontraba una Virgen y que, por esto se llamaba la casa de la imagen de Notre-Dame. Estos preparativos se hicieron con tal misterio que aquel contra el que estaban dirigidos no tuvo ningún conocimiento de ello, a pesar de que los conjurados permanecieron en ella seis días, ellos y sus caballos, saliendo únicamente de noche.

El duque Juan, en el alma del cual la reina había derramado todo el veneno de su falsedad y de su perfidia, fingió prestarse con su primo a una perfecta reconciliación, tramitada por el duque de Berri, su tío. En consecuencia, el domingo 20 de noviembre, condujo a los dos príncipes a los Agustinos, donde consagraron el juramento de su reunión, oyendo incluso la misa y comulgando en la misma hostia, como esto se practicaba entonces en los casos parecidos. Esta ceremonia fue seguida por una gran comida en el palacio de Nesle, donde los dos príncipes confirmaron de nuevo las promesas de una inviolable amistad. Firmaron un acta de confraternidad, aceptaron mutuamente el uno del otro la orden de caballería, y no se separaron, sino con mil protestas de vivir desde entonces en la más estrecha comprensión. Se volvieron a ver en el consejo el martes 22; se dieron en presencia del rey, de la reina y de toda la corte, los testimonios de la más singular benevolencia, y «tomaron las especies y bebieron el vino juntos. »

El duque de Orléans invitó al duque de Bourgogne a comer el domingo siguiente: el duque Juan aceptó... ¡aceptó y sabía que al día siguiente tenía que mandar asesinar a aquel que le daba esta muestra de amistad![20]

A1 fin el día que siguió a esta última entrevista, es decir el miércoles 23, así como las cláusulas habían sido decididas con Isabel, el duque de Orléans se dirigió a eso que ella llamaba estar un rato con ella, como lo hemos visto designado más arriba por la misma reina: allí, nos dice Bois-Bourdon, al que hizo esconder en un gabinete vecino, no atreviéndose, decía, a quedarse sola en esta circunstancia, allí esta pérfida criatura habló familiarmente con la víctima ya inclinada bajo el hierro de los verdugos, que excitaba contra ella. « Mi querido señor -dijo a Luis- no sé porque tengo el espíritu muy negro hoy[21]. ¿Es bien sincera la reconciliación con vuestro primo? » « Seguramente.» «Sí, por su parte ya lo creo, su candor es muy conocido, ¿pero y por la vuestra, querido amigo? No impedirá a la que le ama que tiemble por su persona. ¡Oh!, mi querido Luis, este hombre es más falso, más emprendedor, más vengativo que vos. ¿Por qué le mostrasteis

[19] Estaba quejoso del duque de Orléans, quién acababa de destituirle de un empleo en las finanzas del que abusaba.

[20] ¡De qué manera el interés que inspira aquí el duque de Orléans parece paliar todos sus crímenes! Crímenes a los que se veía arrastrado por una mujer mucho más complicada y mucho más malvada que él.

[21] Consulte el folio 8, séptimo legajo.

este retrato? Querido duque. ¿Tenías, pues, otra amiga además de Isabel? ¡Me inmola a su gusto, a mí que os amo tanto! ¿Tenéis que hacerme parecidos reproches?...» Y Bourdon asegura que aquí el duque solicitó su perdón..., lo obtuvo..., ¡lo obtuvo cerca de la casa donde se agudizaban las armas con las que iban a probarle la sinceridad de este perdón...! Apenas le había sido concedido -dijo el favorito- cuando un gran ruido se dejó oír en las estancias que precedían a aquella en donde se encontraban los dos amantes. « ¿Qué es esto? -dijo Luis aún en desorden.» «Monseñor -dijo Schaz de Courtheuze, ayuda de cámara de Carlos, y uno de los conjurados- de parte del rey, monseñor, os ordena que sin demora vayáis a su presencia, pues tiene que hablaros inmediatamente, y por algo que grandemente le atañe a él y a vos, y que requiere mucha prisa. » « Schaz, ¿sabes de qué se trata? » « No, monseñor, lo ignoro, pero su majestad me ha dicho que os diera prisa.» « Id... id, cuñado -dijo la reina- voy a esperaros hasta maitines, regresaréis a decirme lo que quiere de vos “el loco”. »

El duque sale, pide su mula. Eran las ocho de la noche[22]; de una noche extremadamente sombría. Se lanzó sobre su montura, únicamente acompañado por dos escuderos, montados en el mismo caballo y que precedían tres criados llevando unas antorchas. Pasan todos por la puerta situada en la calle Barbette y cuyos vestigios, como nos lo dice Bonamy, se veían aún hace poco tiempo. Los otros criados que habían acompañado a Luis a casa de la reina no se apresuraron a seguirle, pues Isabel les dijo que el duque iba a regresar. Luis iba sin capillo, vestido con una hopalanda de damasco negro forrado de marta, sosteniendo con una mano el pomo de su silla, jugueteando con su guante y canturreando una canción. Dirigiéndose así al palacio de Saint-Paul, situado en el malecón de los Celestinos, pasaba necesariamente ante la casa que el duque de Bourgogne había comprado para la reunión, en la vieja calle del Temple, en frente del palacio de Rieux, y en la puerta de la que, como acabamos de decir, se encontraba una pequeña estatua de la Virgen, de donde le había venido el nombre de casa de la imagen de Notre-Dame. Allí a lo largo del muro se encontraban ya alineados todos los asesinos. El caballo de los dos escuderos se desbocó a la vista de estos hombres «embozados»[23]; sujetó las riendas con los dientes y no se detuvo sino en la entrada de la calle Saint-Antoine.

En este momento el duque, costeando siempre la vieja calle del Temple, llegó casi al rincón de la de los Rosiers, donde le alcanzaron los asesinos, alineados a lo largo de la muralla de la casa de la imagen de Notre-Dame, gritándole: « ¡Muerte...! ¡Muerte! » «Soy el duque de Orléans -les responde Luis.» «Tanto mejor -dijo el de Octonville-, es por quien preguntamos. » Y al mismo tiempo, con un golpe de falce[24], le abate la mano izquierda con la que sostenía el pomo de la silla; los golpes se redoblan, el duque suelta la brida de su mula, se tambalea y cae. Los asesinos acaban con él; armados con mazas provistas de puntas de hierro le destrozan el cráneo.

Hasta entonces, el desgraciado duque no había dejado de gritar: « ¿Qué quieren de mí? ¿Qué quieren de mí, pues? » Pero la cantidad de golpes que recibe le impide muy pronto expresarse. Juan, que dirige estos golpes, quiere asegurarse de sus efectos, sale de la casa Notre-Dame, con la cabeza cubierta por un capillo verde y, como si temiese que su enemigo se escapase, como si tuviese miedo de que algunos principios de vida hubiesen conservado la existencia que destruía con tanta barbarie, le golpea en el cráneo

[22] Y sin embargo, había cenado; la costumbre de entonces era almorzar a las once y cenar a las seis.

[23] Escondidos.

[24] Especie de arma que se usaba entonces.

por última vez con la maza y termina de hacerle saltar el cerebro. Cogiendo entonces una antorcha, como para sorprender las últimas angustias de su víctima, le colocó esta tea ardiente bajo los ojos. Satisfecho al fin de los estragos que imprime en los trazos de Luis la implacable guadaña de la muerte, exclama el vil asesino: «Apagad, ya no existe, apagad y alejémonos.»

Creyeron oír sin embargo algunos gemidos aún; regresaron.

¡Qué ejemplo más emocionante de fidelidad! ¡Oh dulce impulso de la naturaleza, consuélanos de los horrores que nos hemos visto obligados a pintar!

Jacob -este nombre merece ser respetado-, aquel de los criados de Luis que le quería más, tendido sobre el cuerpo de su amo, trataba de reanimarle con su aliento y de calentarle con sus sollozos; veinte golpes de maza le reúnen con el moribundo; expira con él.

Los asesinos, al retirarse, pusieron fuego a la casa Notre-Dame que les había servido de asilo, a fin de que el tumulto de este incendio pudiese favorecer su huida, y para que no pudiese ser interrumpida, dejaron tras sí trampas que, hiriendo a los perseguidores, torcerían necesariamente sus designios.

Sin embargo, los escuderos, que cabalgaban sobre el caballo y los criados que se encontraban en casa de la reina fueron al lugar del asesinato; levantaron el cuerpo de su señor y lo depositaron en el palacio de Rieux, situado enfrente del lugar donde había tenido lugar esta horrible escena.

Isabel, que estaba acostumbrada al crimen a imprimía a propósito de éste todos los caracteres de la trapacería, representó el más profundo dolor. La llevaron al palacio Saint-Paul: ¿se hubiesen atrevido a hacerlo si la casa de la calle Barbette hubiese sido su palacio, y si hubiese estado de parto de un niño muerto al día siguiente, como se atrevieron a decirle, para disfrazar la verdad de esta aventura? Todo el mundo pareció creer en su dolor, y esta pequeña falsedad, tan común en las cortes, realizando tantos engaños como cortesanos había en ella, despistó incluso a los historiadores que sólo transmitieron sus comadreos, a este respecto, sino porque eran igualmente el juguete de todas las mentiras de la corte; y luego, ¿es preciso decirlo?, repugnaba menos la idea de oír a Isabel gemir por la suerte de su amante que la de ver sus manos teñidas con la sangre de este desgraciado príncipe.

Bois-Bourdon fue uno de los primeros que la visitaron, cuando estuvo en el palacio Saint-Paul. « ¿Estás bien seguro de su muerte?», le dijo apenas le vio. « Sí, señora; al salir de su casa, poco después de los gritos que oímos, vi como levantaban su cadáver cubierto de sangre y de barro, y del que las dos manos habían sido cortadas; le depositaron en casa del mariscal de Rieux. » « Esta muerte era necesaria, Bourdon; esconde con cuidado la participación que tengo en todo esto, no porque tema otra cosa que no sea la opinión de los tontos. ¡Pero su manera de ver es tan torpe...! únete al duque de Bourgogne, querido amigo, es el único que puede servirnos ahora. Si tiene menos de esta ridícula franqueza que caracterizaba al de Orléans, es más valiente y tiene más energía que él, no conoce ni los prejuicios ni los remordimientos; le he hablado de ti, se preocupará por tu fortuna »[25].

[25] Octava sesión del interrogatorio, folio 18. ¿Por qué, se han preguntado, estos documentos no se encuentran en los registros del Parlamento? Porque el Parlamento no estuvo investido con la causa de Bois-Bourdon, juzgado a puerta cerrada por los comisarios del rey, y porque el monarca, debido a la participación que tenía la reina en las confesiones de este favorito, tenía

El 25 de noviembre, al despuntar el día, los príncipes se reunieron en el palacio de Anjou, en la calle de la Tisseranderie, con asistencia del duque de Bourgogne.

Se mandaron cerrar todas las puertas de París; se pusieron cuerpos de guardia en todas las calles. Los despojos mortales de Luis fueron trasladados desde el palacio del mariscal hasta la iglesia de los Blancs-Manteaux, que estaba cerca del palacio de Rieux, y allí los príncipes fueron a visitarlos. Se vio, se dice, surgir sangre de sus heridas, cuando el duque de Bourgogne se acercó a él; lo que no le impidió, en el momento de la inhumación, llevar una de las puntas de la tela mortuoria y de fingir el mayor dolor, gritando « que jamás se había cometido un crimen más horrible ».

Tignonville, preboste de los comerciantes, ocupando el lugar del magistrado llamado después «lugarteniente de policía», se encargó de todas las persecuciones. Se sospechó en principio del señor de Cani, cuya esposa había sido la amante de Luis; estas ideas se desvanecieron cuando presentó su coartada. Se hicieron diferentes encuestas, pero nunca en casa de quienes sabían más. Tignonville se enteró por fin de que uno de los asesinos se había retirado al palacio de Bourgogne; no se atrevió a perseguirle en el domicilio del príncipe, sin ser autorizado por el rey.

Cuando el duque Juan se reunió con los otros príncipes en el palacio de Anjou, como acabamos de decir, desfalleció. Muy justamente espantado por el crimen de su conciencia, tomó aparte al duque de Berri y al rey de Sicilia en el vano de una ventana del salón del Consejo, y les confesó su crimen, diciéndoles que había sido arrastrado a él por un movimiento involuntario, que sólo podía atribuirse al demonio; pero cuando quiso reaparecer en el Consejo al día siguiente, el duque de Berri se lo impidió, y el duque de Bourbon se quejó de que no le hubiesen detenido.

Retirado en su casa, sus temores se redoblaron. Escapó de París, seguido únicamente por seis caballeros a quienes hizo cortar el puente de Saint-Maxence, con el fin de retardar la marcha de los que le perseguían. Por una singularidad inconcebible, quiso, al pasar por Bapaume, consagrar la hora de su llegada: ordenó que el «angelus » no se dejase oír sino en este momento, y este use se conservó durante largo tiempo en esta ciudad, con el nombre de «angelus del duque de Bourgogne»; así es como en estos siglos de tinieblas la superstición se mezclaba siempre con el crimen.

De todos los príncipes, el duque de Berri fue el único que quiso por todos los medios que se persiguiese al culpable; pero no se logró alcanzarle, y no se duda en absoluto en la participación que tuvo la reina en el descuido de un esfuerzo cuyo éxito era seguro sin los obstáculos que ella le puso.

Burlándose de la debilidad del duque de Bourgogne, Isabel tuvo al menos que estarle agradecida por su silencio. Había prometido servirle, y lo hizo.

La duquesa de Orléans creyó su deber ir a París a implorar la justicia del rey, y para buscar unos vengadores a un esposo que, a pesar de su inconstancia y de su ligereza, la dejaba madre de varios hijos.

Recordarán sus relaciones con el rey y el inmoral arreglo que había existido entre la reina, el duque de Orléans y ella. Todo se olvidó en parecida circunstancia: ignorando

que desear necesariamente que se cubriese con un velo todo cuanto decía. Si a continuación los documentos de este proceso fueron depositados en los Cartujos, cerca de Dijon, de donde los sacamos, fue porque el duque Juan de Bourgogne, tan comprometido como la reina en estos documentos, se apresuró a sustraerlos de los registros de la corte para esconderlos en el lugar destinado a su sepultura (véase el prefacio).

por otra parte las relaciones secretas de Isabel con el duque Juan y la participación de la reina en los horrores que acaban de cometerse, Valentina sólo pensó en lo que le prescribían sus deberes de esposa y de madre. Llegó seguida por el conde de Angoulême, uno de sus hijos, y de la reina de Inglaterra que se había casado con Carlos de Orléans, su hijo mayor[26]. Cuando se echó a los pies del rey, entonces en uno de sus raros momentos de lucidez, este buen príncipe le prometió la justicia que merecía y, abrazándolos a todos, mezcló sus lágrimas a las de esta familia desesperada.

Durante este tiempo, el duque de Bourgogne sólo pensaba en su seguridad y en oponer la audacia más atrevida a todo cuanto se podría alegar contra él. La reina le envió a Bois-Bourdon, quien regresó encargado por el duque de asegurar a esta princesa que nunca sería traicionada por él; que reclutaba tropas en Flandes, a la cabeza de las que respondería muy pronto a sus enemigos. Le recomendaba el mismo descaro, del que sabía servirse tan bien, como el medio más seguro -decía- de embarazar a las personas inteligentes y de imponer siempre a los tontos.

Pueden imaginarse fácilmente como esta respuesta tranquilizó a la reina y redobló su impudicia. Sabemos que sólo por medio de guerras intestinas y sangrientas podría comprar la impunidad que le estaba prometida; ¿pero parecidas consideraciones tenían que ser de algún peso para un alma de este temple? ¡Qué le importaba el precio de una felicidad que nada podía frustrar!

El duque de Bourgogne, al convocar a sus vasallos, les confesó que era verdaderamente el autor del asesinato de su primo; pero les presentó esta acción bajo unos colores tan favorables, bajo unas intenciones tan dignas de ser aprobadas, les persuadió tan bien de que al mandar asesinar al duque Luis no había hecho otra cosa que librar a Francia de un tirano que la desolaba, que esta confesión y sus explicaciones sólo sirvieron para aumentar el celo de aquellos a quienes convocaba y para apresurar el envío de sus socorros. Todos le aplaudieron, y todos le ofrecieron su persona y su oro.

Quisieron negociar con este culpable... ¡Qué vergüenza!, pero era preciso: no sólo las circunstancias no permitían medirse con él, sino que se conocía su prestigio en la capital, se sabía hasta qué punto supo ganarse todos los corazones y que el infinito número de sus partidarios le hacía extremadamente temible.

Juan no quiso escuchar nada: la bajeza de los medios que se empleaban con él terminaba de lograr su triunfo, y cuanto más parecían temerle, más inflexible se volvía. La reina tenía cuidado en mantenerle al corriente de todo y cada una de sus instrucciones era seguida por las promesas más convincentes de sostenerle hasta la muerte.

Se negociaba en París, se deliberaba en el Consejo, se mantenían reuniones extraordinarias para discutir de jurisprudencia, y mientras, Juan sin Miedo reclutaba.

Isabel, que por su parte no descuidaba nada de todo cuanto podía mantener la autoridad que había adquirido con el de Orléans, se dio cuenta de que al reunir esta porción de poder a la que el duque Juan iba a adquirir para ella, se convertiría en más poderosa que nunca. Hizo en consecuencia todo cuanto podía llevarle a alcanzar este doble fin y el poco vigor que puso en las persecuciones proyectadas contra el duque de Bourgogne fue uno de los primeros medios que empleó para lograr lo que deseaba.

[26] Fue é1 quien le sucedió en el ducado de Orléans.

Durante todas estas intrigas políticas, Juan avanzaba a la cabeza de sus tropas. Por más que se le prohibió que apareciese de esta forma por los alrededores de París, no tuvo en cuenta nada y en esta actitud imponente penetró en Saint-Denis con el pretexto de cumplir con sus devociones, pero en verdad para conferenciar allí con Isabel que fue a verle secretamente a la abadía. Allí, se renovaron sus juramentos de amor... de fidelidad, y, sobre la tumba de los reyes, los dos regicidas juraron el deshonor de sus antepasados y el envilecimiento de quién ocupaba en aquellos momentos su lugar.

Estas novedades hicieron que la duquesa de Orléans se retirase: ¿Qué justicia podía esperar de un príncipe lo bastante débil para no impedir siquiera que se acercase al trono el asesino de su esposo? Esta desgraciada princesa corrió a encerrarse en Blois que mandó fortificar, mientras el duque entraba en París como en una ciudad conquistada. Mil hombres armados le escoltaban; el resto de su armada estaba acantonada en los alrededores.

Los Parisienses le recibieron con arrebatos de júbilo que llegaban hasta la borrachera; todos parecían encontrar en él a un protector, a un padre y al verdadero reparador de todos los males de Francia. Se alojó en su palacio de Artois, que había convertido casi en una ciudadela; una guardia numerosa lo rodeaba, pero si este triunfo aparente del crimen pudo imponerse a la multitud, no tranquilizó nunca al culpable. El duque tan bien acompañado, tan bien recibido, temblaba sin embargo de tal manera que había dispuesto para sí en su palacio una habitación secreta donde iba a pasar las noches sin que nadie lo supiese.

Pero no por eso su arrogancia disminuía: la llevó hasta el punto de hacer justificar el horrendo crimen que había cometido. Pero, lo que es más vergonzoso, es que fue en el seno de la religión donde encontró al apologista de su crimen: un monje, un religioso, que por su estado sólo tenía que prestar su palabra a la defensa de Dios y al sostén de las buenas costumbres, se atrevió, por dinero, a convertirse en el defensor del más cobarde atentado. Jean Petit, franciscano, se encargó de probar que nada era tan meritorio como la acción que acababa de cometer el duque de Bourgogne al asesinar al hermano del rey. ¡Ay!, por esta doctrina perniciosa este sacerdote, indigno del título que deshonraba, ensalzó los puñales de los Clément, de los Ravaillae, de los Dameins, etc., como si existiese en el mundo una cadena más fuerte que la que une al súbdito con el monarca, y como si la conservación de éste no fuera para el otro una obligación tan sagrada como indispensable.

El 18 de marzo de 1408, en el salón del palacio Saint Paul, toda la corte oyó esta extraña apología. El rey no pudo encontrarse allí; dijo a los príncipes que lo que se lo impedía procedía de a la noche que había pasado con la reina. »

Es muy singular que nunca se haya reflexionado sobre tales palabras.... muy sorprendente que no se hayan sacado las consecuencias que ofrecen: contentémonos, pues, con hacer observar que es muy extraordinario que sea precisamente en el da en que la apología de los crímenes del duque de Bourgogne tuvo lugar, cuando Isabel, por medios que ignoramos, impidiese a su marido comparecer en esta célebre reunión. Tenía, pues, motivos para temer los resultados de esta asamblea sobre el espíritu c< sano » del rey, y medios para impedir que este espíritu estuviese a sano » cuando existían razones para oponerse a que su marido compareciese en alguna parte; y, por esto, quedaba, pues, probado que Isabel estaba complicada en esta monstruosa acción, puesto que haría todo lo que fuese necesario para que el rey, naturalmente descontento con lo que se iba a decir, no pudiese sospechar el interés que podía tener en que el

elogio del crimen, cuya espantosa complicidad comparta con el duque de Bourgogne, fuese pronunciado.

En una palabra, hacer ver que Isabel alienaba a su gusto el espíritu de su marido, que lo hizo en este caso, porque era culpable del asesinato del duque de Orléans, es lo que queríamos demostrar, y lo que es tan evidente como pueda serlo una verdad geométrica.

Dejaremos madurar estas reflexiones en el espíritu de quienes saben reflexionar, pero al menos nos estará permitido afirmar que ningún siglo nos ofrece una mujer tan singular, y que han dicho un gran absurdo aquellos que pretendieron que era muy poco importante hacer aparecer a Isabel en escena; que el reinado de Carlos VI era lo suficientemente interesante por sí mismo, sin que fuese preciso presentar a la reina[27]; como si no reconociesen que esta reina era la causa de todo, hasta el punto de que no existe un sólo hecho en este reinado por siempre memorable, del que no fuese el primer móvil; no se derramó ni una sola gota de sangre que no fuese el fruto de sus monstruosas atrocidades.

El duque de Bourgogne compareció armado en la sesión en que se hizo esta apología; una guardia numerosa le rodeaba y la reina, por una especie de atención que la caracterizaba bien, lo había hecho seguir por la más vil canalla.

Al fin el franciscano Jean Petit habló, tras haber declarado que estaba caramente pagado por lo que hacía (confesión bien extraordinaria sin duda), se atrevió a sostener que, en ciertos casos, el homicidio era legítimo, y lo apoyó con doce razones, en honor -dijo- de los doce apóstoles, que sin embargo, no mataron a nadie y que sólo hablaban en nombre de un Dios de paz que estaba muy lejos de legitimar el asesinato. Pero, ¿es sorprendente que «un monje» bien pagado preconice los crímenes del malvado que le cubre de oro? No es, pues, del odioso discurso de Jean Petit del que tiene que asombrarse la posteridad, sino únicamente de la ineptitud de los oyentes que lejos de castigar al instante a un monstruo semejante le dejaron disparatar durante tres horas.

Tras probar la legitimidad de la acción, Jean Petit demostró que si el asesinato podía no ser un crimen, el que había sido cometido en la persona del duque de Orléans era una excelente acción; entre las recriminaciones que hacía en apoyo de su proposición, hay una muy destacada y hecha para aclarar todo cuanto hemos dicho.

El franciscano defensor aseguró que el duque de Orléans había querido envenenar al delfín y había concertado una alianza secreta con el duque de Lancaster contra Ricardo, rey de Inglaterra, para vengarse de lo que este monarca reveló a Carlos que su locura estaba ocasionada por la maldad de los duques de Orléans y de Milán; y esto, estarán de acuerdo en ello, tiene que abrir los ojos de quienes recordarán las intrigas de Isabel con su cuñado y Valentina de Milán. Se verá que no fuimos los únicos que revelamos estos hechos, y que eran ya conocidos, puesto que entraban en las acusaciones hechas contra el duque de Orléans por Jean Petit, y esto delante de toda la corte, excepto del rey que no se encontraba allí, a ruegos de la reina, que sabía muy bien lo que iba a decir el franciscano.

Al terminar el discurso, el duque de Bourgogne aprobó cuanto su abogado acababa de decir, asegurando a la asamblea que tenía aún cosas más importantes que decir, que las reservaba para el rey únicamente.

[27] Invitamos al librero imbécil que sostuvo esta afirmación a que reconozca que sirve muy poco para la honesta profesión que ejerce.

Aquí Isabel nos da a conocer la quintaesencia de su política, puesto que parte al instante hacia Melun con sus hijos, y que el efecto resultante de esta huida tenía necesariamente que explicar el terror que hacía nacer en ella el duque de Bourgogne.

Es inaudito hasta qué punto los historiadores fueron engañados al respecto; de qué manera les impone, y les hace buenamente decir a todos, que el temor que inspiraba el Bourguignon a la reina era la prueba más segura de la amargura de la añoranza que le causaba la muerte de Luis. « El duque de Bourgogne me causa tal horror -decía a todo el mundo- que su solo nombre me produce temblores, que no logro dominar. »

¡Hábil criatura, cómo sabías aprovecharte de la debilidad de una nación, cuyo primer error fue dejarte en su trono, o mejor, haber permitido que subieses hasta él!, pero tú huyes..., tenías que hacerlo; era esencial que el duque, solo con el rey, pudiese hacerle ratificar, sin que la reina estuviese presente, cuanto había dicho el franciscano, y eso fue precisamente lo que él hizo. Siempre animado por la reina que le escribía por medio de Bois-Bourdon: « Amenazadle, encadenadle; es el único medio de hacerle hacer todo lo que vos queréis», exigió al rey que le firmase un escrito, cuyo contenido era que él, Carlos, bien informado de las tentativas regicidas hechas contra su persona por el duque de Orléans cuyo objeto era matarle para colocarse en su lugar, no sólo perdonaba al duque de Bourgogne, su primo, la muerte del de Orléans, sino que la contemplaba como una acción meritoria, y que sólo tenía como fin asegurar la tranquilidad del reino. Carlos tuvo, sin embargo, la fuerza necesaria para decir a su primo, al devolverle estas cartas, que temía que esta justificación no le sirviese delante de todos, y que no le protegiese de la venganza de sus enemigos. El duque le respondió con su audacia ordinaria que no temía nada, al ser absuelto por su rey, como lo estaba por su conciencia.

Sin embargo, Isabel no regresaba a París. Sin parecer mezclarse en ello, dejaba a Juan todo el tiempo necesario para restablecer su prestigio, pero creyó al fin esencial poner fin a esta ausencia: ¿cómo podía regresar a París, sin embargo, cuando el duque de Bourgogne mandaba allí, si antes se había escapado por temor a él?

El duque de Bretagne, que no sabía nada de las relaciones de la reina con el duque Juan, y, al contrario, la suponía llena de desprecio por el asesino de Luis, estuvo a punto de echarlo a perder todo por una delicadeza fuera de lugar: ofreció tropas a Isabel para favorecer su regreso. ¡Qué contrariedad para esta princesa! Si las rechazaba, todo se desvelaba: ¿Aceptaba? Esta resolución podía querellarla con Juan. Confiando pues en su profunda habilidad, se decidió a aceptar.

« Poderosos motivos de los que os daré cuenta -escribía al duque Juan- me han obligado a aceptar las tropas del duque de Bretagne: aparentad temer mi llegada y aprovechad este tiempo para dedicaros a los negocios de Juan de Baviera que os llaman a Liege. Mi primer cuidado al llegar a París será licenciar las tropas de los bretones; vos regresaréis y continuaremos gobernándolo todo. Primero nos será indispensable fingir una reconciliación, y podremos siempre imponerla a la credulidad del pueblo. »

Lleno de confianza en la que amaba, el duque hizo cuanto se le prescribía y la reina regresó a su capital en medio del más suntuoso cortejo, rodeada de príncipes y escoltada por las tropas bretonas que licenció inmediatamente, con el pretexto de que la estancia de estas tropas disgustaría a los Parisienses o perjudicaría sus privilegios; haciéndose llevar en seguida las llaves de la ciudad, pudo leer en la frente de estos buenos habitantes hasta qué punto estaban contentos con ella. Desde este momento su insolencia se aumentó en razón de sus éxitos.

La duquesa de Orléans no tardó mucho tiempo en seguirla. Estaba muy lejos de sospechar la participación de Isabel en el asesinato de su esposo; creyéndola siempre su amante, era imposible que pudiese imaginarla capaz de un crimen semejante, y la reina, habituada al disimulo, confundió sus lágrimas con las de Valentina.

No hubo nada a la vez tan sombrío y tan sobrecogedor como la entrada de esta princesa. La joven viuda de Inglaterra, esposa de Carlos de Orléans, figuraba en esta marcha lúgubre. Los habitantes de París compartieron un instante este dolor, pero sin que por ello disminuyese el afecto que sentían por el duque de Bourgogne.

Permítannos colocar aquí una reflexión que nos parece muy importante para la comprensión de esta historia.

Se preguntan qué pudo inducir a los Parisienses a creer que el duque de Bourgogne, tan digno del apodo de «Juan sin Miedo», había huido de París sólo por los temores que podían causarle la llegada de algunos soldados de Bretagne. ¿Es propia de su carácter esta debilidad? ¿Y no tiene que mirarse esta huida como una astucia cuya causa era fácil de averiguar, sin atribuirla a lo que se acaba de decir? Sin embargo, así es como se aturdían entonces debido a los efectos de la política de los grandes y como se cegaban respecto a las verdades más evidentes, desde que el interés o la ignorancia parecían correr sobre ellos unos velos. Era preciso que Isabel y el duque de Bourgogne se reuniesen en París. ¿Pero cómo podían conciliar esta reunión con la apariencia de enemistad que Isabel afectaba al duque?, era preciso por otra parte que el alejamiento de éste colocase a la reina en disposición de recuperar las riendas del imperio: ¿Podría hacerlo mientras él se encontraría en París? Tenía que obrar durante su ausencia y él tenía que prolongar esta ausencia hasta que Isabel hubiese tomado unas medidas tales que, una vez juntos, nada pudiese destruir su autoridad.

Isabel quiso, pues, que el poder que iban a confiar al duque se viese revestido por la sanción general. En consecuencia, se convocó una numerosa asamblea compuesta por la flor y nata del reinado y presidida por la reina y el delfín de Guyenne. Se admitió en ella a cien de los más notables burgueses de París. Allí el abogado del rey, Juan Jovenal des Ursins, declaró «que la intención de su majestad era que el poder soberano fuese concedido y otorgado a la reina y a monseñor el duque de Guyenne, al estar el rey impedido o ausente. »

Isabel se dio cuenta de que el primer uso que tenía que hacer de su poder era parecer, a los ojos de Valentina, querer vengar al duque de Orléans.

A este efecto se sostuvo una asamblea de justicia, compuesta por las mismas personas que acabamos de nombrar. La primera cosa que decidieron fue refutar con fuerza el infernal discurso del franciscano Jean Petit; acordaron, a continuación, que de rodillas y con la cabeza descubierta el duque de Bourgogne pediría perdón al rey y a la viuda del duque de Orléans, ceremonia que sería repetida en todos los lugares más importantes de la ciudad y principalmente en donde se había cometido el asesinato. Se añadió que las casas de este príncipe serían arrasadas, que se le obligaría a varios legados piadosos, que sería exiliado durante veinte años, y al expirar éstos, le estaría prohibido acercarse en cien leguas de los lugares donde estarían el rey, la reina y la duquesa de Orléans. Y aquí, destacan con benignidad nuestros prudentes historiadores, se observó que la reina puso más calor en lograr esta condena que la misma viuda; es preciso seguramente conocer muy poco a Isabel Para no creerla capaz de una simulación tan necesaria para el triunfo de sus planes. «Esta animosidad -prosiguen los

benévolos historiadores- la justificaba plenamente de todas las sospechas formadas tanto sobre uno como sobre otro. » ¡Qué candor!, o mejor ¡qué profunda ignorancia!

Fuese como fuese, sólo se ocuparon de apresurar la ejecución del juicio que acababa de ser pronunciado. Se encargaron de ello los hijos de Luis; pero cuando se trató de obrar, ¡cuántos obstáculos se presentaron!, y la reina que imaginó este proceso no para perder al duque sino para devolverle todo el esplendor que deseaba para él, no dejó de formarle bajo mano un partido considerable que hizo sentir lo peligroso que podía ser castigar con tanto rigor a un enemigo tan poderoso.

Se hizo valer el prestigio de sus partidarios en la capital; se aseguró que se reunirían todos a la más pequeña certeza que tendrán de la pérdida de su jefe y que las consecuencias de esto tenían necesariamente que hacer temer que el duque sostuviese secretas relaciones con los enemigos del estado.

Pero todas estas consideraciones cedieron ante las vivas solicitudes de la familia del duque de Orléans que no cesaba de pedir con insistencia la ejecución de la detención pronunciada.

En consecuencia hicieron partir a dos enviados, cuya misión consistía en participar al duque las condenas pronunciadas contra él y la orden del rey de conformarse con ellas. Juan respondió con altivez que, cuando habría terminado la guerra que le retenía en Brabante, su intención era ir a justificar su conducta al rey. Durante este tiempo, tuvieron lugar nuevas deliberaciones, y, gracias a las acertadas maniobras de Isabel, sólo se produjeron incertidumbres, temores, contradicciones y debilidad.

Mientras se deliberaba en la corte, el duque se inmortalizaba en la guerra; ganó la batalla de Tongres, donde se cubrió de gloria y mereció la reputación del más gran capitán de su siglo.

En París no se sabía cómo atacar a un hombre que sólo tenía que mostrarse para vencer.

« Llevad a la reina -dijo el duque a uno de aquellos a quienes habían encargado que lograsen hacerle obedecer-, esta rama de laurel, y decidle que no pretendo emplear otras armas para disipar en vuestra corte a todos aquellos que se pronuncian contra mí. » «Mi príncipe -respondió Tignonville, a quien el duque encargaba esta misión-. ¿Queréis, pues que estos laureles se vean teñidos con la sangre de los franceses? » «Que dejen de querer derramar la mía -dijo el duque- y sabré cuidar la suya.»

Estas noticias consternaron a la corte; todo tembló excepto la reina. A cada instante creían ver al duque en las puertas de París, y los habitantes se decidieron a protegerle más ardientemente si venía. Todo se pronunció en su favor: escritos, pasquines se multiplicaron en las calles y en los paseos sólo se oía resonar su nombre en medio de los elogios.

Todo estaba en favor de los deseos de esta mujer pérfida cuando su sórdida avaricia le hizo cometer una grave falta.

En lugar de disminuir los impuestos, los aumentó, y las quejas llegaron a ser muy vivas.

Pero penetremos un momento en el espíritu de Isabel. Una manera diferente de obrar hubiese puesto quizá su secreto demasiado al descubierto. Esta mujer, singularmente disimulada, creyó quizá que debía perder un poco en la opinión del pueblo para que el duque ganase más; esta manera de ver es verosímil, pero las consecuencias estuvieron a

punto de ser funestas para aquella que la había adoptado. Lo que no obstante, parece, apoyar nuestra opinión sobre esto, es que este momento de disfavor le sirvió de pretexto para hacer entrar en París las tropas que quería que llenasen la capital si el duque de Bourgogne aparecía en ella, como no debía dudar que lo haría; y lo que prueba aún mejor lo que acabamos de decir es que varios amigos de la casa de Orléans estuvieron a punto de ser asesinados.

Todo estaba pues en favor del duque de Bourgogne cuando creyó que podía al fin acercarse a París. Su valentía y su perfecta comprensión con la reina le abrían seguramente las puertas de la capital; pero no llegaba, y esta tardanza, durante la cual crecía continuamente el disfavor de la reina, estuvo a punto de serle fatal, tanto que Isabel creyó prudente abandonar una ciudad donde esperaba en vano al único que podía restablecer su tranquilidad; y como todo lo que podía ayudarla en esta nueva huida le pareció necesario, imaginó llevar consigo al rey y al delfín: era preciso, a falta de un amigo, que se rodease de un esposo y de un hijo. Partió pues, y fue primero hacia Orléans a donde sus pasos la encaminaron.

Cuando el duque de Bourgogne se enteró de esta partida se dio cuenta de que se había retrasado demasiado; se apresuró y compareció al fin en París, donde fue recibido como un dios tutelar.

Sin embargo, y debido a la solicitud del conde de Hainaut, tomó el partido de la negociación en la que el mismo conde prometió servirle, yendo a la corte si era necesario. Sus preocupaciones no fueron infructuosas en ésta: el rey, por aquel entonces en un intervalo de salud (así tenía que ser), escuchó favorablemente cuanto decía el conde, y le encargó que regresase a París y lo concluyese todo.

Desde este momento, conociendo bien el duque los motivos de la reina y seguro de que ella continuaba secundándole, representó ante el conde el más vivo resentimiento contra Isabel y sobre todo contra aquellos que le habían aconsejado esta huida. Se hicieron algunos cambios en el proyecto del tratado y fue enviado de nuevo al rey.

Durante este tiempo, la viuda del duque de Orléans murió en Blois, dejando unos hijos demasiado jóvenes para tomar su defensa, y esta muerte, demasiado necesaria en estas circunstancias para que pudiese creerse natural, enfrió y disipó en un instante a los enemigos más encarnizados del duque de Bourgogne.

Que no se nos acuse de querer multiplicar aquí 1ás atrocidades de una mujer ya por sí misma demasiado culpable a los ojos de la posteridad que la juzga hoy con sangre fría.

Para aclarar lo que hacía, partamos siempre de lo que había hecho, o de lo que era capaz de hacer.

Conocemos ahora demasiado bien a Isabel para no estar persuadidos de que no resistió nunca a nada de cuanto podía o bien consolidar unos crímenes necesarios a su pasión o bien cubrir aquellos que había cometido.

Ahora bien, ¿qué interés tenía en deshacerse de la viuda de su antiguo amante? Valentina perseguía con calor a aquellos de quienes sospechaba que estaban relacionados con la pérdida de su esposo; Valentina era cómplice de todos los misteriosos libertinajes de Isabel; era depositaria de todos sus secretos; la misma Isabel la había abocado a Carlos para disponer más libremente del duque de Orléans. Valentina había cooperado en los maleficios que ocasionaron el espantoso estado del monarca. Podía perjudicar todo cuanto se iba a hacer en favor del duque de Bourgogne. ¡Cuántas

razones para deshacerse de una mujer tan peligrosa! Isabel decidió, pues, muy pronto su suerte.

«Permaneced al lado de esta mujer en Blois -dijo a su favorito Bois-Bourdon[28]- no la abandonéis; mientras estaré en Tours me comunicaréis noticias exactas de ella por medio de Le Clerc, su ayuda de cámara, que me enviaréis con este propósito. He tomado excelentes medidas para que no estéis demasiado tiempo encargado de esta vigilancia. »

Efectivamente, al cabo de ocho días ya no tuvieron que preocuparse por esta desgraciada princesa.

Con pesar cargamos a Isabel con este nuevo crimen; ¿pero es posible revocarla del mismo? Las simples probabilidades que hemos ofrecido bastarían para convencer de la participación que tuvo en este horror, sin necesidad del documento que acabamos de citar para sostener esta afirmación.

Sin embargo, las negociaciones llegaron a su fin; la ciudad de Chartres se escogió para firmar el tratado. El rey, la reina y toda la corte se desplazaron allí. El duque de Bourgogne compareció, únicamente escoltado por cien gentilhombres, como había sido convenido.

Cuando apareció, todos se levantaron, excepto el rey, la reina y el delfín.

El duque se acercó al trono, y se puso de rodillas; un abogado pronunció por él su fórmula de excusa. El rey perdonó. La misma ceremonia se repitió delante de los jóvenes príncipes de la casa de Orléans, que en principio no respondieron sino con sus lágrimas y quienes muy pronto imitaron al rey.

Esta fue la historia del pacto de Chartres que por una parte proporcionó a la posteridad un ejemplo bien funesto de todo cuanto el crimen acreditado puede intentar sin temor y hizo ver por otra todo cuanto tiene que temer sin cesar la impotente virtud. Triste fatalidad que sólo encuentra en las almas honestas desprecio por unos triunfos tan criminales como vergonzosos, mientras excita al más vivo interés por los tristes objetos de una indigna humillación.

Todo el provecho de esta aventura repercutió en favor del duque de Bourgogne, y aquí nos preguntaremos aún una vez si no está demostrado que Isabel nunca hubiese triunfado en esta negociación si Valentina hubiese vivido todavía. Era, pues, esencial que muriese: ahora bien. ¿Podía descuidarse algo necesario en una cabeza tan desgraciadamente organizada como la de Isabel?

¿Pero todo esto tenía que durar? ¿Se equivocaba el loco duque de Bourgogne cuando pretendió que esta negociación sólo era «una paz convenida de mala fe por ambas partes»?

Carlos, tranquilo en apariencia, regresó a París; el duque de Bourgogne no tardó en regresar a11í públicamente. Así como la reina, ambos fueron perfectamente recibidos por el pueblo; y la intimidad de las relaciones de Isabel con el duque de Bourgogne, que desde hacía largo tiempo sólo tenía lugar por vías secretas, pudo ahora continuarse con más facilidad. Pero algunos acontecimientos pusieron estas relaciones de manifiesto y la prudencia de Isabel creyó necesario cubrirlas con las sombras del misterio.

[28] Noveno documento del proceso, folio 7.

En consecuencia, partió hacia Melun con el delfín, recomendando al duque consolidar su prestigio, y que continuase haciendo solo en París todo cuanto ella había hecho mientras estaba ausente. Esta resolución, que era el colmo de la astucia y de la prudencia de Isabel, le acarreó, sin embargo, un error; conoceremos muy pronto el resultado de todas estas sordas maniobras, en el laberinto de las que sería posible extraviarse si se perdía un momento el hilo.

La condena de Montagu, gran maestre de las finanzas y primer ministro, operada por las órdenes del duque de Bourgogne, parece formar una contradicción con la intriga, siempre muy viva, entre la reina y el duque Juan, pues, seguramente, se podría decir aquí: ¿Por qué abandona la reina al gran maestre? Digamos mejor: ¿Por qué le entrega? (puesto que es imposible dudar que esta condena no fue tanto obra suya como del duque de Bourgogne). Tratemos de explicarlo.

La reina tenía que reprocharse grandes expoliaciones en la administración de las finanzas, y desde hacía poco, Montagu (que no estaba al corriente de las nuevas relaciones de Isabel) para evitar que no cayese sobre él la censura de estas expoliaciones, albergaba algunos propósitos capaces de querellar al duque de Bourgogne con la reina quien, desde este momento, decidió su perdición. Ahora bien, esta pérdida era útil a la vez al duque y a la reina puesto que desembarazaba a Isabel de un traidor y al duque de un vigilante incómodo. El desgraciado Montagu colocado entre dos autoridades que creía opuestas una a otra y de las que se imaginaba servir a la más poderosa, pereció, pues, víctima de ambas: ejemplo conmovedor para el hombre de la corte quien, cediendo al torrente de la fortuna, es rechazado tarde o temprano por las olas peligrosas de este torrente contra escollos que desconoce, y prueba que el partido más razonable que puede tomar un hombre honesto es el de no inmiscuirse jamás en las querellas de los grandes.

¿Pero de donde procedía, por otra parte, el interés que tomó en otro tiempo Isabel por Montagu? El crimen era también la base del mismo. Este ministro fue el confidente de todos los atentados cometidos por la reina y por el de Orléans en la persona del rey. ¿Podía escapar a la muerte? ¿No se acuerdan de las piedras con las que Mahomet llenó el pozo en el que había hecho bajar a su cómplice? Una particularidad singular del proceso de Montagu, es que, nadando en la abundancia mientras el rey se moría de hambre, le prestaba con rédito a este desgraciado príncipe. En su casa de Marcoussi, se encontraron todas las joyas a cambio de las que él mismo había prestado dinero al rey.

Isabel, poseyendo siempre el secreto de hacerse adjudicar los despojos de aquellos que hacía condenar, no se olvidó en esta circunstancia de apoderarse de esta hermosa casa de Marcoussi, de la que acabamos de hablar, y que, por si sola -dice un cáustico de este siglo-, se había convertido en la prueba más poderosa de convicción en el proceso.

Abandonándose después á toda a ferocidad de su carácter, Isabel quiso asistir a los últimos momentos de su víctima. Sentada cerca de una ventana de la plaza de las Halles donde Montagu fue decapitado el 17 de octubre de 1409, no se movió de allí hasta que no vio volar la cabeza de este infortunado y llevar su cadáver a Montfaucon, donde según las órdenes de Isabel fue expuesto como un criminal[29]. ¿Tenemos que sorprendernos ahora al ver a Montagu sacrificado por el duque de Bourgogne, cuando este ministro era tan peligroso para esta mujer, que el duque Juan necesitaba cada día más?

[29] Posteriormente se rehabilitó la memoria de este infortunado.

Por más que el duque de Bourgogne intentase disfrazarse, era muy fácil ver que lo hacía todo para conservar el corazón de la reina. La consultaba sobre los menores asuntos como sobre los más importantes. Se veía que estaba ansioso por tener su opinión y sus votos, y que se vanagloriaba de seguir sus consejos. Fue él quien arregló el matrimonio de Luis de Baviera, hermano de la reina, con una hija de esta princesa. Este himeneo se celebró en Melun. Todo esto parecía tener como motivo el consolar a la reina de la obligación en que se encontraba de devolver al delfín que, acabando de cumplir catorce años, tenía que remplazar desde este momento a su padre cuando estuviese enfermo.

Se dieron cuenta al mismo tiempo de que la poca instrucción y capacidad de este niño les obligaba a buscarle un consejero, y como el duque de Berri tuvo la benevolencia de negarse, se dirigieron al duque de Bourgogne quien, en calidad de suegro del joven príncipe, parecía justificar esta elección. Un depósito tan precioso que se convertía en la fuente de todas las gracias fue, como puede creerse, aceptado rápidamente por un hombre lleno de avaricia y de ambición, y la reina, siempre de acuerdo con él, se felicitó de un orden de cosas que, desembarazándola de todos las preocupaciones incómodas, le dejaba todas las ventajas.

En la asamblea de justicia sostenida en el gran salón del palacio, hacia el fin de 1409, se decidió todo esto.

Aquí, la reina, mucho más entendida en política que no la creían los historiadores de su reinado, pareció ser presa del dolor y de la desesperación, como nos lo atestiguan estas buenas gentes, tan engañadas en esto como los que las copiaron: Isabel era demasiado hábil para comportarse de una manera diferente.

La plena autoridad, de la que el duque de Bourgogne se apoderó por aquel entonces, y la larga estancia de la reina en Melun indujeron a los contemporáneos a hablar como acabamos de decir, y esto, porque los que escriben la historia del reinado en que sucedieron los acontecimientos que describen los transmiten siempre según las pasiones de las personas que se los cuentan, y los que siguen no haciendo otra cosa sino copiar a sus predecesores se convierten necesariamente en culpables de las mismas mentiras.

Una larga sucesión de años hace desaparecer todos estos errores; la mano del tiempo descubre al fin la verdad que, sucediendo a las pasiones de los escritores o de aquellos que les instruyeron, nos presenta únicamente personajes desprovistos de sus máscaras y ofrece sólo a la posteridad los vicios desprovistos del prestigio que había engañado tan cruelmente a su siglo.

Ciertamente, había una comprensión demasiado profunda entre el duque de Bourgogne y la reina para que esta pudiese afligirse por la inmensa autoridad que ejercía el duque, puesto que gozaba pasivamente de una parte de esta autoridad que su competidor había logrado con tantos esfuerzos por entero. ¿Correspondiendo a la reina el mejor papel, cómo no convencerse de que había sabido adjudicárselo?

Es imposible imaginarse cómo abusó el duque de su puesto para enriquecerse a expensas del estado y del pueblo; por medio de impuestos arbitrarios y de falsos pretextos de gastos usurpaba todo cuanto proporcionaban para estas pretendidas expediciones, cuyo único objeto era, en verdad, llenar las arcas del duque y de la reina. Y para aprovecharse más tiempo de estos impuestos sin hacerlos servir para la ejecución de los proyectos supuestos, a medida que las cosas parecían estar preparadas se las destruía de nuevo.

Con intención de una irrupción en Inglaterra, se mandó preparar una villa de madera, según los antiguos planos del condestable de Clisson, que tenía que servir, una vez establecida sobre la playa, de retiro y de depósito para las tropas de desembarco; esta extravagante invención era un abismo en el que se hundía todo el dinero recogido para su éxito. Cuando la casa estuvo terminada, se le prendió fuego; se pidieron inmediatamente nuevos fondos para reconstruirla y desaparecieron de la misma manera.

«Fui yo -dijo Bois-Bourdon[30]- quien, por orden de Isabel y ayudado por algunos bandidos, reduje a cenizas estas hermosas construcciones, al declararme la reina que no quería saber nada de lo que podía perjudicar a los ingleses. »

Por fin los príncipes se reunieron en Gien, con la intención de formar una liga contra el duque Juan y de recuperar la autoridad que desplegaba; funesta confederación que era únicamente, tuvieron que prevenirlo, la señal de una guerra civil. El duque de Bourgogne por su parte se preparó para la lucha; y así, casi insensiblemente, las furias desplegaban el estandarte en el que habían trazado con letras de sangre las horribles palabras: « Orléanais y Bourguignons».

Es necesario observar aquí que lo que hizo cambiar después la primera de estas designaciones fue el matrimonio del joven duque de Orléans con la hija del conde de Armagnac, nombre que adoptaron inmediatamente los de la facción orleanista de la que el suegro del joven príncipe se convirtió en jefe, título honorable sin duda mientras tuvo por objeto vengar el más cobarde de los crímenes.

El conde de Armagnac unía a todas las cualidades de un guerrero las de un hombre de estado, y bastó únicamente su nombre para hacer temblar a sus adversarios, cuyos motivos estaban muy lejos de ser tan puros.

En un instante toda Francia se levantó en armas. Las tropas confederadas llegaron de las provincias meridionales a los bordes del Loire; el incendio fue general y el pueblo francés, cuya sangre sólo debía derramarse por los intereses de la gloria o por la defensa de su patria, iba a regar su propio suelo únicamente por las querellas particulares de dos de sus príncipes.

Sólo el partido adicto al rey, previendo todas las desgracias que iban a resultar de una revolución semejante, hizo, pero en vano, cuanto pudo para que los jefes depusieran las armas.

Jamás una causa puramente nacional había exaltado los espíritus como ésta, que sin interesar para nada a la posteridad ni al esplendor de esta nación sólo tenía como fin destruirla y desgarrarla.

Al no permitirnos el plan de esta obra seguir todos los hilos de esta sangrienta época de la historia de Francia, rogamos a nuestros lectores que nos permitan, estando enteramente circunscritos a nuestro tema, que tracemos únicamente estos hechos horribles cuando nuestra heroína se encuentre ligada a ellos. Basta recordar sus relaciones con el jefe de la facción que motivaba el crimen que había hecho cometer, para suponerla defender siempre en secreto los intereses de este jefe.

Lo hemos dicho ya, se deseaba con ardor el desarme de los facciosos; todos los medios de conciliación posibles fueron empleados sin éxito, cuando decidieron que interviniese la reina, cuyas intenciones, como es fácil creerlo, eran diametralmente opuestas a un intento de pacificación. En consecuencia, regresó de Melun y volvió allí

[30] Décimo legajo, folio 9.

dos veces sin esperanza, porque en lugar de hacer lo que se deseaba de ella trabajaba por el contrario en irritar aún más al duque de Bourgogne.

A1 fin, el rey quiso ir en persona para oponerse a las querellas de unos príncipes tan cálidamente secundadas por sus partidarios, cuando la reina reapareció por tercera vez para tratar de conciliar y prevenir -decía con falsedad- las desgracias de una guerra intestina que la pérfida alimentaba sólo por los intereses de su causa ya que la caída del partido borgoñón, si hubiese tenido lugar, ¿no pondría sus crímenes al descubierto?

Sin embargo, las tropas de la confederación se acercaban. Cuando los habitantes de París les vieron ocupar Vicestre[31], Gentilly, Saint-Cloud y los pueblos circundantes, prepararon mil hombres de armas para su seguridad.

Las negociaciones empezaron de nuevo; pero nada nos indica aquí la participación que pudo tener en ello Isabel. El hecho es que un tratado firmado en Vicestre separó durante esta campaña a unas armadas que la estación y la falta de subsistencias obligaban necesariamente a regresar a sus hogares.

Se ofrecía un medio muy simple de sofocar estas perturbaciones desde su nacimiento, era declarar al delfín regente del reino; este medio se propuso en un Consejo donde estaba la reina; pero, ¿podía ésta aprobar que se revistiese a otro de una autoridad que sólo hubiese logrado a expensas de la del duque de Bourgogne? ¿Hubiese reinado con su hijo como reinaba con su amante? Uno sólo hubiese deseado el bien, el otro sólo encontraba su ganancia en el mal... Pero. ¿Podía la voz de la naturaleza equilibrarse con la que todos los crímenes hacían resonar en su alma de hierro?

Isabel era demasiado hábil para apartarse en lo más mínimo del plan concebido por el duque y por ella, y ciertamente éste que se concertaba desbarataba completamente el suyo.

¿Al ser declarado regente el delfín no se convertía en orleanista? ¿Y no tendría la reina desde entonces un peligroso adversario? Además, ¿cómo evitar que su complicidad fuese prontamente descubierta si el partido de Orléans triunfaba? ¿Su hijo -podían objetar- se convertiría en su acusador? Esto no parecía verosímil. ¿Pero al menos no se apresuraría a alejarla desde el momento en que tendría conocimiento de su crimen? Podía permanecer enterrado pero nunca a los ojos de un príncipe que, una vez provisto de autoridad, tendría desde entonces tantas razones para buscar la verdad.

Isabel rechazó, pues, la menor idea de regencia; el duque de Berri sostuvo valientemente lo que Isabel sólo se atrevía a apoyar temblando; pero, fuese como fuese, el proyecto de la regencia se descartó totalmente y al restablecerse momentáneamente la salud del rey (el caso lo exigía), no se preocuparon más del delfín, mucho más cuando las órdenes de Carlos, al fin ejecutadas, separaron una vez más a los partidos beligerantes.

El joven duque de Orléans, al no poder sostener su causa por las armas, reclamó al menos la justicia del soberano, y como se trataba de perder al duque de Bourgogne, la reina pensó que tenía que ocuparse del de Orléans, para lograr una aparente reconciliación que proyectaba romper, cuando se presentase el momento favorable; pero aquí, su política y sus intenciones fracasaron, y el duque Juan prevenido se puso en guardia.

[31] Hoy Bicétre.

Desde este momento, las facciones, más encarnizadas que nunca, se armaron cada una por su parte. Francia estaba llena de guerreros que corrían a alinearse bajo sus banderas respectivas y que sin otra causa que un inconcebible frenesí, consentían en degollarse mutuamente, no por su príncipe o por su patria, sino por unas querellas que no interesaban a ninguno de ellos y en las que no entendían nada.

No dudemos, existen épocas en que los hombres necesitan destruirse: movidos como los elementos que cooperan a ello, es preciso que siguiendo su ejemplo, ayuden a este desgraciado encadenamiento hacia la desorganización, que no es en sí misma sino una regeneración a la que nos sometemos a pesar nuestro, por que la naturaleza que nos obliga a ello estaría necesariamente ultrajada por el estancamiento de la apatía.

¿Pero quién fomentaba todas esas perturbaciones? ¡Únicamente Isabel! ¡Ah!, cuanto más los hechos que la atañen se muestren a nuestros ojos más nos convenceremos de que la mano que blandía sobre Francia las serpientes de la discordia era la de esta mujer atroz.

Todo se une: los Parisienses exasperados corren en armas al palacio, y piden a grandes gritos que se nombre regente al delfín. Una recaída del rey paraliza todavía estas resoluciones.

El duque de Bourgogne triunfa; los orleanistas son proscritos, las cadenas se tienden, se colocan cuerpos de guardia, se cierran las puertas. Nadie entra en la ciudad o sale de ella sin ser registrado; únicamente unos demonios armados con espadas y puñales circulan por estas calles desiertas, que van a teñir con la sangre que su ferocidad va a derramar.

Adquiriendo cada vez más firmeza el duque de Bourgogne nombra al conde de Saint-Paul gobernador de París, medio que irrita el mal en vez de calmarlo.

La primera preocupación de este celoso partidario del de Bourgogne es crearse una milicia particular, compuesta por carniceros y desolladores nacidos en medio de la sangre y que por su estado, no se asustarían de derramar la que corría por las venas de sus desgraciados conciudadanos.

Esta temible falange siempre exaltada por Isabel y por su héroe, llenó la ciudad de robos, de crímenes y de venganzas particulares. Si uno quería librarse de un enemigo, bastaba designarle con el nombre de «Armagnac» a los adversarios de este partido; si no caía al instante bajo la espada de sus leyes arbitrarias, unas cadenas más dolorosas que la muerte, a la que sólo escapaba para saciar mejor la crueldad de sus verdugos, le cautivaban en el fondo de las cloacas infectas siempre entreabiertas bajo sus pasos.

Con mucha frecuencia la pérdida de las víctimas de estas proscripciones se consumía sin ninguna formalidad, y las mismas armas con las que los carniceros inmolaban a sus toros se hundían al instante en el seno de sus presas en medio de las calles, cuyos arroyuelos llenos de entrañas palpitantes y de sangre todavía humeante, hacían parecer todos los barrios de la ciudad a las arenas de los mataderos.

Recorriendo estas calles infectas, Isabel excitaba a los monstruos que las llenaban de cadáveres y prometía recompensas a aquellos que por más rabia, encarnizamiento o búsquedas en los suplicios, darían prueba de más grande ferocidad, y su mano que alentaba el crimen designaba al mismo tiempo a los infortunados que tenían que servirle de alimento; pero se preocupaba pérfidamente de no presentar a la muerte sino a aquellos cuyos despojos podían enriquecerla aún más: todo el oro que almacenaba cada día en Melun se encontraba teñido de sangre humana y así le gustaba más aún.

A este género de víctimas se unían todas aquellas cuyas delaciones temía: « Golpead -decía señalando a éstas-. ¿No veis que estas personas son culpables...? Sin duda lo son -añadía en voz baja-, lo son puesto que podrían probar que yo lo soy».

¡Oh manes del desgraciado de Orléans, os elevasteis -dicen- por encima de las olas de sangre con que esta arpía trataba de cubrir la vuestra; pero os rechazó con las mismas mazas con que os hizo apalear, y, hundido en los infiernos por el profundo horror que os inspiró, fuisteis a decir a los espíritus infernales que existía todavía en el mundo una mujer más malvada que ellos!

Isabel cuyo primer deseo era ver a la casa de Lancaster en el trono de Francia, con la esperanza de hacerlo todo por medio de los cuidados de un rey que sería su obra, indujo al duque de Bourgogne a apoyarse en las fuerzas del inglés, siempre atento, para aprovecharse de nuestras perturbaciones, y, tras la petición del duque Juan, le envió en seguida sesenta mil hombres.

La reina, convencida de la necesidad de estrechar los lazos de una alianza semejante, aconsejó vivamente al duque que propusiera a una de sus hijas al príncipe de Gales. Enrique deseó en principio casar a este heredero de la corona inglesa con una hija de la reina, pero las perturbaciones aniquilaron estas resoluciones; y de hecho, al dar a una de las hijas de Carlos VI el príncipe de Gales, durante las crisis que tenían que debilitar el reino, Francia convertía necesariamente a su aliada en mediadora, y desde este momento los dos instigadores de las perturbaciones ya no eran dueños de sus acciones: mientras que la alianza hecha simplemente con el duque de Bourgogne sólo le protegía a él, y esta combinación, obra maestra de la política de Isabel, les hacía mucho más poderosos al uno y al otro.

¿Pero por qué los historiadores no nos dan cuenta de estos hechos tan capaces de iluminar el dédalo oscuro de las negociaciones? Es debido a que no tienen ningún conocimiento del « Gabinete de las Cortes », aún menos del espíritu de aquellos que dominaban allí, y a que no pudieron compulsar, o por descuido, o por falta de medios, los documentos que hemos visto.

Esto es en una palabra lo que estrechó los lazos de una alianza tan contraria a la que tenía que desear naturalmente el partido del rey.

El duque de Bourgogne, disimulando ahora más que nunca a pesar de las inmensas fuerzas que los orleanistas hacían avanzar cotidianamente, quería persuadir a Carlos de una afección que estaba muy lejos de sentir. A pesar de esto, decimos, Juan parecía estar a la defensiva, y no tomó realmente la fisonomía contraria, sino cuando le pareció indispensable detener los progresos de su enemigo. Entonces de acuerdo con Isabel instigó al rey en París, hasta el punto que le fue imposible a este desgraciado príncipe no pronunciarse en favor del partido borgoñón. Carlos lo hizo; y este ejemplo fue adoptado en seguida por toda la capital.

Por este poderoso resorte de la más refinada política el duque, debido por una parte a la alianza que había hecho con el inglés, y por otra a las cadenas con las que rodeaba a Carlos VI, encontró el secreto de tener a ambos monarcas a su favor.

Pero por diestro que fuese el de Bourgogne, nunca sin la ayuda de Isabel hubiese triunfado probablemente en esta doble empresa de cuyo fruto los dos traidores se disponían a gozar, cuando la defección de las milicias flamencas, obligando al duque a abandonar la partida por un instante, dejó el campo libre a los orleanistas que se aprovecharon de ello para dirigirse en seguida hacia París. La reina acababa de regresar

a la ciudad, convencida de que su presencia junto al rey devolvería a su protegido toda la fuerza que acababa de quitarle el choque inesperado de las circunstancias. En esto consistía su único objeto, sin duda, y no en unirse al partido de Orléans, como se atrevieron a decir ignorantes historiadores. Por otra parte la reina unía demasiada inteligencia a la firmeza de su carácter, para no darse cuenta de que una conducta versátil la perdería infaliblemente.

Sin embargo, dicen estos recopiladores mal documentados, la presencia de la reina en unos Consejos orleanistas disgustó de tal manera al partido borgoñón que la retuvieron cautiva en su propio palacio.

¡Qué inconsecuencia! ¿Y cómo pueden permitirse semejantes errores?

Suponiendo que la reina se hubiese puesto en comunicación con los orleanistas, antes de entrar en París. ¿Sobre qué podían fundarse, mientras estaban retenidos fuera del recinto de esta ciudad? ¿Y cómo los borgoñones podían dudar de la reina, cuyos sentimientos conocían muy bien, y que, si no los hubiese sentido, se hubiese visto al menos obligada a fingirlos por política, puesto que supo conseguir que los adoptara la corte?

Es doloroso verse siempre obligado a contradecir cuando sólo se quisiera narrar. Pero no lo podríamos hacer con provecho, si no refutásemos a cada línea todas las ineptitudes que los historiadores nos transmiten sobre un reinado tan interesante y tan mal conocido por ellos.

Los orleanistas se dirigieron al fin hacia la capital. Dueños de Saint-Denis que les abandonó el príncipe de Orange que mandaba allí, y de Saint-Cloud, de donde se apoderaron por medio de una traición, están a punto de entrar en París. El duque de Orléans previene al rey, pero el odio del pueblo bajo por todo lo que lleva el nombre de «Orleanista» o «de Armagnac» era tan grande que rechazaron duramente este aviso.

«Que venga -decían arrogantemente los jefes de este vil populacho, siempre a las órdenes de Isabel y de Juan- que se acerque si se atreve y le recibiremos con las mismas armas que mataron a su padre.»

No cesaban de persuadir al rey de que el duque de Orléans tras extinguir la dinastía reinante quería fijar para siempre la corona en su familia, y esta opinión más o menos fundada sólo sirvió para irritar aún más a uno y otro partido.

Se empezó por anatematizar a todos aquellos que pertenecían a una facción a la que suponían unas miras tan ambiciosas, ahora bien: ¿Era verosímil entonces, como se han atrevido a decirlo, que la reina quisiese cambiar de opinión?, ¡qué suposición tan gratuita y ridícula! Hemos demostrado más arriba la falsedad y la imposibilidad de este cambio.

Muy pronto los púlpitos resonaron con invectivas contra los armagnacs, y en nombre de Dios se quiso probar que un hijo se equivocaba al querer vengar la muerte de su padre; ¡fue del seno de estas tribunas, destinadas a la palabra del Señor, de donde se escaparon consejos de asesinatos, de robo, de saqueo y de atrocidades!

Ser supremo. ¿Sabían, pues, adoraros, estos que os hacían hablar así?

Los orleanistas respondieron de la misma manera y los dos partidos se insultaron tratando de apoderarse de una autoridad de la que cada uno gozaba a su vez. ¡Ojalá hubiese querido el cielo que estos frenéticos se hubiesen contentado con esto!

Al fin, los distintivos se enarbolaron. Los armagnacs se distinguían por un echarpe blanco, que ceñía uno de sus brazos. Los borgoñones escogieron la cruz de san Andrés, sostenida por un echarpe rojo: se sabe que estas desgraciadas distinciones fueron en todos los tiempos las señales del combate.

El duque de Bourgogne, llamado vivamente por la reina y el delfín, llegó muy pronto en socorro de los Parisienses que acababan de realizar dos batidas infructuosas. Conducía con él al cuerpo de ingleses que le había prometido el rey de esta nación; al atravesar Pontoise, corrió el riesgo de ser asesinado por un hombre que sus oficiales aprisionaron y que se confesó orleanista. Tendremos que acordarnos de esta circunstancia que puede aclararnos algo unos hechos que tendrán lugar muy pronto.

Juan sin Miedo entró, pues, en París a la cabeza de quince mil caballos y fue recibido en medio de las aclamaciones generales del pueblo, cuya dicha se turbó no obstante cuando vio los escuadrones ingleses mezclados con las tropas francesas. Hubo incluso por esta causa algunas dificultades en cuanto a los alojamientos; pero las falanges insulares, que los buenos franceses veían con pesar, no disgustaban en absoluto a Isabel. Conociendo todas las razones que la llevaban a desearlas, no podemos sorprendernos del placer que sentía al verlas.

D'Arundel que conducía esta tropa cenó aquella misma noche con la reina.

-Conde -le dijo esta princesa- es para mí una verdadera satisfacción el ver a vuestros bravos ingleses sostener el valor de nuestras tropas. Quizá no esté muy lejano el instante en que se reunirán para siempre estos héroes bajo los mismos estandartes: contad eternamente con mis cuidados para apresurar esta época. Dos pueblos tan valerosos tienen que constituir una misma nación, que un mismo rey tiene que gobernar siempre.

-Señora -respondió el general- sería posible, no obstante, que vuestras miras no se acordasen con la verdadera política de mi gobierno. En el estado actual de las cosas, Gran Bretaña es un reino; cuando el soberano, que ocupe su trono, se convierta en rey de Francia, desde este momento Inglaterra no será más que una provincia, una parte integrante del imperio: ¿Creéis que este segundo lugar puede complacer el orgullo inglés?

-Y bien, señor -dijo la reina- que vuestro soberano se quede en Londres; nos convertiremos en provincias conquistadas; la mitad de Francia no es ya digna de este título, y el rango que ocuparemos entonces en Europa valdrá mucho más que el que tenemos hoy con un príncipe incapaz de reinar. La Galia se sentía honrada en la antigüedad al depender de Roma, y la gloria que una nación no puede adquirir sola no pierde nada de su lustre cuando la comparte con la primera potencia del mundo.

-Pero. ¿Y vuestros hijos, señora, destinados un día a ceñirse la corona de Francia?

-¿Pierde el lis su destello porque le ilumine la claridad del día? Es ilusoria esta corona de la que me habláis; mis hijos aliados a los príncipes de vuestra nación se ceñirán una más real. Veis, pues que, en lo que os propongo, su gloria me preocupa tanto como la vuestra. ¡Eh! ¿No es preferible vencer con Inglaterra que ser sometidos por ella? Títulos y honores les pertenecerán en el primer caso; sólo cadenas pueden esperar en el segundo. Prefiero ser la madre de un héroe que la de un esclavo.

Así razonaba esta mujer ambiciosa y vengativa, mostrando en este momento hasta qué punto el exceso de las pasiones nos ciega incluso sobre nuestros propios intereses, puesto que Isabel se envilecía queriéndose elevar y deshonraba con un falso orgullo a la nación por encima de la que el cielo la había colocado para castigar a los hombres.

El conde d'Arundel sin responder nada pronunció su juramento de fidelidad a los pies de la reina y del duque de Bourgogne, y le condujeron ante el rey, quien le abrazó como a su libertador.

Se proclamó en el acto un edicto de este príncipe ordenando a todos sus súbditos que se armasen contra el partido del de Orléans; por este medio, la mitad de Francia fue abandonada a la otra, bajo las órdenes del más gran enemigo de ambas.

Poco a poco se introdujo la deserción en el partido orleanista. Los ingleses, que llamaron en su ayuda, se retiraron, y todas las apariencias eran favorables para los borgoñones. ¡Pero qué triunfos! No había uno solo de es tos pequeños combates que no costase sangre a los franceses, tanto por un lado como por otro; ella únicamente inundaba siempre el suelo de nuestras campiñas.

En estas crueles circunstancias estallaron la avaricia y la ferocidad del duque y de la reina. No hacían un solo prisionero que no fuese al instante asesinado; su oro, en verdad, le salvaba algunas veces, pero sólo al precio más exorbitante conseguía comprar su vida. ¿No podía pagar?, allí estaba el verdugo; amigo y protegido del duque de Bourgogne, el espantoso personaje ejecutaba al instante las órdenes que recibía de su señor. Se les veía con frecuencia recorrer juntos todos los barrios de París, cogidos del brazo y hablando con la mayor familiaridad.

Por otra parte, Isabel sobornaba, acariciaba, animaba a los jefes de la sanguinaria facción que la servía tan bien.

Reuniendo en las Halles a los Saint-Yon, a los Gouax, a los Caboche, a los Thibertz y a todos estos viles satélites de su ferocidad, se la veía con la mirada inflamada, los cabellos en desorden, arengar a este populacho que multiplicaba cotidianamente junto a ella todos los crímenes con los que componía sus delicias.

«Bravíos defensores de la corona -decía con energía- de vuestros esfuerzos espera Francia su destino, a vosotros únicamente debe el rey su vida y el delfín el trono; secundad mis esfuerzos y triunfaremos muy pronto sobre estos cobardes enemigos quienes, bajo el pretexto especioso de la venganza, se permiten por ambición todos los horrores que mancillan vuestra desgraciada patria. Es la muerte de un padre que quiere vengar un hijo respetable -se atreven a deciros- lo que les pone las armas en las manos. ¡Ah! Descended conmigo un momento al fondo de sus corazones, veréis que sus únicos estimulantes de los crímenes que cometen son la avaricia, la ambición y el regicidio. Quieren la corona para su jefe y no la muerte de aquel a quien atribuyen la del duque de Orléans; al hijo de este expoliador, única causa de todas las plagas que os aplastan, quieren confiar el trono de Francia con la vana esperanza de hacer fortuna como recompensa por sus vergonzosos servicios.

» ¡Qué gran distancia existe de lo que ellos solicitan de vosotros a lo que yo exijo aquí!, los desgraciados quieren crímenes, y yo os pido virtudes; quieren el infortunio o la vida de su rey, y yo os pido su felicidad y su existencia. El nombre de estos traidores mancillará algún día nuestra historia, mientras que los vuestros, inscritos en los faustos de la inmortalidad, ofrecerán a los que nos seguirán ejemplos de valentía y modelos de heroísmo.

» Recordad los delitos monstruosos de quien pretenden vengar, y veréis si los hijos de un hombre semejante pueden gobernaros. ¡Cuántas veces habéis visto al traidor, que divinizan hoy, urdir terribles intrigas contra la vida y contra la razón de aquel que os quiere como a sus hijos v que sólo espera su tranquilidad de vosotros! Pensad, bravíos

Parisienses, que sirviendo la causa de los enemigos de vuestro monarca atraeríais infaliblemente sobre vosotros la cólera del cielo que pone en vuestras manos el honorable deber de devolver a vuestro legítimo señor todo cuanto querrían hacerle perder esta turba insolente conocida con el nombre de orleanista. ¡Oh, amigos míos! ¡Cuántos males serían el resultado de vuestra debilidad en proteger a nuestro soberano! Miremos un momento juntos el espantoso cuadro de estas miserias; ved, si podéis, sin horror, las atrocidades con las que estos viles asesinos mancillarán vuestros muros, si les dejáis penetrar; estas moradas Parisienses donde reposa lo que queréis más en el mundo, vedlas convertirse en el pasto de las llamas de donde se escapan a duras penas vuestras mujeres y vuestros hijos, para encontrar cerca de allí un fin más cruel aún. Vedles, palpitantes bajo las mazas de estos miserables, dirigiros las últimas miradas donde se pintan los merecidos reproches por no haberles defendido mejor y vedles ofreciendo muy pronto sus miembros dispersos, flotando sobre los arroyuelos de sangre que se derraman sobre el suelo de vuestra desgraciada ciudad.

» ¡Eh! Salid de la apatía que retiene vuestra valentía, y para arrastrar algunos débiles peligros muy inciertos, no os preparéis al espectáculo horrible de las desgracias que Dios otorgaría sin duda a vuestra culpable inactividad. Sí, ciertamente, son ilusorios estos peligros que mi ternura por vosotros parece temer un momento, son quiméricas y nunca la victoria dejará de coronar la buena causa. Quitad de su mano los laureles que os presenta: ¿Os los ofrecería si fueseis cobardes? ¿Estarían adornadas con ellos vuestras frentes, si no estuvieseis seguros de merecerlos? ¡Ah!, leo vuestros triunfos en vuestros ojos. Sobre todo no seáis más sensibles que los que os atacan. ¿Les habéis visto alguna vez ablandarse por la piedad? El único sentimiento que les anima es el de la rabia; oponed el de la legítima venganza y golpead sin misericordia a los que no nos perdonarían, si conseguían alguna vez venceros... ¿Venceros? ¿A vosotros...? ¿Qué digo...?, héroes conducidos por el sentimiento del honor y por el amor a su príncipe. ¿Pueden ser jamás vencidos? Mirad a estos débiles enemigos, guiados únicamente por la maldad: en su aspecto incierto se lee ya su derrota; ya no se precisan armas para abatirlos, desaparecerán a vuestra vista. ¿Soporta el crimen la mirada de la virtud? Si vuestra sangre, en fin, se derrama en los combates, será la del justo, mientras vosotros sólo derramaréis la del impío, y esta sangre preciosa que vais a ofrecer a Dios se convertirá para él en títulos que os darán acceso a las palmas eternas, con las que a los pies de su trono vuestras frentes victoriosas serán coronadas por sus manos.»

Parecidos discursos pronunciados por una mujer tan hermosa como altiva, y emitidos con este calor, con esta vehemencia que caracterizaban todas las acciones de Isabel, sedujeron sin gran trabajo a estos hombres débiles, engañados, y produjeron sobre estas almas corrompidas el efecto de lavas volcánicas, abarcando todo cuanto encontraban a su paso. Muy pronto no se conoció en París otra gloria que la de servir a una mujer a quien la naturaleza concedía con tanta profusión el arte de arrastrar y de inflamar los corazones.

Pero la estación avanzaba, y los orleanistas se retiraron y en esta marcha hacia atrás supieron que la reina había cambiado de nuevo sus tesoros de lugar, que se encontraban depositados ahora en la abadía de Saint-Denis, de donde el conde de Armagnac en persona los robó. Aquí preguntamos a los que sostuvieron que la reina había permanecido siempre fiel al partido de los Orléans, como puede ser que este partido, si fue así, robase sus tesoros. ¿Por qué, pues no se arman siempre de convicciones cuando se quiere hablar sobre un hecho? ¿Y por qué, contra toda verosimilitud, empeñarse en sostener absurdos tan pródigamente demostrados por el buen sentido y sobre todo por la verdad?

Isabel furiosa envió a Des Essarts, preboste de París, a prender al abad de Saint-Denis, y lo encerró en un calabozo, de donde sólo pudo salir mediante un fuerte rescate, que indemnizó aunque poco a la reina de la enorme pérdida que acababa de tener.

Cuando por la retirada de los orleanistas los campos de los alrededores fueron evacuados, los borgoñones se extendieron por ellos, robando, estrangulando, sin distinción de edad ni de sexo, todo cuanto se presentaba ante ellos, y esto con el único pretexto de que habían hospedado a los orleanistas. Los caminos, los pueblos, los campos, todo estaba cubierto de cadáveres, que ni se molestaban en cubrir. Lo que no sucumbía bajo la espada del soldado se convertía inmediatamente en pasto de su sórdida avaricia, o de su brutal obscenidad.

Una joven del pueblo de Stein, cerca de Saint-Denis, que se negó a decir dónde estaban escondidos su padre y su madre, fue deshonrada inmediatamente por estos monstruos que la estrangularon después, sobre el mismo cuerpo de sus padres, cuando descubrieron su escondite.

Estos eran los excesos a los que se abandonaban unos hombres naturalmente dulces, pero extraviados por unos intereses que no les incumbían en nada y que, sin embargo, les parecían lo bastante caros como para sacrificar a ellos su fortuna y su vida.

Pocos días después, Carlos se dirigió a Notre-Dame para dar gracias al cielo dijo Voltaire: «de que una parte de su nación hubiese estrangulado a la otra».

Los orleanistas, retirados a Tourts, negociaron con Inglaterra. Nada tan bajo y odioso como las cláusulas del tratado en virtud del cual compraban la protección y los socorros de Enrique: no contentos con cederle la mitad de Francia, se sometían a la condición vergonzosa de vasallos de estos insulares. Hacían, pues, absolutamente lo mismo que hemos visto hacer a la reina, prueba muy cierta de que ambos partidos no tenían otro fin sino el de desmembrar el reino y el de envilecer a sus súbditos. ¿Cuántos remordimientos tienen que devorar el corazón de un francés que puede rebajarse hasta aquí?

Enrique iba, pues, a pasar a Francia cuando el duque de Bourgogne apresuró la ejecución de esta infamia por medio de otras más espantosas sin duda.

La campaña siguiente comenzó muy pronto y el rey avanzando hacia Bourges, que quería cercar, hizo reclutamientos muy considerables.

A través de todo esto, era imposible no darse cuenta de que la existencia del delfín molestaba y contrariaba a la reina; los sentimientos maternales tenían necesariamente que tener poca fuerza en un corazón corrompido por los vicios y particularmente dominado por aquellos que se compaginan menos con estos dulces impulsos de la naturaleza. Por otra parte, el delfín no era el hombre que destinaba al trono sobre el que quería ver a un inglés. Hemos explicado ya los motivos de una conducta que le valió con tanta razón el calificativo de «madrastra».

El joven príncipe siguió a su padre al cerco de Bourges, y allí intentaron raptarle por segunda vez; pero esta empresa, demasiado precipitada, no tuvo el éxito que esperaban. Se castigó a los culpables, y si éstos hubiesen revelado los nombres de quienes les obligaban a obrar, el de la reina hubiese figurado seguramente a la cabeza de todos. Lo que empujaba a Isabel a ir de prisa en la ejecución de este deseo era la certeza que tenía de todos los cuidados que se utilizaban para trabajar el espíritu de su hijo, obligándole a darse cuenta de que en todo lo que se tramaba el duque de Bourgogne obraba más por

sus propios intereses que por los del rey, y de que no le convenía, a él, presunto heredero de la corona, adherirse así a unas querellas particulares.

Estas reflexiones, si hubiesen sido analizadas, podían perjudicar infinitamente a la reina y a sus intenciones y tenían que empujarla a la ejecución del proyecto del rapto de su hijo; pero al fracasar esta pérfida intención, el acercamiento de ambos partidos pareció necesario. El duque de Bourgogne sostuvo a este efecto una entrevista con el duque de Berri, que mandaba los orleanistas de Bourges, y allí se firmó un tratado de paz entre los príncipes, poco más o menos parecido al que se había hecho en Chartres hacía algunos años. Se convino en renunciar por una parte y por otra a las denominaciones distintivas de «armagnacs» y de «borgoñones»; las hostilidades se interrumpieron y se prepararon para un viaje a Auxerre, donde tenían que reunirse los príncipes de una y otra facción.

Isabel, al ver que sus proyectos habían fracasado, trató de reanudarlos, y por medio de sus negociaciones secretas con la Gran Bretaña, de acuerdo con el duque de Bourgogne a quien disgustaba soberanamente el tratado de Bourges, llamó al reino a los ingleses quienes, bajo las órdenes del duque de Clarence, saquearon todas las provincias por las que pasaron hasta Guyenne, donde el conde Armagnac, igualmente descontento del último tratado, les ayudó y facilitó su retirada.

A1 fin una nueva reunión tuvo lugar en Auxerre; los príncipes rivales se encontraron allí, pero el joven duque de Orléans, que no disimulaba su desconfianza, compareció a la cabeza de dos mil hombres armados, precaución por la que se ofendió el duque de Bourgogne.

« No hay nada más que pensar -escribió la reina-[32] si no tomamos la iniciativa, estas gentes nos aplastarán. La mejor manera de no temer más a sus enemigos es deshacerse a la vez de todos; adoptad mi plan, y mañana seremos los amos. La blandura de los duques de Berri y de Bourbon puede sernos aún más fatal que el insolente orgullo que el joven duque despliega aquí. El conde Des Vertus, su hermano, no se separará de él; estas personas dictarán las leyes si no nos apresuramos: es preciso que perezcan todos a la vez, el mismo día y a la misma hora. Todo está dispuesto para el éxito de este golpe atrevido, y es el preboste Des Essarts el que me parece más idóneo para la ejecución. Me ha prometido hacerlo todo; pero no veo en él la firmeza que desearía en el jefe de una empresa semejante; creo que es tímido y esto no es lo que precisamos. Bois-Bourdon y Le Clerc, su ayuda de cámara, nos serán muy útiles; decidles todo lo necesario para animarles y persuadirles; este talento os pertenece, no conozco a nadie que lo consiga mejor que vos. Sabéis que hay circunstancias en que es preciso saber arriesgarlo todo. Quizás hubiese hecho bien en sobornar a los dos mil hombres que el de Orléans lleva insolentemente como séquito, pero esto nos haría perder tiempo y podría ser incluso peligroso, ¡tenemos tantos traidores que temer! Iré a veros esta noche cuando todo el mundo se habrá retirado, con el fin de convenir sobre los últimos medios. Haced que Le Clerc remplace al ujier de vuestra habitación, y que su señor esté con vos. Contad siempre con mi prudencia, con mi valentía y con la indisolubilidad de los lazos que nos unen. »

Todo quedó decidido aquella misma noche en casa de Isabel, en la calle Barbette, y a partir del día siguiente ninguno de los personajes designados en esta carta tenía que quedar con vida; pero a Des Essarts le causó horror -una conspiración semejante, y se

[32] Documento traducido del francés antiguo, anexo a aquellos cuyo depósito se encontraba en los Cartujos, cerca de Dijon, lugar de la sepultura de los duques de Bourgogne.

convirtió en traidor al no atreverse a ser cómplice. Sin comprometer ni al duque de Bourgogne ni a la reina, previno a los príncipes del peligro que corrían y todo fracasó.

«Este cobarde se asustó -escribió Isabel al duque Juan-[33] pero recordad que perecerá. Tengamos paciencia: sería imprudente deshacernos de él tan pronto como lo merecería.»

Esperando, las conferencias continuaron, el disimulo lo exigía, convinieron en pacificarlo todo y principalmente en reunir sus fuerzas para oponerse a nuevas tentativas por parte de los ingleses. El matrimonio del conde Des Vertus con una hija del duque de Bourgogne fue considerado como el sello de la reconciliación general, y se separaron tras algunas fiestas donde se prodigaron las más tiernas seguridades de una reconciliación sincera que no engañó a nadie. De regreso, los príncipes se detuvieron algún tiempo en Melun, donde la reina les recibió con la misma alegría de la que alardeaban todos. Se sabe que en esta época sostuvo varias entrevistas secretas con el duque de Bourgogne, y así se reanudaron allí también una parte de los antiguos proyectos, cuya ejecución veremos muy pronto. Para dar más fuerza, al fin, a esta apariencia de reconciliación y al prestigio engañoso del que tenían que rodearla, así como los príncipes enemigos habían compartido, según la costumbre de estos tiempos, sus caballos y sus lechos, compartieron -se dice- los favores de Isabel. Por primera vez en su vida esta mujer -dice Bois-Bourdon[34]- pareció negarse a esta depravación; pero tras persuadirla el duque Juan de que la intimidad en la que este momento iba a ponerla con el duque de Orléans le revelaría sus más secretos sentimientos, creyó que podría vencerlo todo por el interés de la causa común, y su pudor « muy vacilante » se inmoló sin remordimientos a su ambición «muy arraigada». De esta manera, esta mujer incestuosa y pérfida se atrevió a estrechar entre sus brazos al hijo de aquel, que con semejantes cebos, había hecho caer bajo sus golpes.

El joven príncipe, lleno de esta noble confianza patrimonio de las almas nobles, creyendo encontrar sinceridad allí dónde sólo había disimulo, y amor dónde sólo había falsedad, cedió como los compañeros de Ulises a las sirenas, que sólo les atrajeron hacia sí para perderlos. Las gracias que el delfín hizo aceptar al duque de Orléans probaron que nadie había sido engañado durante demasiado tiempo por todo lo que se acababa de hacer, y ambos partidos desengañados adoptaron muy pronto, con sus primeras impresiones, todo cuanto ellas podían inspirar de maldad en unos y de desconfianza en otros.

Des Essarts, cuyos errores con respecto al duque Juan acabamos de ver, trató de agradar al delfín, pero la reina había jurado perderle, y este paso en falso precipitó el momento en que esto tenía que tener lugar: insistiremos sobre ello.

Todo anunciaba una nueva ruptura: no se devolvía a los orleanistas los bienes que les habían quitado; el duque de Bourgogne y la reina, que gozaban de la mayor parte de estos despojos, tenían demasiado interés en conservarlos para apresurar su devolución. Las depredaciones del interior eran las mismas y el mal, en una palabra, iba creciendo siempre; el rey se dio cuenta y creyó que una asamblea de estados generales lo remediaría todo; se convocó.

Ni el duque de Orléans ni su hermano comparecieron en ella; prevenidos de que el duque de Bourgogne y la reina trataban aún de lograr su ruina, creyeron prudente

[33] En el mismo legajo.
[34] Onceavo documento del proceso, folio 2.

ausentarse. Pero mientras el duque Juan maquinaba contra este partido, los que lo componían intrigaban también contra el suyo. Uno de los chambelanes de este duque -dicen- participaba en el complot de su asesinato, pero la reina con sus fructuosos cuidados había descubierto este proyecto. El crimen se da cuenta de la necesidad que tiene de apoyarse; reconoce su impotencia, si sólo se asegura cómplices que un mismo interés unen a él; ¡pero qué fuerza adquiere cuando lo consigue!

Esto es lo que hizo tan funesta para Francia la unión de Isabel y de Juan. Uno de los resultados de esta asociación repercutió sobre el desgraciado Des Essarts; así como se lo había prometido la reina, fue maltratado extremadamente en esta asamblea general: se le cargó con todos los delitos con los que un hombre rico corre siempre el riesgo de ser acusado. Cuando tuvo que presentar sus cuentas, se encontró con un déficit de cuatro millones, suma excesiva por aquel entonces; habiendo sido dado este dinero al duque y a la reina, le era muy difícil desde este momento al expoliador poder justificarse. Demasiado convencido del gran poder de estos dos personajes, estaba muy lejos del deseo de comprometerles y esto es lo que esperaba Isabel, cuyo atroz carácter preparaba al culpable un suplicio más, por la imposibilidad en que había puesto a este desgraciado de poder rehabilitarse nunca. Todos los príncipes se pronunciaron en contra suya, y desde este momento Des Essarts tuvo que comprender que su perdición estaba resuelta. Envió quinientos hombres armados para apoderarse del puente de Charenton, por el que quería retirarse; pero les hicieron prisioneros y el preboste desde entonces se dio cuenta de que el único recurso que le quedaba para salvarse era la huida; salió disfrazado de París y fue a encerrarse en Cherbourg, cuyo mando tenía.

Sin embargo, el delfín deseoso de reinar y, por consecuencia, celoso del poder que le robaba cada día su suegro, no perdía ni una sola ocasión para obstaculizar este poder y para humillar a aquel que lo usurpaba. No sin tristeza y sin inquietud Isabel y el duque se dieron cuenta de ello: encontrándose cimentada su unión en la doble necesidad que el uno del otro tenían que adquirir mucha más fuerza.

Entretanto, Enrique de Inglaterra murió y su hijo Enrique V le sucedió.

Este príncipe que ocupó el trono de nuestra patria tiene demasiada afinidad con los asuntos de Francia para que no se nos permita pintarlo con las dos fisonomías que ofreció a Europa.

Sin duda no hay nada tan repugnante como la que presentó durante su juventud. Muy organizado, Enrique había recibido, por el efecto de esta vigorosa organización, las inclinaciones más viles y más de temer; pero las pasiones se parecen a ciertas plantas bajo el aspecto mas nocivo, esconden con frecuencia maravillosas propiedades. El joven Enrique robaba en los caminos, asesinaba a los pasantes, insultaba las leyes que prohibían el crimen y protegía a quien lo cometía. Los tontos sólo vieron en un carácter semejante a un individuo peligroso para la sociedad; sólo el hombre penetrante tuvo que descubrir en él el germen de todas las grandes cualidades; donde el pueblo sólo vio a un bandido, el sabio observador adivinó al héroe; comprendió que las modificaciones de este ser extraño, dirigidas de la perversidad a la inocencia, no tendrían muy pronto sino el carácter útil para el bien de su pueblo. La predilección de Enrique por los cómplices de sus extravíos puede explicarse por la protección que concedió después a aquellos que amaron las virtudes que hicieron olvidar sus desvíos: su crueldad tenía que cambiarse en una justicia severa y su temeridad en valor. El deseo de instruirse de cualquier forma en que esto pudiese realizarse adquiriendo rectitud se convertía en la fuente de mil virtudes, y bajo las formas de un criminal, en una palabra, Enrique podía convertirse en un gran hombre.

Fue lo que sucedió: ninguna clase de parecido entre la primera mitad de la vida de este príncipe y la segunda; y, como nada se escapa al observador, todo podía preverse, porque, en un alma como aquélla, los favores de la fortuna purifican los gustos. ¡Cuántos vicios se reprimirían con el honor, en lugar de alimentarles con el envilecimiento!, ¡pero se precisan hombres para esto, y son tan escasos...!

A todo lo que acabamos de decir, se unía en Enrique el físico más varonil y más agradable, era delicado a instruido, en fin poseía todas las cualidades de un príncipe amable unidas a la de un monarca hecho para ilustrar a la vez su siglo y su patria.

Tan pronto como se sentó en el trono realizó una especie de enmienda honorable de todas las faltas de su juventud y las reparó por medio de unos rasgos hechos para inmortalizarle.

Se admitirá que un príncipe semejante podía convertirse en temible en las circunstancias en que se encontraba.

Pero volvamos un momento a los asuntos interiores mientras esperamos ver representar a este príncipe el importante papel que le distinguió.

Des Essarts, entregado enteramente al delfín, trabajaba para conseguirle un tratado del que pudiese obtener después fuerzas suficientes con que competir con la reina y el duque de Bourgogne. Como consecuencia de este proyecto, este intrigante se había apoderado de la Bastilla. Tan pronto como el duque de Bourgogne tuvo conocimiento de este suceso, tras aclarar los proyectos del preboste, sólo se ocupó de prevenir sus consecuencias. Armando a todos los criminales de la capital siempre a sus órdenes, hizo detener en seguida a Des Essarts en el mismo seno de la plaza de la que se había apoderado, y le condujo a la Torre del Louvre. Envalentonados por este primer paso, los sediciosos se lanzaron al palacio que habitaba el delfín, derribaron sus puertas, cogieron a los amigos y a los criados de este príncipe que corrieron a encerrar en el mismo palacio del duque de Bourgogne, asesinando por el camino a todos aquellos que no querían o no podían seguirles.

«Suegro -dijo el príncipe, cuando volvió a ver al duque Juan- le debo el trato ignominioso que acabo de sufrir, pero espero que la fortuna no os será siempre tan favorable. > « Señor -respondió el duque- no tengo nada que ver con todo esto, y vos me haréis justicia cuando vuestra cólera se habrá apaciguado.»

Con el fin de esconder mejor sus maniobras, Isabel recomendó encarecidamente a los sediciosos que se dirigieran en seguida a casa del duque de Bourgogne para obligarle a devolver a Des Essarts. Era precisamente lo que deseaba el duque quién, tras parecer que se hacía rogar, terminó sin embargo por darles al preboste que fue conducido inmediatamente al Châtelet.

« ¡Y bien! -escribió aquella misma noche Isabel al duque- ya os había asegurado que este traidor caería muy pronto de nuevo en nuestras manos. Tenía que sacarle de las vuestras para colocarle en las de la justicia: se encuentra en ellas, a la muerte tenemos que enviarle ahora.»

Todas las riquezas que el preboste había encerrado en la Bastilla, cuando se encontraba allí, fueron confiscadas en provecho de quienes querían quitarle la vida[35].

[35] Cuantas más riquezas tiene un concusionario más esconde sus robos; algunos, lo sabemos muy bien, usan el medio tortuoso de hacer comprar bienes a sus amantes, o a sus parientes, y entonces la conclusión se encuentra desnaturalizada• pero para reconocerla basta con examinar

El delfín se encontró también sin lugar a dudas prisionero en el sitio donde le habían conducido.

Desde este momento, los facciosos hicieron reaparecer la cruz de Bourgogne; sus colores se convirtieron en los signos de la revuelta.

En ese mismo instante, este símbolo de terror se adoptó en la capital; se solicitó a los jefes de la sedición el favor de ser condecorado con ella y la negativa de esta gracia se convierte en un signo de proscripción.

Los robos, los asesinatos, las violencias de todo género empezaron de nuevo en París, y fueron santificadas en los púlpitos.

Se llevó la insolencia más lejos: el duque y la reina levantaron una lista de proscripción que los rebeldes tuvieron el descaro de hacer firmar al rey y al delfín cogiendo en este mismo minuto a más de treinta personas que se encontraban en casa de uno y otro; el resto fue citado a son de trompeta. Las puertas de París se cerraron y unos cuerpos de guardia se establecieron por todas partes.

Siempre más atrevidos a medida que obtenían lo que deseaban, los revoltosos se dirigieron de nuevo a casa del rey.

Un carmelita, que les servía de orador, pidió justicia por todos los errores del gobierno con respecto al pueblo; exigió la devolución de cuantos habían hecho encerrar los orleanistas, y entonces la multitud que había seguido al orador hasta las estancias del rey apoyó con grandes gritos todo cuanto acababa de decir en su nombre.

Aquí se puso de manifiesto la falsedad del duque y de la reina. Para disfrazarse mejor el uno y el otro, para velar mejor la participación que tenían en estas perturbaciones, el duque se mostró en persona al populacho invitándole a retirarse; y, trayendo consigo únicamente una respuesta vaga a insignificante, regresa para darla al rey presentándole una nueva lista, en la que la reina se preocupó de comprender, para engañar mejor, a su hermano, a su confesor y a más de veinte damas de su corte, todos personas de las que podía quejarse sin duda y que por esta detestable maldad sacrificaba a su venganza. Todas esas personas, atadas de dos en dos y sin distinción de sexo fueron conducidas a la Conserjería y se obligó al rey a que les nombrase jueces.

Desde este momento, las iniquidades se redoblaron y el crimen escapado de los abismos infernales recorrió todos los barrios de la ciudad, precedido por las Gorgonas que agitaban sus cabelleras.

Detenían a cuantos no pertenecían al partido borgoñón, y sin otra clase de proceso, les aplastaban la cabeza en las cárceles con las mismas cadenas con que estaban atados; sacaban el cuerpo y apoyaban en la misma pared al amigo, al hermano o al padre del desgraciado que acababan de llevarse y la sangre o el cerebro del cadáver inundaba los costados del que tomaba su lugar[36].

El partido triunfante no se olvidaba, como se practica ordinariamente, de comprender a todos sus enemigos en las listas fúnebres, y la espada de la justicia se convertía en el estilete del asesino.

la fortuna primitiva del culpable, y cuando no puede legitimar los medios empleados para acrecentarla, está muy claro que el suplemento ha sido robado.

[36] Véase para informarse de estos horrores Villaret, el P. Daniel, Hainaut, etc.

El pueblo así desencadenado quiso redactar unas leyes; es uno de los caprichos de la anarquía cree siempre que tiene que legitimar sus insurrecciones con la apariencia de la equidad.

Se dio a este colmo de ineptitudes el título de «ordonnance cabochienne», por el nombre de Caboche, uno de los jefes más acreditados de la insurrección. Obligaron al rey a que la registrase en su Parlamento, y así lo hizo.

Isabel, siempre el ídolo de los perturbadores, conseguía sumas inmensas de todos aquellos que consentían en comprar su vida mediante rescates; las partía con el duque, y estas sumas estaban destinadas al pago de todos cuantos les servían.

Sin perder jamás de vista sus proyectos de venganza Isabel se dio cuenta de que había llegado el momento de decidir por fin la suerte del desgraciado Des Essarts, y según esto, por sus órdenes, le sacaron de la Conserjería, estrechamente atado a un cañizo; le arrastraron de esta manera hasta el palacio de la Coquille, calle Saint-Denis, y allí le hicieron subir en una carreta. Presumiendo aún su libertad, sonreía al pueblo, en cuyas oleadas se agitaba según los impulsos; pero su esperanza se desvaneció de una forma muy cruel cuando se vio frente al lugar de su ejecución. Después de cortarle la cabeza, la llevaron colgada al extremo de una lanza y sus restos fueron depositados en Montfaucon.

En el seno de los goces de la venganza, los dos monstruos, cuya historia relatamos, eran demasiado buenos políticos para no darse cuenta de que esta locura no podía ser muy larga, y de que aquel que desencadena al tigre termina con frecuencia por ser devorado por la bestia.

Jaqueville, que mandaba en París, mientras hacía una noche su ronda con su compañía, oyó un ruido en el palacio Saint-Paul; entró bruscamente en el salón del joven príncipe que disipaba su tristeza en medio de un baile íntimo que ofrecía a su corte. Jaqueville tuvo la audacia de reprocharle su conducta; el delfín, justamente irritado, sacó su daga para herirle con ella, y sin duda lo hubiese hecho a no ser por la cota de malla con que se cubría este bergante. El duque de Bourgogne compareció y restableció el orden, pero guardándose muy bien de censurar a Jaqueville. Este colmo del insulto decidió al delfín a entrar en relaciones en seguida con el de Orléans. El resultado de estas negociaciones fue el proyecto de una asamblea en Pontoise, a la que se invitó al duque de Bourgogne, el cual acudió por el temor de que se aclarase su conducta subterránea. Estaba persuadido, por otra parte, de que el delfín, retenido por el pueblo, no podría acudir y de que todas las apariencias de paz se desvanecerían tan pronto como se hubieran concebido; sin embargo, todo iba a arreglarse cuando la reina, tras reunir secretamente a los jefes de su partido les habló de la manera siguiente:

«Bravos sostenes de la causa justa -les dijo- ¿podrán engañaros aunque sólo sea por un momento con lo que se trama hoy contra nuestros intereses comunes? La última vez que os reuní os hice dar cuenta de ello; pero hoy los peligros crecen hasta un límite que tiene que retener vuestra atención.

»Este proyecto de pacificación imaginado, deseado por el delfín, es debido únicamente a la contrariedad que le provocó últimamente la ejecución de las órdenes dadas a Jaqueville, comandante de París.

»Mi hijo cree substraerse a los rigores que una razonable administración nos obliga a anunciar contra él. Al dejar de pertenecer al partido del duque de Bourgogne para afiliarse al del duque de Orléans, este insensato joven no sospecha que se convertirá en

la primera víctima inmolada por estos facciosos cuya necesidad, ¡qué digo!, cuyo deber sería vengarse. ¿Y que os sucederá, amigos míos, si esta facción sanguinaria se convirtiese en la dueña de París? Dirigirían a vuestros pechos los puñales que les hace temer vuestro valor; las plazas se cubrirían de patíbulos; no existiría nada sagrado para estos criminales: el incendio, el asesinato, el robo, las violencias de todo género, estas son las represalias que tomarían, no lo dudéis; estos son los siniestros cuadros que se multiplicarían ante vuestros ojos, y con estos desastres tendríais que llorar a la vez la esperanza de la feliz suerte que os espera y la pérdida inevitable de vuestro soberano al que amáis... la de este desgraciado niño que tiene que sucederle un día, y cuya raza exterminarían por completo inevitablemente estos monstruos. Creed que los rigores que nos hemos visto obligados a emplear hasta este momento sólo tienen como objeto prevenir su rabia pareciendo tan malos como ellos. Si hemos derramado un poco de sangre ha sido para evitar las oleadas que se hubieran vertido de la vuestra y no se nos debe imputar erróneamente lo que únicamente se hace para protegeros.

»Virtuosos defensores del justo derecho, evitad las plagas que os he pintado ya; os aseguro que están a punto de aplastaros. Informaos inmediatamente de los artículos que tienen que ser la base del pacto proyectado y haced después todo cuanto os sugerirá vuestra razón, teniendo cuidado en acompañar siempre de la desconfianza todas las resoluciones que tomaréis únicamente ella puede preservaros de las trampas que se os tienden, y de las que sólo puedo protegeros por los razonables consejos que os doy y con todas las fuerzas que Dios pone en mis manos para sostener la causa justa.»

No se precisó nada más para electrizar todas las cabezas; los sediciosos se agruparon. Cuando los jefes hubieron transmitido las palabras de la reina, volaron al palacio Saint-Paul y pidieron insolentemente que se les comunicasen los artículos de la proyectada pacificación. Ante la negativa que obtuvieron, se apoderaron del ayuntamiento y deliberaron; pero Jaqueville, ocupado en otro lugar, ya no iba a su cabeza; las deliberaciones se hicieron muy largas y se debilitaron a causa de esta lentitud.

El duque de Bourgogne, creyendo que seria una imprudencia resistir al tratado que se les proponía, aceptó sus cláusulas contra el parecer de la reina. Ésta le reprochó largo tiempo esta cobardía, que el duque llevó más lejos, puesto que él mismo fue al encuentro del delfín, se reunió con todos los que componían el partido de su yerno y decidió por este medio la paz, que se proclamó en seguida en París, con gran descontento de Isabel que no tardó en darse cuenta de las molestias que iba a reportarle lo que ella llamaba la imperdonable debilidad del duque.

Todas las damas de su corte, de cuyo arresto ya hemos hablado, fueron puestas en libertad, y los cargos ocupados por los jefes del partido borgoñón fueron devueltos a aquellos a los que habían sido quitados.

El duque Juan, molesto sin embargo, porque las cosas iban demasiado lejos, y muy sorprendido por un vigor que no esperaba ni mucho menos, trató, para indemnizarse, de raptar al rey mientras se paseaba por el bosque de Vincennes; pero tras fallar el golpe, sólo le quedó como único medio de consolación acercarse a la reina y preparar con ella nuevas maniobras para restablecer una autoridad que un momento de descuido o de buena fe acababa de hacerles perder a ambos; pero cometió un nuevo error al alejarse de París; con esto abandonaba a su suerte a todos aquellos que se habían afiliado a su partido. Tan pronto como desapareció empezaron de nuevo las proscripciones. El hermano del famoso cirujano de Troyes, largo tiempo a la cabeza de los facciosos, encontró en un patíbulo la digna recompensa a sus crímenes; se apoderaron en su casa de una nueva lista de proscripción que condenaba a muerte a un número infinito de

buenos ciudadanos. De esta manera las perturbaciones, lejos de calmarse, sólo cambiaron de motores. El lugar de la escena continuó siendo como siempre París; pero los personajes que tenían que figurar en ella no fueron ya los mismos. Ya no se habló más de los borgoñones, fueron los armagnacs, tan feroces como ellos, los que reaparecieron. Se cambiaron las insignias del crimen, y éstas las adoptaron aquellos que desde hacía mucho tiempo, sea en un partido sea en otro, no dejaban de alimentarse de horrores.

Para favorecer al duque de Bourgogne y a sus adictos, la reina no podía hacer nada mejor que quedarse en la corte, donde podría prevenir o dominar el flujo y reflujo de unos acontecimientos siempre renacientes. El matrimonio de Luis de Baviera, su hermano, se convirtió en un pretexto legítimo a la especie de neutralidad que pareció guardar desde entonces.

Este matrimonio se celebró con toda la pompa que las circunstancias permitían: hubo fiestas, torneos donde compareció el buen Carlos, siempre encantado por todo lo que podía adular su gusto dominante por las armas.

Al día siguiente de estos festejos creyeron tener que asegurar la tranquilidad de la corte, y el partido de Orléans, siendo el del momento, se deshizo por la muerte o por la prisión de todo lo que podía hacer temer algo por parte de los borgoñones. Los sermones cambiaron de texto; los que los pronunciaban recibieron la orden de conformarse con el espíritu del momento; se prohibió incluso a los poetas que cantasen en sus versos otra cosa que no fuera eso que la víspera se había denominado anatema; y la bajeza de los servidores de Dios, así como la de los favoritos de Apolo, se prestó a todo cuanto quisieron: no es que se equivocasen esta vez al celebrar al partido del monarca, ¿pero habían acertado al denigrarlo la víspera?

En cuanto al duque de Bourgogne, retirado en sus estados de Flandes, caminaba con el rostro descubierto. Mientras aseguraba al rey su perfecta sumisión y el deseo que tenía de conformarse con los artículos del tratado, alimentaba la esperanza que tenía puesta en todos los partidarios que había dejado en París, y no cesaba de recomendar a la reina que continuase favoreciéndole, diciéndole que repararía muy pronto lo que ella llamaba sus faltas. Por otra parte, se unía sordamente con Inglaterra, que acababa de enviarle unos diputados para tratar del matrimonio del príncipe de Gales con su hija; pero todas estas maniobras se conocieron en la corte y sólo sirvieron para fortalecer la desconfianza que le tenían.

Queriendo sin embargo conservar la amistad de la reina y reparar su primera tontería, como lo había prometido, no cesaba de favorecer cálidamente los intereses de su cómplice. En consecuencia, Enrique V le envió unos embajadores para decidir su matrimonio con Catalina de Francia, sexta hija de Isabel.

Poco más o menos por este tiempo esta mujer pérfida empleó uno de los medios más engañosos y más hábiles de cuantos se pudiesen inventar para decidir al duque de Bourgogne a regresar a París.

Cuatro jóvenes señores a los que el delfín quería mucho, aunque fuesen borgoñones, se consideraron sospechosos de corromper las costumbres del joven príncipe. Con tales prevenciones, la reina, con su propia autoridad, se dirige en seguida al Louvre y manda detener a los cuatro amigos del delfín, añadiendo al pretexto que acabamos de alegar el de que estos jóvenes señores eran sospechosos para la corte, puesto que pertenecían a la facción del duque Juan. El delfín furioso se apresuró a quejarse al duque de Bourgogne,

y en una carta llena de amistad, le dijo, que si se veía obligado a adoptar un partido, preferiría siempre el de su suegro.

El duque se apresuró a levantarse en armas con la resolución de acercarse a la capital; lo que, como se ve, sólo obedecía al deseo más franco y más sincero de venir en ayuda de su yerno; pero a nadie engañaron tales proyectos y provisionalmente se le prohibió que se acercase a París. Juan se burló de las proclamaciones que no se escuchaban siquiera en el lugar en que estaban hechas, y continuó su marcha. Desde entonces, se tomaron precauciones con el fin de poder, al menos, defenderse. En París se armaron once mil hombres y el canciller de Aquitania declaró públicamente que la marcha del duque de Bourgogne era una traición que el delfín no aprobaba en absoluto. Esta mentira no tuvo más fuerza que el resto.

Todas las apariencias de perturbación y de desorden reaparecieron en este momento. Con excepción de las puertas de Saint-Jacques y Saint-Antoine, todas las demás se cerraron y el Parisiense, que sólo había cambiado de opresor, tembló al ver que la discordia planeaba sobre sus hogares.

El duque de Bourgogne avanzó hasta Saint-Denis que desbastó, aunque hubiese prometido lo contrario; envió desde allí un heraldo, con cartas para la familia real. El conde de Armagnac se encargó de la respuesta: mandó decir al duque que no respondía de su vida si se acercaba a la capital; pero Juan sin Miedo no podía asustarse por una tal amenaza: no la tuvo en cuenta siquiera. Llegó hasta la puerta de Saint-Honoré, presumiendo que muy pronto los habitantes de París suplirían al pequeño número de soldados que llevaba consigo. Llevó su audacia más lejos, y siempre ayudado secretamente por la reina, mandó publicar en París que nada podía igualar a la lealtad de sus proyectos, y que no tenía otra intención que la de dulcificar la esclavitud en la que los orleanistas mantenían a sus majestades y al delfín. Respondieron a estas fanfarronadas declarándole enemigo del estado; todo el Parlamento a caballo, con el canciller a la cabeza, proclamó esta resolución en la ciudad, formalidad que ciertamente hubiese desarrugado el ceño de las personas sin la importancia del asunto[37].

El silencio de los Parisienses y la multitud de precauciones que se habían empleado decidieron al fin al duque de Bourgogne a retirarse tras haberse mostrado luchando por última vez entre Chaillot y Montmartre. Quisieron perseguirle, pero en vano; no pudieron alcanzarle y puso guarniciones en todas las plazas fuertes que podían asegurar su retirada o su regreso.

El espíritu de la capital cambiaba insensiblemente. Por medio de sus emisarios, Isabel conseguía que los ciudadanos se diesen cuenta de que no ganaban nada con las variaciones que acababan de efectuarse; de que si estas tropas que se veían perpetuamente circular por las calles no hacían daño a los habitantes de la ciudad era muy seguro que acabarían por hacer pagar esto muy caro; de que en la facción borgoñona, el mismo ciudadano era soldado y que en estos momentos el soldado se convertía necesariamente en el enemigo del ciudadano. Empezaron, pues a añorar el antiguo yugo. La corte, por su parte, no cesaba de conjurar contra el duque; en una asamblea presidida por el delfín, a la que la reina creyó que tenía que asistir con el fin

[37] Parece ser que la austeridad de los sacerdotes de Temis tiene que excluir de sus ceremonias todo cuanto concierne únicamente a lo arbitrario, o a la frivolidad; ahora bien, un hombre a caballo sólo nos hace pensar en un guerrero que va a combatir, o en un desocupado que se pasea, y tanto una como la otra de esta fisonomías altera la gravedad del magistrado, órgano o depositario de las leyes de su nación.

de verlo y oírlo todo y de prevenir al duque Juan si el asunto lo exigía, decidió que era preciso declarar la guerra a muerte a este duque, y, en consecuencia, declararon traidores respecto al rey a todos aquellos que no compartían esta opinión. Prepararon un ejército de doscientos mil hombres, a la cabeza del cual quiso marchar el rey. Las insignias orleanistas reaparecieron y, lo que disgustó soberanamente a todas las personas razonables, fue el ver que se confundían los intereses del soberano con los de una facción, como si el rey de Francia no se envileciese enarbolando los colores de uno de sus vasallos.

Entonces, para substraerse a estas nuevas perturbaciones, el duque de Anjou, partió para Tours, llevando contigo a Carlos, conde de Ponthieu y tercer hijo del rey, que acababa de desposar a María de Anjou, su hija, y que reinó después con el nombre de Carlos VII.

Todos los preparativos que acabamos de ver se conformaron de momento con nuevas precauciones con respecto al duque de Bourgogne: por el tratado de Arras, se le negaron gran parte de sus pretensiones. Se le expidieron cartas de abolición; se le intimó a alejar de su persona a todos los componentes de su séquito sospechosos al rey y al delfín, reservándose el poder de nombrarle a otros. Desde entonces, todos los signos de facción desaparecieron.

En estas circunstancias el nuevo rey de Inglaterra, Enrique V, envió embajadores a Francia, primeramente para pedir en matrimonio a Catalina, sexta hija de la reina, después para reclamar la restitución de Guyenne y del Ponthieu. Se rechazaron estas proposiciones; pero el inglés, secretamente aliado con el duque de Bourgogne y la reina, aceptó muy pronto las cosas de una forma diferente.

Aprovechemos este momento de reposo que nos dejan los acontecimientos para iluminar algo la conducta de Isabel y del duque de Bourgogne, cómplice de todos los horrores con que esta bruja mancilló el trono.

Sabemos hasta qué punto en este siglo de ignorancia la religión o mejor la superstición servía de velo o de pretexto para los crímenes más monstruosos: bastaba que un confesor los tolerase o los aconsejase, para que fuesen considerados desde este momento como inspiraciones divinas. Isabel, descontenta de la doctrina de su primer director, acababa de incluirlo, como sabemos, en una de las últimas proscripciones. El duque de Bourgogne le aconsejó el suyo: era el obispo de Arras, antiguo dominicano, gran sectario de este sistema espantoso del tiranicida, máxima infernal, de la que se había servido tan bien el franciscano Juan Petit para justificar al duque de Bourgogne por el asesinato del de Orléans.

La doctrina de este prelado como la del franciscano no veía ninguna idea de crimen en el asesinato de un tirano; ahora bien, podemos juzgar hasta qué punto tenía que complacer al duque Juan y a la reina el apoyo del defensor de un sentimiento tan funesto en consecuencias, y podemos concebir que desde este momento la reina tenía que aceptar a un guía semejante. Todos sus remordimientos desaparecieron a los pies de este nuevo director, y encarecidamente estimulada por este prelado sanguinario, sólo pensó en nuevos crímenes. Últimamente al lado del obispo de Arras se había refugiado Caboche, exagerado defensor de la reina y del duque, y que hemos visto llevar las armas y dictar leyes en el seno de las perturbaciones que acabamos de pintar. Por minuciosos que puedan parecer estas relaciones y estos detalles, el lector se dará cuenta de que, sin embargo, iluminan la monstruosidad de los acontecimientos que hemos descrito y de los que tenemos que hablar mucho aún.

Así es como, en esos tiempos obscuros, la más santa de las religiones servía de abrigo a incluso de excusa a las acciones que le causan más horror. Paremos, pues de atribuirle todos los crímenes a los que sirvió de pretexto: es a los abusos de sus príncipes y no a sus principios tan puros como sagrados que debe referirse el hombre bastante razonable para no juzgar nunca sino de acuerdo con su espíritu y su corazón.

El tratado de Arras, no obstante, no calmó nada en Francia y los dos partidos continuaban irritándose recíprocamente y haciéndose, en secreto, todo el mal que podían; por medio de sus discursos incendiarios los predicadores, en lugar de conciliar los espíritus, los agitaban siempre más porque el sacerdote es siempre muy diferente de la religión, ésta prescribe unos deberes de los que el otro abusa siempre; la religión, en una palabra, es pura y el que la profesa no lo es nunca tanto como ella.

Isabel no cesaba de conservar al duque de Bourgogne el mayor número de partidarios que podía en la capital y de enfriar en los habitantes de esta ciudad el afecto que muchos de entre ellos conservaban aún por el duque de Orléans. Hemos visto la destreza y la falsedad que puso en práctica para que el delfín se pronunciase siempre en favor de su suegro. Una nueva conspiración tramada por ella se convirtió en la prueba de la indisolubilidad de sus lazos con el duque Juan. Por la mediación de su favorito Bois-Bourdon, suscitó en París una revolución cuyo éxito podía haber sido muy peligroso.

Todo el barrio de las Halles, al sonido de la gran campana de Saint-Eustaque, tenía que tomar las armas, poner el delfín a su cabeza y asesinar a todos los orleanistas.

« Te confío la preocupación de este acontecimiento -dijo al depositario de sus más secretos pensamientos[38]- sólo estaremos tranquilos aquí cuando el duque de Bourgogne habrá conducido al rey de Inglaterra y cuando este príncipe casado con una de mis hijas, me mirará como el sostén y el primer móvil de su gobierno. El delfín, siempre inconstante, flota alternativamente de un partido al otro; tan débil como su padre, es incapaz de reinar y sus perpetuas oscilaciones eternizarían nuestras desgracias; sirvamos, pues al duque de Bourgogne que es amigo del inglés. Los proyectos que te revelo son los suyos, y tenemos que hacerlo todo para conseguir su triunfo; pero que el más gran misterio cubra nuestras acciones; mi dulce y fiel amigo, acuérdate de que en empresas semejantes no se triunfa nunca sin misterio; tu vida de otra forma estaría en peligro, y yo quiero que se conserve para Isabel, a la que amas y que no ha dejado nunca de ser tuya. »

Le explicó en seguida todas las ramificaciones del execrable proyecto que había concebido.

Bois-Bourdon se encargó de su ejecución; felizmente nada salió bien; todo fue desbaratado por los duques de Bourbon y de Berri; pero la reina no lo sospechó nunca.

Isabel sólo tenía un partido a tomar para lograr su fin, y lo hizo. A fuerza de intrigas consiguió que el delfín regresase a París, quien por los consejos de su madre exigió que los príncipes fuesen delante de él. Había decidido que el delfín les dejaría en Corbeil donde era la cita y que entraría solo en la capital donde nada desde entonces le impediría convertirse en dueño de todo.

Por esta vez la maniobra tuvo el éxito que había deseado esta pérfida y el delfín una vez en París hizo cerrar las puertas a los príncipes, entre los cuales se encontraba el

[38] Décimo documento del proceso, folio 7.

joven duque de Orléans. El duque de Berri fue el único que obtuvo el permiso de entrar; relegaron a los demás a sus tierras.

Una vez allí, dicen los historiadores, «el joven príncipe tuvo ocasión de manifestar su carácter altivo, indeciso, inclinado a la frivolidad, a la profusión y al desorden».

En lugar de dar gracias a la reina por los consejos que había recibido de ella, la irritó con su comportamiento, y desde este momento trabajó cuanto pudo en su pérdida.

Isabel unía a la manía de amasar dinero, la de esconder sus tesoros en diferentes lugares, con el fin de que se conociesen menos. El delfín descubrió estos lugares secretos; cogió todo lo que encontró en ellos, y en lugar de servirse de estas riquezas para reparar los males que había causado su adquisición, los empleó para favorecer sus desenfrenos y asalariar a sus favoritos. Relegó a su joven esposa a Saint-Germain y acabó de perder por este último rasgo el afecto público, que no conquistó de nuevo sin duda declarando que quería apoderarse de todas las finanzas, y sobre todo, cuando reconoció que este proyecto destructor tenía como único fin proveer dinero para sus inmoralidades de todo género.

Padre de la joven delfina, era difícil que el duque de Bourgogne pudiese aprobar una conducta semejante; envió embajadores a su yerno, primero para sondear el terreno, luego para invitarle a llamar de nuevo a su mujer a su lado. Estos enviados aseguraron incluso al delfín que, sin su adhesión a los deseos de su señor, nunca accedería el duque al tratado de Arras. El delfín lo prometió todo y no concedió nada.

Es esencial observar aquí que tres partidos dividían entonces Francia: el de Armagnac, el de Bourgogne y el del delfín. Únicamente el rey no tenía ninguno: ¡qué amigos podían quedarle a un desgraciado príncipe a quien su mujer, sus tíos y sus hijos dejaban que le faltasen incluso las cosas más elementales para vivir!

El verdadero patriotismo tenía aún menos partidarios; y en efecto, ¡quién puede amar a su patria, cuando todo tiende a desgarrarla! Un reducido número de hombres virtuosos sin duda; pero éstos no maquinan, éstos no pertenecen a ninguna facción; los signos de la suya están en el fondo de su alma, y no se atreven a comunicárselos.

TERCERA PARTE

...¿Existen, pues, crímenes que la ira de Dios no perdona nunca?

VOLTAIRE.

Todos conocen las quiméricas pretensiones de Eduardo III a la corona de Francia; sin embargo, tales fueron los únicos derechos que Enrique V alegó para apoderarse de esta corona; pero ¿por muy emprendedor que fuese este príncipe, se hubiera atrevido a hacer valer unos derechos semejantes sin el apoyo de la reina, que, para animarle, sólo podía ofrecerle la facción de Bourgogne? De este modo toda su conducta con el único príncipe que podía hacerle alcanzar este fin se explica por el inmenso deseo que tenía de lograrlo.

En 1415 se realizaron las primeras tentativas: ¡Qué atrevimiento, no obstante, y qué inconsecuencia!, ¡qué!, ¡el hijo de un usurpador, no aposentado del todo aún en el trono de Inglaterra, se atrevía a pretender el de Carlos VI! Se precisaba una mujer como Isabel para concebir un proyecto parecido, y un hombre tan ambicioso como Enrique para ejecutarlo. Cuantos más diques coloca la justicia y la sabiduría a la ambición, más se empeña esta terrible pasión en romperlos. Enrique comprendió, sin embargo, que necesitaba en este caso tanta diplomacia como valentía; en consecuencia, sólo pidió la cesión repentina de la mayor parte de Francia.

Isabel era el alma de todas estas deliberaciones secretas; las dirigía, rectificaba sus bases. Solo dictaba a los embajadores de Enrique V los medios más factibles para dividir a Francia o, mejor, para envilecerla colocándola en segundo rango en la proyectada unión, al mismo tiempo que cubría de humillación a sus hijos y a su desgraciado esposo. ¿Pero por qué miras -no cesan de preguntarse- obraba la reina así? Vamos a responder una vez más a esta objeción, aunque lo hayamos hecho ya varias veces, y principalmente en una conversación entre la reina y De Arundel, donde esta princesa explicó sus motivos.

¿Con el extravío perpetuo de la salud de Carlos, la reina podía estar orgullosa de conservarle? Desde el momento en que este príncipe expirase, ¿qué puesto ocuparía en la corte una reina viuda absolutamente abandonada a la esposa que se escogería para su hijo? ¿Podía esperar alimentar en un segundo plano todas las pasiones que saciaba en el primero? Era preciso renunciar a todo, retirarse incluso de la corte sin ocuparse ya de lo que sucedía allí, sin participar de ninguna manera en ello, y mirar como simple particular lo que antes miraba como una reina. ¿Podía -lo preguntamos- la mujer más altiva, más ambiciosa de su siglo someterse a este estado subalterno?

Pero, por el contrario, ¿no conservaba todos sus derechos con un príncipe que ella misma había conducido a Francia y que era el esposo de su hija preferida, hija que secundaría siempre las voluntades y las pasiones de su madre? Esto era preferible seguramente y ofrecía muchas más ventajas que ser una soberana sin poderes, cuyos errores se recordarían cada día, y de la que terminarían quizá por deshacerse, si reconocían en ella aún alguna inclinación a estos mismos errores. Por medio de su hija,

conservaría sobre este nuevo rey de Francia todo el imperio que tenía que acabar perdiendo infaliblemente, siendo viuda o esposa de un loco.

El tiempo apremiaba. Carlos, que no gozaba sino de unos ligeros intervalos de razón, tenía que apartarse necesariamente de los asuntos de estado tan pronto como el delfín, una vez casado, sería obligado a remplazar a su padre. Isabel, desde este momento, tenía pues que concebir el plan que le vemos adoptar e incluso apresurar su ejecución.

El sello del tratado, como se ve, tenía que ser pues el matrimonio de Catalina, hija de Isabel, con Enrique V; pero los embajadores no pudiendo vencer esta vez las dificultades que se les presentaban se reembarcaron algún tiempo después en Calais cuyas fortificaciones visitaron.

Poderosamente excitado por las dos mayores plagas de Francia, y encontrando en el Parlamento todos los recursos que podía necesitar, Enrique se decidió a la guerra y a la cabeza de sesenta mil hombres de armas y de cuatro mil arqueros transportados por mil seiscientos bajeles desembarcó en el mismo lugar donde se construyó después Havre-de-Grâce.

El cerco de Harfleur fue la primera hazaña de esta famosa expedición; pero las enfermedades sobrevenidas a causa de la escasez de víveres impidieron al inglés gozar de su triunfo; se embarcó de nuevo sin atreverse este año a llevar sus conquistas más lejos. Mientras estaban en vísperas de ver que el enemigo se apoderaba, a pesar de sus pérdidas, de una parte de Francia, el indolente y débil delfín deliberaba en París sobre la elección de una de las dos facciones que se enviaría en socorro del estado. Podemos imaginar fácilmente hasta qué punto la reina deseaba que esta elección recayese sobre el duque de Bourgogne. En efecto, dejando crímenes y traiciones aparte, ¿existía un general mejor? ¿Pero hubiese servido los intereses de Francia? No, sin duda, los de la reina y los suyos eran los únicos que valoraba y por los que lo hubiese sacrificado todo. Tuvieron razón pues, en no elegir a quién, sin embargo, parecía tan apropiado y principalmente a los ojos de aquellos que eran extraños a los misterios de este gabinete donde se extraviaban todas las combinaciones, incluso las más sensatas.

Sin embargo, las fuerzas tan considerables que oponían a los ingleses les impidieron proseguir la marcha que se habían propuesto para regresar a sus costas. La reina, que veía que todo estaba perdido si Enrique abandonaba Francia, se inclinó destacadamente en favor del proyecto de aventurarse a una batalla que, cualquiera que fuese su resultado, equilibraría al menos las circunstancias y le permitiría aún albergar esperanzas; decidieron, pues que lucharían, y en los campos de Azincourt, en Artois, el inglés, más venturoso de lo que se había atrevido a esperar, deshizo enteramente nuestro ejército.

Como el mando había sido cedido a los jefes de los orleanistas, el duque de Bourgogne no compareció.

Remitimos a los historiadores a aquellos que querrán instruirse sobre las particularidades de esta batalla tan funesta para Francia, y cuyo triunfo los ingleses no se esperaban. Los límites de nuestra obra nos obligan a desarrollar solamente las causas que la hicieron posible, y la participación que nuestra heroína tuvo en las desgraciadas consecuencias de este asunto, de las que una de las más destacadas fue la inmensidad de prisioneros que hicieron los ingleses, entre los cuales se encontraba el joven duque de Orléans que quiso dejarse morir de hambre por desesperación y quien, ciertamente, se hubiese desembarazado de la vida por este medio si el rey de Inglaterra no hubiese ido en persona a suplicarle que renunciase a un proyecto que no remediaba nada.

Al abrir esta victoria a Enrique la ruta que deseaba para embarcarse, este príncipe llevó sus laureles a Londres, mientras que la corte de Francia regresó vergonzosamente a colgar sus cipreses en los muros de su capital.

La inquietud en que estas molestas noticias sumergían a la reina la puso enferma en Melun. La derrota de Azincourt no le desagradaba sin duda; pero estaba desolada porque el inglés no aprovechaba esta ventaja para marchar directamente hacia París. Aunque enferma, se hizo trasladar allí desde Melun en una camilla, con el fin de asistir al Consejo que el rey sostuvo en esta ciudad, relativo a estos acontecimientos desastrosos.

Existía aún otra causa de las tristezas de Isabel: desde que el delfín era lugarteniente general del reino obraba siempre impulsado por los consejos del obispo de Chartres y por los del señor de Montauban, ambos enemigos del duque de Bourgogne.

La decisión del Consejo no fue un medio para calmar a la princesa, puesto que colocaron al conde de Armagnac a la cabeza del gobierno. Sin embargo, cuando Bois-Bourdon fue a testimoniarle la tristeza que sentía por el cariz que habían tomado las cosas, lo que Isabel respondió fue tanto más sorprendente cuanto parecía que no era demasiado ajena a las resoluciones del Consejo.

«Lo que yo quería[39] -dijo a su favorito- era que el delfín no conservase una autoridad que hubiese usado tarde o temprano contra nuestros intereses. En las circunstancias actuales, era imposible que se nombrase al duque de Bourgogne y, no pudiendo tenerle para sostener nuestra causa, no me molesta que parezca nuestro enemigo. Esto va a reanudar las perturbaciones: si no defendió a Francia en Azincourt, se convertirá en su dueño en París; y todos mis deseos se cumplirán entonces. Nuestra nación precisa otro orden de cosas; el monarca que acaba de cubrirse de gloria es el único que tiene que reinar en ella y yo seré siempre mucho más dueña del trono de Francia que él se sentirá del que ocupa un esposo imbécil y que podría heredar un delfín indeciso y titubeante que no tuvo nunca otra opinión sino la de los viles cortesanos que le rodean. Francia está cansada de estar gobernada por unos idiotas; precisa un rey como Enrique que, extremadamente dichoso por apoyarse en el duque de Bourgogne y en mí, hará siempre todo cuanto podrá complacer al uno y al otro. Se casa con mi hija, se lo dije ya, Bois-Bourdon, prefiero que sostenga el cetro un yermo mío que no mi marido.»

Cuando el duque de Bourgogne se enteró del favor que acababa de recibir el conde de Armagnac, se quejó de ello abiertamente:

¿Cómo -decía el duque- en su cualidad de príncipe de sangre real y del más gran señor de Francia no habían reparado en él? ¿Y quién mejor que él podía estar en estado de defender o de socorrer a la patria?

Sólo respondieron a sus quejas mediante una prohibición expresa de acercarse a la corte, añadiendo a esto que, si quería probar su celo a esta patria de la que hablaba, le bastaba enviar sus tropas contra los enemigos que la amenazaban.

El duque tenía todas las fuerzas necesarias para el triunfo que deseaban de él, y aceptando borraría todos los errores de su vida. Pero él se guardó muy bien de hacerlo. Los que querrán consultar las actas de Inglaterra encontrarán en ellas los motivos de su negativa y se convencerán de su estrecha unión con Isabel, que estaba muy lejos de darle consejos contrarios a la conducta que le vemos mantener. Verán allí también que

[39] Decimotercero documento del proceso, folio 3.

este duque no había cesado después de la batalla de Azincourt de sostener íntimas relaciones con el rey de Inglaterra y que existía entre ellos un tratado en virtud del cual ambos se debían recíprocamente socorros y protección. Estas eran las razones que motivaban la ausencia del duque Juan en la batalla que Enrique acababa de ganar, y las que le obligaban a rehusar la reparación que se le ofrecía de sus crímenes. Según esta manera de obrar tan conforme a las miras de Isabel, o él mismo se colocaba en el trono, o hacia subir a él a aquel cuya culpable ambición servía, según el tratado. La existencia del delfín obstaculizaba un poco unos proyectos tan vastos: era, pues, útil desembarazarse de él. ¿Pero a quién confiar este nuevo crimen?

«El duque de Bourgogne -dijo Isabel a Bois-Bourdon-[40] no está tan convencido como yo de la necesidad de que este niño perezca. Se equivoca mucho al creer que debido a que es el esposo de Margarita, su hija, podría convertirse en una máquina que movería a su gusto. Nunca Luis ha tenido un hijo de la hija del duque; sus costumbres contrarias a la naturaleza se lo impedirán siempre y desgraciadamente estas vergonzosas costumbres le convierten en esclavo de sus favoritos. Desde este momento, no existe ningún lazo que pueda unirle al duque y, lejos de seguir los impulsos del padre de una mujer que no quiere, se inclinaría por los de sus cortesanos a los que quiere y que son muy contrarios a nuestros deseos. Por otra parte es para Francia una débil pérdida la de un príncipe que no tiene ninguna virtud que disculpe sus vicios. Todo esto no os haga temer nada, ni para vos ni para mí, de aquel al que vamos a privar de un yerno que tiene que serle muy indiferente; a pesar de que tuve alguna dificultad en convencerle, me parece ahora muy cercano a la rendición, y cuando sabrá que hemos tomado todas las medidas necesarias para alejar para siempre a un niño que sólo puede perjudicarnos, terminará de persuadirse. Bourdon, no lo digo más; pero es preciso que dentro de poco Luis haya abandonado esta existencia.»

Bourdon quiso replicar; Isabel le amenazó, se calló Bourdon. El crimen se cometió.

El duque Juan pidió a la delfina la dote y la viudedad; le respondieron que le devolverían de buena gana a su hija, pero que el rey estaba sumido en una tal miseria que le era imposible satisfacer otras demandas.

Durante este tiempo, ansioso de aprovechar los favores que acababan de serle concedidos, el conde de Armagnac se apresuró a venir a París. Aceptó la espada del condestable y tan pronto como se vio revestido de la autoridad que le confiaba el cariz de los acontecimientos se mostró bajo formas más repugnantes aún: las delaciones, los encarcelamientos, los mismos suplicios consternaron de nuevo a los ciudadanos. Unas lágrimas, cuya fuente no estaba aún secada, se derramaron con más abundancia que amargura. Únicamente Isabel encontró en estas desgracias públicas todo cuanto podía alimentar mejor su esperanza:

«Esto es lo que quise -decía a Bois-Bourdon- esto es lo que va a preparar mi triunfo[41]: costará sollozos y sangre, lo sé: ¿Qué le importa a mi ambición? Ningún obstáculo se opondrá a mis deseos cualesquiera que sea su naturaleza ahora. Parece horrible, sin duda, lograr la felicidad a costa de la desgracia de los demás; pero esta felicidad, sea cual sea su naturaleza, no deja por ello de existir. »

Todos aquellos que estaban descontentos con el nuevo orden de cosas se reunieron para suplicar al duque Juan que viniese a ponerse a su cabeza, asegurándole que la

[40] Décimo legajo, folio18.
[41] Décimo legajo, folio 18.

capital estaba llena de personas que pensaban como ellos; pero este príncipe no estaba todavía demasiado seguro de lo que se le prometía para arriesgarse a tal empresa, y por otra parte sus negociaciones con Enrique no estaban suficientemente consolidadas para emprender en seguida lo que prometió ejecutar, sin embargo, cuando podría hacerlo con provecho.

Se habían enviado embajadores a Hainaut, con el fin de llevar a la corte al delfín Juan, hermano del que acababa de morir y que siendo yerno del soberano de esta comarca permanecía con su suegro; pero era ya una pieza importante en los intereses del duque de Bourgogne, su tío, cuyas intenciones no eran que regresase a París. Apenas el joven príncipe escuchó las proposiciones que se le hacían, animando el mismo conde de Hainaut la negativa de su yerno, pareció imposible decidir a este heredero de la corona ir a exponerse a los peligros de todo género que tenían necesariamente que aguardarle en París. Despidieron, pues, a los embajadores con la única respuesta de que la conducta del delfín se determinaría a la vista de los acontecimientos. Esta negativa disgustó mucho al de Armagnac, y sólo pensó en fortificarse contra un príncipe cuyas intenciones parecía que no eran someterse a su autoridad.

Desde este momento, la reina se dio cuenta de que, según el gran deseo que tenían de poseer a este hijo, había tanto peligro en conservar a éste como al otro, y de que un crimen más para una mujer como ella no tenía que impedirle alcanzar su fin. Sabremos demasiado pronto el desenlace de este nuevo horror. Sin embargo, los dos partidos se median siempre y algunas escaramuzas eran los resultados de estos desafíos.

Entretanto, el nuevo delfín prohibió a ambos rivales que llegasen durante más tiempo a las arenas, y de acuerdo con el duque de Bourgogne, ordenó al condestable que se retirase.

Esta política del duque Juan, que ningún historiador nos explica, era debida a la imposibilidad en que se veía de atacar al condestable antes de estar seguro de Inglaterra.

Se daba cuenta de que no se podía lograr el triunfo si las cosas no iban juntas; pero su inactividad le ponía en ridículo, por eso creyó que era más conveniente hacerse licenciar, y mucho más porque su enemigo no podría aprovecharse de esta retirada, pues todos los caminos hostiles le estaban igualmente prohibidos. De esta manera, nada detenía ni los esfuerzos ni las esperanzas del duque y de sus aliados y ambos presumían siempre de recuperar muy pronto la autoridad que les había arrebatado el condestable.

Mientras el de Armagnac se ocupaba de echar a los ingleses de Harfleur, Isabel encontró el medio de urdir una espantosa conspiración en París, pero con tal misterio que nadie lo sospechó: en efecto, ningún historiador la acusa de ella, y nosotros la ignoraríamos también sin los documentos del proceso de Bois-Bourdon, el único hombre al que confió este importante proyecto y el único que utilizó en su servicio[42].

Esta conspiración apoyada por las tropas que el duque de Bourgogne tenía acantonadas en los alrededores de París y por los numerosos partidarios que continuaba teniendo en el interior de esta ciudad tenía que estallar el Viernes Santo, pero se aplazó para el día de Pascua. El proyecto era degollar sin distinción a todos los armagnacs[43], encerrar provisionalmente al rey y al canciller, cargar de cadenas al rey de Sicilia y al duque de Berri, raparlos, pasearlos en este estado sobre dos bueyes por todos los barrios de París y asesinarlos después, así como a todos los príncipes a incluso al desgraciado

[42] Decimocuarto legajo, folio 1 y siguientes.
[43] Antes orleanista.

monarca, hasta el presente conservado por su criminal esposa como un pelele necesario, pero que ahora dedicado por entero al condestable sólo podía ser muy peligroso.

«He diferido hasta este momento la muerte de este hombre -dijo a su favorito-; ya no es preciso guardarle más, esta tibieza nos sería funesta.»

Pero existe un Dios que permite que designios tan monstruosos se descubran, para que el castigo de los culpables sirva de ejemplo a aquellos que querrían imitarles.

La mujer de Miguel Lallier, cambista, tras enterarse de este horrible complot, dio parte de él inmediatamente al señor Bureau de Dammartin, quién sin perder un minuto lo comunicó en seguida a la reina; pero la hábil y perspicaz criatura dándose cuenta muy pronto del papel que las circunstancias le imponían se convirtió en la égida de aquellos en cuyo seno iba a hundir el puñal.

La corte se retiró al Louvre y Tannegy Duchâtel reunió en seguida cuantos guerreros pudo encontrar. No debemos sorprendernos si este bravo señor, creyendo adivinar el misterio, se convirtió, desde este momento, en el mayor enemigo de la reina.

Severas búsquedas, algunos suplicios y muchas detenciones restablecieron al fin el orden que había sido turbado por aquella que tenía que mantenerlo.

¡Hasta qué punto de perversidad esta multitud de conspiraciones, siempre renacientes, prueba que habían llegado los espíritus! ¡Y qué mujer era aquella que las fomentaba todas: aquella a quien las más infames traiciones, el infanticidio, el sacrilegio, la depravación, el incesto, el adulterio, el asesinato parecían costar tan poco! ¿Y por qué, pues, la pluma de los historiadores se paraliza ante las atrocidades de este monstruo? Cómo si no fuese prestar un servicio a los hombres presentarles el cuadro repugnante de los crímenes de sus antiguos jefes, sea para enseñarles a protegerse de ellos, sea para hacerles gozar mejor de la calma que sigue a la tempestad.

Al regreso del condestable todos los crímenes de su facción reaparecieron; las proscripciones, las confiscaciones, los arrestos se redoblaron y, desde este momento, ningún ciudadano se encontraba al abrigo de las trampas de sus enemigos: en los rostros sólo se leía una especie de apatía sombría y silenciosa... triste y molesto resultado del terror y de la desconfianza que se concebía incluso de sus familiares y de sus mejores amigos. No se atrevían a visitarse: si se encontraban por las calles, apenas se interrogaban; se creía percibir en los ojos de aquel al que se dirigían las delaciones o las detenciones mortales. El padre evitaba a su hijo, el hijo temía a su madre, los hermanos se miraban con esta especie de contrariedad con la que dos enemigos se miden. El terror rompía incluso los lazos del amor, en el temor de que estuviesen tejidos para perderse y engañarse recíprocamente. Incluso el pecador viendo a un traidor en el ministro santo que tenía que reconciliarle con Dios, no se atrevía a acercarse ya al tribunal de la penitencia. Para redoblar este temor universal, se sobornaban a los delatores. ¿Quién podía resistir entonces a la seducción de una mujer hermosa halagando a la vez la venganza y la ambición, mientras excitaba los deseos de las mismas?

¡Al no tener que probar lo que se decía, qué campo más vasto para las calumnias más infames! Por unos medios peligrosos y feroces, sólo se encontraban, en una palabra, acusadores sin probidad y víctimas sin defensa, y como consecuencia, todos los horrores que nacen de una depravación tan completa. ¿Qué pueblo abandonado a semejantes vicios no perdería para siempre todas las antiguas virtudes de sus padres?

Nos damos cuenta de que la animosidad tenía que aumentarse cuando la discordia con tanto arte destilaba sus venenos. Se redoblaron las precauciones: se cerró el gran

matadero, pero el hogar de la conspiración estaba con más seguridad establecido en el gabinete de la reina.

La corte quiso entablar nuevas negociaciones con Inglaterra; pero lo que es muy singular, es que por motivos muy diferentes, aunque unidos a la ambición y a la avaricia, ambos contendientes se opusieron igualmente al triunfo de estas negociaciones, y si el inglés no emprendía nada es que todavía no veía claro de qué manera podría aprovecharse mejor de nuestras perturbaciones; así que propuso una tregua de tres años esperando que pudiese trabajar con provecho en favor de una paz general. Pero el condestable no quiso atender a razones. Desde este momento Enrique reunió todas sus fuerzas y concertándose con el duque de Bedford, su hermano, avanzó hacia Harfleur que sitiaba el condestable.

Entonces el duque de Bourgogne ya no disfrazó sus relaciones con el rey de Inglaterra. Sostuvieron juntos una conferencia en Calais donde la corte quiso enviar representantes; pero todo se tramó tan secretamente que los embajadores de Carlos no descubrieron nada, y no pudieron jamás presumir que las cláusulas del tratado que Juan firmaba con Enrique, de acuerdo con Isabel, revelaban el odio más arraigado de estos poderosos enemigos de Francia, contra esta nación que hubiesen tenido que sostener y proteger, si el menor sentimiento del honor les hubiese animado todavía.

El duque de Bourgogne, excusándose en este tratado de desconocer hasta entonces las pretensiones del rey de Inglaterra sobre Francia, aseguraba que, estando ahora en conocimiento de tales pretensiones, con todas sus fuerzas y hasta la muerte sostendría los derechos de Enrique, al que como consecuencia rindió pleitesía como a su único y verdadero soberano, asegurando en seguida que cuando su nuevo dueño gustase enviar ejército a Francia, cumpliría respecto a él todos los deberes de un buen y fiel vasallo ayudándole con sus tropas, con sus tesoros y combatiendo hasta el último trance a sus enemigos, así como a todos aquellos que querrían oponerse a sus miras «perfectamente legítimas». Para consolidar este juramento, renegó de cuantos tratados pudiese firmar o haber firmado con el rey Carlos VI, o con el delfín, declarando que si existían semejantes tratados, sólo los habría firmado para engañar más fácilmente, o para perder con más seguridad a los enemigos de Inglaterra.

Cuando estarán bien convencidos, como deben estarlo, de la íntima relación del duque Juan con Isabel. ¿Quién se atreverá a dudar que esta astuta y pérfida mujer dictara la mayor parte de estos vergonzosos artículos? Ciertamente, uno mismo se extraviaría al leer la historia con tales prejuicios; renunciaría a todo el provecho que podría sacar de su lectura.

Poco tiempo después de este tratado, el duque de Bourgogne se dirigió a Valenciennes para -decían- atraer a su causa al delfín Juan, su sobrino, casado con Jacqueline de Baviera, y yerno del conde de Hainaut.

Este proceder parece extraordinario, pues si esperaban en París al delfín Carlos, yerno del duque de Anjou, rey de Nápoles, ¿qué necesidad había de que el duque fuese a seducir al delfín Juan? ¿Lo hacía por qué temía estar mal con él?, esto no puede suponerse, cuando se ve afirmar al conde de Hainaut, suegro del delfín Juan, que este delfín, su yerno, no consentirá en ir a la corte hasta que el duque de Bourgogne se encuentre en ella. Desde este momento. ¿Por qué quiere probar de seducir este duque a alguien del que tiene que estar seguro? ¿Y qué necesidad tiene, por otra parte, de Juan? Era más bien para engañarle, para seducirle, que se dirigía a11í. En conocimiento de las voluntades de Isabel, tan conformes a las suyas, y sabiendo que este joven príncipe no

estaría mucho tiempo con vida, consentía en compartir el crimen de su muerte, pero no quería que se sospechase de él: este viaje del duque Juan a Valenciennes no puede explicarse de otra manera. Bourgogne necesitaba un delfín, pero el carácter de Juan no le gustaba, había convenido con la reina deshacerse de él y servirse del otro, que les parecía más fácil de manejar. En consecuencia si el duque Juan iba a ver a este joven príncipe, era, como acabamos de decir, para engañarle y para disfrazar mejor los infames proyectos que albergaba respecto a su persona. Sin embargo se había convenido sondear al delfín Juan y si no se adaptaba mejor que Luis a las intenciones deseadas, le tratarían como a este último; y en este caso, nos preguntamos. ¿Otro pretexto al viaje a Valeciennes era admisible? ¿Podía creer el de Bourgogne en la posibilidad de atraer a sus miras a un príncipe cuya perdición acababa de jurar por medio del ignominioso tratado hecho con el rey de Inglaterra, precisamente porque el joven delfín no se conformaba con lo que esperaban de él? Ciertamente, es necesario tener muchas ganas de cegarse o muy pocos deseos de aclarar la verdad, para permanecer un momento en el error con respecto a unos hechos cuya causa no puede ser obscura sino para aquellos que no quieren profundizar en nada. ¿ Cómo se atreven a decir, como lo hacen la mayor parte de nuestros historiadores, que la reina cansada de los Armagnac sólo deseaba, para recobrar su autoridad, la presencia de su hijo, mientras que este hijo, llamado por los armagnacs, pronunciándose en su favor, tenía que convertirse en extremadamente peligroso para su madre? No era, pues, a su hijo a quién necesitaba, sino al duque de Bourgogne, y ambos, en este momento al menos, parecían tener muchas más razones para apropiarse de Carlos que para conservar a Juan. Esta combinación por sí sola se convertía en la detención de este último príncipe, pues no podían dejar subsistir juntos a dos delfines de opinión tan diferente y reclamados ambos por los jefes de su partido. Juan tenía que perecer, y pereció. Esta cruel misión fue la obra todavía de una madre bárbara, que sacrificaba a su ambición los más dulces sentimientos de la vida. ¿Puede producir la naturaleza monstruos parecidos, y su perniciosa existencia no es una calamidad pública...?

El descontento que excitó este príncipe decidió su suerte: Juan recibió de su madre - dicen los historiadores una cadena de oro que hizo caer la piel de sus manos, tan pronto como la tocó, y que le dio muerte en el mismo momento en que la colocó en su cuello. Se atribuyó también este accidente a un absceso en la garganta; pero fuese lo que fuese, murió, y el cielo dejó viva a Isabel. Ni siquiera sospecharon de ella al hablar de este crimen, generalmente atribuido al duque de Anjou, suegro del delfín Carlos, quien tenía el mayor interés en sacrificar al rival de su yerno, naturalmente excluido del trono por la existencia de Juan.

Pero en este caso, podrán objetar a los historiadores, ¿por qué, pues, cargar con este horror la memoria de Isabel? Porque creemos poder aventurarlo sin terror, y esto por la razón de que, cuando un crimen se comete y dos interesados parecen ser sospechosos en gran manera, el deber de la justicia que se pronuncia y del público que augura es examinar imparcialmente cual es aquel de los dos acusados que tuvo más interés en la consumación de este crimen. Ahora bien, aquí, está claro que el interés del duque de Anjou, que sólo quería asegurar el trono a su yerno, era muy inferior al de Isabel que se veía excluida del suyo si no inmolaba inmediatamente al que minaba sus fundamentos. Es doloroso sin duda sospechar de una madre un crimen tan monstruoso; pero Isabel, ¿no había ejecutado ya el mismo crimen en la persona de otro de sus hijos? ¿No acostumbraba esta mujer atroz a cometer los crímenes más graves, tantas veces como sus pasiones se lo ordenaban?

Por lo demás, no apoyaremos este último hecho sino con las pruebas que nos han dado los historiadores y que acabamos de citar. Nada referente a este último crimen se encuentra en el proceso de Bois-Bourdon, al que es verosímil que Isabel no confiase nada: que el lector ilustrado se pronuncie ahora y su opinión prevaldrá.

Sintiéndose Enrique V fuertemente arropado por el tratado concluido con el duque de Bourgogne y mas aun por el apoyo de todos los príncipes de Alemania, de Italia y principalmente del emperador Segismundo, pareció ocuparse seriamente de realizar sus proyectos en Francia, sobre la que persistía suponiéndose unos derechos. Esperando su ejecución tan deseada, Isabel disfrazó su ambición y su perfidia bajo las apariencias de una vida muelle y voluptuosa, a 1a que, con un marido como el suyo, creía que podía abandonarse tanto por diplomacia como por gusto.

Mantenía su «corte amorosa» en Vincennes[44], y nada -dicen los contemporáneos-, igualaba la magnificencia que desplegaba; todos los días se consagraban a nuevas fiestas. Los tocados de las damas de la corte –dice Juvenal des Ursins- eran muy singulares: llevaban a ambos lados de la cabeza una especie de rodetes tan enormes que no podían entrar de frente en ninguna estancia[45] .

Con frecuencia se abandonaban estos grandes tocados, bajo el vil disfraz de las prostitutas, Isabel se abandonaba con todas las mujeres de su séquito, vestidas como ella, a los deseos impuros de todo lo que París guardaba como más crapuloso. Premios proporcionados a la multitud y a la especie de las ofrendas se convertían en motivos de estímulo para nuevos desenfrenos, y era así como esta mujer perversa desmoralizaba en detalle a una nación que después degollaba en masa.

El condestable, uno de los hombres más diplomáticos de su siglo, descubrió muy pronto a esta mujer artificiosa. Tan pronto como la conoció la temió; de a11í a la necesidad de perderla sólo había un paso para un hombre de carácter.

Investigando, pues, misteriosamente las acciones de Isabel, descubrió que el hombre al que ella quería más, el instrumento y agente de todos sus placeres, el hombre en una palabra que deshonraba a la vez al monarca y a esta indigna esposa, era este Bois-Bourdon, a cuyos interrogatorios hemos remitido con tanta frecuencia a nuestros lectores.

«Señor -dijo entonces el condestable a Carlos- os engañan "vilmente"; venid a convenceros de ello con vuestros propios ojos: reconoceréis hasta qué punto se abusa de vuestra confianza.» El rey, muy sorprendido, molesto quizá por la pérdida de su ilusión, se decidió sin embargo, a seguir al de Armagnac. Ambos corrieron a Vincennes, y se deslizan junto a la antigua chimenea que se ve aún hoy en el gran salón que precedía alas estancias de la reina[46].

Apenas nuestros dos observadores están en su puesto, ven salir a Bois-Bourdon, que no pudiendo por menos que ver al rey, colocado en la parte izquierda del salón a cuya puerta se dirigía, le saluda desapareciendo con terror. Le dejan escapar, pero se dan órdenes en seguida de que el culpable no puede entrar en París sin ser al instante conducido a prisión. Carlos regresa sin dignarse a entrar en las habitaciones de su mujer, quién al conocer lo que ha sucedido, regresa a París con la muerte en el corazón.

[44] En el torreón; pues el castillo construido durante la minoría de Luis XIV no existía aún.

[45] ¿No tenían el mismo inconveniente en el reinado de Luis XV sus ridículos rodetes del peinado?

[46] Esta estancia situada en el segundo piso lleva aún el nombre de habitación del rey.

El proceso de Bois-Bourdon se sigue; varias veces le interrogan; pero la gravedad de las cosas que tenía que decir no permitía la publicidad, y todo se realizó por una comisión, y allí -dicen los historiadores- Carlos se enteró de «mucho más de lo que quería saber».

De estas importantes declaraciones hemos sacado una parte de los hechos que citamos, y que otros hubiesen podido mostrar igualmente a la luz del día si se hubiesen preocupado por conocerlos[47].

Los interrogatorios hechos a este infortunado fueron tan capciosos, los tormentos a que fue sometido tan dolorosos, que dijo cuanto sabía y todo lo referente a sus relaciones con la reina, cuya existencia después de esto prueba muy bien la bondad de su esposo. Carlos se contentó con relegar a esta Mesalina a Tours, y con confiscar los inmensos tesoros que escondió en diferentes lugares con el fin de ocultar mejor su existencia.

Con respecto a Bois-Bourdon, gran mayordomo de la reina y uno de los hombres más hermosos y más espirituales de su siglo, cuando hubieron sacado de él todo cuanto querían le precipitaron al fondo del río, cosido en un saco de cuero en el que habían escrito: «Dejad paso a la justicia del rey».

Excepto matar a la reina, era difícil que el condestable pudiese obtener una venganza más ruidosa contra la enemiga de su facción. Tenían que quedarse aquí; toda publicidad en torno a este asunto lo convertía en muy peligroso.

A partir del mismo día, Isabel se vio obligada a dirigirse al lugar de su exilio; la acompañaron tres vigilantes, encargados de responder de su conducta. El delfín Carlos[48] había participado demasiado en todo lo que acababa de pasar y principalmente en la substracción de los tesoros para no convertirse desde este momento en el objeto del odio y de la venganza de su madre, y cuando experimentaron las desgracias que resultaron de esta escisión, se dieron cuenta de la gran inconveniencia del estallido que se había producido.

Sin duda los crímenes tienen que ser castigados, y sobre todo unos crímenes de esta naturaleza; pero existen circunstancias en que la ostentación que se pone en el castigo del culpable es más perjudicial que sus crímenes, y entonces, por un momento al menos, la justicia tiene que ceder ante la prudencia.

Ciertamente, Bois-Bourdon tenía que ser castigado; Isabel tenía que serlo igualmente; pero si el rey y el condestable hubiesen escuchado más a su diplomacia que a su venganza, ¿hubieran dado uno y otro tanta publicidad a esta aventura? ¿No era presumible que el duque de Bourgogne, acercándose entonces a la reina, la vengara tarde o temprano, y este proceder demasiado natural para no ser presumido, no encendería de nuevo el fuego de las facciones? Ahora bien, no tenían que mesurar los inconvenientes que iban a resultar de este incendio y aquellos infinitamente menos peligrosos de esconder los libertinajes de la reina.

No se conformaron con las confiscaciones de los tesoros escondidos por Isabel; el condestable, que multiplicaba los impuestos, y que lo ponía todo en juego para

[47] Véase lo que hemos dicho más arriba a este respecto, y sobre todo lo referente al gran interés que tuvo el duque de Bourgogne en apoderarse de todos estos documentos y en esconderlos en la Cartuja de Dijon.

[48] El único que quedó, al que sólo designaremos a partir de ahora por su título y que reinó con el nombre de Carlos VII.

conseguir dinero, vendió hasta los efectos particulares de la princesa; sus muebles, sus joyas, todo desapareció y, por un justo castigo de la Providencia, esta desgraciada mujer se encontraba en vísperas de caer en la misma miseria en que había dejado languidecer al rey y a sus hijos.

La falta de sagacidad del condestable se probó todavía en ocasiones más serias y más funestas a sus propios intereses: maltrataba a todos, aplastaba al pueblo con impuestos y daba a los militares unos disgustos capaces de hacerles abandonar su partido. Entre estos se contaron La Trémouille y Isle-Adam, de cuya deserción tuvo que arrepentirse muy pronto.

Bourgogne se enriquecía con todas estas pérdidas: abandonaban al de Armagnac para volar bajo las banderas del duque, cuyo partido crecía todos los días, y durante este tiempo los muros se tapizaban de escritos injuriosos que se dirigían recíprocamente uno y otro partido.

Sin embargo, Enrique V, secundado por sus aliados, hizo un desembarco en las costas de Normandía donde el duque de Bourgogne se unió muy pronto a él. Enrique, acercándose entonces a la capital, hizo ratificar al rey que tenía que cederle una corona sobre la que se creía con más derechos que él. Carlos, viendo que el duque de Bourgogne levantado en armas sostenía esta ridícula pretensión, comenzó por decirle que abandonase el aparato de guerra que no convenía en absoluto a una negociación. El duque respondió al embajador que sólo se había armado en favor de la causa del rey y que sólo sus contrarios se encargaban de hacer decir unas cosas tan contrarias a los verdaderos intereses de Francia. ¿Qué podían objetar a unas mentiras de esta clase?

La audacia del rey de la Gran Bretaña aumentaba a medida que avanzaba por territorio francés: reclamando siempre la corona, quería sin embargo, decía, dejarle los honores de la misma a Carlos, pero con la condición de que primeramente él, rey de Inglaterra, se intitularía también rey de Francia, de que durante toda su vida Carlos sería llamado regente del reino, y en segundo lugar de que la mano de Catalina, sexta hija de Isabel, se convertiría en el sello del tratado.

Mientras se reflexionaba sobre estas proposiciones, las fuerzas del duque de Bourgogne crecían, y los dos príncipes confederados se encontrarían muy pronto en estado de emprenderlo todo.

Entonces el duque de Bourgogne entró en Senlis, que le fue entregada por Isle-Adam que se paso en el acto al partido de este príncipe para vengarse de los agravios que había recibido del condestable. Hemos creído que teníamos que citar este hecho, dado el importante papel que desempeñará este guerrero a continuación.

El duque, envalentonado, se encontró muy pronto bajo los muros de París. Remitimos a la historia a aquellos que quieran conocer la respuesta altiva y llena de energía que le fue hecha por el delfín a quien la Providencia llamaba al restablecimiento de la monarquía.

Las rápidas conquistas del duque de Bourgogne aumentaban cada día, y por ello sus ojos se fijaron muy pronto en la ciudad que encerraba a la cómplice de todos sus crímenes, aquella que los había secundado tan bien y a quien desesperaba la inactividad en que su detención la hacia languidecer.

Isabel, muy irritada contra el condestable que acababa de privarla a la vez de su libertad y de su amante, furiosa contra un hijo que secundaba las pasiones de su más mortal enemigo y que acababa de quitarle sus riquezas, llena de desprecio por el

monarca imbécil que le había sido dado como esposo, Isabel, en fin, devorada por el deseo de vengarse, sólo se ocupaba en los medios de romper sus cadenas cuando se enteró de que el duque se acercaba a ella para liberarla. Le escribió al instante por medio de Le Clerc, ayuda de cámara de Bois-Bourdon, que encontró el secreto de conservar. Suplicaba al duque, en nombre de lo que podía serle más querido, que viniese a ponerla en disposición de continuar sirviendo eficazmente a una facción por la que estaría siempre dispuesta a sacrificar hasta su vida. El duque, presuroso por responder a una mujer tan importante para él, dejó el cerco de Corbel, que realizaba entonces, para volar hacia ella. Se dirige a Tours, escoltado únicamente por ochocientos hombres, de los que sesenta rodearon la abadía de Noirmoutier donde la reina se había dirigido con el pretexto de unos santos deberes. Faveuse, que manda esta pequeña tropa, entra precipitadamente en la iglesia, coge a la reina, carga de cadenas a dos de sus vigilantes; el tercero se escapa felizmente por la sacristía. Llega el duque, Tours se somete y la reina toma con él la ruta de Chartres.

El primer use que hizo de su libertad fue crear un parlamento cuya residencia fijó en Amiens. Escogió a Morvilliers para sellar las actas de esta nueva corte. El sello grabado en esta ocasión representaba a la reina con un brazo tendido hacia la tierra; en el reverso estaban las armas de Francia y de Baviera; y, en todas las actas de este tribunal, Isabel se intitulaba <c Reina de Francia, teniendo por ocupación de Monseñor el Rey el gobierno y la administración del reino por la concesión irrevocable hecha a nos por mi dicho señor Carlos y su Consejo.»

Había entonces en el reino dos cortes soberanas, cuatro facciones[49] y dos reyes.

¡Oh, Francia!, lanza miradas sobre estos tiempos de anarquía para detestarlos, represéntatelos para agradecer al cielo los consuelos que lo da por medio de la feliz y dulce equidad de la que tus dueños lo hacen gozar hoy.

Tras terminar su expedición, el duque se acercó a París con la esperanza de penetrar allí con el favor de una nueva conspiración que acababa de tramarse y que falló por la traición de uno de los conjurados.

Perdónennos que pasemos tan ligeramente sobre esta multitud de tramas recíprocamente urdidas unas contra otras y de las que sólo hablaremos en razón de la parte activa que nuestra heroína puede tener en ellas.

El partido de los descontentos aumentaba. Las crueldades del condestable llenaban París de horrores y de crímenes, haciendo acudir a la facción borgoñona a todos aquellos que semejantes atrocidades fatigaban.

Quisiéramos a veces descansar bajo el pórtico del templo de las virtudes, pero se cubre de nubes al oír el relato de las execraciones que tenemos que describir aún, y la fuerza de la verdad nos arranca de allí a pesar nuestro.

A la entrada del invierno, el duque Juan fue a Troyes donde estaba la reina, y allí crearon todavía un parlamento que establecía la misma autoridad soberana a la vez en París, Amiens y Troyes.

El duque de Lorraine fue a rendir sus respetos a Isabel cuando supo que estaba en esta última ciudad y recibió de ella la espada del condestable. Eustacha de l'Astre fue nombrado canciller.

[49] Los realistas, los partidarios del delfín, los borgoñones y los armagnacs.

Durante este tiempo, el príncipe de Orange se apoderaba del Mediodía y por todas partes hacía reconocer el poder de la reina, así como el del duque de Bourgogne: no se veía, o no se quería ver, que todas estas escisiones cubrían a Francia de luto.

«Parecía -dijo uno de nuestros más juiciosos escritores- que nuestros dueños hubiesen resuelto enterrarse bajo las ruinas de nuestra desgraciada patria.»

Las cosas, bajo la anarquía del conde de Armagnac, habían llegado a tal punto que los franceses, obligados a escoger entre dos partidos igualmente criminales, deseaban unánimemente que si no se podía obtener una reconciliación general, la victoria recayese al menos en la facción borgoñona.

A1 fin se trató de esta reconciliación tan deseada, y que ambos partidos tenían que firmar igualmente. El resultado era que la reina regresaría a París y que el delfín gobernaría el estado conjuntamente con el duque Juan. Desde entonces, la alegría reapareció en todos los rostros y la tranquilidad pareció renacer.

Pero el condestable previniendo las consecuencias de una pacificación que no era en absoluto de su gusto se apresuró a venir a París. ¿No tenía que temerlo todo, en efecto, si el partido borgoñón, aprovechándose de su ausencia, o le subyugaba a su regreso o le impedía incluso llegar a la capital? ¿Qué confianza podía tener en un rey siempre dispuesto a entregarse al más fuerte o en un delfín demasiado indeciso aún para serle útil? Compareció, y todo proyecto de pacificación desapareció: la corte, los ministros, todo se pronunció en su favor y sin pesar hizo rechazar un proyecto que parecía igualarle a unos rivales por encima de los que no cesaba de creerse; pero lo que hubiera podido quizá conservar, su inflexibilidad se lo hizo perder: le quitó a gran parte de los que componían su facción; varios de entre ellos se convirtieron en borgoñones; desde este momento hubiese tenido que presentir su suerte si la felicidad no cegase a los hombres.

Si se quejaban a Tanneguy Duchâtel, por aquel entonces preboste de París, de todas las vejaciones del condestable, se contentaba con responder: « Si aquellos de los que os quejáis fuesen ingleses o borgoñones, no diríais palabra. »

Citamos este rasgo para dar a conocer hasta qué punto este Duchâtel era amigo del condestable y del delfín, y para que estén preparados para todo lo que le verán hacer siguiendo esta misma inclinación.

Sin embargo, la tempestad se formaba; algunas negativas que sufrió el condestable en sus demandas de dinero terminaron de irritarle, y haciéndole redoblar todos los monstruosos efectos de su tiranía el deseo de vengarse terminó muy pronto de perder el favor público y, desgraciadamente, no perdía nada que no fuese recuperado al instante por el de Bourgogne y por Isabel.

Un nuevo acontecimiento nos obliga a mencionar aquí al joven Le Clerc, ayuda de cámara de Bois-Bourdon, quién, después de la muerte de su jefe, había permanecido constantemente unido a la reina a la que, incluso, como acabamos de verlo, había sido muy útil durante la detención de esta princesa en Tours.

Este joven lleno de celo y de actividad, hijo de un vendedor de hierro del pequeño puente y del que existen todavía descendientes, había regresado a París con la reina; habitaba en casa de su padre que ocupaba el puesto de uno de los alcaldes de barrio[50] de

[50] Se llamaba así a los burgueses notables a los que les estaba confiado el cuidado de las puertas de la ciudad.

París. Obligado a llevar una causa suya personal ante el preboste de París, puesto ocupado por aquel entonces, como acabamos de decir, por Tanneguy Duchâtel, sólo obtuvo una respuesta injusta, llena de la acritud que tenía necesariamente que sentir, contra un hombre unido a la reina, uno de los mayores enemigos de esta princesa.

Irritado por esta injusticia, quizá más aún por el motivo que la ocasionaba, Le Clerc juró vengarse y escogió para ello una ocasión que tenía que ser, al mismo tiempo que satisfacía su resentimiento, muy útil a la reina y a su partido.

Reunió en seguida a todos sus amigos:

« ¿Cuándo romperemos -les dijo con este calor de la juventud que aumentaba el deseo de venganza-, ¡oh, amigos míos!, cuando romperemos las cadenas que nos cautivan bajo el yugo de esta indigna facción de los Armagnac que, servida por criminales, sólo puede tener como objeto nuestros bienes y nuestra existencia? ¿No es vergonzoso que no nos atrevamos a sacudir los lazos de esta odiosa tiranía? Cuando los Parisienses, abandonados a su propia suerte, necesitaron liberarse, en su propio seno encontraron sus apoyos y sus vengadores. Admirando a nuestros antepasados, atrevámonos a imitar su valentía: ninguno de ellos hubiese querido vivir siquiera una hora en medio de las perturbaciones que levantan cotidianamente entre nosotros los intereses de una facción sanguinaria que lo sacrifica todo a su venganza, o a su desmesurada ambición. Es servir a nuestro soberano apartar de él a aquellos que le obsesionan para hacer afluir sobre ellos la autoridad de la que le privan. ¿Cuál es, pues, este crimen imaginario del que quieren que nuestra sangre responda? Si Bourgogne hizo perecer al de Orléans, sirvió a nuestra libertad cuando Luis trataba de avasallarnos. ¡Con una ceguera imperdonable a unos ciudadanos de París, alejamos de nuestras murallas a aquellos que nos protegen y hacemos todo lo que podemos para dar paso, para servir, a los que nos roban y nos asesinan! Abramos, por fin, los ojos y que la sangre de nuestros tiranos pague la que derramaron de la nuestra. Si el cielo favorece a la inocencia y a la virtud, tenemos derecho a sus bondades.

»Esta noche, esta misma noche se nos ofrece la ocasión de castigar a nuestros verdugos y de vengar a nuestros hermanos cuyos cuerpos expirantes palpitan aún bajo los puñales que los inmolaron. Hijo del alcalde del barrio de la puerta de Saint-Germain, juro facilitar este paso al duque de Bourgogne y abandonarle la ciudad. A los que estos nobles deseos asusten, que se retiren, no son dignos de servirlos; que se alejen, pero sobre todo sin traicionarnos, si no quieren convertirse en nuestras primeras víctimas. Que los otros me rodeen..., me juren por esta noche únicamente la fidelidad que les pido, y nuestros nombres por siempre célebres se grabarán un día en el templo de la justicia v de la libertad. »

Ni uno solo se retiró, y las resoluciones de este proyecto se comunicaron al instante a Isle-Adam que mandaba entonces en París.

Le Clerc dominado por ese delirio que nos hace afrontar los mayores peligros cuando el honor parece invitarnos a ello, deja que su padre se acueste y cuando le cree dormido substrae hábilmente las llaves que este oficial público colocaba por la noche bajo su cabecera.

La noche del 28 al 29 de marzo de 1418, Isle-Adam prevenido se presenta en la puerta indicada conduciendo a ochocientos hombres de armas; Le Clerc que escucha con la inquietud natural del que espera el triunfo o la muerte, tan pronto como oye a estos guerreros avanzar en silencio, les grita: « ¡Viva Bourgogne! » Estos responden, las puertas se abren, las llaves se echan por encima de los muros para que las tropas que

siguen puedan penetrar por el mismo lugar, y ya están en París, no unos vengadores, como lo había creído Le Clerc y sus amigos, sino fecundos verdugos que no eran diferentes de los primeros sino en la manera en que iban a derramar la sangre de sus víctimas y a mezclarla con la que humeaba, por así decirlo, aún en las calles que atravesaban triunfantes.

Se dirigieron primeramente al Châtelet; allí, aquellos que Le Clerc había electrizado se encontraban formando un número de más de quinientos.

Se oyen muy pronto en las calles los únicos gritos de « ¡Viva Bourgogne! ¡Viva la paz!», la tropa aumenta. A medida que crece, Isle-Adam la divide, con el fin de apoderarse de esta manera de todos los barrios de la ciudad. Aquí empieza el desorden; se hunden todas las puertas de las personas que ocupan cargos públicos; arrancan de sus moradas a estos funcionarios asustados, les precipitan en las más obscuras prisiones. Isle-Adam, encargado del palacio de Saint-Paul, se dirige allí diligentemente, despierta al rey, le obliga a mostrarse al pueblo, se busca al delfín, pero Tanneguy Duchâtel, presuroso por substraerle a los furores de los nuevos conquistadores, se precipitó a refugiarse en el castillo de la Bastilla con él.

Desde el palacio de Saint-Paul se lanzan al del condestable situado en el terreno que ocupa hoy el Palacio Real; pero advertido por el clamor público, el de Armagnac disfrazado se refugió en casa de un albañil, y allí, despojado de toda su altivez, espera con terror la suerte que se le destina.

¡Eh! ¡Cuánto debe reflexionar sobre sí mismo el hombre al que la inconstancia de la fortuna precipita tan rápidamente de la cima de las grandezas!

Reclaman al condestable a son de trompeta y el albañil, asustado, le entrega. En los primeros momentos se le encierra en el Châtelet, después en la Conserjería.

Por fin el día ilumina ese revuelo espantoso: ¡qué espectáculo ofrece al habitante apacible! Por un lado las casas derruidas, bandidos cargados de riquezas que acaban de robar a los desgraciados arrastrados al fondo de unos calabozos donde antes ellos mismos hundían a sus víctimas; por otros, soldados metamorfoseados en verdugos, llenando las calles con los cadáveres de los que no encuentran sitio en la cárcel. En una palabra, por todas partes se ofrece el espectáculo de una ciudad que el asalto acaba de someter al vencedor insolente a quién el triunfo ciega.

En un instante todo cambia en la capital: ya no se ve ni un solo Armagnac; la cruz de Bourgogne se ve en todos los brazos; únicamente hay un partido en la ciudad, como si sólo existiese una única alma. Pero, ¿qué ganará con ello esta desgraciada ciudad? ¿Ha conseguido la nueva revolución algo más que cambiar de asesinos, que muy pronto estarán inundados, como los que les antecedieron, de la sangre preciosa de la patria?

Pero interrumpamos un instante el relato de estos horrores que tenemos que describir para cumplir el compromiso que tomamos de probar que la reina era eternamente el primer móvil de todas las desgracias de Francia y que no existía ni una sola llaga de esta desgraciada nación que no hubiesen entreabierto las culpables manos de Isabel.

Le Clerc es la causa de todo lo que acaba de pasar: quita las llaves de la ciudad de debajo la cabecera de la cama de su padre, se sirve de esas llaves para abrir las puertas a los borgoñones, y los historiadores, sin molestarse en buscar los verdaderos motivos de la vigorosa acción de este joven, los atribuyen al disgusto que le inspira la ligera mortificación que había sufrido. ¿Por qué no remontarse a un origen más verdadero y que hubiesen encontrado como nosotros, si se hubiesen molestado en buscarlo?

Le Clerc había sido el ayuda de cámara de Bois-Bourdon; este favorito, ya lo sabemos, era el único confidente, el único mensajero de los amores de la reina: el criado estaba con su señor en Vicennes cuando el rey sorprendió los criminales placeres de su esposa; la reina le condujo misteriosamente a Tours cuando la exilaron allí, y recordaremos los servicios que le prestó en esta circunstancia. Isabel regresó a París, Le Clerc la siguió y se aloja diplomáticamente en casa de su padre. Un acontecimiento agría sus relaciones con Duchâtel, el mayor enemigo de la reina; es imposible no darse cuenta de que la reina al conocer este incidente debió decir necesariamente al joven: «Aprovecha la ocasión que se presenta; véngate, venga a tu señor y a mí, el azar ofrece los medios para ello, y yo me encargo de tu felicidad».

Si debió decir esto, Isabel lo dijo, y si lo dijo, el resto mana de la fuente, el resto se demuestra por entero. Le Clerc embriagado por una caricia de la reina, lo promete todo, lo excusa todo, y la ciudad pasa a los borgoñones.

Isabel es, pues, la causa de este cambio inesperado; es la culpable de toda la sangre que va a derramarse: lo hemos dicho primero porque lo hemos creído, y ahora lo aseguramos, porque lo verosímil adquiere aquí toda la fuerza que sólo pertenece a la verdad y porque en general en historia como en el curso ordinario de la vida, nos equivocamos muy raramente al juzgar lo que sigue por lo que precede.

Sin embargo, Vieux, Tanneguy Duchâtel, Barbasan, que se refugiaron primeramente en la Bastilla, condujeron después al delfín a Melun, trataron luego de regresar a París con mil seiscientos hombres. Un combate muy violento tuvo lugar en la calle San Antonio donde perecieron gran parte de los amigos del condestable.

El rey se había refugiado en el Louvre y el delfín ya no estaba en Melun.

Si oleadas de sangre no se derramaban todavía, las fuentes de donde iban a surgir no tenían que permanecer mucho tiempo cerradas. El terror de los Parisienses se redobló cuando vieron aproximarse a sus murallas a un gran número de señores que sostenían el partido del delfín.

Isle-Adam, Gui de Bar, Mailli, Bourmonville, Dehen, Le Clerc y sus jóvenes amigos esparcieron entonces cuidadosamente que todo lo que concernía al delfín iba, al regresar a París, a exterminar al partido de la reina y al del duque de Bourgogne.

Isabel escribió inmediatamente a los jefes de su facción y les hace saber que, para evitar nuevas perturbaciones, sólo queda un medio: el de exterminar al instante a todo lo que puede quedar que sea Armagnac, y que si no lo hacen así, nunca el duque de Bourgogne podrá regresar a la capital. Hicieron demasiado caso de esta funesta recomendación.

El 12 de junio de 1418, el pueblo furioso toma las armas, se lanza impetuosamente hacía las cárceles, donde acaban de encerrar a los de la facción que él proscribe, y a11í, siempre ciego cuando se desencadena, siempre feroz cuando no razona ya, degüella sin elección, sin piedad como sin justicia todo cuanto guardan estos siniestros asilos del dolor y de la desesperación.

Uno tras otro obligan a los prisioneros a salir, a individualmente se les asesina: borgoñones, armagnacs, realistas, delfineses, infortunados retenidos por deudas, malhechores encadenados por crímenes, todo se inmola, todo se desgarra despiadadamente. Ya no es la opinión, ya no es el crimen lo que buscan castigar: la espada de la muerte brilla únicamente en manos del frenesí, de la rabia y de la maldad.

El condestable y el resto de su partido fueron tratados como los otros. Únicamente los prisioneros del Châtelet quieren oponer alguna resistencia: en el acto las llamas envuelven los muros en que están cautivos estos desgraciados; prefieren, al fuego que les amenaza, el peligro menos seguro de echarse por las ventanas. ¡Pero de qué refinamiento no es susceptible la ferocidad de un pueblo extraviado!, lanzas se presentan a estas tristes víctimas y sobre agudos hierros encuentran la muerte a la que creían escapar.

Esta abundancia de sangre, de entrañas dispersas y humeantes llena todas las calles adyacentes al palacio y a la puerta París; no se puede pasar por a11í sin cubrirse de estos objetos repugnantes «hasta el tobillo del pie»[51]. En una palabra sólo con la misma muerte se evita el espectáculo de la muerte: es preciso caer bajo el hierro de los verdugos, si quieren evitar ver a aquellos que su espada inmola.

En la animosidad del joven Le Clerc, uno de los que cuyos golpes hieren más violentamente, se reconoce fácilmente la mano que le hace obrar: el genio de Isabel parece perseguirle y electrizarle; en una palabra nada detiene a estos monstruos, y el astro eclipsado por el vapor de la sangre rehúsa su luz a estas escenas de infamia, de las que los mismos demonios se horrorizarían.

Se ensangrientan de la misma manera todos los barrios de la ciudad; el que quiere vengarse de un enemigo sólo tiene que designarle con el nombre de Armagnac, un puñal le deshace de él en el acto. Los cuerpos del condestable y del canciller fueron atados a unos cables y arrastrados en el fango; cortaron su carne para componer insignias, luego los caníbales adornados con estas banderetas sangrantes, recorrían las canes, armados con cuchillos con los que abrían el vientre de las mujeres encintas, atreviéndose a decir al ver sus frutos: «Mirad, pues, a estos perritos que viven aún»[52].

Los jefes borgoñones, testigos de estos horrores, los excitaban con sus gestos y su voz:

«Valor, amigos míos -gritaban a estos tigres- no concedáis ninguna gracia a los Armagnac; no os perdonarían si estuvieran en vuestro lugar: asesinadles pues, sólo hacéis con ello lo que ellos harían con vosotros. »

El saqueo fue inmenso, duró tres días, como los asesinatos. Se veían en el cuerpo de estos degolladores, en el de sus esposas o de sus hijos, los ricos vestidos que habían quitado en los palacios.

Todo género de crímenes, en una palabra, estalló en este desorden horrible. En vano se buscaban algunos rasgos de la fisonomía humana en estas frentes repugnantes y sangrantes, sólo presentaban las contorsiones de las furias del infierno desgarrando su presa.

Se pretendía que estas plagas eran un castigo de Dios. ¿Por qué, pues, en ese caso, su justicia respetó a los dos agentes de estas execraciones, y por qué se les vio, al día siguiente, reunidos en el mismo carro, recorrer triunfantes estas calles teñidas con la sangre que había sido derramada en su nombre?

Iban escoltados por mil doscientos hombres y por las más bellas jóvenes de la capital; infortunadas, que quizá lloraban a sus padres o a sus amantes, sembraron con flores mojadas con sus lágrimas el camino que tenían que recorrer Isabel y Bourgogne.

[51] Expresión de todos los historiadores.
[52] Véase Villaret, tomo 13.

La reina acogía a estas jovencitas con una sonrisa sardónica, las asustaba con su lujo, las escandalizaba por la inmodestia de su tocado y por el descaro con el que éste monstruo se atrevía a considerar los objetos más queridos de aquellos que acababan de degollar sus puñales.

Se dice que durante este trayecto, por una causa de poca importancia, los caballos de su carro se detuvieron en la esquina de la misma calle donde el duque de Bourgogne en persona había asesinado al duque de Orléans y que, en este momento, Bourgogne estrechó la mano de Isabel: « Él falta a nuestro triunfo -dijo la reina-, era digno de adornarlo».

Así fue, hollando con los pies toda moderación, como se atrevió a presentarse a su esposo, demasiado bondadoso al acogerla y nombrar a ella y a su espantoso cómplice sus libertadores.

En lugar de echarse a los pies de un esposo al que había ultrajado tan cruelmente..., de un esposo que sólo podría contemplarla con horror, después de todo lo que sus ojos y las confesiones de Bois-Bourdon pusieron en su conocimiento, en lugar de temblar al acercarse a este desgraciado príncipe y de implorar su perdón, tuvo la audacia de dirigirle reproches y de pedirle la rehabilitación de Bois-Bourdon al que -decía- había creído demasiado ligeramente y más injustamente aún condenado al último suplicio.

¡Qué afrenta!, pero la frente de Isabel ya no enrojecía, la costumbre del mal apaga la vergüenza de haberlo concebido; el endurecimiento de la maldad es el « non plus ultra» de la miseria humana. Este estado haría casi dudar de la dignidad de nuestra existencia, si no fuese probable que sea uno de los medios de los que Dios se sirve para castigarnos y humillarnos.

¡Ay!, no, no, Isabel no enrojecía ya, hacía mucho tiempo que el crimen había anulado en ella esta emoción tan tierna y tan preciosa de la naturaleza, nacida del remordimiento y del pudor, y que se convierte en el hombre en la prueba más segura del inalterable imperio de la virtud.

Desde entonces, todo cambió en el gobierno: Isabel y el duque se las arreglaron para no dejar en su puesto a ningún individuo del antiguo orden de cosas. Morvilliers, al que Isabel había puesto ya a la cabeza del Parlamento que había creado en Troyes, se convirtió en el jefe del de París; se nombró canciller a Astre; a Isle-Adam y a Châtel se les nombró mariscales de Francia; Dehens se convirtió en almirante y el duque Juan se reservó el gobierno de París. Todos los oficiales de la casa real, todos los criados se renovaron, y la impúdica Isabel colocó, entre los ayudas de cámara del palacio, a este Le Clerc, que en todo momento la había servido tan bien, sobre todo finalmente al introducir a los borgoñones.

Como la intención de la reina era no dejar libre a ninguna persona de la facción del condestable, los arrestos se prolongaron y sólo cambiaron de objeto; los armagnacs remplazaron a los borgoñones en todos los calabozos de París y fueron a secar los muros aún húmedos con la sangre de sus enemigos.

Estas subversiones son la historia de todas las revoluciones: las víctimas cambian, los verdugos permanecen, porque es preciso que haya siempre en nuestro miserable planeta una suma de males igual a la del bien, equilibrio absolutamente esencial para la conservación del universo.

Isabel no se contentó con esto; pocos espíritus tenían tantos recursos como el suyo para extender el horror y redoblar la infamia. Indujo al duque de Bourgogne a que

ordenase a las tropas acantonadas en los alrededores de París que se opusiesen a la entrada de los víveres. Una espantosa escasez se dejó sentir muy pronto, y los partidarios de la reina no dejaron de propagar que esta nueva opresión era obra de los restos de los armagnacs que saqueaban y robaban los campos.

No se necesitó nada más para reanimar la cólera adormecida del pueblo; corre de nuevo a las prisiones y degüella a los que acaban de encerrar en ellas.

Un jefe muy digno de estar a la cabeza de estas nuevas atrocidades se ofreció a conducirles. La reina y el duque de Bourgogne le recibieron con los brazos abiertos: era el verdugo de París, el famoso «Capeluche».

-Amigo mío -le dijo la reina-, únicamente a vos os corresponde el honor de desembarazarnos de unos enemigos tan temibles, sois el ejecutor de la justicia: ¿Dónde esta justicia sagrada a la que vos servís ha sido más ultrajada que aquí? Estos traidores os pertenecen, únicamente vos podéis acabar con sus días o dirigir los golpes que se encargarán de ello; sed despiadado, vuestro señor lo tendrá en cuenta y os estará agradecido por ello; pensad que nuestros intereses son los mismos y que vos servís la causa de Carlos VI al servir la nuestra.

-Sí, Capeluche -dijo el duque de Bourgogne estrechando las manos al verdugo- sí, amigo mío, obedeced nuestras órdenes; ni las mismas leyes os prescribirían unas más razonables; sed su órgano, su protector; honraos al derramar esta sangre impura; únicamente a vos, como acaba de decíroslo la reina, os corresponde verterla.

Cuando las manos de este criminal y las de sus compadres vaciaron las prisiones de esta horrible manera, los arrebatados pidieron los prisioneros de Vincennes. Se les entregaron con la condición de conducirlos al Châtelet, con el fin de que los muros del torreón, que servía por aquel entonces de palacio al rey, no fuesen mancillados; pero la sed de sangre de estos desgraciados era tan ardiente que los degollaron cuando se encontraron camino de París[53].

Se teme con frecuencia el incendio que se enciende: ¡cuántos crímenes más habría sin este feliz terror!

El duque de Bourgogne temió el exceso de celo de los habitantes de París; se dio cuenta que era necesario, para la seguridad, calmar esta efervescencia. Se apoderaron de todos estos asesinos y les hicieron la justicia que merecían a su vez.

Capeluche fue el primero que inmolaron; su criado le ejecutó, y como no había ejercido todavía, en el patíbulo su señor le dio su última lección: « Que el cuchillo caiga aquí», le dijo señalando con el dedo el lugar que tenía que golpear; arrodillándose después, recibió el golpe y pereció como había vivido, sin miedo como sin remordimientos. Se precisan siglos de sangre para ofrecer semejantes muestras, y afortunadamente, se reproducen raramente.

El duque, siempre con la misma intención, alejó de París a todos los que se habían mostrado más diligentes en servir a su causa mediante la ejecución de los crímenes cuyo espantoso cuadro acabamos de pintar. Enviaron a estos miserables a luchar con el resto de las facciones del delfín y del condestable, que ocupaban todavía algunas plazas fuertes en los alrededores de París. Imaginándose que les engañaban y que querían

[53] Algunos se escaparon y se les persiguió hasta la ciudad. En esta ocasión un soldado borracho golpeó la imagen de la Virgen que se veía en la calle de los Osos.

hacerlos inmolar por aquellos contra los que se les enviaba a combatir, quisieron entrar de nuevo en la capital, pero encontraron sus puertas cerradas.

A todos los males que acababan de afligir a esta desgraciada ciudad, se unieron otros..., inevitables continuaciones de los asesinatos que habían tenido lugar durante el fuerte calor reinante.

Una enfermedad contagiosa se extendió de tal manera que en menos de tres meses enterraron a más de cien mil personas: así es como las desgracias se suceden y como la Providencia castiga tarde o temprano a todos aquellos que las han atraído sobre los hombres.

El ejemplo del condestable fue útil al duque de Bourgogne: tomó, para dominar, medios completamente contrarios a los de su rival. Se trataba de reconciliarse con el pueblo, de hacerse abrir las puertas de las ciudades que se le cerraban; lo consiguió. Igualmente hizo revocar la condena efectuada contra el sistema de Juan Petit: demasiadas personas se encontraban interesadas en sostener la doctrina de este apóstol del regicidio y del asesinato, y el duque, contradictoriamente a la conducta que le caracterizaba, la dejó subsistir, para su propia desgracia sin duda.

Desde Melun, el delfín se dirigió a Bourges, donde se le unió la mayor parte de la nobleza que, disgustada con el espíritu de partido, creyó, con razón, que tenía que aliarse en torno del único hombre en la persona del cual residía necesariamente la realeza; desde este momento, este príncipe, en lugar del título de lugarteniente general del reino, tomó el de regente. Instituyó a un canciller y un parlamento compuesto por personas que habían escapado a las matanzas de París. Esta corte soberana se transfirió en el acto a Poitiers.

Isabel lo puso todo en juego para hacer regresar a su hijo a París, y sólo probó con eso el deseo ardiente de acercarse siempre al fantasma de la realeza, por la facilidad que esto le concedía de hacer recaer todo el mal que podría hacerse sobre este fantasma y de aprovechar todo el bien; quizá tenía ya algunas otras razones particulares que la continuación nos revelará.

Fuese como fuese, el delfín desconfió y no regresó; pero en lugar de esto, tomó a los borgoñones tantas plazas fuertes como pudo, con ayuda de estos valerosos guerreros que, a continuación, adornaron su reinado.

El duque de Bretagne intervino como mediador y el tratado que presentó fue aceptado por la reina y el duque de Bourgogne; pero los señores fieles al delfín rechazaron una reconciliación que dejaba a los instigadores de las perturbaciones más autoridad que no tenía su príncipe. Las negociaciones fracasaron.

Aprovechando todas estas alternativas, Enrique V, estimulado por la reina, proseguía como siempre sus victorias. Dueño de casi toda Normandía, cercó la capital de esta provincia. Los habitantes de Rouen pidieron socorro, se hizo valer esta demanda y se convirtió en el pretexto para nuevos impuestos que, apenas percibidos, fueron a engrosar, siguiendo la costumbre, los cofres de nuestras dos sanguijuelas, y los socorros que tenían que pagar no llegaron nunca.

El duque Juan que había encontrado sesenta mil hombres cuando marchaba contra su príncipe y contra su patria, no encontró ya a nadie cuando se trató de defender a uno y a otra.

La conducta de este príncipe es muy oscilante y comprometedora. Está interesado sin duda en romper los progresos del rey de Inglaterra, cuyo extremo poder podía perjudicar

un día el suyo, pero era mucho más preciso estorbar y obstaculizar los triunfos del delfín que continuaba como siempre rodeado de armagnacs.

« Si obraba contra los enemigos de la monarquía-dice un historiador acreditado-dejaba el campo libre a los suyos y, para hacerse temer de aquéllos, era preciso que descuidase los otros. »

Si, por otra parte, irritaba a Enrique socorriendo a los enemigos de este príncipe, éste le deshonraría publicando el vergonzoso tratado de Calais. El duque, mejor guerrero que hábil político, no se había dado cuenta de estas importantes consideraciones. Sólo la reina se lo hizo ver, la reina que no descuidaba nunca nada de todo cuanto podía inducir a los otros a servir sus propios intereses; y esta mujer, tan valiente como extraordinaria tuvo toda su vida esto de particular que el poco bien que se le vio hacer no tuvo nunca otro motivo que el de servir al mal que deseaba ya fuera por gusto o por utilidad.

Se renovaron unas proposiciones que el rey de Inglaterra escuchaba como si hubiese deseado la paz, mientras que todas sus iniciativas mostraban en él el mayor deseo de luchar; y aquí, para inquietar más al duque de Bourgogne cuyos verdaderos motivos conocía, pareció prestarse a algunas insinuaciones de alianza que le hizo el delfín del que se burlaba en el fondo de su corazón. Se intentaron otras negociaciones en el gabinete del rey, que no consiguieron mayor éxito.

Durante este tiempo, la hábil Isabel empleaba con respecto al inglés medios infinitamente más seguros. Le envió por medio del cardenal de los Ursins el retrato de Catalina, haciéndole decir bajo mano que le ofrecía la más bella y la más querida de sus hijas; pero que ponía como condición que el matrimonio se celebrase en París.

Enrique V comprendió este lenguaje; alabó a la princesa cuyo retrato le enviaban. El amor opuso sus flechas a las lanzas del dios Marte, y el héroe triunfó únicamente para depositar a los pies de su amante laureles enlazados con mirtos.

La bravura de los ruaneses atrasó sin embargo, sus deseos. Estaba muy lejos de esperar una resistencia tan larga; fue una resistencia tal que nunca la hubiese vencido sin la traición de Gui Boutellier, completamente vendido al duque de Bourgogne.

Una nueva desgracia, debilitando el coraje de estos bravos ciudadanos, favoreció los ambiciosos proyectos da Enrique.

El hambre, causando estragos con todo su horror en esta desdichada ciudad, obligó a la guarnición a desembarazarse de todos aquellos que consumían sin ser de ninguna utilidad. Pertenecieron a este número las mujeres, los viejos y los niños quienes, rechazados cuando se acercaron al campo inglés, se tiraron en los fosos de la ciudad, donde los asediados que temían su regreso les dejaron perecer, no sólo sin socorro, sino incluso disparando sobre aquellos a quienes el hambre obligaba a despreciarlo todo para saciar esta imperiosa necesidad de la naturaleza.

Estos son los horrores de los que era cotidianamente la causa la maldad de una mujer y la infernal política de un criminal.

El duque, no obstante, requerido vivamente para que socorriese la ciudad de Rouen, de la que se ve, después de lo que acabamos de decir, se preocupaba muy poco, envió al fin a estos desgraciados mil ochocientos hombres que Enrique derrotó en un día.

Desesperados, los cercados se decidieron a una vigorosa salida, que quizá iba a repararlo todo, cuando Boutellier, este traidor que hemos mencionado, según una carta que acababa de recibir de la reina, mandó destruir el puente por el que tenían que pasar

los que iban a atacar a los ingleses: la mitad de la guarnición se ahogó. Se pidieron nuevos socorros; mil razones parecieron legitimar su negativa, y el duque terminó por aconsejar a los cercados que se rindieran bajo las condiciones menos envilecedoras pero que fueron muy duras. Tenemos que destacar aquí, con placer, un rasgo de benevolencia por parte de Enrique: se estipuló en favor de los desgraciados echados fuera de la ciudad y que languidecían en los fosos; los habitantes fueron obligados a alimentarlos durante un año; así el mayor enemigo de Francia fue en esta ocasión más generoso que los jefes que la gobernaban: estos últimos fueron la causa de una espantosa inhumanidad que el primero reparó tan pronto como pudo.

Rouen cayó en manos de los ingleses, la fortuna, que es con frecuencia muy injusta, lo permitió así.

Pero dejemos estos acontecimientos que nos han apartado demasiado de nuestro tema y que sólo hemos relatado porque nos han dado la ocasión de añadir algunos rasgos importantes a la repugnante figura que nos hemos empeñado en describir.

El resultado del cerco de Rouen hizo temblar a los Parisienses. Solicitaron al rey, a quien la miseria y el contagio mantenían apartado, que regresase a París. El duque de Bourgogne se opuso a ello; afirmó que Carlos no regresaría a su capital sino cuando no habría ningún peligro para él.

Empezaron otras negociaciones entre el delfín y el rey de Inglaterra, pero cuyos efectos la reina y el duque de Bourgogne no cesaron de paralizar.

A1 fin, para intimidar al joven Carlos, el duque reanudó abiertamente sus relaciones con Enrique. La cita para las explicaciones se escogió entre Meulan y Pontoise; pero el rey de Francia, retenido por sus ataques ordinarios, no pudo encontrarse allí.

El duque de Bourgogne y la reina acompañaron allí a Catalina.

¡Un espacio bastante considerable rodeado por un doble cercado se convirtió en el lugar de la conferencia!, se colocó un destacamento inglés a un lado, los franceses se mantuvieron en el otro. Cuando todo estuvo dispuesto, el duque y la reina seguidos de la princesa Catalina penetraron hasta el pabellón construido en el centro del recinto y en el que tenían que sostenerse las conferencias.

Catalina compareció con toda la coquetería que sabía desplegar su madre. La entrevista terminó lo que había empezado tan bien el retrato, y a los pies de su futura esposa Enrique juró vencer.

Pero la diestra Isabel a quién no escapaba ninguna de las impresiones de un sentimiento que había sentido con tanta frecuencia, con un refinamiento muy digno de ella, no permitió que su hija compareciese en los coloquios siguientes. No engañó a Enrique con esta pequeña argucia, mostró por su parte mucha altivez y por otra parte, en la segunda entrevista, y aunque el duque no estuviese demasiado satisfecho, el tratado se concluyó sin impedimentos; pero todo se desbarató muy pronto y el duque de Bourgogne sólo pensó en ver al delfín. Se escogió Pouilly-le-fort para celebrar esta entrevista.

Es la oscuridad de los caminos de este laberinto 1o que hace decir a los historiadores que la causa de los crímenes de este siglo es impenetrable, y es precisamente la certeza de haber penetrado en sus motivos lo que les hace afirmar que el duque utilizó toda suerte de delicadezas en esta entrevista de Pouilly, y esto por la mediación de una mujer

de la que le pretenden enamorado[54]. Este hecho es notoriamente falso. Fue Tanneguy Duchâtel, gran partidario del delfín, quién hizo posible esta entrevista a hizo todo lo que pudo para que el duque se humillase delante del delfín; pero Juan no renunció en absoluto a su carácter; no lo envileció nunca; y si pareció rebajarse con el delfín en Pouilly sólo lo hizo para preparar lo que proyectaba. La conducta de Tanneguy Duchâtel en Montereau nos demostrará que este amigo del delfín no se dejó engañar en ningún momento por el duque de Bourgogne.

Verdaderamente en esta primera entrevista el duque mimó al delfín, le acarició, le juró fe y homenaje, llevó sus delicadezas hasta el punto de sostener el estribo cuando el joven príncipe montó a caballo[55]; y se obstinaron en ver en todo esto un arrepentimiento virtuoso del duque de Bourgogne..., ¡virtud en un hombre lo bastante falso como para renovar al mismo tiempo con Enrique todas las cláusulas del vergonzoso tratado que acababa de hacer precedentemente con él! ¡Al hombre al que hemos visto poner en juego tanta maldad y engaño, se atreven al mismo instante a creerle tanta buena fe! Convengamos que es preciso tener ganas de cegarse para disparatar hasta tal punto. El duque traicionó al delfín como traicionó durante toda su vida a cuantos había necesitado hacerlo; sólo era franco con la reina, porque sólo con ella encontraba todo cuanto secundaba a su avaricia y a su ambición; porque sólo la había realmente amado a ella y no a esta señora de Giac, únicamente amiga suya, y a las seducciones de la que se atreven a decir que se rindió; esto en un asunto tan importante le hubiese hecho romper seguramente con la reina y más aún con el rey de Inglaterra, con quien tenía tan buenas razones para conservar su amistad.

¡Ay!, no, no, nunca en ninguna de estas negociaciones el duque de Bourgogne dejó de ser falso, y esta vez, lo fue hasta tal punto que selló mediante todos los juramentos religiosos su reconciliación con el delfín como si un hombre semejante pudiese creerse ligado por juramentos religiosos, él a quién no encadenaban ni las más santas leyes de la naturaleza; y se persiste en creer en la sinceridad de su corazón mientras acababa de jurar todo lo contrario en su última entrevista con Enrique. ¡No, no, una vez más digno amigo de Isabel, lo alma modelada sobre la de esta pérfida mujer no estaba hecha para ofrecer nunca sinceridad!, y el momento en que ella externamente desplegaba más lealtad era necesariamente aquel en que ultrajabas más indignamente a este virtuoso sentimiento.

Las principales condiciones del tratado con el joven Carlos fueron que estos dos príncipes compartirían conjuntamente el gobierno y que se olvidaría totalmente el pasado.

Se colmó de gozo a los Parisienses con una reconciliación que parecía asegurar su tranquilidad, pero fueron todavía más desgraciados cuando se dieron cuenta hasta qué punto podían contar con una reconciliación que en efecto duró poco. ¿Por qué, si hubiese sido sincera, estos dos príncipes reunidos no hubiesen juntado sus tropas para oponerse a las hostilidades de los ingleses que desbastaban ya los arrabales de París? Esta era sin embargo, una de las principales cláusulas del tratado. ¿Por qué razón no se ejecutaba? ¿Si el duque Juan hubiese sido sincero, por qué razón transfería la corte a Troyes, puesto que se comprometía a preservarla en París de todos los insultos que pudiese recibir? ¿Por qué habiendo convenido estos dos príncipes que volverían a verse

[54] La condesa de Giac; nunca estuvo enamorado el duque de esta mujer, de cuyo nombre la reina y él se sirvieron únicamente para disfrazar mejor su mutua inteligencia.

[55] Era uno de los deberes del vasallo con respecto a su señor.

en Pouilly-le-fort, dudó tanto el delfín antes de acudir a esta segunda entrevista? ¿Por qué si este joven príncipe hubiese creído que tenía que confiarse al duque de Bourgogne, después de lo que había visto de él, se debilitó tanto su ánimo con los discursos de aquellos que le advirtieron de la imprudencia que sería comprometer en un segundo coloquio al heredero de Francia y, de comprometerlo, con quién? Con un hombre manchado con el asesinato del duque de Orléans, con un hombre que desde hacía un año llenaba Francia de desgracias y de crímenes y que no tenía otro proyecto sino usurpar todo el poder, con el fin de compartirlo con el inglés; la prueba de ello era el tratado que acababan de descubrir firmado por el duque con este monarca..., por el mismo duque que ponía tan buena cara al delfín. Esto es lo que objetaban con tanta razón los amigos del joven Carlos para impedirle que se arriesgase por segunda vez con un hombre tan peligroso.

Pero, ¿era necesario oponer al delfín tantos motivos de temor? Sólo se trataba de conocer bien al que luchaba únicamente para engañarle; sólo se trataba de recordar que si el duque había empleado tanta falsedad en Pouilly-le-fort, su costumbre había sido siempre la misma en todas sus negociaciones, sumamente persuadido de que la primera cualidad del negociador era engañar y siempre con un arte tan grande que la verdad no parezca ser tal sino cuando la inmola mejor.

Fuese como fuese el duque de Bourgogne dudó con respecto a la época de la segunda entrevista, primeramente fijada en el 18 de agosto, trasladada después al 26 del mismo mes y decididamente diferida al 10 de setiembre.

El delfín cambió también: ¡pero qué diferencia de motivos en una y en otra de estas irresoluciones! El interesante delfín tenía que temblar al pensamiento de encontrarse con parecido traidor, mientras que el culpable sólo pensaba en serlo cada vez más y sólo cambiaba para estar más seguro de sus posiciones.

Se hizo cuanto fue posible para vencer estas tergiversaciones; sólo se fijaron con mucho trabajo.

Una desdichada predicción, que un judío había hecho al duque, parecía detenerle siempre. « Si vais a Montereau -le dijo este astrólogo-, no regresaréis jamás.»

Este fue uno de los motivos de las irresoluciones del duque y fue también lo que le indujo igualmente a proponer Troyes en lugar de Montereau. Sin embargo, vencido por las vivas recomendaciones que le hicieron de que no irritase al delfín con sus perpetuos cambios, se decidió por Montereau; y aquí no podemos dejar de consignar la curiosa entrevista que tuvo la víspera con la reina, y que se encuentra en un testamento manuscrito llevado a Londres por Jaquelin, secretario del duque quién, al día siguiente de la escena que vamos a describir, se dirigió allí con otros documentos análogos al mismo hecho.

-Señor de Bourgogne -dijo la reina-, estáis a punto de alcanzar el momento más interesante de vuestra vida y aquel en que todas nuestras esperanzas tienen que realizarse. Nuestro mayor enemigo entretanto es el delfín incontestablemente: pensad en el mal que os ha hecho, en el que ha querido y puede haceros aún. Carlos VI es un ser nulo para nosotros; sólo necesitamos su sombra, ella nos cubre. Pero el delfín presta un cuerpo a esta sombra. ¿Qué haréis con el inglés, si dejáis subsistir a aquel que necesariamente reunirá un día todas sus fuerzas con la intención de destruir nuestra obra? Habéis prometido deshaceros de él, Enrique mantendrá su palabra. ¿Faltaréis vos a la vuestra? ¿Para qué nos serviría haber exterminado a la facción de Armagnac, si dejaseis vivo a su jefe? Vedle aún hoy rodeado de todos aquellos que eran más adictos a

este partido siempre dispuesto a echarse sobre nosotros. ¡Ay!, ¡aquel que no ha temido durante tantos años derramar la sangre de sus más mortales enemigos, temblará al verter la de su jefe! Mi hermoso señor, no haréis que me sienta avergonzada por estar unida al más débil de los hombres; pues así os consideraría la posteridad si después de haber perdido a todos aquellos que querían perdernos, dudaseis en deshaceros de aquel que los representa todos. No me pasan por alto los peligros que corréis en esta fatal entrevista; mi corazón los ve y no los disminuye, os corresponde a vos tomar la delantera; sed tan hábil, tan emprendedor como lo serán estos criminales mentirosos; alejad sobre todo de vuestro espíritu la idea de que es el hijo de Isabel y el del rey, vuestro señor, el que sacrificáis; ved únicamente en este idiota al más peligroso de nuestros enemigos, ved únicamente en él al hombre persuadido de hacer una buena acción hiriendo el primero a aquel por el que sería herido él mismo si le dejaba el tiempo preciso para ello, y recordad sobre todo que en política no es un crimen deshacerse del ser que quiere destruirnos.

-¿Pensáis, señora -respondió el duque-, en la vergüenza con la que esta acción me cubrirá? El delfín va a convertirse en mi rey. ¿Puedo levantar la mano sobre él, y lo que ganaría para nuestra causa común no lo perdería en seguida por los peligros de esta acción y por el envilecimiento en el que sus consecuencias tienen que sumergirme infaliblemente?

-¿Hicisteis este cálculo, monseñor, cuando se trató de asesinar al de Orléans?

-El de Orléans no era mi rey, señora -contestó el duque.

-No os digo -respondió Isabel- que manchéis vuestras manos con la sangre del delfín: sed más hábil, príncipe, irritad su joven orgullo; que aquellos que estarán con vos crean que los arrebatos de cólera que se le escaparán pueden estar seguidos por vías de hecho, y que hagan caer bajo sus golpes a este que quisiera veros bajo los suyos. Entonces os vengaréis, pero no atacaréis; se habrá deshonrado para siempre en la opinión pública y esto por sí solo... Pensad que estáis perdido si no seguís mis consejos; pensad que si mi hijo triunfa me alejarán del trono para siempre, que todo lo que hemos hecho hasta hoy se habrá perdido y que solo nos quedarán lágrimas que verter sobre irreparables desgracias.

-Las personas que me acompañan, señora, son gentilhombres llenos de honor: ¿Puedo suponer que exista entre ellos un regicida? La nobleza francesa derramó su sangre por sus reyes, pero no les asesinó nunca. Este crimen salió a veces de los santuarios; la esperanza de refugiarse en ellos lo animaba sin duda; el que se cree por encima de los reyes puede cegarse en lo referente a un poder que cree igual al suyo; pero el que defiende este poder y combate por él lo respeta y no lo ultraja nunca.

-Una vez más, señor duque, no os propongo un regicidio, sino un acto de valentía: no es un asesino a quien quiero ver en vos sino un defensor; tenéis que encontrar alguno entre los que os acompañan; guardaos muy bien de decirles: «Asesinad al delfín»; contentaos con hacerles jurar que os defenderán si sois atacado y hacer todo lo necesario para serlo.

-Estaréis contenta, señora -dijo el duque-, ¡ojalá pudieseis encontrarme un día vengadores tan fácilmente como vos vais a encontrar uno en mí!

El duque de Bourgogne salió, y fue esta la última vez que se hablaron estos dos monstruos que el cielo no debió nunca reunir.

Escojamos ahora, entre los diferentes relatos que los historiadores nos ofrecen sobre el célebre acontecimiento de Montereau, el que concuerda mejor con la verdad que esta conversación nos revela.

Esta entrevista siempre retrasada tuvo lugar al fin, como hemos dicho, el 10 de setiembre de 1419.

El castillo de Montereau está separado de la ciudad por el puente. Las tropas del duque de Bourgogne ocupaban el castillo: las del delfín estaban en la ciudad. En cada extremo del puente había una barrera, por la que estaba frente a la ciudad tenía que pasar el delfín acompañado por Tanneguy Duchâtel, Narbonne, Louvet, Naillac, Loire, Layet, Froilier, Bataille, Bouteillier y Dulau. Estos fueron los gentilhombres nombrados para acompañar al delfín. Todos eran armagnacs.

Por la barrera que estaba frente al castillo tenía que pasar el duque de Bourgogne, seguido de Carlos de Bourbon, Noailles, Fribourg, Neufchâtel, Montaigu, De Vienne, Vergi, Dautrey, Giac y Ivret de Pontalier, el mismo número que el delfín. Todos eran borgoñones.

Los partidarios del duque y los del delfín fueron a examinar el puente y garantizaron su seguridad. Más allá de las barreras, poco más o menos en medio del puente, había una sala construida de manera rápida y en la que tenía que sostenerse la conferencia.

Antes de pasar las vallas, los señores de una y otra parte fueron a visitarlas, y cuando entraron les dejaron únicamente sus lorigas y sus espadas.

El delfín llegó el primero; el duque de Bourgogne después. Inmediatamente, guardias de uno y otro partido tomaron posesión de sus barreras respectivas.

«Venid, pues -dijo al duque uno de los caballeros del delfín-. Monseñor os espera.» «Voy hacia él», continuó el duque, mientras avanzaba, y cuando estuvo cerca del delfín puso una rodilla en tierra.

El joven príncipe, sin ningún testimonio de atención, le dijo bastante duramente: «Hace quince días que os espero, primo mío; mientras tanto nuestras tropas fatigan a los habitantes y los ingleses aprovechan estas demoras para avanzar hacia París».

Como ante esto el duque continuase aún arrodillado, uno de los señores de su séquito le dijo: «Levantaos, pues, Monseñor, os humilláis demasiado».

El duque, en pie, dijo entonces al delfín que no podía hacer nada sin la aprobación del rey, y que era preciso que uno y otro fuesen al instante a ver al monarca.

«No necesito vuestro parecer sobre esto -respondió el delfín-, iré a verle cuando quiera.»

«Iréis inmediatamente», dijo el duque; luego poniendo una mano sobre la funda de su espada y otra en la esclavina del delfín, hizo con los ojos una seña a los de su partido. Tanneguy, comprendiendo la gravedad de la situación, empuja entonces al duque por los hombros, libera al delfín, al que sus gentilhombres hacen pasar al otro lado de la valla, y él, Duchâtel prosiguiendo con razón la venganza de la injuria que su señor acaba de recibir, golpea al duque con su hacha, le hiere en el rostro y en la muñeca; el duque cae sobre sus rodillas, los golpes se redoblan, los asesinos le rodean y se termina con él. Layet y Froilier le hunden sus espadas en el cuerpo, a pesar de su corselete. Noailles, el único partidario del duque que le defiende, recibió varias heridas, a causa de las que murió poco después; los otros señores borgoñones fueron hechos prisioneros excepto Montaigu que encontró la manera de evadirse.

Esta es la verdad de este memorable acontecimiento, según los mejores historiadores, y sobre todo Monstrelet, de cuya narración tenemos que desconfiar un poco sin embargo, debido a su extremo apego a la casa de Bourgogne. Por otra parte nos hemos dado cuenta, como nuestros lectores sin duda, de una contradicción que nos es imposible destruir. ¿Cómo puede ser que Tanneguy hiriese al duque con un hacha si sólo se les había dejado a los señores sus espadas?[56] Esta hacha había escapado, pues, a la inspección: ¿es presumible? ¿No tendríamos que pensar mejor que este asesinato estaba premeditado? De cualquier manera que fuese cometido, para lavar de él a Duchâtel, algunos historiadores hacen intervenir en el puente a un robusto hombre moreno que golpeó al duque con una larga espada. Esta fábula es absurda, puesto que en el puente sólo se encontraban los veinte señores nombrados arriba, entre los cuales no se encontraba seguramente el personaje imaginario del que se nos habla y que se atreven a introducir aquí para disculpar a Tanneguy. Era mucho mejor legitimar su acción que no negarla, y podían hacerlo: castigaba a un asesino, vengaba a su rey. ¿Hay algo más justo? No fue por otra parte la única vez que obró de esta forma: ¿No se le vio en 1424 matar al delfín de Auvergne, en las estancias de este mismo Carlos al que había servido tan bien en Montereau? Era mejor pues, lo repetimos, preconizar la acción cometida sobre la persona del duque Juan por Duchâtel que no sumergirla en la nada.

Fuese como fuese, cuando los guardias exteriores vieron que las gentes se amotinaban sobre el puente, sin saber de qué se trataba y sin haber sido llamados, no se movieron.

Se llevaron al delfín casi desvanecido; sus lágrimas se derramaron después y su tristeza fue bien sincera. El cuerpo del duque permaneció en el puente hasta que el sacerdote de Montereau fue a levantarlo para cumplir con sus deberes sagrados. Le encontró casi desnudo.

Parece, después de todo cuanto ha sido dicho, que es imposible establecer ahora ninguna duda sobre el autor de la catástrofe del puente de Montereau. A pesar de la certeza que pudiesen tener los dos partidos se entabló una especie de proceso judicial. Se escucharon varias declaraciones que se contradijeron, y de las que fue imposible sacar nada en claro: una sola cosa era cierta, el duque de Bourgogne acababa de ser asesinado. ¿Pero por qué manos? Los que no quieren convenir en que fueron las de Tanneguy tienen seguramente que fluctuar mucho más en su opinión al examinar el proceso judicial. Se sirvieron de un hacha, Tanneguy era el único que llevaba una, el único que había puesto la mano sobre el duque, el único que se felicitaba por haber vengado al de Orléans: ¿Qué más necesitamos, pues, para convencernos?

Se sospechó de Barbasan: ¿Se podía alegar en contra suya alguna de las pruebas que militaban contra Duchâtel? Primeramente no estaba en el puente, y se oyó decir siempre que esta acción deshonraba al delfín en lugar de servirle[57].

Con respecto a los errores que le merecieron este tratamiento al duque de Bourgogne, eran auténticos. Basta recordar para convencerse de ello su conversación con Isabel y la manera cómo cumplió puntualmente todo cuanto le fue recomendado en esta entrevista, cuando estuvo en presencia del delfín.

Carlos de Bourbon, sumamente adicto al partido de Juan, convino en que este duque se había equivocado y lo probó abandonando en seguida su partido para pasarse al del

[56] «Conservaré esta hacha durante toda mi vida -dijo Duchâtel-, ha abatido la mano con la que este criminal mató a Monseñor de Orleáns.»

[57] Además era *borgoñón*, y el que mató al jefe de este partido *no podía ser borgoñón*.

delfín. Esta misma afirmación la sostuvo Bourbon a continuación ante el hijo del duque de Bourgogne que le reprochaba su deserción.

Los que quieren con tanta injusticia como sin razón atribuir al delfín una venganza tan cruel se apoyan en la desigualdad de las fuerzas de uno y otro príncipe durante el encuentro. El duque Juan, aseguran, tenía apenas quinientos hombres armados en el castillo, mientras que el delfín tenía más de veinte mil hombres que le servían en la ciudad. Pero, aunque fuese cierto, ¿sería una razón para culpar a un príncipe que, en el curso de su vida, nos mostró virtudes dulces y pacíficas muy apartadas del género de crímenes que quieren suponerle aquí? El duque de Bourgogne provocó la cólera del delfín, el relato de la aventura acaba de probarlo; acabamos de ver igualmente el motivo que le impulsaba a obrar. ¿Pero son estas razones suficientes para que el delfín le hiciese matar? ¿Para que diese siquiera la orden? No, ciertamente, el movimiento poco respetuoso del duque lo reprimen al instante los partidarios del delfín, quienes, muy contentos de encontrar un motivo para vengar la muerte del duque de Orléans, a cuyo partido pertenecen todos, aprovechan esta ocasión para deshacerse del que mató a su jefe.

No vayamos a buscar otras causas, éstas son las únicas; y guardémonos sobre todo de creer que un joven como el delfín, leal, franco y generoso, quisiese mancharse con un atentado semejante. ¡Ah!, no, no, un príncipe como fue Carlos VII puede adormecerse en el seno de Inés, pero no asesina a las personas en un puente[58] .

Este crimen fue, pues únicamente el fruto de las circunstancias, el resultado de la funesta conversación de la reina con un hombre que no se atrevió a decir nada, pero que lo provocó todo tras haber cedido demasiado pronto a las seducciones de un monstruo que, aprovechándose de su debilidad que conocía, le hacía cometer siempre los crímenes que eran útiles para sus intereses comunes.

Pero -se preguntan-, ¿por qué los señores de ambos partidos no se batieron unos contra otros? Tenían que hacerlo en un caso parecido.

No tenían porque hacerlo: los del delfín sólo se preocupaban de protegerle; las tenían que caer de las manos de los del duque de Bourgogne reconociendo la indecencia y la temeridad de su acción. Faltaba al heredero del trono, estaba, pues, equivocado.

Pero prosigamos; ya hemos discutido bastante los hechos; las opiniones son demasiado contradictorias, al respecto, para que nos atrevamos a dar las nuestras como leyes.

Jaquelin, uno de los secretarios del duque, que se había quedado en el castillo, marchó a Londres en el mismo momento, como lo hemos dicho, llevándose consigo el testamento del duque, del que sacamos la conversación citada más arriba que tuvo con Isabel la víspera del acontecimiento.

Con respecto de esta princesa, su desesperación fue espantosa cuando se enteró hasta qué punto sus consejos habían sido perniciosos. La violencia de los accesos de su dolor hizo temer un momento por su vida. Sin dudar que su hijo fuera la causa de este

[58] Estamos conformes en que el hacha que llevaba Tannegury pudo manifestar una idea de premeditación-, ¡pero cuántas cosas destruyen esta idea! Primero no es muy seguro que Duchâtel se sirviera de un hacha y no de su espada, y luego, ¿no podía tener esta hacha para defenderse y no para atacar? ¿No sucede a veces que al exponernos a un peligro el amigo que nos acompaña se arma sin decirnos nada?

acontecimiento, sintió redoblarse en ella el odio que le profesaba y sólo pensó en la venganza. Los placeres de esta detestable pasión dulcificaban en ella las penas que le reportaba el saciarla, de manera que con frecuencia estaba muy contenta de sentir las contradicciones que tenían que dar libre curso a su carácter atroz.

Fue a echarse a los pies del rey para solicitar una venganza que no tenla que obtener de él, que incluso era indiscreto pedirle; pero su alma que electrizaba a los que la rodeaban consiguió que se asociasen a su dolor cuantos la escuchaban. Los habitantes de París, desolados, juraron entre las manos del conde de Saint-Paul vengar esta muerte y el conde hizo el mismo juramento.

A partir de este momento se enarboló la cruz de Bourgogne, y el partido del joven Carlos perdió terreno de tal manera debido a las pérfidas preocupaciones de esta madrastra, que llegaron incluso a discutirle sus derechos: en París sólo se le llamaba ya «el supuesto delfín».

Las exequias del duque de Bourgogne se celebraron magníficamente; su pompa igualó a la de los reyes. Se pronunció su oración fúnebre y la autenticidad que se puso en estas ceremonias repetidas en todas las iglesias reanimó más que todo lo demás el deseo de venganza en el alma de los Parisienses. Todas las ciudades se unieron con el mismo espíritu.

El delfín escribió, prometió, amenazó: nada pudo romper la confederación; parecía que la monarquía estuviese en el instante de su ruina mientras perdía únicamente al que había tratado de destruirla. Pero en todo esto, no se hizo sin embargo ninguna tentativa capaz de desarmar la ira de la reina, o como dicen los historiadores, «para reducir su resentimiento a un silencio que hubiese podido ahorrarle muchos crímenes».

Ahora lancemos con sangre fría una mirada rápida sobre el hombre célebre que nos ha ocupado durante tanto tiempo. El duque de Bourgogne, valiente en la batalla, débil en el consejo, concebía la idea de todos los crímenes que podían elevarle al más sublime grado de esplendor, pero le faltaba casi siempre la energía necesaria para su ejecución. Felizmente susceptible a los remordimientos, sus manos siempre temblorosas no llegaban a alcanzar el fin que le designaba el genio más ardiente. Sujeto a unas tergiversaciones que paralizaban con frecuencia el mal que imaginaba, no fue por ello menos perjudicial para su país, al que quizás hubiese hecho menos desgraciado, sin las instigaciones del monstruo del que era el agente.

Isabel mandó en nombre del rey dirigir a todas las ciudades del reino una declaración fulminante en la que ordenaba en nombre del monarca a todos los súbditos, bajo pena del crimen de lesa majestad, que se retirasen del servicio del delfín Carlos, «infractor de una paz por dos veces consagrada por sus propios juramentos». Y a fin de que cada uno conociese las pérfidas intenciones de este joven príncipe, «queremos -hacía decir al monarca- que las presentes sean publicadas por dos veces».

Pero todo esto no podía aún saciar su venganza ni apaciguar el odio que alimentaba contra un hijo al que creía culpable de un crimen que la privaba del cómplice de todos sus crímenes.

Cuanto más desgraciada era, más temible era también. Declarándose impetuosamente entonces a favor de los ingleses les excitó a que se uniesen a ella para obrar de común acuerdo y con más provecho. Por otra parte, estimulaba al joven duque de Bourgogne a que fuese a emprender con ella una venganza que tenía que inspirarle la naturaleza.

El joven príncipe acudió a esta invitación con un calor que sólo podía honrarle, puesto que sólo veía en ello el castigo de los asesinos de su padre.

Impetuoso, ardoroso, lleno de las virtudes que caracterizan a un buen hijo y de aquellas a las que tiene que aspirar un gran príncipe, el nuevo duque lo puso todo en juego para vengar a su padre. Prometió a los ingleses medios superiores a los que les había ofrecido el duque Juan. Una fortuna igual a la de su padre y un calor que emanaba de un alma sensible más que de una cabeza ambiciosa, tenían que merecerle confianza... Si la reina puso tanto empeño en llamarle a su lado fue por que se dio cuenta de la conformidad de sus intereses; se servía sirviéndole y fue quizás una de estas ocasiones tan extrañas como extraordinarias en que el crimen se apoya en la virtud fingiendo servirla.

Nunca Enrique V había tenido tal oportunidad y aquí el azar le secundaba mejor que su fortuna. Sin debates, sin incertidumbres, se le ofrecía la corona de Francia, objeto de sus únicos deseos; sólo le quedaba aceptarla. La reina y el joven duque prometieron la paz; todo estaba de acuerdo; parecía que sólo se esperaba el tiempo necesario para preparar «por decencia » al pueblo francés a una clase de revolución tan lejana a su liberalidad y a su lealtad.

Mientras el delfín trataba de reunir hacia el Mediodía cuantos partidarios podían quedarle, con el fin de reconquistar algunos restos de sus estados, el rey de Inglaterra hacía en el norte los mayores progresos.

Al fin en Arras los plenipotenciarios ingleses, franceses y borgoñones consumaron la vergüenza y las desdichas de Francia.

Esta madrastra ambiciosa, resuelta a desheredar a su hijo del mismo modo que lo estaba a otorgar el cetro al rey de Inglaterra, tras haber conseguido que desposase a su hija, no se detenía por ningún escrúpulo y el duque de Bourgogne favorecía ciegamente estos peligrosos proyectos.

Las primeras cláusulas del tratado de Arras fueron:

1º. Que el rey de Inglaterra se casaría con la princesa Catalina.

2º. Que Carlos VI, convertido con eso en el suegro de Enrique V, continuaría reinando y, dada su incapacidad, Enrique sería declarado regente.

3º. Que los órdenes del estado le prestaban juramento en esta cualidad y se comprometían a reconocerle como soberano, inmediatamente después de la muerte de su suegro.

A este acto siguió una tregua; pero en su cualidad de Armagnac, el delfín fue excluido de ella por la reina y el duque de Bourgogne, y se decidió incluso que los tres contratantes se prestarían mutuo socorro para luchar contra él. Al fin, decidieron por el mismo tratado que uno de los hermanos de Enrique V se casaría con la hermana del duque de Bourgogne. Todo, vemos, se preparaba así para el envilecimiento total de nuestra desgraciada patria. ¿Y qué manos sacudían el edificio? Aquellas a quienes los deberes más sagrados imponían la ley de sostenerlo.

¡Hasta dónde pueden conducir las pasiones! Religión, humanidad, benevolencia, honor, gloria, reputación, Buenos sentimientos, todo se inmola a los pies de sus altares... ¡Vergonzosa degradación, que aventaja a la virtud mucho más de lo que se piensa, puesto que las desgracias se convierten siempre en el patrimonio de aquellos que la traicionan o que la abandonan!

El duque de Bourgogne se dirigió a Troyes donde se encontraba entonces la corte; allí fue recibido por el rey con todas las muestras de distinción que la misma reina cuidó de prescribir.

Mientras tanto, Enrique V proseguía su marcha triunfal, acompañado por una simple guardia de mil seiscientos hombres. Ya no es un héroe que sólo debe sus laureles a la rapidez de sus victorias, es un conquistador que va a gozar de sus triunfos.

Cuando pasó por Charenton, los habitantes de París fueron a presentarle vinos deliciosos que recibió con la más perfecta indiferencia. Avanzó después hacia Provins. Desde esta ciudad hizo notificar su venida al rey que destronaba; pero, como sucedía siempre en las ocasiones importantes, la enfermedad de Carlos se calmaba o se redoblaba cada vez que se podía desear o temer la vuelta de su razón. Isabel, aprovechando esta circunstancia, se hizo remitir en seguida, tanto para ella como para el duque de Bourgogne, el poder de representar al soberano; y en virtud de un acta firmada por un loco y remitida en manos del crimen iban a disponer del destino de Francia.

Enrique llegó a Troyes el 20 de mayo de 1420. A partir del día siguiente de su llegada se notificaron las bases del vergonzoso tratado del que acabamos de dar cuenta.

Carlos remitió en el mismo instante a Enrique la corona del reino, y todos los órdenes del estado le prestaron juramento en esta cualidad. Por su parte, el inglés prometió mantener los derechos y los privilegios de la nación, exceptuando únicamente de este favor los bienes de aquellos que se negasen a ratificar el acta que contrataba.

Por muy interesante que sea este tratado que pertenece más bien a la historia de Francia que a unas memorias particulares, tras haber visto la participación que tuvo Isabel en esta monstruosidad, remitimos a nuestros lectores a los detalles de la historia del reino de Carlos VI[59].

Nos contentaremos, pues, con hacer aquí una única reflexión: esta acta importante se destruye por las mismas cláusulas que la constituyen, la primera de las cuales es la imbecilidad del príncipe mencionado en la dicha acta, y la segunda la imposibilidad en que se encuentra un rey de Francia para desheredar a aquel de sus hijos a quién las leyes y las constituciones del reino destinan a su trono después de él, así como a todos los príncipes que por su nacimiento suceden al presunto heredero. Aún hay más: supongamos que Carlos VI no hubiese dejado a nadie de su raza, no tenía aún el derecho de disponer del cetro. Pero, ¿qué no mandan hacer a una mujer como Isabel la ambición, la avaricia y la venganza?

La antorcha de las pasiones es para el hombre débil, al que ofusca, lo que es para el viajero el farol del que se sirve en las catacumbas: cuando ése se apaga, nos deja en medio de cadáveres, como el otro en el seno de los horrores cuando su llama se disipa.

Una mujer como la que describimos al contar su historia se abandona muy pronto a todos los crímenes cuya impunidad le asegura su poder; desde este momento, desprecia las leyes más sagradas de la naturaleza y sólo es digna del odio de sus contemporáneos de los que abusa y del desprecio de la posteridad que la juzga.

Al día siguiente de la firma del acta, el rey de Inglaterra desposó a la princesa Catalina en presencia de Carlos, de su pérfida esposa y del duque de Bourgogne, el único de los príncipes de sangre real que quiso asistir a esta ceremonia, honrada por otra parte por multitud de señores ingleses y franceses. Los ciudadanos de Troyes fueron,

[59] Historia de Francia, por Villaret, tomo 14, página 84.

para su vergüenza, los primeros que prestaron el juramento sacrílego que unos pérfidos traidores se atrevían a exigir de ellos. Nos damos cuenta de que Isabel había pagado muy cara una infidelidad tan criminal. Es preciso que un francés sea seducido para que se muestre perjuro: ¿Traicionaría a la vez a su príncipe y a su patria si sólo hubiese escuchado la voz de su corazón?

El matrimonio de Enrique se retrasó hasta el 2 de junio, época en la que el arzobispo de Sens celebró la ceremonia de este himeneo, bien culpable sin duda puesto que se convertía en la prenda y el lazo de la más espantosa traición, y la pérfida Isabel consentía en deshonrar a su hija para desheredar a su hijo.

La noche de la boda, una de sus damas de honor tuvo la audacia de aventurar valientemente algunas reflexiones sobre lo que acababa de hacer su señora.

«Cuando no se tienen sentimientos más elevados que los vuestros, señora -respondió Isabel- no se puede comprender lo que constituye el orgullo de una reina. El delfín mandó asesinar al duque de Bourgogne, hundió un puñal en mi corazón al atravesar el de este príncipe; sólo puedo ver en él a partir de ahora a mi verdugo. Felipe de Bourgogne venga a su padre, mientras el delfín hace morir de dolor a su madre; desde este momento, debo a uno veneración, favor y amor; al no poder sofocar al otro como hijo ingrato y asesino, le desheredo, otorgo sus derechos a Enrique..., a un príncipe lleno de virtudes, de talentos tanto para ocupar un trono como para luchar. Sirvo, pues, a la nación francesa más de lo que se cree al darle, para que la gobierne, al hombre más importante de Europa en lugar de un asesino, a un héroe en lugar de un parricida y un cobarde. »

Estas eran las astutas paradojas en que esta madrastra apoyaba sus horrores... ¡Oh, virtud, qué irresistible es lo ascendiente, pues obligas al vicio incluso a copiar lo destello que le hiere!

Fuese cual fuese el amor del rey de Inglaterra por la princesa con la que acababa de casarse, apenas concedió un día a las dulzuras del himeneo, marchó muy pronto a la conquista de las ciudades que le quedaban por someter. Sens, Montereau le abrieron sus puertas, sin embargo, sólo por un asalto pudo convertirse en dueño de esta última plaza fuerte, y en este cerco los franceses comprendieron la diferencia que había para ellos en el cetro de un monarca de su nación o el de un monarca extranjero. Tras la negativa de la guarnición del castillo de Montereau a someterse, se le obligó a hacerlo y el inglés mandó colgar de los muros de esta ciudadela a todos los prisioneros hechos en la ciudad.

El duque de Bourgogne, que le secundaba con sus tropas, ofreció un ejemplo de piedad filial, al lado de la ferocidad de su aliado. No quiso abandonar Montereau sin prestar los últimos auxilios a su padre, cuyos despojos mortales mandó colocar en Dijon, en la cartuja vecina a esta ciudad, monumento fundado por sus antepasados y en el que reposaban sus cenizas[60].

[60] Hemos repetido con frecuencia que en la biblioteca de estos buenos monjes recogimos en 1764 el extracto de los documentos del proceso de Bois-Bourdon, imbécilmente rasgados, después, por los Welches que adquirieron este bien.

¡Siniestros ostrogodos a los que se ve aún hoy pisotear insolentemente sin pudor y sin vergüenza las cenizas de los héroes a los que su audacia afrenta!

¿Cómo, después de esto, podríamos responder a la invitación que se nos ha hecho de depositar nuestros documentos justificativos en manos de un notario? Los originales no existen

El rey de Inglaterra, seguido por la corte de Francia, marchó desde allí hacia París. A1 pasar por la ciudad de Melun, donde el príncipe de Orange fue a ver al duque de Bourgogne al que apreciaba mucho, Enrique le propuso la prestación del juramento; pero el príncipe, negándose con altivez, probó que si el honor se exilaba un instante del corazón de los ciudadanos franceses, el de los príncipes le ofrecía siempre un asilo.

Día tras día, Enrique hacía que la nación se arrepintiese del culpable juramento que le prestó. A cada paso la reina se empapaba con el veneno de las serpientes que sus manos agitaban. La estancia de Enrique en Melun ofreció un nuevo rasgo de la inhumanidad del corazón de esta mujer. Al atacar la ciudad prometió a los soldados y a los oficiales de la guarnición que les dejaría salir con los honores de la guerra, pero los mandó detener bajo las murallas y conducir a las prisiones de París, donde la mitad pereció de hambre y de miseria. Muchos de estos desgraciados fueron incluso descuartizados con el pretexto de la falsa imputación de haber cooperado en el asesinato del duque de Bourgogne.

Como Isabel había vivido mucho tiempo en Melun, no se dudó de que este rasgo de ferocidad fuese obra suya para vengarse de algunos habitantes de esta ciudad de los que debía tener queja. Así esta mujer tan hábil como malvada, incitando siempre a luchar a Felipe contra los asesinos de Juan, desviaba sin embargo a su gusto los efectos de la venganza de este joven príncipe, cada vez que podían servir a la suya.

Al fin, el monarca inglés, seguido de Carlos VI, de Isabel y del duque de Bourgogne, entró en la capital, donde fue recibido con todos los testimonios de distinción que podía permitir la desgracia de aquellos tiempos. El buen ciudadano de París temblaba al ver que un monarca inglés se apoderaba de su ciudad, y si algunos signos de consuelo se reflejaban en su rostro, nacían del gozo de volver la a ver a su verdadero soberano después de una ausencia tan larga. Colocado de esta forma entre la ternura y el odio, las lágrimas derramadas por el que hacía nacer el primer sentimiento se secaban muy pronto cuando los ojos que las vertían se volvían un instante para mirar al otro.

Carlos fue a encerrarse en el palacio de Saint-Paul.

Sus penates sonrieron a su aparición, y el oro de los artesonados del Louvre se empañó al ver a un Lancaster en el trono de Clodoveo.

Entre los juegos que se celebraron en esta ocasión, se representaron «Misterios», espectáculo a la moda por aquel entonces, y del que podemos tener una idea por los bajorrelieves que rodean el coro de la catedral de París.

Poco tiempo después, Enrique convocó una especie de estados generales; se trataba de un préstamo forzoso: ¡bonito comienzo para un nuevo príncipe...! Pero como este impuesto arruinaba a Francia, era digno de un inglés.

El estado al que se reducía al delfín no saciaba aún bastante la barbarie de su culpable madre: preocupándose sólo de perderle enteramente, imaginó para esto que el duque de Bourgogne pidiese justicia al asesinato cometido en Montereau, del que este

ya, en cuanto a nuestros extractos, desde el momento que son de nuestra mano. Las personas que dudan de todo, porque no han nacido para creer en nada, ¿no podrían objetar que lo que decimos sería tan poco verdadero como aquello sobre lo que nos apoyáramos? No podemos, pues, proporcionar en apoyo de nuestras afirmaciones sino la copia de las respuestas que nos dirigieron cuando preguntamos por la suerte de los originales.

joven príncipe estaba muy lejos de ser culpable: ¿Y quién, gran Dios, hubiese podido sospecharlo un instante, después de las lágrimas sinceras que le hizo derramar un crimen que detestaba? No importa, se pronunció la detención y el delfín fue declarado asesino de Juan de Bourgogne y como tal, él y sus cómplices culpables del crimen de lesa majestad al primer jefe; privados de todas las sucesiones y honores, y sus súbditos y vasallos liberados de los juramentos de fidelidad que hubiesen podido hacer a semejantes señores.

-Señor -dijo Isabel al rey de Inglaterra, dos días después de que esta insigne detención se proclamase- esta muestra de autoridad nos venga a todos y satisface la justa ira de vuestro aliado; reafirma vuestros derechos a la corona de Francia, al deshaceros de un traidor incapaz de ceñírsela. Castiga a un hijo por todo el mal que ha hecho a su madre y cuyo recuerdo no apagará nunca nada.

-Señora -respondió Enrique- serviré siempre y con todo mi poder una causa tan sagrada, y mis intereses no son nada cuando los vuestros hablan tan alto; vuestra ilustre hija ha hecho mi felicidad, vuestros consejos lo han consolidado; me debo enteramente a vos.

Las acciones de este príncipe respondían de maravilla a los sentimientos que manifestaba: todo lo que disgustaba a la reina se cambió inmediatamente; los cargos del ejército o de la casa real sólo se otorgaron a los que designaba Isabel, quien por medio de su hija obtenía cuanto quería de su yerno.

Se quitó el mando de París al conde de Saint-Paul para conferirlo al duque de Clarence; el Louvre, Vincennes, la Bastilla, todo estaba gobernado por personas gratas a Enrique y a su suegra; apenas dejaron algunos viejos servidores al lado del rey de Francia, ¡y, mientras Enrique desplegaba en el Louvre el lujo más insolente, al desgraciado Carlos le faltaban zapatos y pan! Los franceses consternados se observaban, sin atreverse a preguntar ni a responder: decían mientras derramaban copiosas lágrimas: « ¡Ay!, ¿qué podríamos hacer ahora? ¿No es todo eso nuestra obra?»

Olvidando los servicios que el mariscal Isle-Adam había prestado a la facción borgoñona, con la falsa inculpación de que había abierto las puertas de París al delfín, Isabel que tenía sin duda otros motivos de resentimiento en contra suya, indujo a Enrique a encarcelarle, donde permaneció hasta la muerte de Carlos. Así es como, bajo el pretexto del más ligero descontento, esta mujer ingrata y vengadora abusaba de su prestigio en el corazón del monarca inglés, para convertirle en el ciego instrumento de todas sus pasiones.

El cielo queriendo por fin castigar al habitante de París por la preponderancia que concedía a un monarca extranjero sobre el suyo, abandonó su ciudad a las más destructoras plagas.

Los últimos meses de 1420 y los primeros de 1421 fueron espantosos. Es imposible describir hasta qué punto el invierno extendió sus escarchas. La falta de víveres, unida a esta primera adversidad, cambió muy pronto a esta ciudad en un horrible desierto; las bestias feroces, al refugiarse allí, arrancaban al miserable los pocos víveres que se procuraba con infinitas penas. Las calles estaban llenas de infortunados medio desnudos, buscando entre las basuras o los animales más repugnantes, tristes alimentos para saciar la necesidad que les consumía.

Se vieron obligados a cerrar las tiendas, porque el pobre robaba al pasar cuanto podía protegerle del frío o del hambre.

La madre al ver que su leche se helaba en su seno marchito y no pudiendo alimentar al fruto de su himeneo, lo depositaba en un rincón de las canes, donde unos seres que la miseria transformaba en tigres lo cogían para devorarlo.

No entraba ningún socorro en la capital; nadie de los que podían ofrecerlo lo hizo. Enrique no vio nada, no socorrió a nadie; Isabel no escatimó nada a su lujo. Mientras la miseria cercaba el palacio de su esposo, mientras este desgraciado príncipe, sin tener a nadie a su lado, se encontraba reducido para subsistir casi al único pan bendito que le enviaba su parroquia, se veía a su criminal esposa llevar un tren de vida fabuloso, y, vestida como para una fiesta, pasearse descaradamente por las calles de París..., del París que la dejaba vivir, porque existen plagas que la mano del cielo no retira del reino de los hombres hasta que su cólera se ha apaciguado.

Cuando el delfín tuvo noticia de su condenación, apeló a «Dios y a su espada » y continuó en su calidad de regente, haciendo todo lo que era necesario para el bien del estado así como para el suyo propio. Convocó al Parlamento y a la universidad en Poitiers; pero las penas que acababa de sentir, unidas a las que experimentó por la partida del duque de Anjou para Italia y por la muerte del hermano segundogénito del duque de Orléans, le causaron una enfermedad muy peligrosa que, mientras debilitaba la esperanza de reparar muy pronto sus males, alimentaba la de la reina que sólo deseaba verle en el peor de los estados para terminar pronto con él. Tan pronto como pudo hacerlo, negoció con Escocia y obtuvo siete mil hombres: esta circunstancia, así como otras por lo menos tan importantes, decidieron a Enrique a regresar a Inglaterra.

Sin embargo, el provecho de la batalla de Beaugé, donde los ingleses perdieron tres mil hombres y a su general el duque de Clarence, hermano del rey, la toma de algunas plazas fuertes, tanto en Angulema como en Normandía, algunos otros triunfos reunidos al fin a éstos, reavivaron un poco la esperanza del delfín y consternaron a Isabel, que sólo deseaba la pérdida de su hijo y la destrucción de un partido que aumentaban cada día estas diferentes ventajas. Enrique se dio cuenta entonces que era preciso que regresase a Francia; regresó en 1421, dejando a su mujer encinta en Londres, tras haber confiado la regencia de sus estados al duque de Bedford.

Isabel y Felipe de Bourgogne salieron a su encuentro. Allí, esta mujer siempre apasionada, siempre vengadora, decidió a Enrique a marchar hacia la capital, y a Felipe a reunir tropas para oponerse a los progresos del delfín, de los cuales esta madrastra no podía consolarse.

Cuando el rey de Inglaterra se encontró en París, Isabel, para procurarle los fondos necesarios para las expediciones que meditaba contra el joven Carlos aconsejó al monarca de Gran Bretaña una reforma en la moneda, que la reducía a un cuarto de su valor, y colocó sumas considerables en las arcas de Enrique, arruinó a los propietarios e hizo la fortuna de los arrendatarios.

Puede juzgarse el efecto que produjo semejante operación en una ciudad desgarrada ya por tantas llagas. Por más que se quejaron, tuvieron que obedecer: nada resiste a la rapacidad de los príncipes cuando la tiranía la sostiene.

Se puede suponer fácilmente que esta alteración no fue desventajosa para la reina: conocemos demasiado bien la habilidad con que Isabel supo aprovechar en todo momento las desgracias del estado.

A partir de este momento los enemigos del delfín, sostenidos por este socorro, no tardaron en reunir sus fuerzas y en trabajar de común acuerdo en la derrota total de aquel a quien querían perder. Todo tendía a este importante fin.

No seguiremos en su marcha a ninguno de los jefes de estos diferentes partidos, semejantes hazañas guerreras pertenecen únicamente al historiador; por otra parte hemos explicado ya la inutilidad de emprender otros relatos que no conciernan a la persona cuya vida escribimos.

En el cerco de Meauz, llevado a cabo por Enrique V, este príncipe recibió la noticia del feliz alumbramiento de su esposa, que acababa de dar a luz a un príncipe que reinó después con el nombre de Enrique VI; esto convertía entonces a Isabel en suegra y abuela a la vez de los monarcas ingleses; lazos mucho más halagadores para ella que los que la unían al desgraciado delfín al que no cesaba de perseguir.

Con motivo de este nacimiento, Isabel ordenó en París fiestas soberbias, que se renovaron en julio de 1421 cuando la reina de Inglaterra, recuperada de su parto, fue a reunirse con su marido en Francia.

Entonces, a pesar de su miseria, a pesar de los males que le oprimían, el tímido habitante de París se vio obligado a celebrar fiestas inigualables en honor de un rey que detestaba y de la mujer de este rey, hija de la que causaba todos sus males.

Se representó en un teatro levantado en el palacio de Nesle una obra sobre la vida de «Monseñor San Jorge, caballero y patrón de Gran Bretaña», comedia que duró dos días.

A la llegada de esta joven princesa se destacó, como algo singular, los dos mantos de armiño que llevaban en la parte delantera de la litera.

Después de estas fiestas, queriendo celebrar Enrique a su vez otras a causa del mismo acontecimiento, estableció lo que nuestros antiguos reyes llamaban «una corte plenaria». Un festín magnífico se sirvió en el gran salón del Louvre; lo que daba ocasión a los franceses de comparar, a su gusto, el fausto insolente de su nuevo rey con la amenidad, la afabilidad de sus antiguos monarcas. Mezcló a las muestras de una alegría fingida los suspiros de una añoranza más verdadera y sobre todo más sincera que las vanas demostraciones de una dicha cuya fuente no estaba en su corazón. Volviéndose sus ojos hacia la triste morada de su verdadero príncipe se llenaban de lágrimas, al verle, humilde espectador de estas fiestas indecentes, carecer de lo más preciso.

¡Oh! monstruo, única causa de estos dolorosos contrastes. ¿No sentiste ningún remordimiento...? Ninguno, ninguno sin duda: el remordimiento conduce con frecuencia a la virtud, y tu corazón estaba demasiado lejos de ella.

Algunas memorias secretas consignan que un hombre disfrazado la abordó en una de estas fiestas y le dijo al oído: « ¿No se arrepentirá nunca Athalia de atormentar a Joas? » « Sólo me arrepiento de haberte dejado con vida -respondió Isabel, reconociendo al señor que le hablaba así como uno de los más firmes partidarios de la antigua facción orleanista-, y como no me gustan los remordimientos -prosiguió-, sufre tu destino». Le mandó detener en el acto y le encarceló hasta el fin de sus días.

Pero tenía que tronar al fin en su alma este grito terrible del remordimiento: se despierta siempre cuando las pasiones se adormecen.

Quedaban aún nobles corazones franceses en la capital. Una mujer (pues casi siempre se enciende en el alma ardiente de las mujeres esta especie de valentía que

conduce a los grandes crímenes o a las grandes virtudes; como si la naturaleza, prodigándoles todos sus dones, quisiese aún, a fin de compensar nuestro dominio, conceder a esta obra maestra de su poder todo cuanto tiene que aumentar el suyo), una mujer en fin, la mujer de un armero, concibió el proyecto de abrir las puertas de París al valiente hijo de su verdadero soberano. Falló el golpe, y esta infortunada, entregada a la justicia del rey de Inglaterra, fue a recibir únicamente de las manos de Dios las palmas que concede a la virtud indomable. Pereció en el patíbulo... ¿Cuántas veces la inocente encuentra en la revolución el primer escalón del templo y de la gloria? Varios de sus cómplices perecieron con ella.

Este acto verdaderamente patriótico sólo valió a los habitantes de París nuevas cadenas, y las precauciones que se tomaron al respecto estuvieron marcadas con la más detestable tiranía.

Fue un sacerdote quién reveló este noble proyecto y quien por consiguiente lo hizo fracasar. ¿Por qué se encuentran con tanta frecuencia ministros del Señor enemigos de su príncipe? ¿Se olvidan de que este príncipe, concedido por el mismo cielo, se convierte en su imagen en la tierra? ¿Acaso es porque querrían reinar solos que se declaran enemigos del poder del rey? ¿Por qué, soberanos en lo espiritual y súbditos en lo temporal, tratarán de quimérica toda autoridad que no sea la suya? ¡Si es esto, cómo se tiene que vigilar esta casta en el interior de un estado!

Pero volvamos, sin dejar de quejarnos, a la triste obligación en que nos encontramos que nos obliga a emplear únicamente el pincel del crimen, cada vez que tenemos que describir el temible carácter de Isabel. ¡Oh mujer demasiado célebre! ¿Por qué no lo fuiste alguna vez por tus virtudes? Su relato dulcificaría al menos la penosa tarea del escritor que, teniendo que ofrecerte tal como fuiste, sólo cuenta con horrores que describir.

Recordaremos que el duque de Bourgogne se había casado con la princesa Michelle, una de las hijas de la reina y Carlos VI. Esta mujer adorada por su esposo hacía de él absolutamente cuanto ella quería. La reina temía que el afecto que Michelle sentía por el delfín, su hermano, operase entre este heredero de la corona y Felipe una reconciliación que desde entonces haría perder a Isabel todas las esperanzas de fortuna que fundaba en el monarca inglés, que sería muy pronto expulsado del reino si los asuntos del joven Carlos se arreglaban. Como consecuencia, la diestra Isabel colocó cerca de la duquesa de Bourgogne, su hija, a una cierta dama de Viesville que informaba a la reina de todo. Desde el momento en que, por medio de fieles referencias, la dama de Viesville puso en conocimiento de la reina que el deseo de este acercamiento tan temido era vivamente solicitado por la princesa Michelle, órdenes muy severas le fueron dadas, y su espantoso resultado fue el envenenamiento de esta hija tan diferente de su odiosa madre y adornada con todas las buenas cualidades que la hacían querida por su esposo y por su súbditos. Se encarceló primeramente a la dama de Viesville, debido a una orden muy diplomática de la reina, pero muy pronto la soltaron, por medio de una segunda orden, como puede imaginarse fácilmente.

Fuese como fuese, la muerte de Michelle rompía todos los lazos que podían reunir un día a los dos partidos y se cumplían favorablemente los deseos de Isabel: obra maestra de atrocidad sin duda, puesto que este monstruo envenenaba a su hija con el único fin de precipitar a su hijo en el seno de la desgracia y de la miseria.

Pero la mano del cielo iba a quitarle muy pronto a esta criatura odiosa el fruto que esperaba conseguir con todos sus crímenes. Él que se los inspiró, aquel en el que se fundaba toda su esperanza estaba a las puertas de la tumba.

Enrique se encontraba en Melun, se preparaba para correr en socorro del duque de Bourgogne para terminar de aplastar al delfín, cuando sintió dolores tan vivos que fue necesario transportarle en una litera al torreón de Vincennes, donde murió a causa de una fístula, enfermedad cuya curación no conocían todavía los médicos.

Apenas supieron que estaba en peligro, Warwick y Bedford llegaron inmediatamente, y entre sus manos el monarca expiró tras decir sus últimas voluntades. La más clara y la expresada con más fuerza fue la de socorrer siempre al duque de Bourgogne y no reconciliarse jamás con el delfín. Dejaba a Felipe la regencia del reino de Carlos VI, y si se negaba, al duque de Bedford. Entregó la del reino de Inglaterra a su otro hermano, el duque de Gloucester.

Apenas estuvieron hechas estas disposiciones, expiró con toda la firmeza de un héroe; pero sin duda no con esta tranquilidad de conciencia que, siendo únicamente el fruto de la virtud, no podía ser el patrimonio de un hombre que oponía la fuerza en lugar del derecho legal, el artificio y el fraude en lugar de la sinceridad y la verdad, de un hombre que acababa de apoderarse impunemente de lo que no le pertenecía y se convertía por esta usurpación en la segunda causa de todas las desgracias de Francia.

Cuando el duque de Bourgogne regresó para asistir a sus exequias, se le ofreció la regencia del reino según el testamento. Pero a pesar de las vivas insistencias de la reina, rehusó.

« Estoy perdida -se dijo Isabel- no tengo ningún sostén... ¿Al menos por qué no acepta él esta regencia para cedérmela después inmediatamente? »

Pero parecía ser que después de la muerte de la princesa Michelle, el interés que Felipe se tomaba en los asuntos de la reina no era el mismo.

El crimen se equivoca a veces en sus cálculos y lo que se cree obtener de él se convierte con harta frecuencia en remordimientos. Ojalá pudiese grabarse esta verdad en el alma de todos los malvados que quieren cometerlo; sí, ojalá pudiese imprimirse en ella para siempre tanto para su propia tranquilidad como para la de sus desgraciadas víctimas.

Felipe otorgó la regencia al duque de Bedford, al que se reconoció sin contradicción. Pero lo que consoló a la reina fue que la muerte de Enrique, lejos de fortalecer el partido del delfín, convirtió sus infortunios en más rápidos y más activos. El duque de Bretagne le abandonó, y parece ser que la reina fue la única causa de esta deserción: al no poder conservarle sus enemigos, disminuía, al menos, el número de sus amigos; cuando la venganza no puede extenderse trata de apaciguarse con lo que le queda.

Todas estas diferentes cosas no contribuían al retorno de la salud de Carlos; este desgraciado monarca languidecía a ojos vistas; se unía a su delirio ordinario unos ataques de una cuartana, cuyos accesos se redoblaban. La reina creyó que había llegado el instante en que iba a verse privada de un esposo que le era necesario en el descrédito en que empezaba a caer, y cuya idea no podía superar sino por medio de este fantasma de autoridad del que podía conseguir aún alguna ventaja. Por otra parte, se daba cuenta de que cuanto más se aumentase el peligro de perder al rey, más la posición del delfín mejoraría: estaba demostrado que tan pronto como este príncipe remplazase a su padre la reina sería exilada: había hecho demasiado daño a este hijo y al estado para que

pudiesen concederle gracia. Tales combinaciones bastaban, para una cabeza como la de Isabel, para empujarla a cometer un último crimen que la libraría, al menos, del hombre que más temía y más odiaba en el mundo. Había recurrido tantas veces al veneno que temía convertirse en sospechosa si realizaba otra tentativa de este género; imaginó, pues, para hacer perecer a su hijo un medio bastante horrendo sin duda, pero del que podía fiarse más.

Sabiendo que el delfín tenía un gran consejo en la Rochelle y que con motivo de esta ocasión se construía una sala en los amplios graneros de la casa mas grande de la ciudad, recordó el rasgo execrable de Nerón al construir el anfiteatro de Sidenes, que mandó edificar de manera que se derrumbase en el momento en que estuviese lleno; y desde este instante, seducida por este horror, se decidió a imitarlo.

Recordaremos al llamado Le Clerc quién, algunos años antes, tras introducir al duque de Bourgogne en París, sirvió tan bien los intereses de la reina en Tours, y quién, como recompensa a todas estas acciones, obtuvo un cargo entre los servidores del rey; a este hombre creyó Isabel que podía confiar la ejecución de su detestable proyecto, Tras cubrirle de oro, le mandó dirigirse secretamente a la Rochelle, encareciéndole que trabase amistad con el constructor de la sala, que se preparara y que le llevase como consecuencia a este arquitecto algunos planos que pudiesen convenir al proyecto de que se trataba; pero Le Clerc tembló de horror cuando la reina se explicó. Este hombre pudo por despecho, por sistema quizás, abrir las puertas de París a los borgoñones, pudo por afecto a la reina serle muy útil en Tours; pero estaba muy lejos de todo eso el crimen propuesto. Convencido, sin embargo, de que una negativa le expondría a perder su vida, y de que, por otra porte, puede salvar al delfín aparentando consentir en cooperar a su muerte, lo acepta todo y parte.

A1 llegar, habla con el arquitecto, y le revela lo que se espera de él. « Es preciso - dijo Le Clerc al artesano- que la sala se derrumbe y que se salve el delfín. Sentís horror como yo del crimen que se nos propone, y tenéis que ayudarme a paralizar sus efectos. Temo que vamos a exponer a mucha gente; pero podemos disminuir el peligro a fuerza de precauciones: nada nos preservará de la ira de la reina si no aparentamos cumplir sus deseos. »

Todo salió como lo concibió el valiente Le Clerc, pero no como lo había hecho la temible Isabel. La butaca del delfín colocada en la parte de la sala que estaba sostenida por una gruesa pared hizo que el príncipe permaneciera en el aire, mientras que todo se derrumbaba a su alrededor. Debido a las preocupaciones de Le Clerc y el arquitecto sólo murieron dos personas. Sin embargo, a su regreso Le Clerc fue mal recompensado; Isabel le acusó de debilidad, de traición y, temerosa de que hablase, le encerró en la Bastilla donde hubiese perecido sin duda si el delfín, una vez en el trono, no hubiese escuchado las reclamaciones de este desgraciado que lo confesó todo, puesto que ya no tenía que temer nada de Isabel, que ya no existía por aquel entonces[61].

No obstante, el estado del rey era todos los días más grave. Este infortunado príncipe exhaló al fin su último suspiro el 20 de octubre de 1422 en el palacio de Saint-Paul, donde había relegado a su reducida corte cerca de él. Ni un príncipe asistió a sus funerales; y lo que es más indecente y más extraordinario, ni siquiera se encontró en sus arcas con que pagar sus exequias. ¡El Parlamento tuvo que intervenir y dio la orden en

[61] Véanse los registros y otros papeles de la Bastilla depositados en tiempo de la revolución en los Jesuitas de la calle San Antonio y consultados por nosotros en 1790.

virtud de la que los muebles del difunto serían vendidos para sufragar los gastos de su entierro!

Esta fue la deplorable situación en la que murió este buen príncipe, justamente amado por sus súbditos que le nombraron «le bien aimé», habiendo mostrado durante toda su vida más virtudes que vicios: aliado fiel, buen padre, esposo sensible, amigo constante y generoso; pero desgraciadamente entregado por ternura y por ceguera a la mujer más indigna, y digno de compasión por los males que le atormentaban sin cesar, no supo ni pudo superar la debilidad que le hizo cometer tantos errores ni dar impulso a las virtudes que tenían necesariamente que asegurarle en la posteridad el rango de uno de nuestros mejores soberanos.

La multitud del pueblo que siguió al cortejo fúnebre hizo resonar los aires con sus gemidos: tan digno de compasión como el mismo monarca, las lágrimas de este buen pueblo se derramaban igualmente por sus propios males y por los de su querido rey. Los oradores pueden exaltar en la tribuna las cualidades del príncipe que pierden, pero ningún elogio es tan sincero ni tan emocionante como las lágrimas del pueblo. A causa de estas lágrimas tan preciosas y tan dulces el Eterno Hacedor concede, al príncipe que consigue que las derrame, la recompensa celeste que promete a la virtud. No les dice a los reyes cuando comparecen a los pies de su trono: «Si algunos aduladores os alabaron, sois digno de mí »; sino que si han sido llorados por sus súbditos les dice: « Colocaos a mi derecha, porque erais mi imagen en la tierra. »

Cuando el cuerpo de Carlos fue depositado en Saint-Denis, en su última morada, el heraldo que había gritado en la iglesia: « ¡Rogad por el alma de Carlos VI! », gritó en el mismo instante: « ¡Viva Enrique de Lancaster, rey de Francia y de Inglaterra!» Entonces el duque de Bedford que remplazaba a su hermano entró en la capital, precedido de una espada desnuda que él mandó llevar; semejante acción no había sido practicada nunca por nuestros soberanos, y llenó al pueblo de temor y de terror.

Al encontrarse los intereses de la reina unidos a los de Inglaterra, tenemos que darnos cuenta de que hizo todo lo que pudo para apresurar la ejecución del tratado de Arras y de sus cláusulas subsiguientes. Con motivo de esto, mientras se coronaba al delfín en Poitiers, Isabel empujaba al duque de Bedford a que convocase a todos los grandes de la nación para hacerles comprender que en virtud de este tratado al que había consentido Francia entera tenían que perseguir a todos los asesinos del duque de Bourgogne a cuya cabeza se encontraba el delfín.

Lo que existía de más distinguido se reunió, pues, en el gran salón del Parlamento; y allí el duque regente mandó proclamar:

« Que habiendo nacido un príncipe llamado Enrique VI, fruto del matrimonio de la princesa Catalina con el rey de Inglaterra últimamente muerto en Vincennes, a este único príncipe pertenecía la corona de Francia y de Inglaterra, por la exclusión del supuesto delfín Carlos, cuya exclusión tenía que subsistir con toda su fuerza, así como el juicio que le había sido notificado; trato merecido en sobremanera por el crimen de asesinato con respecto al duque de Bourgogne, del que el supuesto delfín se había convertido en notorio culpable. »

La renovación del juramento ya pronunciado fue la consecuencia de esta convocatoria, y todos los órdenes del estado lo pronunciaron individualmente ante el canciller.

Esta deliberación con todas sus firmas se llevó en seguida a Londres y se comunicó a la reina Catalina y a su hijo.

¡Qué triunfo para Isabel! ¡Es así como esta mujer atroz satisfacía su odio y su venganza contra un desgraciado hijo, despreciando las leyes de la naturaleza y las constituciones del reino! ¡Así es -decimos- cómo cimentaba su vergüenza propia y la de la nación que regía, por indigna que fuese de este honor!

Todo esto estrechó entre el duque de Bedford a Isabel unos lazos, que fueron mejor cimentados todavía por la alianza de la princesa Margarita, viuda del delfín Juan con este duque. Que se callen, pues, los que dicen que existía una gran frialdad entre la reina y el regente, debido a que, pretenden, el agradecimiento es una virtud nula entre soberanos.

Ciertamente, puede ser, y no lo dudamos, que todo cuanto forma estrechos lazos entre particulares no tenga fuerza en política; pero las leyes de esta misma política santifican muy pronto las virtudes cuando éstas son útiles a los intereses de los príncipes.

Lo más espantoso en todo esto es que las guerras civiles continuaban desgarrando a Francia. Carlos VII trataba de recuperar provincias y Bedford se apoderaba por su parte de todo lo que el delfín no podía proteger.

La más extrema barbarie mancillaba todos estos triunfos: se degollaba a los prisioneros, se ocupaban las guarniciones con la espada en mano, y la sangre, en una palabra, corría abundantemente en todas partes... Sin comercio, la guerra está muy lejos de lo que pueda hacerlo florecer, y si los soberanos, que quieren realmente el bien de los pueblos que el cielo les confía, calculasen lo que sirve mejor los intereses de estos pueblos, el comercio que lo reaviva todo o la guerra devastadora, quizá s4crificarían su ambición.

Sin industria, en los campos de batalla sólo se necesita la de saber llevar las armas... que, una vez en reposo, inutilizan a quien no pudo mostrar otro talento.

Sin agricultura, el labrador inquieto o abandonado por sus hijos, no se atreve ya a confiar a la tierra simientes cuyo fruto no está seguro de recoger.

Si algo consuela de las desgracias de una guerra con el extranjero, es que al menos la sangre que derramamos no es la de nuestros compatriotas; pero cuando es preciso derramar la de nuestros amigos, de nuestras hermanos, de nuestros padres; cuando la ciudad que quemamos encierra los más dulces objetos para nuestro corazón; cuando los gritos que llegan hasta nosotros pueden ser los de nuestros hijos; cuando los gemidos que nos desgarran los exhala quizás el seno que nos ha llevado o el que tenía un día que perpetuar nuestra existencia, ¡qué amargas son las lágrimas que semejantes plagas nos hacen verter y qué culpables son los instigadores de estos crímenes!

A pesar de la retirada en la que la reina pareció sepultarse, es cierto que el duque de Bedford la había encargado sordamente de la deserción del duque de Bretagne y que el ardiente deseo de perjudicar a su hijo le hizo tomar una importante participación en las negociaciones que decidieron por fin a este duque a renunciar a la alianza con Carlos VII y a jurar fe y homenaje al rey de Inglaterra. Incluso parece ser que realizó un viaje a Rennes con esta intención; lo que sin duda, como lo hemos observado ya, era el golpe más traidor que pudiese asestar en contra de su hijo.

Pero Isabel cuyo odio contra este hijo nada lograba saciar y a la que desesperaba todo cuanto no tendía a este objeto sagrado para ella, se afligía infinitamente al ver que, a

medida que el partido inglés se afianzaba en Francia, el duque de Bedford hacía sentir su superioridad al duque de Bourgogne, hasta tal punto que éste, bueno, importante y generoso, empezaba a avergonzarse de la alianza que había contratado. No había ni una sola de estas reflexiones que no le condujese al deseo de reconciliarse con el delfín: ¿Y cuántos peligros correría entonces la instigadora de todas estas perturbaciones? Uno se sirve de los traidores cuando los necesita, tenía que pensar, pero se les pierde porque se les teme cuando dejan de sernos útiles.

¡Ay!, un nuevo temor se añadió a los de Isabel cuando vio a esta célebre Juana, la mujer más singular de su siglo, tras haber superado la debilidad de Carlos VII, conducirle triunfalmente a los pies de los altares de Reims donde la corona que le era debida iba a colocarse al fin en su cabeza por mano del ministro de los cielos.

Pueden juzgar fácilmente aquí la inquietud que un acontecimiento semejante le causó, así como al duque de Bedford cuya pena crecía todavía en razón de las pérdidas cotidianas que experimentaba el partido inglés, primero por la deserción prodigiosa de los soldados de estas tropas, después por el retraso del duque de Gloucester en enviar los socorros que prometió al regente.

Estas circunstancias, y sobre todo la coronación de Carlos, reanimaron la valentía de los habitantes de París; y se dieron cuenta de como se aumentaba muy pronto lo que se llamaba aún el partido del delfín.

El duque de Bourgogne, solicitado por el regente, se dirigió a la capital. Se celebraron primeramente unas conferencias secretas en el palacio de Saint-Paul, donde se encontró Isabel cuya elocuencia empleó todos los medios para que se dieran cuenta de lo necesario que era hacer desaparecer a esta Juana quien -decía- había seducido el espíritu de su hijo hasta el punto de llevarle cogido de la mano, por decirlo así, a esta fatal coronación.

Se trató luego de reanimar en París el celo de los restos del partido borgoñón, así como el odio jurado a los armagnacs. Se emplearon todos los medios para lograrlo: arengas, sermones, emisarios que se mezclaban con el pueblo quién, siempre engañado, pareció consentir a la fuerza a cuanto se le exigía para el duque de Bourgogne y para los ingleses. Citamos únicamente estas nuevas tentativas de los enemigos de Carlos VII para dar a conocer la participación de Isabel en todo esto: aunque los historiadores, mal informados y copiándose unos a otros, hayan querido persuadirnos de que se había dedicado entonces al más profundo silencio y a la más completa inactividad, como sucedió algunos años después; pero ciertamente por aquel entonces fue el primer móvil de todo[62].

Pero los triunfos de Bedford no respondieron a las pérfidas intenciones de la reina. Su ejército salió por dos veces de los muros de París sin atreverse a atacar al de Carlos VII, que ardía en deseos de enfrentarse con este insolente extranjero quién, retirándose cada vez que se atrevían a avanzar hacia él, dejó que el joven príncipe se apoderase de todas las ciudades vecinas que se apresuraban a llevarle sus llaves con el entusiasmo que caracterizó siempre a los franceses y a su nación.

[62] Tuvimos ante nuestros ojos la prueba de lo que decimos aquí en el proceso manuscrito de Juana de Arco, transportado desde Rouen a la Biblioteca real de Londres, y que no es en absoluto éste (muy apócrifo) que citan los historiadores, que no pudieron o que no quisieron profundizar más.

Para equilibrar o destruir todas las precauciones tomadas por el regente con la intención de mantener a los habitantes de París bajo la autoridad de los ingleses, los partidarios de Carlos hicieron circular en la capital unos impresos prontamente retirados por los emisarios de la reina que, por su parte, no cesaban de extender el rumor de que era imposible que Carlos pudiese olvidar nunca las injurias que había recibido de los borgoñones secundados siempre cálidamente por los Parisienses, y de que si alguna vez las puertas de París se le abrían, sólo penetraría en la ciudad para destruirla a fuego y a sangre, arrasando todos sus edificios para que el arado pudiese pasar sobre el suelo que habría ocupado la ciudad.

Carlos, por toda respuesta, marchó hacia París, y se dispuso a asaltarla por el lado que se llama hoy el cerro de San Roque. Debido a las preocupaciones de Isabel el terror se extendió por todas partes. Desde este momento, el partido del rey no se atrevió ya a socorrer a su verdadero señor y los asaltantes engañados en su esperanza se retiraron en seguida, a pesar de los estímulos y de los señalados servicios de Juana, a quién desgraciadamente una flecha alcanzó bajo los muros de la ciudad y puso fuera de combate. ¿Pero quién lanzó esta flecha? Eso es algo en lo que no profundizaron jamás los que hablaron de este acontecimiento, y veamos que habrían descubierto si como nosotros se hubiesen molestado en compulsar los documentos auténticos y originales que aclaran este hecho, y particularmente los referentes al proceso de Juana, depositados en la Biblioteca real de Londres.

«Un soldado de la guarnición de París -dicen estos documentos- se presentó aquella misma noche ante Isabel: "He alcanzado -le dijo- y probablemente dado muerte a esta bruja; pido a vuestra majestad la recompensa que me prometió." y, al instante, este hombre recibió dos mil "saludos" de parte de la reina quién le encareció que probase de nuevo, si, por casualidad, se daba cuenta de que no había dado en el blanco[63]. »

Sin embargo, la doncella aprovechando la circunstancia en que la ponía su herida, persuadida enteramente por otra parte de que su misión se limitaba a la coronación del rey, pidió, sin poderlo obtener, permiso para retirarse « al lado de sus pobres padres, para ayudarles a ir a guardar sus rebaños con su hermana y sus hermanos » .

« Soy muy feliz -añadió- de haber podido ver el triunfo de Carlos VII. Ya no tengo nada que hacer aquí; con pesar me aparto y sigo mis inspiraciones, puesto que me gustaría morir al lado de mi príncipe.»

¡Qué contraste! Juana quería morir «por su rey»; Isabel quería la muerte «de este rey» y pagaba el asesinato de aquella que quería morir por el rey.

Se concluyó una tregua en París, y se realizó una partición del reino entre el duque de Bedford, que continuaba siendo regente, y el duque de Bourgogne declarado lugarteniente general del reino, que dejó a Isabel perpleja al tiempo que se alarmaba puesto que no ignoraba los proyectos de reconciliación entre Carlos y Felipe. No se atrevió ya desde entonces a obrar tan abiertamente con los Parisienses como lo hacía con Bedford quién, como inglés, secundaba mucho mejor sus miras y sus horribles proyectos contra su hijo que estaba a punto de convertirse en el amigo del duque de Bourgogne. Parece ser, sin embargo, que participó en el arresto del carmelita Pedro, que había llevado a los comandantes de las tropas de Carlos todos los documentos de una conspiración que acababa de tramarse en París. Este monje, apresado desde el mismo

[63] El saludo, moneda de este reinado, valía veinticinco sueldos; se la llamaba así a causa de la efigie de la Anunciación que se veía en estas monedas.

momento de su reaparición, nombró, en los tormentos del interrogatorio, a una gran parte de aquellos que le incitaron a obrar y quienes, como él, perecieron condenados a la última pena, por pretender regresar al yugo de su legítimo soberano, a quién su implacable madre había jurado un odio eterno y que no desaprovechaba ninguna ocasión para probárselo.

Un instante de felicidad lució aún ante sus ojos. Su nieto, el rey Enrique VI de Inglaterra, nacido de la princesa

Catalina, su hija bien amada, vino a coronarse a París; y se atreven a decirnos que, relegada a su palacio, Isabel fue ajena a todo eso: ¡qué absurdo! ¡Y bien!, los historiadores quieren que una mujer que acababa de desempeñar un papel tan importante, y que sentía aún el destello de este papel por la presencia de su nieto, rey de una nación tan querida a su corazón, se quiere que esta mujer se quedase en la inactividad cuando sucedía un acontecimiento tan interesante para ella. ¿Puede ser cierto? Que esas personas mal informadas dejen de pretenderlo, y que, para convencerse de su error, lean el diario que trata de esto y que se encuentra en la Biblioteca real de Londres con el número 1.601. Verán allí lo contrario de lo que escriben. Pero si no tenían ningún conocimiento de estos documentos cuando compilaban los materiales de su historia: ¿en ese caso por qué escribían? ¿Es razonable tratar asuntos tan serios sin tener a su alrededor todo cuanto se precisa para esclarecerlos? ¿Quién les obliga a tomar la pluma? ¿Quién les obligaba a darnos una información a medias, que oscurece los hechos en lugar de aclararlos, y a relegar en el fondo de su palacio a una mujer que sólo dejó de obrar en los últimos años de su vida? ¿Vale la pena escribir historia, cuando se está tan mal informado?

Mientras esperamos otros detalles dados por el manuscrito citado anteriormente, describamos la alegría de la reina cuando supo que Juana de Arco, tan detestada por ella a causa de los servicios que prestaba a Carlos, acababa de ser hecha prisionera en el cerco de Compiègne por un arquero inglés que la había apresado tras haberla hecho caer de su caballo. Desde este momento, Isabel no dejó de aportar su concurso a la pérdida de esta infortunada. Con esta intención dirigió al duque de Bedford la carta que se va a leer muy pronto, y que traduciremos literalmente del manuscrito inglés al que acabamos de hacer referencia; pero destruyamos antes algunos prejuicios que tenían entonces demasiada influencia y que, incluso hoy, hacen caer en el error a muchos historiadores sobre todo cuanto se refiere a esta interesante muchacha.

Seguramente tuvieron razón al decir que Juana de Arco no debía su suplicio ni a los franceses ni a los ingleses; reina demasiada franqueza y demasiada lealtad en el alma de este primer pueblo, y demasiada altivez en la del segundo, para que se pueda acusar a una de estas dos naciones de una barbaridad tan atroz. La inquisición la reclamó, se nos dice; la universidad hizo lo mismo, y su perdición, continúan, sólo se debe a la conformidad de los votos y deseos de la reunión de estos dos cuerpos.

Examinemos el hecho sin parcialidad y sin prevención.

La universidad, dicen los historiadores que quieren cargarla con este horror, adulaba entonces cotidianamente a las autoridades borgoñonas o realistas, bajo las que se encontraba alternativamente; y como, en este momento, el partido inglés triunfaba en París, la universidad tuvo que declararse en contra de Juana. Pero la universidad estaba compuesta por franceses, y nunca el alma del francés varió en el amor que debe a su príncipe: si, subyugado por las circunstancias, el francés se ve obligado, a veces, a disfrazar sus verdaderos sentimientos, no por ello dejan de reinar en su corazón; y los

miembros de un cuerpo tan respetable, y que habían probado tantas veces su afecto a sus soberanos, no concibieron nunca el proyecto de enviar al último suplicio a la interesante criatura que se había sacrificado por un rey al que estos valientes doctores querían tanto como ella... No, no pudieron hacerlo, no lo hicieron.

Pero la inquisición cargó con esta infamia.

A Dios no le plazca que tomemos aquí la defensa de un tribunal de sangre, cuyos crímenes hacen temblar la naturaleza. Sí, la inquisición pudo hacerlo: en el alma de los que la componían no habla el amor al príncipe; sin duda pudo hacerlo, pero no lo hizo. Esclava del poder inglés que dominaba por aquel entonces, prestó su ministerio a una reclamación dictada por el encarnizamiento de los enemigos del delfín, quizás, incluso, empleó en esta reclamación los términos que le fueron sugeridos; pero el sentimiento que los dictó no emanó de ella: tribunal absolutamente pasivo en el estado y teniendo como vicario general al hermano Martín, la inquisición pudo ordenar a este vicario que ejecutase las órdenes superiores que se darían al respecto; lo hizo y, haciéndolo, continuó siendo pasiva, pero nunca activa. Las expresiones de las que pudo servirse el hermano Martin, y que se encuentran en el proceso de la doncella, las empleó él, estamos de acuerdo, pero no las dictó; nunca en este siglo absolutamente militar, la inquisición hubiese tenido la fuerza suficiente como para lanzar un decreto parecido. ¿De quién, pues, son estas expresiones? ¿Quién, pues, movió este cuerpo que se pretende que obró por propia iniciativa? ¿Quién...? No podemos cegarnos a este respecto y aunque no tuviésemos el apoyo para nuestras afirmaciones del documento auténtico que hemos citado más arriba, el buen sentido, el conocimiento de los hechos, el de los hombres, todo nos conduciría a nombrar nos nuestra propia iniciativa a la instigadora de esta condena: ¡Ay! ¿Quién sino Isabel pudo permitírsela? ¿Quién, sino Isabel, se hubiese unido a los enemigos de esta infortunada para deshonrarla y perderla? ¿Existía alguien que detestase más al delfín que esta indigna madrastra? ¿Y existía alguien que reuniese en mayor grado que ella el deseo y el poder de perder a todos los amigos del joven rey y al mismo monarca? ¿Por qué buscar otro agente a esta infernal maquinación cuando ésta se presenta tan naturalmente? ¿Tras haber pagado muy bien a quién había herido a Juana, no era muy lógico que hiciese los mayores sacrificios para aniquilarla por completo?

Juana fue hecha prisionera el 24 de mayo de 1431; la reina lo supo en seguida. El 26 escribió al duque de Bedford lo que vamos a leer y que nuestras búsquedas nos permitieron encontrar; y el 27 es la fecha de la reclamación de Pedro Martín. Al menos convendrán con nosotros que esta concordancia apoya en gran manera la opinión que emitimos aquí, y que justifica mejor todos los documentos auténticos que la promueven.

Esta es la carta que Isabel envió en el acto a Bedford y cuyo espíritu y sentido se encuentra perfectamente en la reclamación de Juana hecha para la inquisición por el hermano Martín.

«Os dais cuenta de la importancia que tiene para nosotros, duque de Bedford, el que se condene prontamente a esta maldita bruja que se nombra "la doncella Juana", hecha prisionera por uno de vuestros valientes y que está confiada ahora al cuidado del conde de Ligny, Juan de Luxembourg. Esta abominable criatura, inspirada por el espíritu de Satán, y diciéndose siempre inspirada por falsas revelaciones, condujo a través de mil peligros al pretendido rey Carlos a coronarse en Reims. Pero Dios nos hace justicia; fue castigada por esta fechoría, por sus heridas y por su cautividad. La tenéis en vuestro poder ahora, cuidad de que no se os escape: la entera confianza que los franceses tienen en ella la convertiría en más temible aún; se diría que es un milagro que "Monseñor el

bendito Dios" ha hecho en su favor; nuestro partido ya muy vacilante no necesita esto para « caer », y sabéis muy bien la impresión que causa en este pueblo ignorante todo cuanto se refiere a la superstición. Decid a la inquisición que la reclame; tiene que hacerlo, puesto que esta joven es "vehementemente" sospechosa de varios crímenes que dejan entrever la herejía... , crímenes que no pueden ni disimularse ni evitar el castigo. Es preciso, pues, que este monje, que vos impulsaréis a obrar, os suplique que le entreguéis a esta mujer, como dependiendo de un oficio cuya cabeza es él, elegido por la Santa Sede; y una vez esta bruja estará en sus manos, decidle que proceda lo más pronto posible a su ejecución.»

«Isabel de Baviera, reina de Francia.»

Esto es lo que la reina escribió. En virtud de esta carta, la inquisición reclamó a Juana poco más o menos en los mismos términos, como lo prueban los documentos del proceso que están al alcance de todo el mundo.

Si la universidad escribió en el mismo sentido, fue sin duda por orden del duque de Bedford, quién le prescribió los mismos términos empleados por la inquisición, y siempre según las instigaciones de Isabel; pero la universidad no hizo nada por boca de su jefe, no podía hacerlo ni tenía que hacerlo, y si se encuentra en la biblioteca imperial, anexo al proceso de Juana, el escrito hecho por la universidad, es que ésta suscribió lo que el regente le ordenó que hiciera. Se ve ahora debido a qué influencia obraba el regente, y las razones de Bedford para someterse a ella.

Terminemos una discusión ya demasiado larga, pero necesaria para iluminar uno de los principales hechos de nuestros anales y absolutamente desfigurado por unos historiadores que, sin haber hecho ninguna pesquisa, no tenían la más remota idea de la enorme participación de Isabel en la condena de Juana de Arco.

La muerte de esta desgraciada a infeliz mujer que después sería elevada a los altares, prosiguen estos mismos escritores, es la obra de sus enemigos; ¿pero tenía otros que fuesen más poderosos que la reina y Bedford? Tras haber demostrado suficientemente estos hechos, abandonamos en lo que respecta a un tema tan grave al razonable lector a sus reflexiones, atreviéndonos a creer que le hemos encaminado hacia la más pura verdad.

Sin embargo, el conde de Ligny se negaba a entregar la prisionera; y fue entonces cuando vivamente instigado por Isabel, el regente escribió al duque de Bourgogne a fin de decidir al conde a hacer lo que se esperaba de él.

¡Qué superabundancia de pruebas se añaden a todas las que acabamos de establecer! ¿Quién persuade a Bedford? La reina. ¿Quién persuade al duque de Bourgogne? Bedford. Cesemos, pues, de cegarnos con respecto a este hecho: Juana fue sacrificada por aquellos a los que su conducta disgustó. ¿Y no era a Isabel a quién esta conducta disgustaba soberanamente? Juana había servido al delfín, y la más mortal enemiga del delfín ¿no era Isabel?

El asunto revistió sin embargo algunas dificultades todavía y principalmente por parte de la duquesa de Luxembourg, que estaba siempre a los pies de su esposo, para impedirle entregar a Juana.

Se hizo presentar esta demanda al rey de Inglaterra, con efecto de rogar a « Su alta excelencia, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que ordenase que Juana de Arco fuese en breve entregada y puesta en manos de la justicia de la Iglesia. » Ahora bien, ¿quién apoyaba esta demanda? Bedford. ¿Quién excitaba a Bedford? La reina. ¿Y a

quién se presentaba esta demanda? A1 rey de Inglaterra. ¿Y quién era el rey de Inglaterra?, el hijo de Catalina, la más querida de los hijos de Isabel, lo que le hizo conservar sobre el inglés todo el prestigio que necesitaba.

Al fin el dinero estuvo detrás de todo: se compró la sangre de esta pobre joven; en lugar de sacrificar este dinero para salvarla, se prodigó para perderla; y Juana, rodeada únicamente de enemigos, encontró muy pronto entre ellos la indigna muerte que le deseaban. Pero esta escena atroz ya no nos concierne, por tanto no debemos abrumar al lector con los detalles concernientes a ella, designar sus causas, unirlas a la mujer cuya historia escribimos nos basta; limitémonos a esta cruel reflexión, pensemos que, por razones ignoradas por nosotros y que tenemos que respetar sin duda, la voluntad de Dios dejó morir tranquilamente, y a una edad muy avanzada a Isabel, cubierta de crímenes, mientras que hizo perecer en el patíbulo, en la flor de su edad, a la criatura más razonable, más valiente y más sorprendente de su siglo.

Sin embargo, cualquiera que sea el deseo que tenemos de no entrar en ninguno de los detalles del proceso de esta infortunada, existe una circunstancia, que apoya en gran manera todo cuanto acabamos de decir, y tan bien constatada en los documentos originales de los que hemos hablado también, que nos es imposible pasarla en silencio.

Isabel, en el curso de la instrucción del proceso, veía con frecuencia al duque de Bedford, tanto para informarse de todo cuanto sucedía como para fortalecerle en las resoluciones que le había sugerido. En una de estas conferencias persuadió al duque de que era necesario proceder al examen físico de Juana, dado que si se descubría que no era virgen, quedaba muy claro que el exceso de su afecto por el rey no tenía otra causa que su intriga con él, de donde, añadía, habrían venido los celos inmensos que Inés Sorel concibió de Juana de Arco; lo que militaba infinitamente en contra de esta pretendida heroína de virtud, y que entonces esto sólo bastaba para hacerla condenar. El examen tuvo lugar, y lo que sigue está de acuerdo en todos los historiadores[64]. El duque, dicen los documentos públicos del proceso, de acuerdo con los nuestros, encontró un malsano placer en la ejecución del consejo de la reina. Atrincherado detrás de una pared, en el que se había practicado una hendidura, examinó el trabajo de las matronas, y allí, despreciando todas las leyes de la decencia y de la humanidad, el monstruo consideró con ojos impuros a aquella que iba a enviar al patíbulo. Nerón, levantado el vestido de Agripina a la que acababa de matar, dijo: «Es aún hermosa». El infame Bedford dijo al examinar a Juana a quien quiere asesinar: «La desgraciada es, sin embargo, hermosa».

Poco tiempo después, la doncella cayó enferma bajo los hierros que la ataban a los muros de su calabozo. La reina informada aconsejó a Bedford que le proporcionase médicos, con la cláusula expresa de impedir que muriese de esta enfermedad; debido a que, decía, el rey de Inglaterra, que la compraba muy cara, quería absolutamente que fuera quemada viva.

¡Qué refinamientos de la rabia más envenenada y de la más cruel venganza!

Pero detengámonos; lo hemos dicho ya, una mayor aportación de pruebas sólo serviría para rebelar al lector y hacerle derramar las más amargas lágrimas por la triste víctima de tantos horrores y crímenes, quién, enferma y atada fuertemente encima de un haz de leña preparado para inflamarse para reducirla a cenizas, encuentra aún la fuerza necesaria para rechazar las calumnias lanzadas contra su rey.... le justifica y muere.

[64] Véase Villaret, tomo 15, página 58 y nota.

Cuando Luis XI hizo revisar el proceso de Juana, se buscó a todos aquellos que habían contribuido en esta infamia: todos habían muerto excepto dos que fueron detenidos y perecieron encima de la misma hoguera en que hicieron quemar a su víctima. Si Luis XI hubiese conocido la participación que tenía su abuela en esta barbarie quizá no hubiese perseguido a los culpables con tanto encarnizamiento; o si lo sabía, el amor a la justicia y el noble deseo de vengar a su padre, le hicieron pasar por encima de cualquier otro sentimiento.

El duque de Bedford y la reina se habían equivocado completamente al imaginar que el suplicio de Juana concedería ventaja al rey de Inglaterra. Esta atrocidad sólo sirvió para que se detestase aún más el yugo de esta nación, y para precipitar con más ardor a los franceses a la revolución preparada por Juana.

Con el apoyo de los documentos que hemos citado más arriba sólo nos queda certificar que en lugar de permanecer inactiva como dicen los historiadores, Isabel no cesó, mientras pudo, de tomar parte en todo cuanto podía satisfacer su aversión por Carlos VII y favorecer a Enrique VI, el enemigo mortal de Francia.

Aunque hiciese dieciocho meses que el joven Enrique estaba en Francia, se había diferido bajo diversos pretextos la ceremonia de su entrada en París: es entonces cuando se atreven a pintarnos la despreocupación de Isabel, y esto en una ocasión en que todo adulaba a su orgullo y a su ambición. Guardémonos pues de creer, como lo dicen algunos historiadores, que fue tras las ventanas del palacio de Saint-Paul desde donde vio pasar el cortejo: se ve por los registros del Parlamento que todo cuanto concierne a estos detalles está mal interpretado. Los escribanos afirmaron que la miseria del gobierno era tanta que les faltó pergamino para describir esta ceremonia, de la que sólo dieron en efecto algunos resúmenes que no repetimos aquí, debido a que se semejan a todas las ceremonias parecidas que hemos visto en este desgraciado reinado. Lo que está consignado mejor en estas relaciones abreviadas es que Enrique sólo estaba rodeado por ingleses: ni un señor francés quiso encontrarse a su lado, lo que ciertamente honra eternamente a esta clase respetable que, siempre fiel a sus príncipes, supo protegerles de sus desgracias, o deplorarlas, y no las provocó nunca. Sin embargo, comparecieron cinco obispos; eran franceses, ya lo sabemos..., pero eran sacerdotes... Entre ellos se encontraba el execrable Cauchon, instigador de todos los tormentos, de todos los suplicios que rodearon los últimos momentos de Juana.

Tan pronto como el cortejo penetró en el palacio de las Tournelles donde debía de alojarse el príncipe, el duque de Bedford condujo a Enrique VI al palacio de Saint-Paul a casa de Isabel que se deshizo en lágrimas al abrazarle.

«Querido hijo mío -le dijo- he hecho todo lo que he podido por vos; los sentimientos de madre que debía a Carlos, os los transferí; el duque de Bedford os dirá hasta qué punto lo he sacrificado todo. Vuestra madre fue mi hija más querida: que una porción de la ternura que le debéis repercuta en mí, querido Enrique; soy yo quien ha colocado en vuestra frente la corona de Francia, conservad su esplendor; y sobre todo, para reinar tranquilo, inmolad a vuestros enemigos: sin esta precaución cruel, pero necesaria, no os dejarán gozar en paz de mi obra. ¿Y cómo mi memoria os sería preciosa, si no encontráis al menos en el mal que he podido hacer todo el bien que yo pretendo conseguir para vos? »

Enrique cayó ante las rodillas de su abuela y las abrazó tiernamente. Isabel le levantó, le estrechó contra su corazón y le dijo:

«Hijo mío, no cedáis nunca el trono al que os elevo; sólo vos sois digno de ocuparlo.»

Esta escena hubiese sido sin duda muy enternecedora, si el profundo odio que esta mujer alimentaba hacia Carlos y hacia Francia no hubiese estallado a cada palabra; pero el crimen, cubriéndose con la máscara de la virtud, hace que sus rasgos sean aún más repugnantes.

Al día siguiente, Enrique comió en casa de su abuela con el regente y algunos señores ingleses.

El manuscrito citado en nuestras últimas notas, y en el que nos apoyamos para todo cuanto acabamos de decir, no nos da ningún detalle sobre esta segunda entrevista, cuyo espíritu fue sin duda el mismo que caracterizó a la primera.

Al fin, el 14 de diciembre de 1431 Enrique se dirigió a Notre-Dame donde recibió la unción real de manos del cardenal de Winchester que le puso la corona en la cabeza. Otra estaba a su lado, y esta doble corona se convirtió en el emblema de los dos reinos que tenía que gobernar.

Tras haber jurado conservarlos y mantenerlos a los dos, se admitió el juramento de fidelidad de cuantos lo desearon, y este mismo día Enrique comió en la mesa de mármol que estaba en el gran salón del palacio.

Isabel que había presenciado la ceremonia desde una tribuna misteriosamente practicada para ella, no asistió a esta comida, donde reinó la más horrible confusión: imagen de la que la ilegalidad de lo que acababa de suceder tenía que producir en el reino. Ninguna de las muestras de la generosidad de nuestros soberanos se manifestó en esta ceremonia: ninguna disminución de impuestos, ninguna liberación de prisioneros; se puso, por el contrario, más rigor que nunca en la exacción de los subsidios; por otra parte ninguna gracia ni pública ni particular; y pocos días después de esta vana toma de posesiones más ridícula que imponente, más irrisoria que respetable, el joven rey partió hacia Rouen, de donde regresó muy pronto a sus verdaderos estados.

Entretanto, Ana de Bourgogne, duquesa de Bedford, murió, y poco después el regente se casó con Jacqueline de Luxembourg, lo que disgustó soberanamente al duque de Bourgogne y determinó entre estos dos poderosos jefes de partidos una división que todo anunciaba desde hacía tiempo. En vano el cardenal de Winchester intentó una reconciliación: lo que tenía que conducir al triunfo de este proyecto fue precisamente lo que lo rompió; y el orgullo de estos dos príncipes herido en las apariencias de su entrevista en Saint-Omer, reanimó para siempre el germen de las divisiones que existían en el corazón del uno y del otro.

Esta ruptura conducía infaliblemente a un príncipe tan importante, tan generoso como Felipe de Bourgogne a los pies de su soberano legítimo, abandonado, traicionado hasta entonces por motivos de una venganza ciega que el tiempo y las circunstancias tenían necesariamente que calmar.

Isabel se dio cuenta del golpe que semejante reconciliación iba a asestarle. Entonces su espíritu familiarizado con el crimen concibió la horrible idea de preferir la muerte de Felipe al dolor de verle en buenas relaciones con su hijo. La idea de la ejecución no estaba muy lejos en esta alma. Como consecuencia, Isabel encontró el medio de armar a un criminal llamado Gilles de Postel y de inducirle a matar al duque de Bourgogne para lograr la deseada muerte. Felizmente el crimen no se consumó. Postel fue decapitado en Mons; pero sin revelar nada, pues acusó del horror de este proyecto a la condesa viuda

de Hainaut, mientras pertenecía por entero a la infame Isabel[65]. Al fin se abrió una conferencia en París; el duque de Bourgogne tenía que servir de mediador en ella entre Carlos y Enrique; la superioridad de este papel y la participación que iba a tener el duque en una negociación en que sólo dependía de él que la balanza se inclinase al lado que le convendría, le indujo a presentarse en esta asamblea rodeado del fausto más imponente. La entrada de la duquesa de Bourgogne fue magnífica; y esta fue la ceremonia que Isabel presenció desde su ventana..., con un despecho fácil de comprender. ¿Y en efecto con qué ojos podía verse tras el telón de una escena donde antaño había representado el primer papel? «El padre de este príncipe -podía decir-, entraba antes conmigo en esta misma ciudad.... donde nada se hacía sino obedeciendo nuestras órdenes; y ahora, triste, apartada, como la más simple burguesa de París contemplo un triunfo que sólo me recuerda los míos para llorarlos. ¡Oh fatal inconstancia de las cosas humanas! ¿Pero será este el comienzo del castigo de mis crímenes? ¿No fue colmada la medida y no merecí lo que me sucede? »

¡Qué dolorosos pensamientos en una mujer en quién las pasiones sobrevivieron a la posibilidad de satisfacerlas!

Al fin se concluyó la paz entre el rey de Inglaterra y Carlos VII. Una de las cláusulas de este famoso tratado fue que el duque de Bourgogne estaría convencido para siempre de que nunca Carlos atentó contra la vida de su padre, del duque Juan, asesinato que le causaba el mayor horror; que el autor de este crimen enorme continuaría siendo buscado por todas partes donde quiera que se encontrase; que varios edificios piadosos se alzarían, a manera de reparación de este espantoso atentado, y que, en fin, una cruz se colocaría en el puente de Montereau en el mismo lugar donde el delito fue cometido.

No transcribimos aquí todas las condiciones de un tratado que elevó a la casa de Bourgogne al más alto grado de esplendor que pudiese lograr, y que, como lo destacan muy juiciosamente los escritores de este siglo, se convirtió al mismo tiempo en la causa de su ruina. Pero la última de estas cláusulas, y la más importante sin duda puesto que iba a dejar respirar a Francia, fue que Felipe reconocería al rey Carlos por su único y legítimo soberano: lo que, desde entonces, libraba al duque de Bourgogne de todos los juramentos que hubiese podido hacer al rey de Inglaterra.

Sólo pensaron en celebrar en medio de fiestas a un acontecimiento tan feliz.... acontecimiento en el que todos los franceses veían el fin de sus males públicos y de sus infortunios particulares.

Pero si noticias tan felices consternaron al duque de Bedford y a su nación, ¡qué rayo dejaron caer en el alma de la desgraciada Isabel, que no sólo vio, una vez concluida esta paz, ninguna posibilidad de perjudicar a un hijo para quién estos acontecimientos se convertían en triunfos, ni ningún medio de llamar a los ingleses a las provincias que el tratado colocaba de nuevo para siempre en manos de este hijo aborrecido! ¿Un alma como la suya podía resistir tan grandes reveses?

Apenas se enteró de estas noticias se relegó al palacio de Saint-Paul; y allí pudo convencerse de la fragilidad de las grandezas de este mundo, y de la ingratitud de los hombres, cuando la fortuna se aleja de nosotros. Cortesanos, criados, consideración, prestigio, todo la abandonó, todo desapareció. Existe, pues, un límite en que la justicia del cielo venga, al fin, a la virtud que el crimen ultraja. Su despreocupación, sus

[65] Véase la historia de los condes de Hainaut obra escrita por un monje alemán y que se encontraba en 1772 en el palacio del gobierno en Mons.

prodigalidades dejaron a su marido en una miseria total: ella misma sintió muy pronto los efectos de este estado espantoso, la humillación y el horror. Esta mujer, en otro tiempo tan sensual, tan delicada, tan orgullosa, extenuada por sus gustos, por sus costumbres y por sus pasiones, tenía apenas para cubrirse los vestidos que la hubiesen hecho enrojecer al verlos en las mujeres que la servían antes y para llenar su mesa, aquello que no hubiese soportado que se ofreciese a sus criados.

«Vivía tan pobremente (nos dice un autor de este tiempo) que al verla, le preguntaban a ella misma donde estaba la reina; sólo tenía, dice este historiador, ocho séptimos de vino por día, para ella y para su casa. Hacían tan poco caso de ella, por los grandes males que causó en la tierra, que tuvieron la insolencia de perseguirla en razón de unas deudas contraídas por ella para satisfacer las primeras necesidades vitales, tales como fuego, alumbrado, comida, etc. Y fue condenada al pago.»

Reducida a estos crueles extremos, no esperando ya nada, ni de los enemigos a los que entregó el reino, ni de sus súbditos a los ojos de los que su conducta se había convertido en un objeto de oprobio; insultada por los mismos ingleses, que le decían a la cara que Carlos VII no era el hijo de su marido; ultrajada por los franceses que parecían querer hundirla sin cesar en las oleadas de sangre con las que había regado su patria, sólo le quedaba su dolor... su arrepentimiento; y si las lágrimas de este primer sentimiento calmaban un instante su rigor, las serpientes del segundo entreabrían en el acto las llagas.

Entre estas dos plagas de la vida se la veía errar en el fondo de su triste palacio, no queriendo apartarse de todo cuanto podía hacerle derramar sus lágrimas con más amargura o redoblar sus remordimientos con más furor. Con frecuencia entonces se hacía leer el proceso de Juana de Arco; quería, sobre todo, que le repitiesen el pasaje en que esta pobre muchacha, irritándose por las invectivas lanzadas contra Carlos VII, gritaba a sus verdugos con acento de desesperación: «Atormentad mi desgraciado cuerpo; pero no insultéis a mi rey, por él yo muero».

«Era mi hijo, este rey -decía Isabel, en una especie de espantoso delirio-; me correspondía a mí quererle, defenderle. ¡Y yo entregué a las llamas a aquella que le amaba y que moría por él...!, soy un monstruo indigno de ver la luz del día. ¡Oh, furias del infierno! ¿Preparasteis para mí tormentos que puedan igualar a mis crímenes? Los sufriré sin quejarme, los invoco con ardor.»

Pasaba desde allí a las estancias de su esposo y se precipitaba sobre la cama donde este buen monarca había dejado de existir.

« ¡Oh, tú! -gritaba-, al que mis crímenes cavaron la tumba, lanza desde lo alto de los cielos una mirada piadosa sobre la que amaste y que reconoció tan mal esta felicidad. Ves el estado en que me encuentro, evocando tus manes; mis crímenes son tan grandes, que me atrevo apenas a levantar mis brazos hacia ti. Oh, el mejor de los hombres, dígnate procurar para lo Isabel, no el perdón de las imperdonables faltas, no el olvido de los crímenes monstruosos cuyo recuerdo tiene que quedar en la tierra para asustar y corregir a los hombres, sino piedad, sí, la piedad que mis remordimientos se atreven a pedir a Dios, al que ofendí sin cesar. No pido en absoluto que aleje de mí los tormentos que merecí; ¡imploro únicamente de él el favor de no ser rechazada cuando en el seno de los suplicios en que su mano va a hundirme, me atreveré a bendecirle aún...! ¡Ay!, teníamos, pues, querido esposo, que ser elevados por encima de los hombres, tú, para sobrepasarlos por tus desgracias, yo, para afligirlos con mis crímenes. Ojalá pudiésemos servir ambos de ejemplo a los reyes que nos sucederán en este trono inundado por

nuestras lágrimas, tú, del peligro al que la ceguera y el exceso de confianza pueden arrastrar a un buen príncipe, y yo del justo castigo reservado por el cielo y por el pueblo a aquella que convirtió en un juego ultrajar al uno y al otro.»

No pudiendo resistir más este estado violento, Isabel obtuvo la gracia que pedía cada día a Dios quién, cansado de perseguirla, se dignó a arrancarla al fin de los dolores pasajeros de la vida, para hacerle sufrir los que no terminan nunca y que debe su justicia a unas execraciones que hacían temblar el universo.

Sucedió cuando contaba sesenta y ocho años de edad, el 30 de setiembre de 1435, dieciocho días después de la firma de un tratado que, por la razón de que calmaba a Francia desgarraba su corazón; ese día dejó de existir aquella que vivió únicamente para vergüenza de su siglo y que sólo atravesó la vida para horrorizar a los que la recorrían con ella.

Desapareció sin que ni la misma tumba pudiese servirle de asilo. Se grabó sobre el suyo, en memoria de sus crímenes, el espantoso animal que los recuerda todos: «una loba ».

Objeto de más honor del que merecía sin duda (pero que el francés siempre bueno y justo rinde únicamente al trono cuando se da cuenta de que no puede hacerlo a quienes son indignos de ocuparlo) , su cuerpo se expuso durante catorce días en el palacio de Saint-Paul, al cabo de los cuales se celebraron sus oficios fúnebres en Notre-Dame.

El parlamento acompañó la comitiva; el abad de Sainte-Geneviève ofició. Al día siguiente el féretro fue conducido al puerto Saint-Landri y colocado en un pequeño barquichuelo bajo la única guardia de un limosnero, de dos criados y de dos remeros que lo condujeron a Saint-Denis. Se la colocó al lado de la tumba de aquel a quien ella hizo descender allí[66].

No se adornó la ceremonia con ninguna pompa: las entrañas de la tierra temblarían, rechazarían de su seno al crimen que se colocaría en ellas con fausto.

[66] Allí, aunque depositada desde hace cuatrocientos años, allí, dicen, sus manes se agitan a veces aún; y mezclándose con los de las Fredegundas y de los Brunehaut, ponen en el alma de los franceses al lado del horror que inspiran, el dulce consuelo de que los siglos deshonrados por estos monstruos no pueden reproducirse ya en los anales de la eternidad.

NOTA
SOBRE VARIOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

Mencionados en esta obra

En una carta del 20 de julio de 1813 a una demanda relativa a los papeles de la casa de Bourgogne, se respondió que efectivamente habían existido muchos de estos viejos papeles que estaban en poder de los anteriores cartujos, cerca de Dijon, en la época de la toma de posesión del último adquisidor; pero que estos papeles fueron dispersados y rasgados sin que fuese posible encontrar ningún vestigio. Ante nuevas demandas, se respondió con fecha del 15 de agosto del mismo año que según las más exactas informaciones se habían convencido aún más de que en la época de la destrucción de los monumentos se habían quemado muchos y rasgado otros de estos papeles y que era más imposible que nunca encontrar algún rastro de ellos: cuando el último propietario adquirió el recinto, pasó revista a lo poco que quedaba de estos papeles, y, no pudiendo descifrar dos líneas seguidas, quemó los que habían quedado en su poder.

Le es, pues, imposible al autor de esta obra proporcionar otros informes que los mencionados en el prefacio. Estos papeles existían sin faltar ni uno en 1764 y 1765, cuando él los compulsó para extraer de ellos las referencias que se encuentran en lo que acaban de leer.

Existen también muchas otras anécdotas, tan preciosas como éstas a la historia, cuyos títulos originales no se encontrarán nunca, gracias a las desdichas de los últimos años del siglo XVIII: es preciso, pues, acusar a los que causaron estos males, y no a los autores quienes, para compensar estas pérdidas, quisieron proporcionarnos sobre estos hechos todo cuanto estaba en su poder ofrecer.